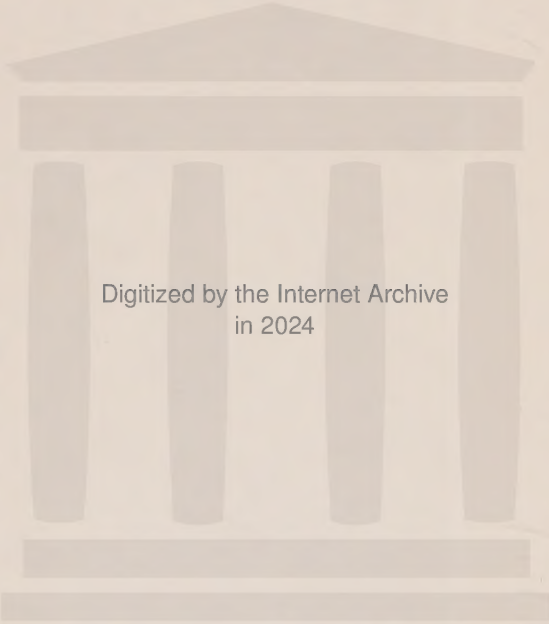


UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY



3 9001 04234 0078



Digitized by the Internet Archive
in 2024

Geo. Nichols
Ducson
Aug. 28, 1931

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CALIXTO OYUELA

ANTOLOGÍA

POÉTICA HISPANO-AMERICANA

CON NOTAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS

TOMO TERCERO (Segundo volumen)



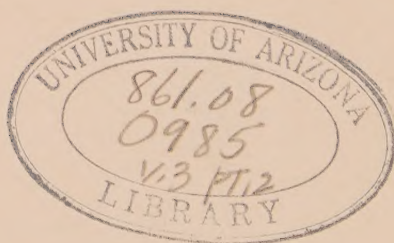
BUENOS-AIRES

ÁNGEL ESTRADA Y Cía. - EDITORES

466 - CALLE BOLÍVAR - 466

1919-1920

Es propiedad de los EDITORES, quienes la
ponen bajo el amparo de la ley N.º 7092.



INDICE ¹

CUARTA PARTE (Continuación)

ÉPOCA INDEPENDIENTE

SEGUNDO PERIODO : TERCER TERCIO DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.

(Prolongación atenuada del Romanticismo. — Ligera corriente romántica alemana. — Neo-clasicismo y manifestaciones eclécticas. — Poesía realista y criolla. — Nuevas tendencias. — Exotismo, degeneración y artificio.)

	Página
NUMA POMPILIO LLONA (Ecuatoriano — n. 1852).	
Odisea del alma.....	577
Los caballeros del Apocalipsis.....	583
PEDRO PAZ SOLDÁN Y UNANUE (Peruano — 1839-1895) (<i>Juan de Arona</i>).	
Recuerdos.....	587
MANUEL GONZÁLEZ PRADA (Peruano — n. 1844).	
A L... ..	590
Romance	591

¹ En las NOTAS de este volumen se añaden, como complemento de las que van en el texto, algunas composiciones o fragmentos de Zorrilla de San Martín, Herrera y Beissig, Gutiérrez, del Campo, Andrade, Obdligado, Oyuela, Martinto y Carriego.

	<u>Página</u>
Triolet	591
Triolet.....	592
Triolet.....	592
Vivir y morir.....	592
SANTIAGO VACA GUZMAN (Boliviano).	
Patria y Hogar.....	594
GUILLERMO BLEST GAMA (Chileno — 1829-1904).	
Soneto	598
El primer beso.....	599
A la muerte.....	602
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN (Uruguayo — n. 1855).	
La leyenda patria. (<i>Fragmentos</i>).....	603
Tabaré (<i>Fragmentos</i>). Canto tercero.....	610
Canto cuarto.....	620
Canto quinto.....	627
Canto sexto.....	631
JULIO HERRERA Y REISSIG (Uruguayo — 1875-1909).	
El consejo.....	637
Ebriedad.....	637
La zampoña.....	638
Iluminación campesina	639
El juramento.....	639
El monasterio.....	640
CARLOS GUIDO SPANO (Argentino — 1827-1918).	
Amira	641
✓ Nenia.....	642
At home.....	643
A mi hija María del Pilar	646
La estrella de la tarde.....	648

	<u>Página</u>
Rayos de luna	650
RICARDO GUTIÉRREZ (Argentino — 1836-1896).	
La oración.....	653
La hermana de la caridad.....	657
Ezequiel (<i>La fibra salvaje</i>).....	661
HILARIO ASCASUBI (Argentino 1807-1875).	
La madrugada (<i>Santos Vega o los mellizos de la Flor</i>). .	666
El indio borracho (<i>Id. Id.</i>)	670
La refalosa (<i>Paulino Lucero</i>).....	672
ESTANISLAO DEL CAMPO (Argentino -- 1854-1880).	
Fausto (<i>Fragmentos</i>)	677
JOSÉ HERNÁNDEZ (Argentino — 1854-1894).	
Martín Fierro (<i>Fragmentos</i>).....	713
La vuelta de Martín Fierro (<i>Fragmentos</i>)	732
OLEGARIO ANDRADE (Argentino -- 1841-1882).	
El nido de cóndores	772
La vuelta al hogar	780
MARTÍN CORONADO (Argentino — 1850-1919).	
Siempreviva	784
La cautiva	788
A la sombra del laurel	792
Soledad	794
En la estancia	796
RAFAEL OBLIGADO (Argentino — 1851-1920).	
Echeverría.....	800
El hogar paterno.....	810
El hogar vacío	814

	Página
La flor del seibo.....	816
Las quintas de mi tiempo	819
El alma del payador (<i>Santos Vega</i>).....	824
La prenda del payador (<i>Id.</i>).....	827
La muerte del payador (<i>Id.</i>).....	830
CALIXTO OYUELA (Argentino — n. 1857).	
Canto a la Patria, en su primer centenario	837
A fray Luis de León	845
Eros.....	849
Al Niágara.....	853
Canto de amor.....	858
La flecha	861
Fuego sagrado	863
Fantasia	863
Adoración	869
Campesina.....	871
Reciprocidad	872
Leopardi.....	872
Sueño viviente.....	873
A Rafael Pombo	875
A un caballo... ..	875
Su retrato	876
Estrofas	877
Noche de luna.....	878
Tædium vitæ.....	880
En viaje	881
Navegando... ..	881
Yo interrogo... ..	882
En la tarde	883
“La Divina Comedia” (<i>Canto primero</i>).....	884
El lago (<i>Lamartine</i>).....	889

	Página
DOMINGO MARTINTO (Argentino — 1859-1898.)	
En el hogar.....	892
Divagando	896
Apoteosis	898
La caída de las hojas.....	899
PEDRO B. PALACIOS (Argentino — 1854-1918.)	
Mater dolorosa	901
¡Più avanti!	905
EVARISTO CARRIEGO (Argentino — 1883-1912.)	
El alma del suburbio.....	907
Has vuelto.....	909
Notas	911
Erratas	1278

CUARTA PARTE (Continuación)

EPOCA INDEPENDIENTE

SEGUNDO PERÍODO: TERCER TERCIO DEL SIGLO XIX
Y PRINCIPIOS DEL XX.

Prolongación atenuada del Romanticismo.—Ligera corriente romántica alemana. — Neo-clasicismo y manifestaciones eclécticas. — Poesía realista y criolla. — Nuevas tendencias.—Exotismo, degeneración y artificio).

NUMA POMPILIO LLONA

(Ecuatoriano — n. 1832)

ODISEA DEL ALMA

Hasta mi estancia, entre el confuso ruido
Que forma la ciudad en la mañana,
En alas de la brisa conducido,
Ha llegado, al través de mi ventana,
De distantes vacadas el mugido: —

De amor y alarma alto y profundo acento ;
Largo clamor de tristes vibraciones ;
Ronco grito, ardoroso llamamiento
Que, — por lentas graduales inflexiones, —
Acaba en un hondísimo lamento :

En cuyos tiernos sonos prolongados
La salvaje hermosura y la tristeza
Se siente de los bosques y los prados,
De las rudas montañas y collados,
De toda la inmortal naturaleza!....

Al oírlo, en fantásticos *mirajes*
Ha cruzado delante de mi alma,

Bajo hermosos espléndidos celajes,
Panorama feliz de agreste calma,
Risueños cuadros, rústicos paisajes:

Un encantado valle, al que sombríos
Bosques dan paz, misterios y frescura;
Entre el follaje blancos caseríos;
Campos amenos de feraz verdura;
Murmuradores espumosos ríos...

Y, de amor y ternura estremecida,
Abandonando el mísero Presente,
Mi alma llorosa, en instantánea huída,
Ha remontado hasta su antigua fuente
El dilatado curso de mi vida!

¡Vuelvo a ser niño! veinte y nueve años
Para mí no han pasado, de dolores,
De inquietudes y acerbos desengaños!...
En torno a la heredad de mis mayores
Mugen, al alba, inquietos los rebaños;

Su nota resonante y altanera
Alza a lo lejos vigilante gallo;
Y el silencio y la paz de la pradera
Sólo turba el clamor de alguna fiera
O el vibrante relincho de un caballo;

Al oriente del cielo aun tenebroso
Tiñe ya leve azul el horizonte,
Y su rayo indistinto y misterioso,
Bajando oblicuo del lejano monte
Baña los mudos campos en reposo;

Bajo su influjo, con gentil sonrisa,
Lentamente la tierra despertando,
De su niebla despójase indecisa,
Cual de velo importuno; y ya la brisa
Pasa ramas y flores columpiando;

Orlado el río de salvajes cañas
Que unen lianas y agrestes madre selvas,
Con sesgo curso y músicas extrañas
Desciende entre las ásperas montañas
Que, al fondo, cubren azuladas selvas;

Entre el follaje del vecino huerto
Corren las fuentes con parleras ondas,
Y el coro de las aves, ya despierto,
Salta y entona el matinal concierto
Bajo las verdes y temblantes frondas...

Allá en el interior de la alquería,
En mi obscuro aposento, abro los ojos
De pronto heridos por la luz del día
Que, entrando por la junta celosía,
Raya la sombra en trémulos manojos...

Y aun empapado en plácido beleño
Mi ser, entre ese vago claro-oscuro
De luz y sombra, de vigilia y sueño,
Y entre el grave misterio del Futuro
Y el Presente dulcísimo y risueño,

Indeciso, confuso y soñoliento,
Flota y revuela en giro vagabundo,
Cual si el alma cerniérase un momento

Entre el postrer confín del firmamento
Y los primeros límites del mundo !...

Pero al fin mis sentidos indolentes
A la vida despiertan, extasiados,
Al lejano rumor de los torrentes,
Al murmullo sonoro de las fuentes,
Al profundo balar de los ganados !

En la vecina estancia, a mis abuelos
Oyendo estoy que con murmullos graves
Alzan sus diurnas preces a los cielos ;
Y en el jardín, despiertos con las aves,
Juegan ya mis hermanos pequeñuelos !

Por los patios y vastos corredores
La agitación percibo y los afanes
De labriegos que aprestan sus labores
Entre confusos rústicos rumores
Y al agudo ladrido de los canes ;

Y oigo también las voces diferentes
De la turba de ciervos que, a porfía,
Pasando de las trojes a las fuentes,
Principian ya con manos diligentes
Las faenas domésticas del día ;

Y, presidiendo a esa campestre escena,
Trasunto de los tiempos patriarcales,
Grave, afectuosa, musical, serena,
Con acentos sublimes e inmortales
La voz sagrada de mi madre suena.....

Y mientras que oigo, así, desde mi lecho,
Resonar esa voz en lontananza
Del santo hogar bajo el tranquilo techo,
Siento latir mi estremecido pecho
De ansiedad, de ambición y de esperanza.....

La vida ante mi vista se despliega
De la edad juvenil en los dinteles,
Cual noble circo, cual palestra griega
En campo inmenso que el Eurotas riega
Entre bosque de mirtos y laureles.
.....

Vi que era duelo y sombra la existencia;
Y círculo de Dante el vasto mundo;
Y me enseñó inflexible la Experiencia
Que es el desprecio universal profundo
El último resumen de su ciencia.....

Y he proseguido, sin cesar, mi viaje
Por el lodo y malezas del camino,
Sin que nadie entendiera mi lenguaje
De las gentes que hallaba a mi pasaje,
Cual de otros mundos triste peregrino...

Mi ventura tronchóse como el lirio
Que el cierzo arrastra entre espinosas breñas.
Se hundió en la nada mi falaz delirio,
Y aun gimen, recordando mi martirio,
Del sendero las rocas y las peñas.....

Henchida el alma de tediosa pena,
Hoy yazgo como el náufrago navío

Lleno de aguas salobres y de arena,
Tumbado sobre el áspero bajío,
Y en cuyo flanco la borrasca truena!

Con formidable estrépito profundo
Se ha desplomado en mis endebles hombros
De mi esperanza el gigantesco mundo;
Y hoy vago sollozante y gemebundo
Entre su inmensa ruina y sus escombros!...

Y he aquí que de repente me despierto,
Todos deshechos mis ensueños vanos,
En medio de un vastísimo desierto,
De negro luto el corazón cubierto,
La sien rugosa y los cabellos canos.

.....

¡Silencio!...derramando viva lumbre,
Ya el sol del horizonte se desvía
Y lento asciende hacia la etérea cumbre:
Ya empezó la afanada muchedumbre
El bullicioso tráfago del día.

¡Es tiempo ya de que con firme empeño
A combatir volvamos contra el Hado,
Y a afrontar de la vida el duro ceño:
Ya transcurrió la hora del ensueño;
La hora de la lucha ya ha sonado!

Ya nos reclama la fatal tarea:
¡Aún tu gemido, oh corazón, acalla!
Afuera ya la multitud vocea...
Volvamos otra vez a la pelea!
Volvamos otra vez a la batalla!...

.....
¡Ya sonó la señal: hierro y escudo
Blandiendo para esa última pelea,
Y probando en silencio el filo agudo,
Ya del Destino el escuadrón sañado
Desde lejos te envuelve y te rodea!

¡Ea, pues! a la lid! la espada esgrime,
Y ejecutando altísima proeza,
En tu muerte revélate sublime;
Y el sello de tu prístina grandeza
Sobre el vil polvo de la tierra imprime!...

¡Que de tu paso las profundas huellas
Borrar no pueda en la mortal llanura,
Donde con marca de dolor las sellas,
Ni el volver de las cosas, ni en la altura
El eterno girar de las estrellas!...

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS

(Cuadro de Mr. Cluysenaar)

Ciegos huyen en rápida carrera;
Y, de terror en hondo paroxismo,
En confuso escuadrón y espesa hilera,
Derechos corren al profundo abismo.

En largas horas, en combate crudo,
A invencible falange resistieron;
Mas arrojando al fin lanza y escudo,
La rauda grupa del corcel volvieron.

Pálidos, polvorosos, jadeantes,
Tendidos con espanto en los arzones,
Cual lívidos fantasmas, anhelantes
Aguijan sin descanso sus bridones;

Toscas soldados, fieros capitanes,
Revueltos huyen como indócil horda,
Y de sus voladores alazanes
El sonante tropel la tierra asorda;

Por la llanura y la infecunda arena,
Por fragosas pendientes y peñascos,
Cual sordo trueno a la distancia suena
El rudo golpe de los férreos cascos;

El horizonte y soledad agreste
Devora ardiente su mirada ansiosa,
Y cerca ya la vencedora hueste
Les parece sentir, que los acosa;

Y sentir les parece ya el ruido
Del contrario bridón que los alcanza,
Y en su espalda su ardiente resoplido,
Y entre sus carnes la punzante lanza!...

Por entre el polvo, a la menguada lumbre,
La expresión de los hórridos afanes
Se ve de la apiñada muchedumbre,
Y sus desesperados ademanes.

El uno, allá en el fondo al firmamento
Dirije inenarrable una mirada,
Y alza en su mano trémula, sangriento,
El trozo inútil de su rota espada.

Crujiendo el otro de furor los dientes,
De su fuga en los ímpetus veloces,
Ambos brazos abiertos e impotentes
Al cielo eleva, con airadas voces.

Y ayes, imprecaciones y gemidos
Por el rigor lanzando de los Hados,
Todos por fuerza incógnita impelidos,
Todos en confusión atropellados,

Allá van! cual ondeante se arrebatá
Furibunda corriente estruendorosa,
Y, cual rauda viviente catarata,
Van a hundirse en la sima pavorosa.

Horror! horror!... de todos el primero,
Cuando aun el brío del corcel irrita,
Desde el borde del gran despeñadero
Ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
Por el recio talón o aguda espuela,
Ciego ya de dolor, desatentado,
Sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto las pupilas dilatadas
De hórrido espanto las narices hincha,
Y convulso, y las crines erizadas,
Con alarido fúnebre relincha...

Y el ginete el escuálido semblante
Entre sus brazos con horror oculta,
Y, de angustia infinita palpitante,
En el profundo abismo se sepulta!...

¡ Pintor sombrío ! en la visión siniestra
Que en el lienzo fijó tu osada mano,
La fantasía sin cesar me muestra
La triste imagen del destino humano !

De la vida en la lid, el hombre agota
Todo el vigor de sus robustos años ;
Mas cede al fin ante la hueste ignota
De Dolores y adustos Desengaños ;

Y, estremecido de su gran miseria,
El sér, sobreponiéndose al espanto
Del bruto vil de la soez materia
Y a su propio terror y su quebranto,

Por el furor injusto, o la venganza
Acosado, sin tregua, de la suerte,
Dando un adiós eterno a la esperanza...
Se arroja en el abismo de la muerte !

PEDRO PAZ SOLDÁN Y UNANUE

(JUAN DE ARONA)

(Peruano — 1839 — 1895)

LOS RECUERDOS

Amigos en las horas de aislamiento,
Delirio en nuestras noches funerarias,
Dulce, sabroso y único alimento
De que gustan las almas solitarias,

¡Recuerdos! como genios celestiales
Hoy en torno de mí revoloteáis,
Y pulsando las arpas inmortales
Cánticos de otro tiempo levantáis.

Y cantáis con tan íntima tristeza,
Que yo, olvidado del dolor amargo,
Exánime, doblando la cabeza,
Me sumerjo en dulcísimo letargo.

Y despierto en la nave voladora
Y en el sereno mar, do enternecido
Vi un día la figura arrobadora,
La blanca imagen que jamás olvido.

Pura la frente pálida y erguida,
Puro el perfecto rostro nacarado,
La vi pasar inquieta y distraída
Como el poeta cuando está inspirado.

Fatigada después la vi sentarse
Con expresión de languidez tan bella,
Que parecía que iba a transportarse
A otra región tan pura como ella.

Los labios delicados y sedosos
Abrió por fin, y el niño que la oía
No ha vuelto en sus ensueños mas hermosos
A oír jamás tan dulce melodía...

Habla, y el alma embelesada queda,
Y yo agitado escúchola y tremente,
Cual la sombra fugaz de la arboleda
Sobre las aguas de dormida fuente.

Presa de ideas mil indefinibles
La mente alzóse a una región ideal.
Durmió el niño, y las olas bonancibles
Arrullaron su sueño celestial.

Y tras un sueño que duró un instante
Despertó el infeliz para llorar,
Que cual náufrago mísero y errante
Vióse sólo en la playa al despertar.

Nuevos deleites embriagaron mi alma,
Sentí de otras pasiones el ardor;
Nunca el blando placer, la dulce calma,
La casta dicha del primer amor.

Huyó la dicha y la esperanza pierdo
De que torne a brillar la blanca estrella;
Pero en mi corazón vive un recuerdo
Tan dulce y tan querido como ella.

Y abierta siempre la doliente llaga,
Hoy el joven, con íntimo cariño,
Recuerda aquella imagen dulce y vaga,
Adoración del joven y del niño.

¡Ay! siempre intactas, siempre peregrinas,
Os contemplo, dulcísimas memorias,
Como gratas y pálidas ruinas
Del bello monumento de mis glorias.

Y sé que intactas al dolor impío
Resisteréis y a la desdicha atroz,
Sin que os pueda arrancar del pecho mío
Del tiempo fiero la sangrienta hoz.

Y cuando, pobre anciano, abandonado,
Al lóbrego sepulcro me dirija,
Siempre en los campos del feliz Pasado
Mi turbida mirada estará fija.

Y entonces, al través de la neblina
Que envolverá esos plácidos lugares,
Distinguiré mi infancia peregrina
Dormida sobre un lecho de azahares...
Como a la escasa lumbre vespertina,
El navegante en medio de los mares
La blanca vela a divisar alcanza
De un bajel que se pierde en lontananza.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

(Peruano — n. 1841)

A I ...

Tuyo es el blondo, undívago cabello,
Tuya la frente de márfil nevado,
Tuyo el andar modesto y recatado,
La mórbida mejilla y rostro bello ;

Tuyos los ojos que el vivaz destello
Vencen del sol en el cenit colgado,
Tuya la boca de coralpreciado,
El talle grácil y el venusto cuello ;

Tuyo el aliento de jazmín y acacia,
El gracioso decir, la risa honesta,
La gallardía y la inefable gracia :

Mía es la angustia, míos los dolores,
Mío el gemir en soledad funesta
Y sufrir tus desdenes y rigores.

ROMANCE

Cuando reclina en la nevada mano
La rubia frente virginal,
Entorna la mirada y enmudece:
¿En quién la niña pensará?

Cuando risueña sale a sus balcones
Y fija el ávido mirar
En la sinuosa y argentada ruta:
¿A quién la niña buscará?

Cuando, al surgir las brumas de la tarde,
Recorre el ámbito del mar,
Y gime al són del agua y de los vientos:
¿Por quién la niña gemirá?

Cuando en la calma del dormir suspira,
Diseña un ósculo de paz
Y balbucea dulcemente un nombre:
¿Con quién la niña soñará?

TRIOLET

Los bienes y las glorias de la vida
O nunca vienen o nos llegan tarde.
•Lucen de cerca, pasan de corrida
Los bienes y las glorias de la vida.
¡Triste del hombre que en la edad florida
Coger las flores del vivir aguarde!
Los bienes y las glorias de la vida
O nunca vienen o nos llegan tarde.

TRIOLET

Para verme con los muertos
Ya no voy al campo santo
Busco plazas, no desiertos,
Para verme con los muertos.
¡Corazones hay tan yertos!
¡Almas hay que hieden tanto!
Para verme con los muertos
Ya no voy al campo santo.

TRIOLET

Suspira, oh corazón, tan silencioso
Que nadie sienta el eco del suspiro.
Por no turbar los sueños del dichoso
Suspira, oh corazón, tan silencioso.
Fingiendo la alegría y el reposo,
En la quietud y sombra de un retiro,
Suspira, oh corazón, tan silencioso
Que nadie sienta el eco del suspiro.

VIVIR Y MORIR

Humo y nada el soplo del ser:
Mueren hombre, pájaro y flor,
Corre a mar de olvido el amor,
Huye a breve tumba el placer.

¿Dónde están las luces de ayer?
Tiene ocaso todo esplendor,
Hiel esconde todo licor,
Todo expía el mal de nacer.

¿Quién rió sin nunca gemir,
Siendo el goce un dulce penar?
¡Loco y vano ardor el sentir!

¡Vano y loco anhelo el pensar!
¿Qué es vivir? Soñar sin dormir.
¿Qué es morir? Dormir sin soñar.

SANTIAGO VACA GUZMAN

(Boliviano)

PATRIA Y HOGAR

RECUERDOS DEL PROSCRITO

.....

¡ Mi hogar! Mi cielo azul, mi sol querido,
De las montañas el sutil ambiente,
De mi ciudad natal el blando ruido
Y de la luna el rayo transparente;
Todo ese mundo del hogar perdido
Le siento entre los pliegues de mi mente
Resbalando con mágico embeleso
Rendir el alma, del dolor al peso.

Miro mi pueblo, perla suspendida
Del Andes en las crestas ignoradas,
Negligente odalisca adormecida
Entre gasas de azul inmaculadas;
Tu suave clima que al amor convida,
Tus campos, tus alegres alboradas,
Mi infancia me recuerdan con su encanto
Y baño tu memoria en tierno llanto.

Tus colinas desnudas y arenosas
Que primavera torna en verde prado,
Las agrestes quebradas silenciosas
De pobre arroyo asilo abandonado;
Tus breñas solitarias y escabrosas,
El aire de tus llanos agitado,
Todo en la soledad doliente miro
Y arranco al corazón hondo suspiro.

En la cumbre de rígida montaña
Que al espacio levanta su cabeza
Alza el indio su mísera cabaña
Do guarda sus harapos la pobreza;
Que el yugo férreo de la altiva España
Cébose en él, haciéndole su presa,
Y humillando su raza y su linaje
Le condenó a perpertuo vasallaje.

Yo miro el sol que dora la colina,
El humo de sus ranchos, los sembrados
Que remueve la brisa vespertina,
El labrador que surca los collados,
El rebaño que lento se encamina
Por senderos agrestes y empinados,
Y escucho de la quena el eco lento,
Gemido tierno que se lleva el viento.

Y a lo lejos el viejo caserío,
Los negros y derruidos murallones,
Despojos del soberbio poderío
Do levantó Castilla sus pendones.
Luego los pliegues de espumoso río
Que desata sus líquidos crespones

Y entre riscos y peñas retozando
Se pierde en los abismos sollozando.

Allí también do existe mi morada,
En la del niño alcoba apetecida,
Encuentro de mi madre la mirada
Y siento que su mano bendecida
Al posarse en mi frente amortiguada,
Alienta los raudales de mi vida
Cual alentó mis risas en la cuna
Y me adurmió al rayo de la luna.

Todo ese mundo de misterios lleno
Le siento hervir en la memoria mía;
Su hechizo con mis penas encadeno
Para templar del alma la agonía;
Rotas las fibras del doliente seno,
Seca de ayer la ardiente fantasía,
Nada hay acá que aquiete mis dolores
Y nadie que renueve mis amores.

Que es !ay; el peregrino, el ave errante
Que arrojó el huracán lejos del nido.
Inexperto y cansado navegante
Que en las olas del mundo ha sucumbido,
Vacío el porvenir mira adelante
Habiendo en la ola su ilusión perdido.
Paria de otra región y otras riberas
Nada hay para él en playas extranjeras!

Yo evoco tus memorias, sacro*suelo,
Las recojo en las trovas de mi canto;
Saludo tus montañas y tu cielo,

Tus mil paisajes de admirable encanto ;
Bendigo mi morada, que en mi duelo
Consagro con las gotas de mi llanto,
Y alzo a Dios en la noche hospitalaria
Por mi madre, ferviente una plegaria

Vendrá la primavera con sus flores :
El amor de entre el éter renaciendo
Visitará el hogar con sus favores
De esperanza las almas revistiendo ;
Consuelo cada ser a sus dolores
En casto seno encontrará sonriendo,
Y entonará la tierra sus cantares
Ocultando entre rosas sus pesares.

En tanto mi alma muda y abatida.
Ajena a este concierto de natura,
Siguiendo va la senda de la vida,
En la frente llevando la amargura.
¡ Oh de mi hogar memoria bendecida !
Al remover tus cifras con ternura,
Nubla mis ojos abundante lloro,
Y un rayo de tu sol ¡ oh patria ! imploro.

1872.

GUILLERMO BLEST GANA

(Chileno — 1829-1904)

SONETO

Si a veces silencioso y pensativo
A tu lado me ves, querida mía,
Es porque hallo en tus ojos la armonía
De un lenguaje tan dulce y expresivo.

Y eres tan mía entonces, que me privo
Hasta de oír tu voz, porque creería
Que rompiendo el silencio, desunía
Mi ser del tuyo, cuando en tu alma vivo.

¡Y estás tan bella! mi placer es tanto,
Es tan completo cuando así te miro;
Siento en mi corazón tan dulce encanto,

Que me parece, a veces, que en ti admiro
Una visión celeste, un sueño santo
Que va a desvanecerse si respiro!

EL PRIMER BESO

Recuerdos de aquella edad
De inocencia y de candor,
No turbéis la soledad
De mis noches de dolor:

Pasad, pasad,
Recuerdos de aquella edad.

Mi prima era muy bonita:
Yo no sé por qué razón,
Al recordarlo, palpita
Con violencia el corazón.
Era, es cierto, tan bonita,
Tan gentil, tan seductora,
Que al pensar en ello ahora,
Algo como una ilusión
Aquí en el pecho se agita,
Y hasta mi fría razón
Me dice: ¡era muy bonita!

Ella, como yo, contaba
Catorce años, me parece,
Mas mi tía aseguraba
Que eran solamente trece
Los que mi prima contaba.
Dejo a mi tía esa gloria,
Pues mi prima en mi memoria
Jamás, jamás envejece,
Y siempre está como estaba

Cuando, según me parece,
Ya sus catorce contaba.

¡Cuántas horas, cuántas horas
De dicha pasé a su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
Los dos corriendo en el prado
Ligeros, como esas horas!
¿Nos amábamos? Lo ignoro;
Sólo sé lo que hoy deploro,
Lo que jamás he olvidado,
Que en pláticas seductoras,
Cuando me hallaba a su lado,
Se me dormían las horas!

De cómo la di yo un beso
Es peregrina la historia:
Hasta ahora, lo confieso,
Con placer hago memoria
De cómo la di yo un beso.
Un día, solos los dos,
Cual la pareja de Dios
Cuya inocencia es notoria,
Nos fuimos a un bosque espeso,
Y allí comenzó la historia
De cómo la di yo un beso.

Crecía una hermosa flor
Cerca de un despeñadero:
Mirándola con amor
Ella me dijo: «Me muero,
Me muero por esa flor.»
Yo a cogerla me lancé,

Mas faltó tierra a mi pie;
Ella, un grito lastimero
Dando, llena de terror,
Corrió hasta el despeñadero...
Y yo me alcé con la flor...

Dos lágrimas de alegría
Surcaron su rostro bello,
Y diciendo: «¡vida mía!»
Me echó los brazos al cuello
Con infantil alegría.
Fuego y hielo sentí yo
Que por mis venas corrió,
Y no sé cómo fué aquello,
Pero un beso nos unía...
Dejando en su rostro bello
Dos lágrimas de alegría.

Después... ¡Revoltosa mar
Es nuestra pobre existencia!
Yo me tuve que ausentar,
Y aquella flor de inocencia
Quedó a la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
He vivido muchos años,
Y, a pesar de mi experiencia,
Suelo a veces exclamar:
¡La dicha de mi existencia
Quedó a la orilla del mar!

Recuerdos de aquella edad
De inocencia y de candor,
Alegrad la soledad

De mis noches de dolor:
Llegad, llegad,
Recuerdos de aquella edad!

A LA MUERTE

Seres queridos te miré sañuda
Arrebatarme, y te juzgué implacable
Como la desventura, inexorable
Como el dolor, y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, muda,
Sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
En ti la majestad de lo insondable
Y lo eterno, mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
Ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
Del criminal, aguardo tu venida;

Que igual a la de todos es mi suerte:
Cuando nada se espera de la vida,
Algo debe esperarse de la muerte!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

(Uruguayo — n. 1855)

LA LEYENDA PATRIA

(FRAGMENTOS)

.....

Mirad: del *Uruguay* en las espumas,
Del *Uruguay* querido,
Brot a un rayo de luz desconocido
Que, desgarrando el seno de las brumas,
Atraviesa la noche del olvido.
Semeja el fleco ardiente que colora
A la lejana estrella vespertina,
Que el sueño de las tardes ilumina.
Es primero un albor... luego, una aurora...
Luego, un nimbo de luz de la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata,
Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros... ya es la hora;
Y, al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora

De ritmo audaz y cadencioso brío,
 ¡La eterna barcarola redentora!
 Caen de los sauces las dormidas arpas
 Por impalpable mano arrebatadas;
 La selva entona de la patria historia
 Los no aprendidos salmos inmortales;
 Al beso de la luz se alza la guerra,
 Y brotan de la tierra
 Palpitantes recuerdos a raudales;
 En luminosa ebullición sonora
 Los átomos alados
 Nadan en luz en torno de la aurora;
 Y despiertan los cantos olvidados
 Que en el juncal dormían,
 Los que en el bosque, errantes, se escondían,
 Los que en las nieblas mudos se arropaban,
 O sin eco en el aire discurrían,
 E, impulsos sin objeto, desmayaban.
 Todo se agita, y se estremece, y siente
 Todo despierta del sopor sombrío...
 Es que enciende el ambiente
 • El descenso de un astro incandescente
 Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos,
 Roja, intensa mirada
 Que por el campo de la patria hermoso
 Paseó la libertad, pisan la frente
 Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*:
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
 Encarnación, viviente melodía,
 Diana triunfal, leyenda redentora
 Del alma heroica de la patria mía.

IV

Helos allí... Con ademán sañudo,
Cárdeno el labio y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan sin temblar: ciñen la frente
Con el pesado casco del guerrero,
Y altivo un reto lanzan
Que se estrella en el rostro del tirano;
Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata, y se desborda,
Como de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,
Lleva sobre los hombros la tormenta
La voz de Dios... Clavado en la llanura,
Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,
Azota el aire y estremece el asta
El pabellón de LIBERTAD Ó MUERTE
Que el aura agita de presagios llena.
Vibrando está en los labios de los héroes
El santo juramento
De MUERTE Ó LIBERTAD, firme, grandioso,
Que da a los hombres de virtud ejemplo,
Y se esparce solemne y poderoso,
Cual se difunde el salmo religioso
Por las calladas bóvedas del templo.

.....

VI

El alma que a su cuerpo retornaba,
Hirviente circulando

Se infiltró, como un hálito de fuego,
En las venas del pueblo, despertando
Á su paso entre bosques y llanuras
Las auroras dormidas,
Y los marciales cantos que aguardaban,
Á medio formular entre los labios,
Alas para volar. El comprimido
Grito de guerra remeció los aires;
Hervor de multitudes
Brotó de entre los bosques más lejanos;
El casco del corcel hirió la tierra
Con temeroso són; el de los llanos
Clamor inmenso repitió la sierra,
Y se cernieron con siniestro vuelo,
Hasta azotar con las armadas alas
El verde pabellón de las almenas,
Aves en cuyas garras
Cuelgan aún anillos de cadenas,
Que, al chocarse, derraman en el viento
Rumor de imprecaciones,
Murmulllos de tumultos invisibles,
Fragmentos de canciones,
Y metálicos golpes repetidos,
Cuyo ritmo se ajusta
De un corazón de bronce a los latidos.

Al sentirlas cruzar entre las sombras,
Lívidos los espectros
Que acechan los insomnios del tirano,
En ronda descompuesta e imposible
En su almohada se alzaron,
Y poblaron sus horas agitadas

Las visiones de muerte atropelladas.
Rodaron las corrientes sacudidas,
El incendio rodó por nuestro suelo;
El PLATA rebramó sordas querellas
Y, como aliadas que aprestaba el cielo,
Sus alas encendidas
Agitaron, temblando, las estrellas.

.....

VII

¡SARANDÍ! ¡SARANDÍ!... ¡Santa memoria,
Primicia del valor, ósculo ardiente
Que imprimieron los labios de la Gloria
En nuestra joven ardorosa frente!
Yo, al pronunciar tu nombre,
De hinojos, la cabeza descubierta,
Entre las cuerdas de mi lira siento
Que nace, crece y estridente estalla
Todo el fragor de las solemnes horas
Que escucharon la voz de tu batalla;
Cuando *el héroe*, los héroes encontraron
Tardo el corcel y perezoso el plomo;
Las sedientas espadas abrevaron
De roja sangre en el reciente lago,
Y del tirano en la olvidada tumba
La cuna de sus hijos levantaron.
¡SÁRANDÍ!. Con tu aliento poderoso
Sus alas formaría la tormenta
Para azotar la espalda del coloso
Revuelto mar, y publicar su afrenta.
Yo en tu potente espíritu me agito,
Lato en tu corazón, ardo en tus ojos,

Y en la idea, corcel de lo infinito,
Sobre tus rudos hombros sustentada,
Siento flotar mi vida, condensada
En un grito de honor, eterno grito.

En tus vastas laderas
Deja que se dilate el pensamiento,
Y respire el aliento
De aquellas auras de tu honor primeras;
Auras de libertad que en su regazo
Hasta Dios condujeron,
El sello a recibir de eterna vida,
Con las almas de bravos que cayeron,
El alma de la Patria redimida.
Los himnos de tu aurora
Deja que el labio vibre:
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!
«Que quien sabe morir, sabe ser libre.»

.....

X

Todo acabó... Ya el mundo,
Firme el novel batallador escucha
Dictar sus leyes y escribir su historia;
Y al solio de los pueblos lo levanta,
Que, aun cubierto del polvo de la lucha,
Tropa el guerrero, con serena planta.

La patria redención ya consumada,
Exige el culto de sus hijos fieles,
En el altar del alma conservada.
Tú, a la sombra feliz de tus laureles,

Patria, patria adorada,
En tu tranquila tarde del presente.
De tus santos recuerdos al arrullo,
Duerme ese sueño de los pueblos grandes,
De paz y noble orgullo.
Rompa tu arado de la madre tierra
El seno, en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y, en el riel de la idea electrizado,
Muera el espacio, y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
Palpiten las paternas tradiciones,
Y despierten las tumbas a sus muertos
A escuchar el honor de las canciones.
Y siempre piensa en que tu heroico suelo
No mide un palmo que valor no emane.
Pisas tumbas de héroes...
¡Ay del que las profane!

¡Protege, oh Dios, la tumba de los libres!
Protege a nuestra patria independiente,
Que inclina a Ti tan sólo,
Sólo ante Ti, la coronada frente.

Mayo de 1879.

TABARE

(FRAGMENTOS)

CANTO TERCERO

I

Duerme San Salvador entre rumores.
Corre a sus pies el río,
Remedando el arrullo de una tórtola
Con su blando y monótono rüido.

El centinela en el bastión se duerme,
Y, al verlo allí tranquilo,
Juegan con su arcabuz y con su adarga
Los invisibles genios de los indios.

Con los ojos pequeños, y los cuerpos
Desnudos y cobrizos,
Con los pechos y pómulos salientes,
Los labios gruesos y cabellos rígidos:

Engendros microscópicos, que miran
Al soldado dormido,
Trepan por él, lo palpan, cuchichean,
Y, en grupos, lo recorren con sigilo,

Y danzan en su torno, de las manos,
Golpeando el suelo con alegre ritmo,
O, al compás de los ruidos de la noche,
Se mecen, en los aires suspendidos,

Lanzando esas fugaces carcajadas,
Y esos pequeños gritos
Que se oyen en las noches silenciosas
Sin verse quién respira en el vacío.

¿Cómo puede dormir, soñar acaso,
Ese hombre? ¿No habrá visto
Esas manchas de sangre que aparecen
Del astro solitario sobre el disco?

Las horas, impregnadas de indolencia,
Al soldado han vencido;
Juegan con su arcabuz y con su yelmo
Los invisibles genios de los indios.

II

¿Sentís moverse ese cardal cercano,
Y ese roce de cuerpos escondidos,
Que se arrastran, cual suele entre los juncos
Arrastrarse callado el cocodrilo?

¿No veís entre las ramas asomarse
Las temerosas caras de los indios,
Embijadas de rojo y dibujadas
Con trozos verdes, negros y amarillos?

Las plumas de sus frentes se confunden
Con las hojas del cardo, el remolino
Del viento suave, al agitar las ramas,
Descubre acá y allá rostros cobrizos,

Brazos que se abren paso cautelosos
Entre el tupido bosque de espinillos,

Cuerpos a medio incorporarse. Vedlos.
Salen al llano, en dirección al río.

Aquel es *Ibipué*. ¿Quién no conoce
Al *tubichá*, tan fiero como listo,
Que al avestruz alcanza y al venado,
Y apresa entre las aguas al carpincho?

Cayú es aquel que corre entre las chircas.
Se le conoce en el profundo signo
Que le grabó con su hacha en la cabeza
Hace algún tiempo el arachán *Siripo*.

¿También tú *Guaycurú*? De los cristianos
Tú te dijiste servidor sumiso,
Y ese casco que llevas, y esa adarga,
De Garay los ganaste en el servicio.

Tú fuiste el mensajero de tu tribu;
Rompiste en la rodilla tu macizo
Arco de *ñandubay*, y en tu piragua
O a nado, en són de paz cruzaste el río.

¿No es esa una mujer? Es *Tabolía*.
Sabe arrancar la piel al enemigo,
Y ya más de una de ellas ha colgado
En el movable toldo de sus hijos.

Ella no exprime el fruto del quebracho,
Ni recoge en la selva para su indio
La miel del *guabiyú*, ni lleva el toldo
Ni entona el *paraví* de triste ritmo.

Tiene en el labio el signo del guerrero;
Suena en la lucha su salvaje grito,

Y en el desnudo seno apoya el arco
En que viene la muerte a hacer el nido.

Yamandú va adelante. El negro brazo
Hacia atrás extendido,
Silencio impone a la jadeante turba,
Con ademán nervioso y expresivo.

Mientras, él se incorpora, la cabeza
Saca de entre las matas, y al tranquilo
Resplandor de la luna, ya cercano,
Observa el silencioso caserío.

III

Blanca duerme. La lámpara en la alcoba
De la inocente niña
Su dormida cabeza en la almohada
Con trémulas aureolas ilumina.

Entreabiertos los párpados
Dejan adivinar en las pupilas,
Como en el lago el brillo de una estrella,
La lumbre palpitante de la vida.

Los invisibles labios de un ensueño
Parecen apoyarse en su mejilla
Y comprimir su boca
Con los pliegues del llanto o la sonrisa.

Una oración acaso
A medio terminar, interrumpida
Por el sueño, ha quedado abandonada
Entre los labios de la hermosa niña,

Que unos ratos parece recogerla,
Moverla entre ellos pura e instintiva
Y ofrecerla a los ángeles que nadan
En el callado ambiente que respira.

¿Duerme? ? O en el vahido indescriptible
Intermedio entre el sueño y la vigilia
La realidad y la ilusión se estrechan
Y en su espíritu flotan confundidas?

¿Conserva esa conciencia vacilante,
Esa confusa actividad que infiltra
La voluntad del hombre en los ensueños
Que en lo obscuro procuran sumergirla?

IV

Acaso no dormía. Se incorpora;
En el espacio la mirada fija;
Separa los cabellos de la frente,
Y escucha inmóvil, temblorosa, lívida.

Vedla en el borde del revuelto lecho.
¿Qué ve? ¿Sueña? ¿Delira?
¿Quién derrama en el alma de la virgen
Ese terror que asoma a sus pupilas?

¡Ah! Blanca no ha soñado.
La ronca gritería
Que llegó hasta su oído se repite,
Crece, arrecia, se acerca; no es mentira.

Es el *malón* salvaje
Derramado en la villa;

El bramido terrible de la fiera
Que ataca, y se revuelve, en su agonía.

¡ Indios ! ¡ Los indios vienen !

En medio de la grito
Se oye clamar ¡ Los indios ! ¡ El charrúa !
¡ Ahú ! ¡ Ahú ! ¡ Ahú !... Suena la esquila,

Sobre el pajizo techo
De la humilde capilla,
Con ayes repetidos de rebato ;
Estalla un arcabuz, el plomo silba.

¡ Ah del valiente hidalgo !
¡ Los indios en la villa !
¿ Dó está la espada, brazo de la muerte,
Que en las batallas Don Gonzalo vibra ?

El salvaje alarido
Con que las tribus su valor excitan
Suena cual si los átomos del aire
Para aullar y gemir cobraran vida.

Y vuelan las saetas
Que sus colmillos en el aire aflan,
Y en ellas, discurriendo por la sombra,
Silba la muerte como errante víbora.

Como el penacho ardiente
Del yelmo de un demonio, va encendida,
Su roja cabellera desgarrando
En los aires la bola arrojadiza ;

Y se quiebran las ramas,
Los árboles oscilan,

Despierta el arcabuz, pero sin rumbo
El plomo vuela, el fogonazo brilla.

Y el salvaje alarido
Levanta a los jaguares que dormían
Y se alejan corriendo, y a los pájaros
Que huyen despavoridos a las islas.

Y el malón se dilata
Como reptil inmenso que se agita
En mortal convulsión, y envuelve al pueblo,
Y lo estruja, y lo ahoga en sus anillos.

¡Ay del pueblo dormido!
¡Ay de la hermosa niña!
¿Quién duerme dulce sueño, quién descansa
Al lado de la flera que agoniza?

V

Mal ajustado el yelmo,
La cota mal ceñida,
Con la espada desnuda, Don Gonzalo
Ha estrechado a su esposa: a sus rodillas

Se ha abrazado gimiendo
Su hermana Blanca. El capitán vacila.
Ruje el malón afuera... ¡Cierra España!
Se oye clamar en medio de la grita.

¡Gonzalo, no nos dejes!
Gonzalo, si te vas, ¿quién nos auxilia?
¡Santiago! ¡Cierra España!... Ruje el indio:
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ah, por Castilla!

De los queridos brazos
Se arranca el capitán, corre a la lidia;
Ha huído Doña Luz, y junto al lecho
Blanca ha caído como flor marchita.

VI

Las *macanas* que agitan los charrúas
Ya están en sangre tintas,
Y los desnudos cuerpos brotan sangre,
Y fuego las pupilas.

Rueda el incendio en los pajizos techos
Como de aladas víboras
Una bandada extensa, que entre el humo
Y el rojizo fulgor se arremolina.

Con retumbante són en las rodelas
Chocan las mazas indias.
Mudo está el arcabuz, porque el charrúa
El cuerpo ciñe a la armadura misma

Del español, y clava
En él sus dientes, que la rabia irrita;
Y ruedan ambos en estrecho nudo
Estremeciendo el suelo en su caída.

Crecen los alaridos;
La brega recrudece, y la rojiza
Claridad del incendio los pintados
Rostros de los salvajes ilumina;

Se refleja en las aguas
En fantástica danza, y en la villa

Las desnudas siluetas de los indios
Por todas partes cruzan fugitivas,

Como sombras extrañas e impalpables
Que los aires vomitan,
Y a la voz de un conjuro
Cuajan en las tinieblas sacudidas.

¡Ay de la dulce hermana
De la estrella que alumbra las colinas
Cuando la tarde entona sus rumores
Al quedarse dormida entre las islas!

VII

¿No es *Yamandú*, el cacique,
El que huye allá en la sombra?
Corre, volviendo el rostro abigarrado,
Huye, trepando las cercanas lomas.

Es él; bien se distinguen
Sus gigantescas formas;
Bien se conoce el matorral de plumas
Que su cabeza en el combate adorna.

Es él. ¿Por qué va huyendo?
¿Por qué a sus compañeros abandona?
¿Teme la muerte el guaraní cobarde
Después que él mismo concitó las hordas?

No: el indio ha conquistado
Lo que su ardor provoca;
El fué una vez a la española villa
Y vió una virgen. Lo siguió su sombra

Al bosque de los talas
A su mòvible choza;
Hirvió su sangre; la pasión salvaje,
Brutal y ciega devoró sus horas.

Miradlo: entre sus brazos
Conduce a la española:
Es Blanca. ; Blanca, la inocente hermana
De la tranquila estrella de las lomas!

Blanca, cuyos lamentos
En el aire sofoca
El último clamor de la batalla
Que desgarrando los espacios flota;

Blanca, que se retuerce,
Y forceja, y se ahoga,
En ese nudo de viviente hierro
Que hace crujir sus delicadas formas.

Lleva tan sólo, de su lecho aún túbio
Las desceñidas ropas;
Entre los brazos negros del charrúa
Se ven alas de un nido de palomas;

Y entre el pecho nervudo
Y la mano callosa
La cabeza de Blanca va oprimida,
Inmóvil, encajada entre dos rocas.

.....

CANTO CUARTO

III

.....

Caídos los cabellos
Como el ala del ave fatigada;
Insensible, sin fuerzas ni conciencia,
Sin miradas los ojos y sin lágrimas;

Mal cubiertas las formas,
Formas de líneas tímidas y vagas,
Pues los años, artistas de la vida,
Su obra tienen apenas modelada;

Hundida entre la hierba,
Como una garza herida, yace Blanca.
Su cabeza se mueve sobre el pecho
Cual colgada del cuello; frías, lacias,

Sus manos han caído
Sobre el blanco regazo en que desmayan.
Casi ríe su labio; es esa tregua
Que el colmo del dolor presta a las almas.

.....

Los seibos se han echado
Sobre la espalda el manto de escarlata;
En idioma extranjero están las hojas
Conversando entre sí, y en voz muy baja.

IV

Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala,
Un grito desolado que se pierde
En el misterio de la selva huraña.

Al tornar a la vida, recobrando
Una conciencia vaga;
Al volver a sentir que en sus pupilas
Las confusas miradas despertaban,

Las derramó en su torno; vió a su lado,
Entre la luz escasa,
Los viejos troncos, la maleza, el bosque,
Y por fin, en la sombra, a sus espaldas,

Con las negras pupilas luminosas
En lascivia empapadas,
Vió el rostro abigarrado del salvaje,
Que de su presa el despertar aguarda.

Una estúpida risa lo contrae
Con una mueca bárbara;
La cabellera rígida y oscura
Sobre el pintado rostro se derrama;

El cuerpo tiembla, y el jadeante aliento,
Al rozar la garganta,
Forma un sonido intermitente y áspero
Que se acelera, y al rugido alcanza.

El salvaje se ríe; de aquel bosque
Sólo él sabe la entrada;

El es *payé*; de *Añan-guazú* no teme
Los fuegos ni los pálidos fantasmas.

V

El grito de la virgen se ha extinguido.
Su cabeza, ocultada
En los brazos que oprimen las rodillas,
Todas las líneas de su cuerpo pálidas

Forman un nudo estrecho y tembloroso
Que se ve entre la grama,
Al través del cabello que lo envuelve
Como el ramaje al ave amedrentada;

Nudo ajustado apenas, que la mano
De un niño desatara;
Que defender no puede en aquel bosque
El tesoro que guarda.

Siente la virgen tras de sí el romperse
De sacudidas ramas,
Y oprime más sus trémulas rodillas,
Y así un gemido imperceptible lanza.

¿Qué pasa allí? La niña sólo siente
Dos rugidos que estallan,
Dos cuerpos que a su lado se desploman,
Y un grito sofocado a sus espaldas.

Después, por un instante, sólo escucha
Las hojas que conversan en voz baja...
Alguien también respira junto a ella...
¿Quién es? Nadie la ofende, todo calla.

No se atreve a mirar eso ignorado
Que siente allí, muy cerca, como zarpa
Ya dispuesta a caer; sus pensamientos
Comienzan a voltear en ronda vaga;

Sin rumbo se atropellan sus ideas;
El silencio la atruena; en su mirada
Las sombras se condensan; los rumores
Se alejan en tropel y a la distancia,

Parecen remedar voces confusas,
Indefinibles gritos o palabras;
Le falta tierra, y aire, y se desploma,
Y el nudo de sus brazos se desata.

Ha creído escuchar, al desplomarse,
Algo como un lamento a sus espaldas,
Y haber visto una sombra conocida
Llegarse hasta su lado sin tocarla.

VI

El indio Yamandú yace en el suelo.
En los ojos y el alma
Tiene la noche; su salvaje risa
Está en sus labios para siempre helada.

¿Quién es ese otro, pálido y convulso,
Que entre la hierba se alza,
Después que entre los dedos ha estrujado
De Yamandú el cacique la garganta?

¿Quién escuchó en el fondo de la selva
Temida de los talas

El grito de la virgen española
Indefensa y esclava?

¿Quién sino él? De pie, junto a la niña
Que inmóvil ve a sus plantas,
Como si el soplo de un ensueño frío
Por sus hinchadas venas circulara,

El indio Tabaré mira el cadáver
De Yamandú, y a Blanca,
Que cual visión dormida en la maleza
Se ofrece allí a sus ojos yerta y pálida.

Es él, es Tabaré, que hasta aquel bosque
Llevado fué por una fuerza extraña,
Y al despertar de su sopor, en brazos
De la cruz de la selva solitaria,

Sintió muy cerca, entre el rumor confuso
De ramas agitadas,
El grito de la virgen española,
De Yamandú bajo la horrible garra.

Saltó, como mordido, por el aire;
Saltó, y en la garganta
Del indio Yamandú clavó las manos,
Que sacudió con fuerza extraordinaria,

Hasta sentir la muerte entre sus dedos
Crispados por la rabia.
Dejó el cuerpo del indio estrangulado...
Se alzó... miró... la virgen allí estaba.

VII

E inmóvil, tembloroso,
El indio mira a Blanca,
Cual si la muerte asida a sus cabellos
Su oído con sus gritos desgarrara.

Y sigue el ruido sordo de las hojas
Que en voz baja se hablan
En ese idioma dulce y extranjero
En que hablan los crepúsculos al alma.

Y sobre el lecho de hojas y de espinas
La niña desmayada se destaca,
Y la ilumina el rayo compasivo
De la primera luz de la mañana.

.....

XIII

Blanca mira al salvaje, que persigue
Invisibles fantasmas.
Mucho más de una vida se refleja
En su pupila azul iluminada.

La extrema palidez que por sus miembros
Convulsos se derrama
Hace de él una sombra transparente,
Forma sin cuerpo, evocación fantástica.

XIV

En la mente del indio se disipan
Las visiones, y clava
Con larga intensidad en la española
Las pupilas ardientes y cansadas.

Sus ojos en los ojos de la niña
La mirada descansan;
Una gota de llanto brota en ellos
Y brilla tristemente en sus pestañas;

Y su voz se transforma, y suena dulce,
Como suenan las auras
En los bosques del *Hum*, cuando las sombras
Que durmieron en él se desparraman.

.....

Blanca lo escucha como se oye el eco
De canción olvidada,
Que en ráfagas acude a la memoria
Sin que la voz acierte a recordarla.

Pende en los labios de la absorta niña
La tímida palabra
De la trunca oración, y mira y sigue
Al indio con atónita mirada.

En sus ojos azules ha creído
Ver algo que esperaba;
Algo como la estrella de las tardes
Que en las riberas alumbró sus lágrimas.

Punto de luz en que miraba acaso
Aquella madre blanca
Que se acostó a morir bajo los ceibos,
Y en el dolor de su hijo despertaba.

La niña vió la luz en el abismo;
Y alguien que habló en su alma,
«Esa es, le dijo, tu soñada lumbre;
Pero ese abismo sólo Dios lo salva.»

Todo lo comprendió. Y amó a aquel hombre
Como las tumbas aman;
Como se aman dos fuegos de un sepulcro
Al confundirse en una sola llama;

Como de dos deseos imposibles
Se unen las esperanzas;
Cual se ama desde el borde del abismo
El vértigo que vive en sus entrañas.

CANTO QUINTO

I

¿Quién es ese indio pálido que cruza
Las lomas solitarias,
Y atraviesa el chircal y los bañados,
Y una virgen conduce en las espaldas?

Camina vacilante, como un ebrio;
En convulsiones rápidas
Se sacuden sus miembros, y en sus brazos
Oscila a veces la preciosa carga.

Es el indio imposible, el extranjero,
El salvaje con lágrimas;
La última gota de una sangre fría
Que aun no ha bebido la sedienta pampa.

II

El sol ha recorrido
La mitad de su marcha,
Y los viajeros sin cesar caminan
A través de las lomas solitarias.

Oyen por todas partes
La metálica voz de la chicharra,
Y al *mamangá* que zumba dando vueltas,
Y al *camoatí* que hierve entre las ramas;

El trémulo volido
De la perdiz lejana,
Y en el quebracho el golpe vigoroso
Del *carpintero*, leñador con alas.

El aire está poblado
De susurros que pasan;
Como en un velo de cristal envuelto
El campo brilla entre aureolas diáfanas.

Con intervalos breves
Del arbusto en las ramas
Su cantarcillo igual lanza el chingolo,
Prolongando la nota con que acaba;

Y se oye repetida
A diversas distancias
La misma melodía quejumbrosa,
Que va, viene, contesta, ruega o llama.

El zorro entre las chircas
La larga cola arrastra

Huyendo a saltos y volviendo a veces
El puntiagudo hocico entre las zarzas ;

La pesada cabeza
Inclina el cardo seco ; de su blanda
Plumazón se desprenden las semillas
Como enjambres de estrellas apagadas,
Que vuelan en flotantes remolinos,
O en el suelo se arrastran ;
Se detienen, y emprenden nuevamente
El camino sin rumbo, atolondradas.

Y con Blanca en los brazos
El indio no descansa ;
Camina lento, sin cesar camina
Dejando atrás las lomas solitarias.

.....
Y sigue, y sigue, y cruza, unas tras otras,
Las colinas desiertas ;
Se pierde en el cardal de las cañadas,
Y aparece, de nuevo, allá en la cuesta.

VII

.....
Blanca mira al charrúa. Con el dedo
Éste a la virgen muestra
Una columna de humo que a lo lejos
Sobre la masa de árboles se eleva.

¡El Uruguay!

¡San Salvador!

La niña

Una mirada intensa
Ha clavado en los ojos del charrúa
Azules y tristísimos. La estrella

Brillaba en ellos, pálida, lejana,
Agonizante y trémula,
La estrella solitaria de las tardes
Que las colinas últimas pasea.

El indio miró a Blanca, y sobre el pecho
Inclinó la cabeza;
Su mirada era fría y extenuada,
Cual la última que envía entre las breñas

El inerme venado que allí muere
Sin lanzar una queja,
Lamiéndose la herida dolorosa,
Y ya sin sangre, en su costado abierta.

.....

Su cuerpo helado descendió la loma
Con la española a cuestras,
Cuyos largos sollozos resonaban
En la salvaje soledad desierta.

Y el grupo aquel, atravesando el llano
En siniestra carrera,
Como la sombra que en el suelo cruza
De obscura nube que los vientos llevan,

Se hundió en la sombra de cercano bosque,
Cuyos talas y ceibas
Parecieron cerrarse tras el paso
Del indio y la española.

Tal se cierran

Las aguas o el sepulcro, en cuyo seno
Se hunden o se despeñan
La flor que se desprende de su rama,
Y el hombre que resbala de la tierra.

CANTO SEXTO

I

El sol va descendiendo lentamente,
Y sus rayos oblicuos,
Como ligeros seres embozados
En diáfanos cendales amarillos,

Van y vienen, flotando entre los árboles,
Se bañan en el río,
Se arrastran por el campo, o escondiendo
El rastro de su vuelo fugitivo,

Van a posarse en el ombú lejano,
A cuyo lado mismo
El *urunday*, envuelto en los vapores,
Duerme a la sombra el sueño vespertino.

En la nube de bordes inflamados,
De su agrandado disco
El sol oculta una mitad; la otra
Alumbra el campo con su triste brillo.

Al desprenderse entero de las nubes,
Desciende como el ígneo
Escudo de batalla de un arcángel
Que cruza lentamente lo infinito,

Dejando tras de sí por los espacios
Sobre un campo rojizo
Trozos inmensos de armaduras de oro
Y jirones de púrpura encendidos.

Los rumores del valle se evaporan;
Los vientos han huído
A echarse fatigados en las islas,
Donde, a poco volar, duermen tranquilos.

IX

Por allá, entre los árboles,
Apareció un momento
Tabaré conduciendo a la española,
Y en la espesura se internó de nuevo.....

Grito de rabia y júbilo
Lanzó Gonzalo al verlo,
Y como empuja el arco a la saeta
De su ciega pasión lo empujó el vértigo.

Los ruidos de su arnés y de sus armas,
Al chocar con los árboles, se oyeron
Internarse saltando entre las breñas
Y despertando los dormidos ecos.

Han seguido al hidalgo
El monje y los soldados. Allá adentro
Se va apagando el ruido de sus pasos;
El aire está y los árboles suspensos...

Un grito sofocado
Resuena a poco tiempo;

Tras él clamores de dolor y angustia
Turban del bosque el funeral silencio...

.....

X

¡ Cayó la flor al río !
Los temblorosos círculos concéntricos
Balancearon los verdes camalotes
Y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro
Engendraron un lirio amarillento.
Tuvo el perfume de la flor caída,
Su misma extrema palidez... ¡ Han muerto !

Así el himno cantaban
Los desmayados ecos ;
Así lloraba el *urutí* en las ceibas
Y se quejaba en el sauzal el viento.

XI

Cuando al fondo del soto
El anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
Yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

La espada del hidalgo
Goteaba sangre que regaba el suelo ;
Blanca lanzaba clamorosos gritos...
Tabaré no se oía... Del aliento

De su vida quedaba
Un estertor apenas, que sus miembros

Extendidos en tierra recorría,
Y que en breve cesó... Pálido, trémulo,

Inmóvil, don Gonzalo,
Que aun oprimía el sanguinoso acero,
Miraba a Blanca, que poblando el aire
De gritos de dolor, contra su seno

Estrechaba al charrúa
Que dulce la miró, pero de nuevo
Tristemente cerró, para no abrirlos,
Los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre
Al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca desde la tierra lo llamaba;
Lo llamaba, por fin, pero de lejos...

Ya *Tabaré* a los hombres
Ese postrer ensueño
No contará jamás... Está callado,
Callado para siempre, como el tiempo,
Como su raza,
Como el desierto,
Como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!

XII

Ahogada por las sombras
La tarde va a morir. Vagos lamentos
Vienen de los lejanos horizontes
A estrecharse en el aire entre los ceibos.

Espíritus errantes e invisibles

Desde los cuatro vientos,
Desde el mar y las sierras, han venido
Con la suprema queja del desierto:

Con la voz de los llanos y corrientes,
De los bosques inmensos
De las dulces colinas uruguayas
En que una raza dispersó sus huesos;

Voz de un mundo vacío que resuena;
Raro acorde, compuesto
De lejanos cantares o tumultos,
De alaridos, y lágrimas, y ruegos.

El sol entre los árboles
Ha dejado su adiós más lastimero,
Triste como la última mirada
De una virgen que muere sonriendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
Largos crespones negros;
Cuelgan entre los árboles las sombras
Que, como aves informes, van cayendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
Tules amarillentos;
Cuelgan entre los árboles los últimos
Lampos de luz, como sudarios trémulos.

La luz y las tinieblas en los aires
Batallan un momento;
Extraña y negra forma cobra el bosque...
La noche sin aurora está en su seno.

Y cual se oyen gotear tras de la lluvia,
Después que cesa el viento,
Las empapadas ramas de los árboles,
O los mojados techos,

Brotan del bosque, en que el callado grupo
Está en la densa obscuridad envuelto,
Ya un metálico golpe en la armadura
Del capitán o de un arcabucero ;

Ya un sollozo de Blanca, aun abrazada
De *Tabaré* con el inmóvil cuerpo,
O una palabra trémula y solemne
De la oración del monje por los muertos.

JULIO HERRERA Y REISSIG

(Uruguayo — 1873-1909)

EL CONSEJO

El astrónomo, el vate y el mentor se han reunido...
La montaña recoge la polémica agreste :
Y en el aire sonoro de campana celeste
Las tres voces retumban como un solo latido.

Conjeturan fiebrosos del principio escondido...
Luego el mago predice la miseria y la peste ;
El poeta improvisa, mientras, vuelto al Oeste,
El astrónomo anuncia que en Hispania ha llovido.

Ebrios de la divina majestad del tramonto,
Los discursos se agravan... Es ya noche. De pronto,
Arde en fuga una estrella... Interrogan sus rastros

Cual mil ojos abiertos al Enigma Infinito :
Se hace triple el silencio del consejo erudito...
Dedos entre la sombra se alzan hacia los astros.

EBRIEDAD

Apurando la cena de aceitunas y nueces
Luth y Cloe se cambian una tersa caricia ;

Beben luego en el hoyo de la mano, tres veces,
El agua azul que el cielo dió a la estación propicia.

Del corpiño indiscreto, con ingenua malicia,
Ella deja que alumbren púberas redondeces.
Y mientras Luth en éxtasis gusta sus embriagueces,
Cloe los bucles pálidos del amante acaricia.

Anochece. Una bruma violeta hace vagos
El aprisco y la torre, la montaña y los lagos...
Sofocados de dicha, de fragancias y trinos,

Ella calla, y apenas él suspirala: ¡ Oh Cloe!
Mas de pronto se abrazan, al sentir que un oboe
Interpreta fielmente sus silencios divinos!

LA ZAMPOÑA

Lux no alisa el corpiño, ni presume en la moña;
Duda y calla cruelmente, y en adustos hastíos
Sus encantos se apagan con dolientes rocíos,
Y su alma en precoces desalientos, otoña.

Job también hace tiempo receloso emponzoña
Sus ariscos afectos con presuntos desvíos;
Y a la luna y durante los ocasos tardíos
Da en contar sus dolencias a la buena zampoña.

En casa, las amigas de Lux le hacen el santo,
La obsequian y la adulan... Bulle la danza, en tanto
Lux rie. Su hermosura esa noche destella...

Mas de pronto se vuelve con nervioso desvelo,
La cabeza inclinada y los ojos al cielo,
Pues ha oído que llora la zampoña por ella!

ILUMINACIÓN CAMPESINA

Alternando a capricho el candor de sus prosas,
Ruth sugiere a la cítara tan augustos momentos!
Y Fanor en su óboe de aterciopelamientos
Plañe bajo el ocaso de oro y de mariposas...

Ante el genio enigmático de la hora, sedientos
De imposible y quimera, en el aire de rosas,
Ponen largo silencio sobre los instrumentos,
Para soñar la eterna música de las cosas.

Largas horas, en trance de eucarísticos miedos,
Amortiguan los ojos y se enlazan los dedos...
— ¡Dulce amigo! — ella gime, y Fanor : — ¡ Oh mi amada !

Y la noche inminente lame sus mansedumbres...
De pronto, como bajo la varilla de un hada,
Fuegos, por todas partes, brotan sobre las cumbres.

EL JURAMENTO

A plena inmensidad, todas las cosas
Nos efluvieron de un secreto mago.
Walter Scott erraba sobre el lago,
Y Lamartine soñaba entre las rosas...

Los dedos en prisiones temblorosas, —
Nos henchimos de azul éxtasis vago,
Venciendo a duras penas un amago
Inefable de lágrimas dichasas.

Ante Dios y los astros, nos juramos
Amarnos siempre como nos amamos...
Y un astro fugitivo, aquel momento,

Sesgó de plano a plano el Infinito,
Como si el mismo Dios hubiera escrito
Su firma sobre nuestro juramento!...

EL MONASTERIO

A una menesterosa disciplina sujeto,
Él no es nadie, él no luce, él no vive, él no medra.
Descalzo en dura arcilla, con el sayal escueto,
La cintura humillada por borlones de hiedra...

Abatido en sus muros de rigor y respeto
Ni el alud, ni la peste, sólo el Diablo le arredra;
Y como un perro huraño, él muerde su secreto,
Debajo su capucha centenaria de piedra.

Entre sus claustros húmedos, se inmola día y noche
Por ese mundo ingrato que le asesta un reproche...
Inmóvil ermitaño sin gesto y sin palabras,

En su cabeza anidan cuervos y golondrinas,
Le arrancan el cabello de musgo algunas cabras,
Y misericordiosas le cubren las glicinas.

CARLOS GUIDO ESPAÑO

(Argentino — 1827-1918)

AMIRA

¿ Conocéis a la rubia y tierna Amira ?
¡ Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego !
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
Hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna
Entre el verde juncal, no es más gallardo :
Espira un vago resplandor de luna,
Tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar ; la mente se colora
De su candor al virginal destello ;
Se sueña con las rosas, con la aurora,
Con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste,
Siguiéndola invisible, la perfuma,
Y que su blanca y ondulante veste
Por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la vi pasar en lontananza,
E imaginó mi alma entristecida,
Era el ángel de la última esperanza
Que buscaba el sepulcro de mi vida.

NENIA

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora, urutaú⁽¹⁾
En las ramas del yatay,⁽²⁾
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú:
Llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra, y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Sólo amargas penas hay;
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ubirapitá,
Mi novio, que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ubirapitá!

(¹) *Urutaú*: ave de dulcísimo canto.

(²) *Yatay*: palmera.

Rasgado el blanco tipoy ⁽¹⁾
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá ⁽²⁾
No pudiéndolo rendir;
Él fué el último en salir
De Curucú y Humaitá;
¡Lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití!
¡Por qué, cielos, no morí!

¡Llora, llora, urutaú,
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú:
Llora, llora, urutaú!

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.

(1) *Tipoy*: saya blanca que usan las paraguayas.

(2) *Cambá*. los negros.

Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
Él es quien nos reúne y nos escuda,
Quien puso en nuestros labios la sonrisa,
Da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.*
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren a las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber. En ella
El despotismo estúpido se estrella:
De la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado;
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.

A MI HIJA MARÍA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija: placidez, candor;
Luz en la noche triste del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
Modestia, gentileza, suavidad;
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón, la tez;
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smyrna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamaránla su hermana;
La clara fuente, ninfa; el campo, flor;
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva sombría el ruiñeñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
Ó la profunda inmensidad del mar.

Á su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva
Remontando a la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sion
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina a recibirme avanza,
La imagino, en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofía!...
¿Por qué tan sola te dejé partir?...

La que mimara infante, es virgen pura
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, fuente de ternura,
En mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáronme los pies;
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén, que el templo está derruido;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;
La campiña a tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la ágreste vid:
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo:
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tu empiezas, yo termino la jornada:
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Estrella solitaria de la tarde,
De los cielos viajera misteriosa,
Que desde el éter puro fulgurosa
Al alma el fuego irradias en que arde —
Estrella solitaria de la tarde!

¿Qué augusta pena su palor te imprime,
Con que hasta el fondo del recuerdo brillas,
Cuando del mar absorto en las orillas?
Mudo contemplo tu beldad sublime?
¿Qué augusta pena su palor te imprime?

De los dulces ensueños blanca aurora,
De la esperanza refulgente faro,
Al infeliz amante eres amparo
Que en ti da cita a la que tierno adora,
De los dulces ensueños blanca aurora!

Cuando al cenit magnífica te encumbras,
Vuelve el pastor del hato a su cabaña,
Se recuerda a la patria en tierra extraña,
En el piélago undoso al nauta alumbras,
Cuando al cenit magnífica te encumbras.

¡Límpida estrella de esplendor celeste,
Estrella del amor! mis pasos guía,
Tus rayos esparciendo y tu armonía
De mi existencia en el desierto agreste,
Límpida estrella de esplendor celeste!

Al fulgor de tus pálidos zafiros,
Sobre la humilde fosa que me guarde,
A ti mi alma en la tranquila tarde
Suba del aura envuelta en los suspiros,
Al fulgor de tus pálidos zafiros.

Fijando la mirada en tu aureola,
Si la precedo acaso en la partida,
Mi amiga fiel recuerde enternecida

Que en el valle del llanto amé a ella sola,
Fijando la mirada en tu aureola.

Preside dulcemente a su destino,
Tú que del monte Oreb en las alturas
Brillaste, y en las bíblicas llanuras
De Senaar con resplandor divino,
Preside dulcemente a su destino.

¡Eterna luce, hermosa y rutilante,
Lágrima ardiente del Inmenso; inflama
Los castos pensamientos y derrama
La ilusión, la esperanza al pecho amante:
¡Eterna luce, hermosa y rutilante!

RAYOS DE LUNA

¡Oh blanca reina del alto cielo
Que en carro ebúrneo triste paseas!
Tú a quien preceden vívidas teas,
Mi selva oscura viste de luz.
Y allí apacible, dulce y sin velo,
De sus misterios reveladora,
Sé de mis sueños cándida aurora,
Nimbo suave de aislada cruz.

Alumbra el fondo de aquel paisaje,
Donde entre zarzas vense esparcidas
Ruinas humildes, tumbas queridas,
Que sollozando guarda el amor.
Ellas señalan el largo viaje

De que he vencido rudas jornadas :
Marché por sendas no frecuentadas,
Fiado en mi estrella y en mi valor.

¡Cuántos azares! De suerte escaso,
Mantuve siempre la frente altiva ;
Si la fortuna se mostró esquiva,
Jamás ante ella me prosterné.
Tenues celajes que ya al ocaso
Llego, me anuncian, de mi existencia ;
Suenen la hora, pronto a la ausencia,
Sin un lamento me alejaré.

¿Quién ¡ay! entonces de mi destino
Traerá a la mente la vaga historia?
Sombra que pasa, humo es la gloria,
Su edén soñado, quimera al fin.
Luna que esparce fulgor divino,
La dicha dura solo un momento :
Ninguna antorcha resiste al viento ;
Rotas las copas cesa el festín.

Yo luché un día... Quedé tendido,
Del casco de oro la sien desnuda ;
Débiles ecos del harpa hoy muda
Por esos campos muriendo van.
¿Mas dónde el numen fortalecido
Con el aliento de la esperanza?
Plegó sus alas ; la noche avanza :
¡Luna amorosa, templa mi afán!

De tu diadema de nácar, dame
Por que me inspire, blandos reflejos;
Vibre armonioso mi canto lejos,
Al arte, al mundo, postrer adiós.
Que en él en limpias ondas derrame
Su savia toda, contrita el alma:
A otros del triunfo la verde palma;
A mí el silencio, las sombras, Dios!

RICARDO GUTIÉRREZ

(Argentino — 1836-1896)

LA ORACIÓN

Oye la voz con que a los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
¡ Oh mortal criatura!
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,
¡ Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma,
Al eco universal de tu tristeza!
¡ Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve,
En tu misterio la esperanza bebe
La majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde a la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la creación, en éxtasis caída,
Como arpa eolia su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento
Hasta el desierto de las playas solas
Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña,
Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occidente.

El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
Entre la selva amiga,
De extraño afán y mansedumbre lleno:
El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
Sobre el ave salvaje
Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

¡ Soledad, soledad ! Sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo:
Parece que dijera
« ¡ Silencio ! » a la Creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada

Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el cenit del orbe
Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
Y de sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
¡Oh criatura humana!
Y oye ese canto que te llama al cielo.

¡Oh tarde majestuosa,
Cómo muestras a Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
Habla una voz que al corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano,
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida
Su secreto murmullo,
¡Oh! de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba:
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma a las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;
Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime;
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama;
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia;
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña
Y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
La soledad, como un fantasma, mira,
Y resucita, y se estremece, y gira
La vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatura!
¿No siente a Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
Aspira a Él tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento

En el fulgor de tu primer estrella!
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en tu seno una armonía, siento
Como un ángel que llora...
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

LA HERMANA DE LA CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que oras
Junto al desierto lecho del que expira?
¿Quién eres tú, que lloras
Por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
Ángel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido
Y patria en fin del huérfano y el triste,
¿De qué estrella caíste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?
¡Oh, qué caudal de abnegación encierra,
Que no acaba, regado
Sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más, que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura...
Te adivina mi alma...
¡Eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres,
Y los vivos albores
De la ilusión galana
No alumbran el Edén de tus amores.

Y tu rostro tan bello
No es flor del mundo en el jardín viviente,
Y tu blondo cabello
En ondas melancólicas caído,
No es tesoro de un labio enardecido
Ni espléndida corona de tu frente.

Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan sólo a Dios y al moribundo mira.
Y la frescura de tus labios rojos
Sólo se va perdiendo y marchitando
La helada cruz besando
Y la pálida frente del que expira.

¡Oh! ¿qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
En el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
A cambio de él el corazón olvida?

Ángel de caridad! alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada!
Eres flor bendecida,
Bajo la sombra de la cruz nacida
Donde expiraba el Salvador del mundo.

Tu enternecido corazón sublime
Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
Y allí un pan y allí un cobre
Aquel que con el hambre se devora.

Allí muertos de frío
Van a llamar el huérfano y la viuda
Con la carne desnuda
Y el pie despedazado
Bajo la noche del invierno impío,
Sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
Se pára junto al lecho de la vida,
Lleva su labio inerte
El que está solo en su dolor horrendo,
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo
Sin pedir ni una lágrima a la tierra;
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero.

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,
Seco también las lágrimas del suelo
Y cierro las heridas de la carne.
Como tú las del alma!

Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linaje humano.
¡Ay! sólo pide mi ambición precaria
Que en el último asiento del camino
Pongas en mí tu mano
Y levantes mi vida en tu plegaria.

EZEQUIEL

(LA FIBRA SALVAJE)

I

Monje de los altares,
Muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
De recuerdos el alma y de pesares?...
Muy larga es tu oración! Pasó la hora
Del rezo y la plegaria;
La campana sonora
Apagó ya su lamentable acento,
Y en las tranquilas celdas del convento
Reina la triste noche solitaria.

Extraña es tu plegaria,
Y el claustro helado y lóbrego y desnudo
No es tampoco un altar: tú no te humillas,
No ruegas de rodillas,
Y estás de pie reconcentrado y mudo...

Fúnebre capuchino,
Tú no invocas a Dios... marchas, te agitas,
Te paras, vacilante en tu camino,
Sonríes brutalmente,
Te golpeas la frente
Y meditas, meditas
Bajo la angustia que tu alma ahoga
Y tu soberbio corazón revienta:
¡Ah! te conozco, masa de tormenta,
Que sobre el mar de las pasiones boga.

II

Él es fray Ezequiel. Su altiva talla
Sobre el pilar del claustro se dibuja
Entre sus blancos hábitos envuelta
Como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho, que el respiro agita,
Con salvaje ademán los brazos junta,
Y fijando en la tierra la mirada
Como en la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo
Con que el recuerdo al corazón alumbra;
Ojo de la conciencia que despierta
Y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
Pálida y fría, penetrante y dura;
No mira con sus ojos, amenaza:
Su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que palidece cuanto mira
Como el fulgor que la tormenta anuncia,
Y en el primer relámpago que enciende
La formidable tempestad derrumba.

III

Él es! Sobre su frente tenebrosa,
Bajo el plegado capuchón, se alcanza
La arruga cruel que el pensamiento deja
Como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo
Entre los claustros del convento vaga,
O caminando en su desierta celda
Las mudas horas de la noche pasa.

Como un extraño entre los otros vive
Y en su fría reserva se amuralla;
No sonríe jams  su labio inmóvil,
Y es breve y altanera su palabra.

 l consagra la misa sin reproche
Cuando el servicio del altar le llama,
Pero hay entonces en su aspecto rudo
Como una distracción tenaz y extraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
No se escucha su voz en la plegaria,
Y en insondable reflexión perdido
Queda cuando los otros se levantan.

Sólo el silencio le despierta entonces,
Y bajo un golpe de temblor se pára,
Como si acaso, de su cuerpo ausente,
Volviera a entrar en su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño,
Y le abandona al despuntar el alba
Que entra en su celda, sorprendiendo a veces
La temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el Salmista
Con lo que el tiempo de su insomnio mata;
Son las mundanas hojas de la historia
O el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
Rueda el ojo feroz brotando llama,
Y al agitar la juvenil cabeza
Derrumba el capuchón sobre la espalda.

Negro como sus ojos, su cabello
En negligentes ondas se derrama,
Y las soberbias líneas del semblante
Con salvaje vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista alumbra
El tinte americano de su raza,
Que sobre el rostro pálido se cierne
Para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
Con el primer fulgor de la mañana,
Y a largo paso infatigable trepa
La cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
O el espantoso abismo de la falda,
O inmóvil como el genio de las rocas
Hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna a su convento humilde
Y en su más hosca agitación se entraña,
Como si en las grandezas de la cumbre
Algún soplo satánico aspirara.

El monje anciano con piedad le mira,
Y huye el novicio de él cual de un fantasma,
Cuando, en la tarde, del tranquilo huerto
Pasea en derredor su vista huraña.

¿Qué horrible pensamiento, qué desdicha.
Cruza aquel corazón como una espada?
¿Qué formidable golpe de tormenta
Su vida entera sin reposo asalta?

Nadie a afrontar su intimidad se atreve,
Su gesto es como el bote de una lanza,
Y hay algo en él que revelar parece
Que aquella tempestad le arrulla el alma.

HILARIO ASCASUBI

(Argentino — 1807-1875)

LA MADRUGADA

(SANTOS VEGA O LOS MELLIZOS DE LA FLOR)

Como no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venía clariando el cielo
La luz de la madrugada,
Y las gallinas al vuelo
Se dejaban cair al suelo
De encima de la enramada.

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansí que su luz subía,
La noche obscura al poniente;
Tenebroso descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,

Alumbrando el campo entero,
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
Por San Borombón cruzaba
Sahumado, por que llegaba
De Buenos Aires, la corte
Que entredormida dejaba.

Ya también las golondrinas,
Los cardenales y horneros,
Calandrias y carpinteros,
Cotorras y becasinas
Y mil loros barranqueros,

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada ;

Y cantando sin cesar
Todo el pago alborotaban,
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la pampa brotaba,
Al tiempo que coronaba
Los montes a la distancia
Un resplandor que encantaba ;

Luz brillante que allí asoma
El sol antes de nacer;
Y entonces da gozo el ver
Los gauchos sobre la loma
Al campiar y recoger;

Y se vían alegrones
Por varios rumbos cantando,
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y escarciendo;

Y entre los recogedores
También sus perros se vían
Que retozando corrían
Festivos y ladradores,
Que a las vacas aturdían.

Y embelesaba el ganao
Lerdiando para el rodeo,
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro plantao
Dir cantando un venteveo;

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara,
Porque las orejas pára
Mansita, cual si quisiera
Que el ave no se asustara.

Ansí, a la orilla del fango
Del bañado, la mas blanca
Y cosquillosa potranca

Ni mosquea si un chimango
Se le deja cair en la anca.

Solos, pues, sin albeldrío,
Estaban los ovejeros
Cuidando de los chiqueros,
Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos.

Después, en San Borombón
Todo a esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba ;

Y la sombra que de aquella
Sobre el pastizal refleja,
Tan rápida que asemeja
Un relámpago o centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas mezclaos ;
Y allá lejos encelaos
Los baguales contestaban
Todos desasosegaos.

Ansí los ñacurutuces
Con cara fiera miraban
Que esponjados gambetiaban
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban,

Al concluir la recogida,
Cuando entran a corretiarlos;
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquellos de una tendida
Se divierten en cociarlos.

Y de ahí, los perros trotiando
Con tanta lengua estirada
Se vienen a la carniada,
Y allí se tienden jadiando
Con la cabeza ladiada;

Para que las criaturas
Que andan por allí al redor,
O algún mozo carniador,
Les larguen unas achuras,
Que es bocado de mi flor

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día,
En que el payador debía
Hacer la continuación
Del cuento aquel que sabía.

EL INDIO BORRACHO

(SANTOS VEGA O LOS MELLIZOS DE LA FLOR)

Sucedió en una ocasión,
Que los indios atacaron
Al Salto y se retiraron
Muy cerca de la oración,

Que un indio algo vejancón
Medio mamao se metió
Entre un cardal y topó
A una mujer escondida,
Cuasi a oscuras, y en seguida
En 'ancas se la montó.

La hembra se dejó cargar
Más callada que un dijunto,
Y el pampa con ella al punto
Alegre echó a caminar;
Y a cada rato al marchar,
Pedía el indio: «da beso»,
Y dando vuelta el pescuezo
A su cautiva besaba,
La cual al indio pensaba
Enternecerlo con eso.

Seguía el pampa y seguía
A besos que se pelaba,
Mientras la marcha duraba,
Hasta que allá al ser de día
Se dió güelta... y ¡Virgen mía!
Con una vieja se halló,
Tan fiera, que se espantó,
Pues sin volverla a mirar,
El indio por disparar
Hasta la chuza largó.

La vieja despatarrada
Por los garrones salió
Del pingó, que la solfió
Largándole una patada,

Siendo tan afortunada
Que ni el pelo le tocó,
Y felizmente cayó
Al pie de una vizcachera,
Donde más que de carrera
De cabeza se metió.

Metida allí en lo profundo
De la covacha rezando
Se aguantaba, no pensando
Salir ese día al mundo;
Pero, a la siesta, iracundo
Un vizcachón la mordió,
Y echando diablos salió
La vieja toda embarrada,
Y así descuajeringada
Para el Salto enderezó.

LA REFALOSA

Amenaza de un mazorquero y degollador de los sitiadores de Montevideo dirigida al gaucho JACINTO CIELO, gacetero y soldado de la *Legión Argentina*, defensora de aquella plaza

(PAULINO LUCERO)

Mirá, gaucho salvajón
Que no pierdo la esperanza,
Y no es chanza,
De hacerte probar qué cosa
Es *Tin tin y Refalosa*.

Ahora te diré cómo es:
Escuchá y no te asustés;
Que para ustedes es canto
Más triste que Viernes Santo.

Unitario que agarramos
Lo estiramos;
O paradito no más,
Por atrás
Lo amarran los compañeros,
Por supuesto, *mazorqueros*,
Y ligao
Con un *maniador* doblao,
Ya queda codo con codo
Y desnudito ante todo.
¡ Salvajón !
Aquí empieza su aflicción.

Luego después, a los pieses
Un sobeo ⁽¹⁾ en tres dobleces
Se le atraca,
Y queda como una estaca
Lindamente asigurao,
Y parao
Lo tenemos clamoriando;
Y como medio chanciando
Lo pinchamos,
Y lo que grita, cantamos
La *refalosa* y *tín tín*,
Sin violín.

(1) *Sobeo* : sogá de cuero pelado y torcido.

Pero seguimos el són
En la vaina del latón
Que asentamos
El cuchillo, y le tantiamos
Con las uñas el cogote.
¡Brinca el salvaje vilote ⁽¹⁾
Que da risa!
Cuando algunos en camisa
Se empiezan a revolcar,
Y a llorar,
Que es lo que más nos divierte;
De igual suerte
Que al Presidente le agrada,
Y larga la carcajada
De alegría
Al oír la musiquería
Y la broma que le damos
Al salvaje que amarramos

Finalmente:
Cuando creemos conveniente,
Después que nos divertimos
Grandemente, decidimos
Que al salvaje
El resuello se le ataje;
Y a derechas
Lo agarra uno de las mechas,
Mientras otro
Lo sujeta como a potro
De las patas,
Que si se mueve es a gatas.

(1) *Vilote* : cobarde.

Entre tanto,
Nos clama por cuanto santo
Tiene el cielo;
Pero ahí no más por consuelo
A su queja,
Abajito de la oreja
Con un puñal bien templao
Y afilao
Que se llama el *quita penas*,
Le atravesamos las venas
Del pescuezo.

¿Y qué se le hace con eso?
Larga sangre que es un gusto,
Y del susto
Entra a revolver los ojos.
¡Ah, hombres flojos!
Hemos visto algunos de estos
Que se muerden y hacen gestos
Y visajes,
Que se pelan los salvajes,
Largando tamaña lengua;
Y entre nosotros no es mengua
El besarlo,
Para medio contentarlo.

¡Qué jarana!
Nos reimos de buena gana
Y muy mucho,
De ver que hasta le da chucho;
Y entonces lo desatamos
Y soltamos;

Y lo sabemos parar
Para verlo REFALAR
 En la sangre!
Hasta que le da un calambre
Y se cai a pataliar
 Y a temblar
Muy fiero, hasta que se estira
El salvaje: y lo que expira,
 Le sacamos
Una *lonja*, que apreciamos
 El sobarla,
Y de manea gastarla.

De ahi se le cortan orejas,
Barba, patillas y cejas;
 Y pelao
Lo dejamos arrumbao,
Para que engorde algún chancho
 O carancho.

.....

Con que ya ves, salvajón;
Nadita te ha de pasar
Después de hacerte gritar
! Viva la Federación ;

ESTANISLAO DEL CAMPO

(Argentino — 1834-1880)

FAUSTO

IMPRESIONES DEL GAUCHO ANASTASIO EL POLLO EN LA
REPRESENTACIÓN DE ESTA ÓPERA

(FRAGMENTOS)

I

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caia al bajo al trotecito
Y lindamente sentao
Un paisano del Bragao
De apelativo *Laguna*,
Mozo ginetazo ¡ ahijuna !
Como creo que no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

¡ Ah criollo ! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
A la rienda obedecía ;
De suerte que se creería
Ser no sólo arrocinao,

Sino también del recaó
De alguna moza pueblera :
¡ Ah Cristo ! ¡ quién lo tuviera !...
¡ Lindo el overo rosao !

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,
Le iba sonando al overo
La plata que era un primor ;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traia el hombre un Potosí :
¡ Qué !... Si traia, para mí,
Hasta dé plata las bolas !

En fin : como iba a contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó a desensillar.
En esto dentró a orejiar
Y a resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Mas allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano
— ¡ Vaya, ZAFIRO ! ¿ qué es eso ?
Y le acarició el pescuezo
Con la palma de la mano.
Un relincho soberano
Pegó el overo que vía

A un paisano que salía
Del agua en un colorao,
Que al mesmo overo rosao
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó
Media güelta dió Laguna,
Y ya pegó el grito: — ¡ Ahijuna,
¿ No es el Pollo ?

— Pollo no,
Ese tiempo se pasó
(Contestó el otro paisano),
Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las púas como anzuelo,
Y a quien ya le niega el suelo
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron
Tal abrazo con Laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron.
Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimiao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,
Visto que la refregaba
En la crin del colorao.

— Velay, tienda el cojinillo
Don Laguna, sientesé,
Y un ratito aguardemé
Mientras maneo el potrillo.

Vaya armando un cigarrillo
Si es que el vicio no ha olvidao :
Ahi tiene contra el recaó
Cuchillo, papel y un naco :
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

— Vaya, amigo, le haré gasto...
— ¿No quiere maniar su overo ?
— Déjelo a mi parejero,
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
Mi cuñao se desmayó ;
A los tres días volvió
Del insulto, y crea, amigo,
Peligra lo que le digo :
El flete ni se movió.

— ¡ Bien aiga gaucho embustero !
¿ Sabe que no me esperaba
Que soltase una *guayaba*
De ese tamaño, aparcero ?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseño,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,
El fin del mundo, por cierto,
Me lo encuentra allí parao.

— Vean como le buscó
La güelta... ¡ bien aiga el Pollo !
Siempre larga todo el rollo

De su lazo. .

— ¡ Y cómo no !

¿ O se ha figurao que yo

Ansina no más las trago ?

¡ Hágase cargo !...

— Ya me hago...

— Prieste el juego...

— Tomeló.

— Y aura le pregunto yo:

¿ Qué anda haciendo en este pago ?

— Hace como una semana

Que he bajao a la ciudá,

Pues tengo necesidá

De ver si cobro una lana;

Pero me andan con *mañana*,

O no hay plata, y venga luego:

Hoy no más cuasi le pego

En las aspas con la argolla

A un gringo, que aunque es de embrolla,

Ya le he maliciao el juego.

— Con el cuento de la guerra

Andan matreros los cobres.

— Vamos a morir de pobres

Los paisanos de esta tierra.

Yo cuasi he ganao la sierra

De puro desesperao...

— Yo me encuentro tan cortao,

Que a veces se me hace cierto

Que hasta ando jediendo a muerto...

— Pues yo me hallo hasta *empeñado*.

— ¡ Vaya un lamentarse ! ¡ Ahijuna!...
 Y eso es de vicio, aparzero ;
 A usted lo ha hecho su ternero
 La vaca de la fortuna.
 Y no llore, Don Laguna,
 No me lo castigue Dios ;
 Si no comparemoslos
 Mis tientos con su chapiao,
 Y así en limpio habrá quedao
 El más pobre de los dos.

— ¡ Vean si es escarbador
 Este Pollo ! ¡ Virgen mía !
 Si es pura chafalonía...
 — Eso sí, siempre pintor !
 — Se la gané a un jugador
 Que vino a echarla de *giüeno*.
 Primero le gané el freno
 Con riendas y cabezadas,
 Y en otras cuantas jugadas
 Perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿ Y sabe lo que decía
 Cuando se vía en la mala ?
El que me ha pelao la chala
Debe tener brujería.
 A la cuenta se creería
 Que el Diablo y yo...

— ¡ Callesé,
 Amigo ! ¿ no sabe usted
 Que la otra noche lo he visto
 Al demonio ?

— ¡Jesucristo!...

— Hace bien, santigüesé.

— Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
Pero no importa, le ruego
Que me dentre a relatar,
El cómo llegó a topar
Con el *malo*. ¡Virgen Santa!
Sólo el pensarlo me espanta...
— Güeno, le voy a contar;
Pero antes voy a buscar
Conque mojar la garganta.

.....

II

— Como a eso de la oración,
Aura cuatro o cinco noches,
Vide una fila de coches
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor
Como hacienda amontonada,
Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar
Y a punta de hombro y de codo
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y di güelta... ¡Cristo mío!

Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja
Que le había dao el mal...
— Y si es chico ese corral
¿A qué encierran tanta oveja?

— Ahí verá: por fin, cuñado,
A juerza de arrempujón
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del canzoncillo
Hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñado,
De toda esta desventura,
El puñal de la cintura
Me lo habían refalao.

— Algún gringo como luz
Para la uña ha de haber sido.
— ¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida dentré,
Y una escalera trepé
De ciento y un escalón.

Llegué a un alto, finalmente,
Ande va la paisanada,
Que era la última camada
En la estiva de la gente.

Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe la banda,
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo
Que a dentrar con flete y todo
Me aventa, creameló.

Atrás de aquel cortinao
Un Dotor apareció,
Que asigún oí decir yo,
Era un tal *Fausto* mentao.

— ¿Dotor dice? Coronel
De la otra banda, amigazo,
Lo conozco a ese criollaso
Por que he servido con él.

— Yo también lo conocí,
Pero el pobre ya murió:
Bastantes veces montó
Un saino que yo le dí.

Dejeló al que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo,
Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros de un mismo pelo.

—No he visto gaucho más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!...
—Dejemé hacer, Don Laguna,
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,
El Dotor apareció,
Y en público se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió;
Que él a una rubia quería,
Pero que a él la rubia no.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y a toda hora
Siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana a ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca...
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,
Al fin se iba a envenenar
Por que eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro,
Y, por fin, en su socorro
Al mesmo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao !
¡Viera sustaso, por Cristo !
¡Ahi mesmo, jediendo a misto,
Se apareció el *condenao* !

Hace bien: persinesé
Que lo mesmito hice yo.
— ¿ Y cómo no disparó ?
— Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo ! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija.

« Aquí estoy a su mandao,
Cuenta con un servidor. »
Le dijo el Diablo al Dotor,
Que estaba medio asonsao.

« Mi Dotor no se me asuste,
Que yo lo vengo a servir :
Pida lo que ha de pedir
Y ordenemé lo que guste. »

El Dotor medio asustao
Le contestó que se juese...
— Hizo bien : ¿ no le parece ?
Dejuramente, cuñao.

Pero el Diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y a medio darle coraje
Hasta que lo engatuzó.

— ¿No era un Dotor muy profundo?
¿Cómo se dejó engañar?

— Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas a medio mundo.

El Diablo volvió a decir:
« Mi dotor, no se me asuste,
Ordéneme en lo que guste,
Pida lo que ha de pedir. »

« Si quiere plata tendrá;
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero*, será. »

« No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro. »

« Yo todo le puedo dar,
Retrucó el Ray del Infierno,
Diga: ¿ Quiere ser gobierno?
Pues no tiene más que hablar. »

— No quiero plata ni mando,
Dijo Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.

No bien esto el Diablo oyó
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo, miró
A su prenda idolatrada.

— ¡Canejo!... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
— No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

¡ Ah, Don Laguna! ¡ Si viera
Qué rubia!... Creameló:
Crei que estaba viendo yo
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzo,
Se apareció la muchacha;
Pelo de oro, como hilacha
De choclo recién cortao.

• Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera:
Don Laguna, si aquello era
Mirar a la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes, perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El Dotor cuanto la vió,
Pero el Diablo lo atajó
Diciéndole: —Poco a poco.

Si quiere, hagamos un *pato* :
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar :
Le parece bien el trato ?

Como el Dotor consintió,
El Diablo sacó un papel
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

— ¡Dotor, y hacer ese trato!
— ¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato ?

Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba ya
Bichoco para el amor.

Por eso al dir a entregar .
La contrata consabida,
Dijo : — « ¿ Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar ? »

Yo no se qué brujería,
Misto, mágica o polvito
Le echó el Diablo y... ¡ Dios bendito !
¡ Quién demonio lo creería !

• ¿Nunca ha visto usted un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la misma cosa
Le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se vaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron
A un donoso mocetón.

— ¿Qué dice?... ¡barbaridá!...
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
— Mire: que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

A juerza de tanto hablar
Se me ha seco el garguero;
Pase el frasco compañero...
— ¡Pues no se lo he de pasar!

III

— Vea los pingos...

— ¡Ah hijitos!

Son dos fletes soberanos.

— ¡Como si fueran hermanos
Bebiendo la agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
— ¡ La viera de mañanita,
Cuando a gatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca
Y con la vela al solcito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente
Venir boyando un islote,
Y es que trai a un camalote
Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza a hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa a gatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al displayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas es divino
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
Cuando barrosa y bramando
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
A flor de agua algún pescao:
Van, como plata, cuñado,
Las escamas relumbrando.

— ¡A Pollo! Ya comenzó
A meniar taba: ¿y el caso?
— Dice muy bien, amigazo.
Seguiré contandoló.

.....

— Pues entonces, allá va.
Otra vez el lienzo alzaron
Y hasta mis ojos dudaron.
Lo que vi... ¡barbaridá!

¡ Qué quinta ! ¡ Virgen bendita !
¡ Viera, amigaso, el jardín !
Allí se vía el jazmín,
El clavel, la margarita,

El toronjil, la retama,
Y hasta estuatas, compañero :
Al lao de esa era un chiquero
La quinta de Don Lezama.

Entre tanta maravilla
Que allí había, y medio a un lao,
Habían edificaos
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía
Entre las flores como ella,
Allí brillaba esa estrella
Que el pobre Dotor seguía.

Y digo *pobre Dotor*,
Porque pienso, Don Laguna,
Que no hay desgracia ninguna
Como un desdichao amor.

— Puede ser ; pero, amigazo,
Yo en las cuartas no me enriedo,
Y en un lance en que no puedo,
Hago de mi alma un cedaso.

Por hembras yo no me pierdo :
La que me empaca su amor
Pasa por el cernidor
Y... *si te vi, no me acuerdo.*

Lo demás es calentarse
El mate al divino ñudo...
— ¡Feliz quien tenga ese escudo
Con que poder rejuardarse !

Pero usted habla, Don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida a ninguna.

Cuando un verdadero amor
Se estrella en una alma ingrata,
Más vale el fierro que mata
Que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue
A donde quiera que va :
Es una fatalidá
Que a todas partes lo sigue.

Si usted en su rancho se queda,
O si sale para un viaje,
Es de balde : no hay paraje
Ande olvidarla usted pueda.

Cuando duerme todo el mundo,
Usted, sobre su recaó,
Se da güeltas desvelao,
Pensando su amor projundo.

Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja,
Cree usted que es *ella* que baja
Sus lágrimas a secar.

Y si en alguna lomada
Tiene que dormir al raso,
Pensando en ellá, amigaso,
Lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,
O entre cardos, Don Laguna,
Verá su cara en la luna,
Y en las estrellas sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde?.....

— Güeno amigo: así será,
Pero me ha sentao el cuento.
— ¡Qué quiere! Es un sentimiento...
Tiene razón: allá va:

Pues, señor, con gran misterio,
Traindo en la mano una cinta,
Se apareció entre la quinta
El sonso de Don Silverio.

Sin duda alguna saltó
Por la zanja de la güerta,
Pues esa noche su puerta
La misma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron
El Demonio y el Dotor,
Y tras del árbol mayor
A aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
Y la cinta, un ramo armó
Don Silverio, y lo dejó
Sobre el umbral de la puerta.

— ¡ Que no cairle una centella!
— ¿ A quién? ¿ Al sonso?
— ¡ Pues digo!...
¡ Venir a osequiarla, amigo,
Con las mismas flores de ella!

— Ni bien acomodó el guacho,
Ya rumbió...
— ¡ Miren qué hazaña!
Eso es ser más que lagaña,
Y hasta da rabia, caracho!

— El Diablo entonces salió
Con el Dotor, y le dijo:
« Esta vez priende de fijo
La vacuna, créalo. »

Y el capote haciendo a un lao,
Desenvainó allí un baulito,
Y jué y lo puso juntito
Al ramo del abombao.

— No me hable de ese mulita:
¡ Qué apunte para una banca!
¿ A que era mágica blanca
Lo que trujo en la cajita?

— Era algo más eficaz
Para las hembras, cuñao:

Verá si las ha calao
De lo lindo Satanás!

Tras del árbol se escondieron
Ni bien cargaron la mina,
Y más que nunca divina
Venir a la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,
En un banco se sentó,
Y un par de medias sacó
Y las comenzó a zurcir.

Cinco minutos, por junto,
En las medias trabajó,
Por lo que calculo yo
Que tendrían sólo un punto.

Dentró a espulgar a un rosal
Por la hormiga consumido,
Y entonces jué cuando vido
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
Enderezó a la cajita,
Y sacó... ¡Virgen bendita!...
¡Viera qué cosa, amigazo!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
— ¡Vea al Diablo tentador!

— ¿No le dije, Don Laguna?
La rubia allí se colgó
Las prendas, y apareció
Más platiada que la luna.

En la caja Lucifer
Había puesto un espejo...
— ¿Sabe que el Diablo, canejo,
La conoce a la mujer?

— Cuando la rubia gastaba,
Tanto mirarse, la luna,
Se apareció, Don Laguna,
La vieja que la cuidaba.

¡ Viera la cara, cuñado,
De la vieja, al ver brillar
Como reliquias de altar
Las prendas del condenao!

« ¡ Diande este lujo sacás? »
La vieja, fula, decía,
Cuando gritó: — « ¡ Avemaría! »
En la puerta Satanás.

— ¡ Sin pecao! ¡ Dentre, señor!
— ¡ No hay perros? — ¡ Ya los ataron!
Y ya también se colocaron
El Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó
A enamorar a la vieja,
Y el Dotorcito a la oreja
De la rubia se pegó.

— ¡Vea al Diablo haciendo gancho!
— El caso jué que logró
Reducirla, y la llevó
A que le amostrase un chancho.

— ¿Por supuesto, el Dotorcito
Se quedó allí mano a mano?
— De juro, y ya verá, hermano,
La liendre que era el mocito.

Corcovió la rubiecita,
Pero al fin se sosegó,
Cuando el Dotor le contó
Que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,
La rubia aflojaba lazo,
Porque el Dotor, amigazo,
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició,
Y por entre las macetas
Le hizo unas cuantas gambetas
Y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosal
Sin la vieja apareció...
— ¡A la cuenta la largó •
Jediendo entre algún maizal!

— La rubia, en vez de acostarse,
Se lo pasó en la ventana,
Y allí aguardó la mañana
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya también comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir,
Y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñado,
Caminaban las estrellas
A morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa,
Venir una mariposa
Y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
También podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

— ¡No sea bárbaro, canejo!
¡Qué comparancia tan fiera!
— No hay tal, pues de zaino que era
Se iba poniendo azulejo.

Cuando ha dao un madrugón,
¿No ha visto usted embelesao
Ponerse blanco-azulao
El más negro ñubarrón?

— Dice bien, pero su caso
Se ha hecho medio empacador...
— Aura viene lo mejor,
Pare la oreja, amigazo.

El Diablo dentró a retar
Al Dotor, y entre el responso
Le dijo: — « ¿Sabe que es sonso?
¿Pa qué la dejó escapar?

« Ahi la tiene en la ventana:
Por suerte no tiene reja,
Y antes que venga la vieja
Aproveche la mañana. »

Don Fausto ya atropelló
Diciendo: — « ¡Basta de ardiles! »
La cazó de los cuadriles,
Y ella... también lo abrazó!

— Oiganlé a la dura!

— En esto...

Bajaron el córtinao.

Alcance el frasco, cuñao,

— A gatas le queda un resto.

V

Al rato el lienzo subió
Y deshecha y lagrimiendo
Contra una máquina hilando
La rubia se apareció.

La pobre dentró a quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo a mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.

— ¡Qué vergüenza!

— Puede ser:

Pero, amigazo, confiese
Que a usté también lo enternece
El llanto de una mujer.

Cuando a usté un hombre lo ofiende,
Ya sin mirar para atrás
Pela el flamenco, y ¡sas! ¡tras!
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá
La *partida* le ha soltao,
Usté en su overo rosao
Bebiendo los vientos va.

Naides de usté se despega
Porque se haiga desgraciao,
Y es muy bien agasajao
En cualquier rancho a que llega.

Si es hombre trabajador,
Ande quiera gana el pan:
Para eso con usté van,
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago,
Y cuanto más larga ha sido
Su ausiencia, usté es recibido
Con más gusto y más halago.

Engaña usté a una infeliz,
Y para mayor vergüenza,
Va y le cerdea la trenza
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,
En la cola de su overo,
Y le muestra al mundo entero
La trenza de ña julana.

Si ella tuviese un hermano,
Y en su rancho miserable
Hubiera colgao un sable,
Juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada
En el mundo ¿qué ha de hacer?

¿A quién la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja
Será su solo consuelo,
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que usted le deja.

Pues ese dolor profundo
A la rubia la secaba,
Y por eso se quejaba
Delante de todo el mundo.

.....

Nunca he sentido más pena
Que al mirar a esa mujer:
Amigo, aquello era ver
A la misma Magalena.

De aquella rubia rosada
Ni rastro había quedao:
Era un clavel marchitao,
Una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló
Tranquila como la luna,
Era un cristal, Don Laguna,
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban,
Y entretembando rezaban
Sus labios descoloridos.

•

Pero el Diablo la uña afila
Cuando está desocupao,
Y allí estaba el condenao
A una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,
Pero el Diablo la atajó,
Y tales cosas le habló,
Que la obligó a disparar.

Cuasi le da el accidente
Cuando a su casa llegaba:
La suerte que le quedaba:
En la vedera de enfrente.

Al rato el Diablo entró
Con Don Fausto muy del brazo,
Y una guitarra, amigazo,
Ahi mesmo desenvainó.

— ¿Que me dice, amigo Pollo?
— Como lo oye, compañero:
El Diablo es tan guitarrero
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,
La claridad se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El cespó sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,
En las hojas trompezaban
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
En llanto se deshacía,
Y rezando, a Dios pedía
Que le prestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor,
Hostigao por Satanás,
Quería otras hojas más
De la desdichada flor.

A la ventana se arrima
Y le dice al condenao :
« Dele no más sin cuidao
Aunque reviente la prima. »

El Diablo a gatas tocó
Las clavijas, y al momento
Como una arpa el estrumento
De tan bien templao sonó.

— Tal vez lo traiba templao
Por echarla de baquiano...
— Todo puede ser, hermano,
Pero ¡ oyese al condenao !

Al principio se florió
Con un lindo bordoneo,
Y en ancas de aquel floreo
Una décima cantó.

No bien llegaba al final
De su canto el condenao,
Cuando el capitán, armao,
Se apareció en el umbral.

— Pues yo en campaña lo hacía. .
— Daba la casualidá
Que llegaba a la ciudá
En comisión ese día.

— Por supuesto hubo fandango...
— La lata ahí no más peló,
Y al infierno le aventó
De un cintarazo el changango.

— ¡Lindo el mozo !

— ¡Pobrecito !...

— ¿ Lo mataron ?

— Ya verá :

Peló un corvo el Dotorcito,
Y el Diablo... ¡ barbaridá !

Desenvainó una espadita
Como un viento, lo embasó,
Y allí no más ya cayó
El pobre...

— ¡ Ánima bendita !

— A la trifulca y al ruido
En montón la gente vino...
— ¿ Y el Dotor y el asesino ?
— Se habían escabullido.

La rubia también bajó,
Y viera aflicción, paisano,
Cuando el cuerpo de su hermano
Bañado en sangre miró.

A gatas medio alcanzaron
A darse una despedida,
Porque en el cielo, sin vida,
Sus dos ojos se clavaron.....

VI

-- ¡ Pobre rubia ! Vea usted
Cuánto ha venido a sufrir :

Se le podía decir
¡ Quien te vido y quien te ve !

— Ansi es el mundo, amigazo :
Nada dura, Don Laguna,
Hoy nos ríe la fortuna,
Mañana nos da un guascazo.

.....

La infeliz, ya` trastornada
A causa de tanta herida,
Se encontraba en la crujida
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor,
Ya comenzó a disvariar,
Y hasta le quiso cantar
Unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba
Con sus antiguos amores,
Y creía mirar sus flores
En los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,
Al dir a regar su güerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja de diamantes.

Sin ver que en su situación
La caja que la esperaba
Era la que redoblaba,
Antes de la ejecución.

Redepente se fijó
En la cara de Luzbel :
Sin duda al *malo* vió en él,
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto, al ver tal desgracia,
De rodillas cayó al suelo,
Y dentró a pedirle al cielo
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido
De tanto mal que había hecho,
Se daba golpes de pecho
Y lagrimiaba aflijido.

En dos pedazos se abrió
La paré de la cruzida,
Y no es cosa de esta vida
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia :
Yo vi entre una nubecita
La alma de la rubiecita
Que se subía a la gloria.

San Miguel, en la ocasión,
Vino entre nubes bajando
Con su escudo, y revoliando
Un sable tirabuzón.

Pero el Diablo, que miró
El sable aquel y el escudo,
Lo mesmito que un peludo
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente,
Y ahí tiene el cuento contao...
— Prieste el pañuelo, cuñao ;
Me está sudando la frente.

Lo que almiro es su firmeza
Al ver esas brujerías.
— He andao cuatro o cinco días
Atacao de la cabeza.

— Ya es güeno dir ensillando...
— Tome ese último traguito
Y eche el frasco a ese pocito
Para que quede boyando.

JOSÉ HERNÁNDEZ

(Argentino — 1834-1894)

MARTÍN FIERRO

(FRAGMENTOS)

I

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena estrordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

.....

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento;
Como si soplara un viento
Hago tiritar los pastos;
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar

No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando :
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naidés me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

.....

II

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo,
Y naidés se muestre altivo
Aunque en el estribo esté ;
Que suele quedarse a pie
El gaucho mas alvertido.

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto ;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones ;

¡La pucha! que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
Nos decían que el día llegaba,
A la cocina rumbiaba
El gaucho, que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
Empezaba a coloriar,
Los pájaros a cantar,
Y las gallinas a apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,

Uno busca un pellón blando,
Éste un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman desde el palenque.

El que era piñon domador
Enderezaba al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela...
Y mas malo que su agüela
Se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto el potro enriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó enseguida;
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcoviando
Pedazos se hacía el sotreta
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
Salía haciendo gambetas.

¡ Ah tiempos!... era un orgullo
Ver jinetiar un paisano
Cuando era gaucho baquiano.
Aunque el potro se boliasa,
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y así sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al cair la noche
En la cocina riunidos,
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
Las fainas del día anterior.

Ricuerdo ¡ qué maravilla !
Cómo andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente... barajo !
No se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba un consuelo
Y andaba la gente lista.

Tendiendo al campo la vista
Sólo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironeador sin yel.
Ah tiempos!... pero si en él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
Más bien era una junción,
Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana
Vivía bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta,
En cuanto el goyete vía,
Sin miedo se le prendía
Como güérfano a la teta.

Y qué jugadas se armaban
Cuando estábamos riunidos!
Siempre ibamos prevenidos,
Pues en tales ocasiones
A ayudarles a los piones
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,

Pa preparar los potajes
Y osequiar bien a la gente,
Y así, pues, muy grandemente
Pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada,
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino
Que todo aquello acabara.

.....

IX

Matreriando lo pasaba
Y a las casas no venía;
Solía arrimarme de día,
Mas, lo mesmo que el carancho,
Siempre estaba sobre el rancho
Espiendo a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido,
Hasta que al menor descuido
Se lo atarazquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma,

Con las tristezas del alma
Al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja,
Y a la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao;
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja.

Ansi es que al venir la noche
Iba a buscar mi guarida,
Pues ande el tigre se anida
También el hombre lo pasa,
Y no quería que en las casas
Me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres
Y en esa conducta vivo;
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito
Más matrero que el venao,
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna viscachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá,

Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorprende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
Su guardia es la precaución,
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo
Sin mas amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

Ansí me hallaba una noche
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas
Cuanto uno es mas desgraciao,
Y que Dios las haiga criaio
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño,
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías;
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen doctores,
Sólo vale la esperencia,
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben;
Por que esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noche enteras
Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cria,
Sin tener más compañía
Que su soledá y las fieras.

Me encontraba, como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta oscuridá
Echando al viento mis quejas,
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar;
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos jinetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansí tendido de panza
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,
Tal vez me hubieran bombiao
Y me venían a buscar;

Mas no quise disparar,
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco,
Lo mesmito que el matabo
Me arroyé con el porrón:
« Si han de darme pa tabaco,
Dije, esta es güena ocasión. »

Me refalé las espuelas,
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el canzoncillo
Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
El flete en el pasto até,
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,
Y que ahi no más se pararon,
Los pelos se me erizaron,
Y aunque nada vían mis ojos,
« No se han de morir de antojo »
Les dije, cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón;

Les conocí la intención,
Y solamente por eso
Jué que les gané el tirón
Sin aguardar voz de preso.

— «Vos sos un gaucho matrero »
Dijo uno haciéndose el güeno.
« Vos matastes un moreno
« Y otro en una pulpería ;
« Aquí está la polecía
« Que viene a ajustar tus cuentas ;
« Te va alzar por las cuarenta
« Si te resistís hoy día. »

— « No me vengan, contesté,
« Con relación de dijunto :
« Esos son otros asuntos ;
« Vean si me pueden llevar,
« Que yo no me he de entregar
« Aunque vengan todos juntos. »

Pero no aguardaron más
Y se apiaron en montón :
Como a perro cimarrón
Me rodiaron entre todos.
Yo me encomendé a los Santos
Y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina,
Mas quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,

Y ahí no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola
Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción
Y la angustia que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaba
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables,
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
Enfrente se me pararon,
Y a un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso
Y el poncho adelante eché,
Y cuanto le puso el pie
Uno medio chapetón,
De pronto le di el tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó,

Entonces le dentré yo
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó a aflojar
Y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,
Se vino como si fuera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriendo el alba,
Y yo dije: « si me salva
« La virgen en este apuro,
« En adelante le juro
« Ser más güeno que una malva.

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré:
Hecho ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolosinao
Se me apió con un hachazo,
Se lo quité con el brazo,
De no, me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
Refregándose la vista,
Yo me le ¡juí como lista
Y ahí no más me le afirmé
Diciéndole: «Dios te, asista.»
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas
Y la sangre se me heló:
Dende ese momento yo
Me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie;
Por delante me lo eché
De punta y tajos a un criollo;
Metió la pata en un hoyo,
Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un Santo Bendito
A un gaucho, que pegó el grito
Y dijo: — «Cruz no consiente
«Que se cometa el delito
«De matar así un valiente!

Y ahí no más se me apareó
Dentrándole a la partida;
Yo les hice otra embestida,
Pues entre dos era robo;

Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida. ,

Uno despachó al infierno
De dos que lo, atropellaron;
Los demás remoliniaron,
Pues íbamos a la fija,
Y a poco andar dispararon
Lo mesmo que sabandija.

.....

— « Yo me voy, le dije, amigo,
Donde la suerte me lleve,
« Y si es que alguno se atreve
« A ponerse en mi camino,
· Yo seguiré mi destino,
· Que el hombre hace lo que debe. »

« Soy un gaucho desgraciao,
« No tengo donde ampararme,
· Ni un palo donde rascarme,
« Ni un árbol que me cubije;
· Pero ni aun esto me aflige,
« Porque yo sé manejar me. »

« Antes de cair al servicio
« Tenía familia y hacienda;
« Cuando volví, ni la prenda
« Me la habían dejao ya:
« Dios sabe en lo que vendrá
« A parar esta contienda. »

XIII

Ya veo somos los dos
Astillas del mismo palo ;
Yo paso por gaucho malo
Y usted anda del mismo modo,
Y yo, pa acabarlo todo,
A los indios me refalo.

Pido perdón a mi Dios
Que tantos bienes me hizo ;
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles,
Yo seré cruel con los crueles :
Ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son ;
Les dió toda perfección
Y cuanto él era capaz ;
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano ;
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
Esa juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Pues los bienes igualaba
Con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mías
Quiero salir de este infierno:
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza;
Y hasta los indios no alcanza
La facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los tratan de « Hermanos »
Cuando se van por su gusto.

A qué andar pasando sustos...
Alcemos el poncho y vamos.

.....

En este punto el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo,
Dando fin a su argumento;
Y de un golpe el instrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

« Ruempo, dijo, la guitarra
Pa no volverme a tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por seguro tenganló;
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó.

Y daré fin a mis coplas
Con aire de relación;
Nunca falta un preguntón
Más curioso que mujer,
Y tal vez quiera saber
Cómo jué la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arriaron;
Por delante se la echaron
Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara,
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones,
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara...

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

VI

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasaje;
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra.
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó a los salvajes.....

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago;
Cruz sentía los amagos
De la peste que reinaba,
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela.
; La sangre se me congela!
El que nos había salvao
Cayó también atacao
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar
Al verlo en tal padecer
El fin que había de tener ;
Y Cruz que era tan humano :
« Vamos — me dijo — paisano,
« A cumplir con un deber. »

Fuimos a estar a su lao
Para ayudarlo a curar ;
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros ;
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanzar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía ;
A su lado nos tenía
Cuidándolo con pacencia ;
Pero acabó su existencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,
Se renueva mi pesar ;
Me dan ganas de llorar,
Nada a mis penas igualo ;
Cruz también cayó muy malo
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir ;
Yo no hacía sino gemir,
Y aumentaba mi aflicción

No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela
Y el pobre estaba en un grito;
Me recomendó un hijito
Que en su pago había dejao.
« Ha quedao abandonao,
« Me dijo, aquel pobrecito. »

« Si vuelve, busquemeló—
Me repetía a media voz --
« En el mundo eramos dos,
« Pues él ya no tiene madre :
« Que sepa el fin de su padre
« Y encomiende mi alma a Dios. »

Lo apretaba contra el pecho
Dominao por el dolor ;
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles :
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lao
Yo lo encomendé a Jesús !
Faltó a mis ojos la luz,
Tuve un terrible desmayo ;
Cai como herido del rayo
Cuando lo vi muerto a Cruz.

VII

Aquel bravo compañero
En mis brazos expiró ;
Hombre que tanto sirvió,
Varón que fué tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.

Y yo con mis propias manos
Yo mesmo lo sepulté ;
A Dios por su alma rogué,
De dolor el pecho lleno,
Y humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación,
No hay falta de que me acuse
Ni deber de que me escuse,
Aunque de dolor sucumba.
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba ;
El pesar me dominaba,
Y entregao al sentimiento,
Se me hacía cada momento
Oír a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos, los criollos
Saben lo que es amargura.

En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo,
Teniendo a Dios por testigo,
Y mis pensamientos fijos
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena,
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara,
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber qué hacer de mi
Y entregao a mi aflicción,
Estando allí una ocasión,
Del lao que venía el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquel es vandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada
A balazos y a coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro :
He visto en ese destierro
A un salvaje que se irrita
Degollar a una chinita
Y tirrásela a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades,
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina ;
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mi ;
Al punto me dirigí
Al lugar de ande venían :
Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí !

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena,
Y como una Madalena
Lloraba con toda gana.
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao ;
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,

Y vi que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao

I X

De ella fueron los lamentos
Que mi en soledá escuché.
En cuanto al punto llegué
Quedé enterado de todo :
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante tutubíé.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva
Tenía dende abajo arriba
La marca de los lazazos ;
Sus trapos hechos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
En sus lágrimas bañada,
Tenía las manos atadas,
Su tormento estaba claro ;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
En mi pecho en ese instante ;
Estaba el indio arrogante
Con una cara feroz :
Para entendernos los dos
La mirada fué bastante.

Pegó un brinco como gato
Y me ganó la distancia;
Aprovechó esa ganancia
Como fiera cazadora,
Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingó le até la rienda;
Eché mano dende luego
A este que no yerra fuego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí;
Nos mantuvimos así,
Me miraba y lo miraba;
Yo al indio le desconfiaba,
Y él me desconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
Cuando el indio se agazape;
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco;
Como tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
Y era peligro el juír,
Y más peligro seguir
Esperando de ese modo,

Pues otros podían venir
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces he salvao,
Pues en un trance apurao
Es mortal cualquier descuido.
Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidao.

Un hombre junto con otro,
En valor y en juerza crece,
El temor desaparece,
Escapa de cualquier trampa;
Entre dos, no digo a un pampa,
A la tribu si se ofrece.

En tamaña incertidumbre,
En trance tan apurao,
No podía por de conta
Escaparme de otra suerte
Sino dando al indio muerte
O quedando allí estirao.

Y como el tiempo pasaba
Y aquel asunto me urgía,
Viendo que él no se movía,
Me fuí medio de soslayo
Como a agarrarle el caballo,
A ver si se me venía.

Ansí fué, no aguardó más
Y me atropelló el salvaje.

Es preciso que se ataje
Quien con el indio pelee :
El miedo de verse a pie
Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
Me largó un par de bolazos ;
Uno me tocó en un brazo :
Si me da bien, me lo quiebra,
Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazo.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo ;
Era el salvaje más pillo
Que he visto en mis correrías,
Y a más de las picardías
Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza,
Las recogía con presteza
Y me las volvía a largar,
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos
Era cauteloso... aijuna !
Ahi me valió la fortuna
De que peliando se apotra.
Me amenazaba con una
Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo,
En momentos que lo cargo
Y que él reculando va,
Me enredé en el chiripá
Y cai tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dió ;
Cuanto en el suelo me vió
Me saltó con ligereza :
Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme ;
Allí pretende ultimarme
Sin dejarme levantar,
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme,
Aquel indio no me suelta ;
Como persona resuelta
Toda mi juerza ejecuto ;
Pero abajo de aquel bruto
No podía ni darme güelta.

¡ Bendito Dios poderoso,
Quién te puede comprender !
Cuando a una débil mujer
Le diste en esa ocasión

La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa
Viendo el peligro, se anima;
Como una flecha se arrima,
Y olvidando su aflicción,
Le pegó al indio un tirón
Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
Me libertó del apuro.
Si no es ella, de siguro
Que el indio me sacrifica;
Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
Nos volvimos a topar;
No se podía descansar
Y me chorriaba el sudor :
En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce,
Como deben suponer;
Se había aumentao mi quehacer
Para impedir que el brutazo
Le pegara algún bolazo
De rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera ;

Hacé de ella lo que quiera
Saltando como una cabra.
Mudos, sin decir palabra,
Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
Nunca jamás se me olvida ;
Iba jugando la vida
Con tan terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
Yo más me empiezo a calmar ;
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga ;
Al fin le corté una soga
Y lo empecé aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito ;
Y al tiempo que le di un grito
Y le dentro como bala,
Pisa el indio, y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para esplicar el misterio
Es muy escasa mi cencia :
Lo castigó, en mi conciencia,
Su Divina Majestá ;
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
Más de firme lo cargué,
Y aunque de nuevo hizo pie,
Lo perdió aquella pisada;
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido;
Pero era indio decidido,
Su valor no se quebranta;
Le salían por la garganta
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
La sangre lo enceguecía;
De otra herida le salía
Haciendo un charco ande estaba;
Con los pies la chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno:
Ella en su dolor materno,
Yo con la lengua dejuera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello;
Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía.

Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya mal herido,
Aquel indio furibundo
Lanzó un terrible alarido
Que retumbó como un ruido
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar
En el cuchillo lo alcé;
En peso lo levanté
A aquel hijo del desierto;
Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué
Cuando ya lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
Por haber salvao la vida:
Aquella pobre afligida,
De rodillas en el suelo,
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hiqué también a su lao
A dar gracias a mi Santo.
En su dolor y quebranto
Ella a la Madre de Dios
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en unos trapitos
Los pedazos de su hijito
Que yo le ayudé a juntar.

XIV

EL VIEJO VISCACHA (1)

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha;
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,
Muy renegao, muy ladrón,
Y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco;
Pero este punto no toco,
Ni su secreto averiguo:
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas
Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos,
Con las patas como loro
De estribar entre los dedos.

(1) Pónese esta relación en boca del hijo segundo de Martín Fierro
(N. del C.).

Andaba rodiao de perros
Que eran todo su placer ;
Jamás dejó de tener
Menos de media docena.
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

.....

X V

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco.
Después de echar un buen taco
Ansí principiaba a hablar :
« Jamás llegués a parar
« Ande veas perros flacos.

« El primer cuidao del hombre
Es defender el pellejo ;
Llevate de mi consejo,
Fijate bien en lo que hablo :
El diablo sabe por diablo,
Pero más sabe por viejo.

« Hacete amigo del Juez,
No le des de qué quejarse ;
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse.

« Nunca le llevés la contra
Porque él manda la gavilla ;

Allí sentao en su silla
Ningún güey le sale bravo:
A uno le da con el clavo
Y a otro con la cantramilla.

«El hombre, hasta el mas soberbio,
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca;
Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel en la seca.

«No andés cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón;
Conservate en el rincón
En que empezó tu existencia:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.»

Y menudiando los tragos
Aquel viejo como cerro,
«No olvidés, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe creer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.

«No te debés afligir
Aunque el mundo se desplome;
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.

« Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos.

« El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea;
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche:
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche.

« El que gana su comida
Güeno es que en silencio coma;
Ansina vos ni por broma
Querás llamar la atención:
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma.

« Yo voy ande me conviene
Y jamás me descarrío;
Llevate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas,
No van a un noque vacío.

« A naides tengás envidia;
Es muy triste el envidiar;
Cuandq veás a otro ganar
A estorbarlo no te metas:
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar.

« Así se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan ;
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita, no niego ;
Pero otros, como el borrego,
Toda entera se la tragan.

Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar ;
Mas si te querés casar,
Con esta alvertencia sea,
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean.

« Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo ;
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas fijate en la elección ;
Porque tiene el corazón,
Como barriga de sapo. »

Y gangoso con la tranca
Me solía decir : « potrillo,
Recién te apunta el cormillo,
Mas te lo dice un toruno,
No dejés que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo.

« Las armas son necesarias,
Pero naides sabe cuándo ;
Ansina si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando.

« Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen;
Nunca por más que se atajen
Se librarán del cimbrón:
Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen.

« Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro;
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme;
A mi me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro.

« Vos sos pollo y te convienen
Toditas estas razones;
Mis consejos y lecciones
No echés nunca en el olvido:
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones. »

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
Y que aquí no desentierro,
Educándome seguía,
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

XVII

Le cobré un miedo terrible
Después que lo vi dijunto;
Llamé al Alcalde, y al punto

Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

«Ánima bendita» dijo
Un viejo medio ladiao;
«Que Dios lo haiga perdonao
«Es todo cuanto deseo;
«Le conocí un pastoreo
«De terneros robados.»

«Ansina es, dijo el Alcalde,
Con eso empezó a poblar;
Yo nunca podré olvidar
Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fué preciso
Que le privasen de carniar.

«De mozo fué muy jinete,
No lo bajaba un bagual;
Pa enseñar un animal,
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral
Y allí galopaba el potro.

«Se llevaba mal con todos;
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte
Y después venía con quejas.»

«Dios lo ampare al pobrecito,
Dijo en seguida un tercero;

Siempre robaba carneros,
En eso tenía destreza:
Enterraba las cabezas
Y después vendía los cueros.

« Y qué costumbre tenía
Cuando en el jogón estaba:
Con el mate se agarraba
Estando los piones juntos;
Yo tallo, decía, y apunto,
Y a ninguno convidaba.

« Si ensartaba algún asao,
Pobre! como si lo viese!
Poco antes de que estuviese,
Primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese.

« Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador
Fué un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo;
Un diablo muy peliador
Que le llamaban Barullo.

« Una noche que les hizo
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao
Y le gritó: « Viejo indino,
« Yo te he de enseñar, cochino,
« A echar saliva al asao. »

« Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano ;
¡ La pucha el pardo liviano !
En la misma atropellada
Le largó una puñalada
Que la quitó otro paisano.

Y ya caliente Barullo
Quiso seguir la chacota ;
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta :
El viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota.

« De esa costumbre maldita
Dende entonces se curó ;
A las casas no volvió,
Se metió en un cicutal,
Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar. »

Esto hablaban los presentes,
Y yo que estaba a su lao,
Al oír lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí « qué rosario
Le están rezando al finao. »

Luego comenzó el Alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherías
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y maniadores,
Una punta de arriadores,
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

Había riendas de domar,
Frenos y estribos quebraos,
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manojo de argollas
De cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros,
Alesnas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojinillos,
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidá de anillos.

Había tarros de sardinas,
Unos cueros de venao,
Unos ponchos augeriaos,
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero
Que se perdió en el Juzgao.

.....

Supe después que esa tarde
Vino un pión y lo enterró;
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera,

Y al otro día amaneció
Con una mano dejuera.

Y me ha contado además
El gaucho que hizo el entierro,
Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto,
Que la mano del dijunto
Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
Porque de asustao me juí;
Supe después que volví,
Y asigurárselo puedo,
Que los vecinos de miedo
No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
La sabandija más sucia;
El cuerpo se despeluza
Y hasta la razón se altera;
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
Saber lo que me pasaba;
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas;
Toda las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

X X X

MARTÍN FIERRO

Mientras suene el encordao,
Mientras encuentre el compás,
Yo no he de quedarme atrás
Sin defender la parada,
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes
Y cállense los mirones;
A todos pido perdones,
Pues a la vista resalta
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno
Cuando es mejor que los piores,
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos
Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue;
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer,
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor, —
Es una cosa muy dicha, —
Mas la suerte se encapricha
Y me persigue constante ;
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar ;
Veré si puedo olvidar
Tan desgraciada mudanza ;
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,
Trasnochadas no acobardan,
Los concurrentes aguardan,
Y por que el tiempo no pierdan,
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quién lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber sea mucho :
Vamos en el mismo pucho
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día.
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras ;
Había entonces donde quiera
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana,
Se lo digo sin lisonja,
Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy, señores míos,
Sino un pobre guitarrero,
Pero doy gracias al cielo
Porque puedo en la ocasión
Toparme con un cantor
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blanco los dientes;
Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en menos:
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares;
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina;
En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala;
Nada a su cariño iguala

Ni a su tierna voluntad;
Es lo mesmo que el macá,
Cria los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naides;
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido;
Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El por qué retumba el trueno,
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno;
Sé también de dónde salen
Las aguas que caen del cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mesmo centro,
En dónde se encuentra el oro,
En dónde se encuentra el fierro,
Y en dónde viven bramando
Los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
Donde los pejes nacieron,
Yo sé por qué crece el árbol,
Y por qué silban los vientos:
Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo;

No se ha de morir de antojo
Quien me convide a cantar ;
Para conocer a un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta riunión
Echándola de cantor,
Pido perdón en voz alta,
Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor explica
No falta qué aprovechar,
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante :
Aprende el que es inorante,
Y el que es sabio aprende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida ;
La gente escuche tranquila,
No me haga ningún reproche :
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues a su mandao,
Empiece a echarme la sonda,
Si gusta que le responda
Aunque con lenguaje tosco ;
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

MARTÍN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sabio
No tengás ningún recelo;
Pero has tragao el anzuelo,
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero;
Mas los blancos altaneros,
Los mismos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan,
Y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro blanco lo pinta;
Blanca la cara o retinta
No habla en contra ni en favor:
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene a pelo,
Veré, señores, si puedo,
Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio:

Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos,
Lloran cuando caen las aguas,
Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores;
Les mandó iguales dolores
Bajo de una misma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,
No se trata de ofender;
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama,
Y a naides le quita fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra;
Y si en tu saber se encierra
El de los sabios projundos,
Decime cuál en el mundo
Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón;
Mas pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra:

También da chispas la piedra
Si la golpea el eslabón.

Y le daré una respuesta
Sigún mis propios alcances.
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO

Moreno, alvierto que trais
Bien dispuesta la garganta;
Sos varón y no me espanta
Verte hacer esos primores:
En los pájaros cantores
Sólo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayas a turbar,
No te agrandes ni te achiques:
Es preciso que me esplices
Cuál es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende;
De un dón que de otro depende
Naidés se debe alabar,
Pues la urraca apriende hablar,
Pero sólo la hembra apriende.

Y ayudame, ingenio mio,
Para ganar esta apuesta;
Mucho el contestar me cuesta,
Pero debo contestar:
Voy a decirle en respuesta
Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar, que todo lo encierra,
Canta de un modo que aterra,
Como si el mundo temblara;
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez:
Ganarás solo que estés
En vaca con algún santo:
La noche tiene su canto
Y me has de decir cuál es.

EL MORENO

No galope que hay agujeros,
Le dijo a un guapo un prudente.
Le contesto humildemente,
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber de dónde vienen.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden,

Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito,
Como un lamento infinito
Que viene no sé de dónde.

A las sombras solo el sol
Las penetra y las impone;
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos:
Son almas de los que han muerto
Que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO

Moreno, por tus respuestas
Ya te aplico el cartabón,
Pues tenés disposición
Y sos estruido de yapa;
Ni las sombras se te escapan
Para dar esplicación.

Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto,
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida;
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor:
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan oscura
Trataré de responder,
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de estancia;
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera,
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida
De la que es rey y señor;
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan;
Porque las fieras no cantan,
Las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color,
Ama el hombre con ardor,
Ama todo cuanto vive:
De Dios vida se recibe,
Y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO

Me gusta negro ladino
Lo que acabás de esplicar;
Ya te empiezo a respetar
Aunque al principio me rei;
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar.
Dende que aprendí a inorar
De ningún saber me asombro;
Mas no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca;
Mas cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate,
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,
Lo más espinoso elige;
Pero esto poco me aflige
Y le contesto a mi modo:
La ley se hace para todos,
Mas sólo al pobre lo rige.

La ley es tela de araña,
En mi inorancia lo esplico,

No la tema el hombre rico,
Nunca la tema el que mande,
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia,
Nunca puede ser pareja;
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo:
La ley es como el cuchillo,
No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada,
Y el nombre le viene bien;
Los que la gobiernan ven
A dónde han de dar el tajo:
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son doctores
Y de su cencia no dudo;
Mas yo soy un negro rudo,
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO

Moreno, vuelvo a decírte,
Ya conozco tu medida;
Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro;
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir,
Porque en mi deber está,
Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla,
Que sos por juera tinieblas,
Y por dentro claridá.

OLEGARIO V. ANDRADE

(Argentino — 1841-1882)

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡ Todo es silencio en torno ! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡ Todo es silencio en torno ! ¡ Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo !

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se extremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza .
Del viejo morador de la montaña !

En la tarde anterior, cuando volvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera ;
Un niño y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
« Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante. »

El cóndor al oírlo batió el vuelo,
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja !

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza a las nubes en Oriente;
¡O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana — ¡inolvidable día! —
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva.

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos:
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos la montaña
Bajó la frente y desgarró su entraña! *

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

* Pasaje de los Andes. — 23 de Enero de 1817.

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: « ¡Este es el grande! »
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: « ¡Mirad! ¡esa es mi gloria!»

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
Y a sus roncós acentos
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea;
Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta en són de guerra!

¡Porfiada era la lid! — Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y ciméras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo,
En la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! — En la humareda
La enseña de los libres ondeaba

Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria! *

Lanzó el cóndor un grito de alegría.
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Girones de estandartes castellanos.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío.
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín, hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,

* Batalla de Chacabuco. — 12 de Febrero de 1817.

En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos. *

¡ Siempre tras ella, siempre ! Hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo :
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡ Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña !
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña ;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del Oriente.

¿ A dónde va ? ¿ Qué vértigo lo lleva ?
¿ Qué engañosa ilusión nubla sus ojos ?
¡ Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores !

* Sorpresa de Cancha Rayada. — 19 de Marzo de 1818.

¡ Va a posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento !

¡ Y allá estará ! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo, como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo : ¡ Este es el grande !

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como era entonces :
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas,
Y las ramas con sus nidos.

Todo está, nada ha cambiado,
El horizonte es el mismo ;
Lo que dicen esas brisas
Ya otras veces me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,

Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros.

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río
Largas horas he pasado
A solas con mis delirios.

Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo,
Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío.

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos
La adornaba con sus flores
De pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío:
Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio.

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios;
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos:
¡Pobre zorzal que venía
A despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo. .

Adiós! — parecían decirme
Sus melancólicos trinos; —
Adiós, hermano en los sueños!
Adiós, inocente niño!

Yo estaba triste, muy triste!
El cielo oscuro y sombrío,
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo:
Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos.

Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo;
Con arrugas en la frente
Y el cabello emblanquecido.

Aquella alma limpia y pura
Como un raudal cristalino,
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios,

Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido,
Sombras de sueños, dispersos
Como neblina de estío !

Ah ! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas, hojas de plata
Del árbol de lo infinito.

Sólo el niño se ha vuelto hombre,
Y el hombre tanto ha sufrido,
Que apenas trae en el alma
La soledad del vacío !

MARTIN CORONADO

(Argentino — 1850-1918)

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón, ya mío,
Lanzó su vida de mi planta en pos :
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar ?

¡Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar a la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada a los pobres del saber,

Y a quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en su frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos
Rozando mi tostado a su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces a mí se adelantaba
Lanzando a la carrera su corcel,
Y una rama a los molles arrancaba:
—¿La quieres para ti? — me preguntaba,
— Se parece al laurel.

O si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín.

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos a buscar;
—¿No es verdad que estoy bella — me decía —
Que soy tu sueño, que tu lira es mía,
Que me vas a cantar?

Otras veces las cuestras empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol
De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubierta con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos a la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa
De guiarme en la marcha: — ¡Por aquí! —
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba a intervalos quejosa:
— ¡No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía a mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar... y a morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y, sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
— Esa pampa tan verde - murmuraba - -
¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora
El cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,

Su palabra, caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pie,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino
Del valle me alejé.

¡Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día a mi conciencia,
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación;
Rayo de luna a mi pupila asido,
Tu blanca imagen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

LA CAUTIVA ¹

De la tierra extranjera
Vendrá el gigante de las patrias glorias,
Al pie de la bandera
Que tiene su alma y guardará altanera
En urna azul su polvo de victorias.

Proscripto del destino,
Vendrá en la muerte a levantar su tienda
Bajo el sol argentino,
Y en cada ola que alzaré el camino
La libertad le llevará una ofrenda.

La América al soldado
Daré las palmas de la tierra toda
Donde lloró el pasado,
Donde a la sombra del pendón sagrado
Cruzó triunfante la conquista goda!

La proa del navío
Por el laurel se sentirá sujeta,
Y allá hasta el mar bravío
Irán las ondas del Platino río
Con la caricia de la patria inquieta.

¹ Esta composición fué escrita con motivo de la repatriación de los restos del general San Martín (N. del A.)

Con extraño murmullo
Sobre los flancos del bajel severo
Pondrán amor y orgullo,
Y harán oír, a San Martín su arrullo,
Y al ronco mar los gritos del pampero.

El gigante caído
De aquellas olas guardará el lamento,
Porque ellas habrán ido
Sobre el abismo a conmover su oído
Con esta endecha que les dijo el viento :

« Allá, tras la neblina
En que parece que a tocar sus brumas
El cielo al mar se inclina,
Hay una tierra que nació argentina
Y en la borrasca se ciñó de espumas.

« A aquella tierra un día
El sol de Mayo la besó en la frente,
Y hoy llora todavía,
Perdida y sola en la extensión vacía
Con el recuerdo de su amor ausente.

« Hija del Nuevo Mundo,
Le llama triste a consolar su pena,
Y oye sólo, iracundo,
Del Océano el estertor profundo
Que en el confín del horizonte suena.

« Cual víctima expiatoria
A su cadena la amarró el pirata
De aventurera hisioria,

Para vengar la tempestad de gloria
Que a sus milanos desbandó en el Plata.

« Y alla gime cautiva,
Luchando en vano por romper sus lazos
Con ira convulsiva,
Con el rubor de la romana altiva
Cuando el esclavo la estrechó en sus brazos.

« Su clamoroso alerta
Todos los ecos que el abismo esconde
Alza en la mar desierta ;
Pero jamás la soledad despierta,
Pero jamás el vengador responde !

« ¡ Ay ! el ave marina
Sabe no más lo que se queja a solas
La cautiva argentina,
Cuando le grita el huracán : *Malvina !*
Y dicen : *Falkland !* las sombrías olas

« Ella, la compañera
De sus peñascos descarnados, sabe
Que inerme y prisionera
En la ansiedad del abandono espera
Como encallada y solitaria nave ;

« Que eterna sombra arroja
Sobre las cumbres donde rueda el trueno
Una bandera roja,
Que en el delirio de mortal congoja
Como una garra se clavó en su seno ;

« Que el sueño del rescate
La hace vibrar como gigante lira
Templada en el combate,
Cuando sus alas la tormenta bate
Y en soplo audaz la libertad respira ;

« Que la soberbia azota
Del opresor, la miserable esclava,
Cantando su derrota,
Y donde quiera que su enseña flota
El estandarte de la patria clava ;

Y que ora en explosiones
De orgullo airado, su penacho agita
De niebla hecha girones,
Llamando al viento a desatar turbiones,
Y dando al rayo vengadora cita ;

. Y ora pide doliente
Su inmensa tumba, su grandeza entera,
Al hondo mar rugiente,
Para perderse entre el oleaje hirviente
Con el sudario de la azul bandera ! »

Asi dirán airadas
Las anchas olas del Platino río,
De espumas coronadas,
Volcando flores, de la patria enviadas,
Sobre los flancos del triunfal navío.

¡ Ay! en la urna muda
Como un recuerdo dormirá el atleta
Que América saluda ;

Pero el secreto de la mar ceñuda
En cada oído lo dirá el poeta.

De su lira sonora
Saldrá perenne la canción guerrera,
Que marcha voladora,
Como la luz, a despertar la aurora,
Como la chispa, a reventar la hoguera !

1879.

A LA SOMBRA DEL LAUREL

LA DONCELLA

Anciano, ¿no habéis visto en el camino
Al dueño de mi alma y de mi amor,
Errando por el valle, peregrino,
Cual la sombra sin voz del trovador ?

EL ANCIANO

Esta aurora, al bajar de la montaña,
He visto melancólico a un doncel
Contemplar desde lejos tu cabaña,
Reclinado a la sombra de un laurel.

LA DONCELLA

¿Le encontrasteis ? ¿él era !... Revelaba
Mucho afán, mucha pena, ¿no es verdad ?
¿Oísteis si mi nombre pronunciaba
Para llenar con él la soledad ?

EL ANCIANO

Quizá. Más tarde, cuando el sol radiante
Alumbraba las flores del verjel,
Volví a verle ¡cuán pálido el semblante!
De hinojos a la sombra del laurel.

LA DONCELLA

Anciano, yo le amo: en su latido
Lo anuncia sin cesar mi corazón...
Decidme si buscaba en el olvido
Remedio a su dolor y su pasión.

EL ANCIANO

No, que en redor de su abatida frente
Volaban los recuerdos en tropel.
¿Te quería ese bello adolescente
Que vi triste a la sombra del laurel?

LA DONCELLA

Escucha: vino al pie de mi ventana
Una noche de plácida quietud,
Y una canción más tierna que galana
Hizo oír a compás de su laúd.

EL ANCIANO

¿Y llevó hasta tu alma una caricia?
¿Y arrulló tus ensueños?... Tal vez él
Pensaba en esa noche con delicia
Suspirando a la sombra del laurel.

LA DONCELLA

Desde entonces le adoro, y desdeñosa
Me encuentra, ¿lo creeréis? Yo soy así:
Tengo miedo al halago de otra hermosa,
Y quiero encadenarle junto a mí.

EL ANCIANO

¿El desdén a su amor has ofrecido?
¿El desdén nada más? Fuiste cruel...
¡Ah! por eso esta tarde, el sol caído,
Le ví muerto a la sombra del laurel.

SOLEDAD

Muchas veces, cual antes, he venido
A vagar solitario por aquí,
Donde tanto recuerdo hay escondido,
Donde cada rumor, como un latido,
Suenan dentro de mí.

Sollozante en el alma, lejos de ella,
El eterno lamento de mi fe,
He buscado, al pasar con mi querella,
Sobre las sendas húmedas la huella
Furtiva de su pie;

He buscado en la arena, junto al río,
La cifra que a hurtadillas escribió
Enlazando su nombre con el mío

En las doradas tardes del estío
Que el tiempo se llevó;

He buscado en la rama cimbradora
Que balanceaba el viento sin cesar
Como un dosel de sombra arrulladora,
El nido aquel de la torcaz, que otrora
Nos hacía soñar.

¡Ay! aquí los recuerdos del pasado
Flotan como girones de crespón
Que un soplo de borrasca ha desbandado:
Todo, hablándome de ella, me ha enlutado
De ausencia el corazón.

Allá cuelga la verde enredadera
De las ramas del árbol, como un chal
Que arrojara la diosa Primavera
Para emprender con rápida carrera
Su camino triunfal.

Allí agobia al chañar de nuestras citas
El florecido manto de su sien;
Alla frescas, vivaces, infinitas,
Tienden al sol las rojas margaritas
La alfombra de mi Edén.

Allá un grupo de sauces soñolientos
Mira a sus pies las olas resbalar
Con el último beso de los vientos,
Y su sombra, con blandos movimientos,
Se deja columpiar.

Allá cruza serpeando misteriosa
La senda predilecta de los dos, ●
Donde a mis sueños la ilusión dichosa
Abrió sus alas de color de rosa...
¡Donde me dijo adiós!

La misma esplendidez tiene el paisaje.
La misma luz, la misma juventud;
Siempre verde y lujoso está el follaje:
Siempre mueve su seno el oleaje
Con igual inquietud.

Pero falta mi virgen al santuario,
Y hoy circula en las frondas el rumor
De un eterno sollozo solitario;
Hoy, hasta el cielo azul, como un sudario
Cubre tanto esplendor.

La ausencia está en mi alma! Nada alcanza
A llenar tan horrible inmensidad,
Y arrastro, sin mi estrella en lontananza,
Enferma de tristeza la esperanza
Por esta soledad.

EN LA ESTANCIA

Hundióse rojo el sol, un sol de estío,
Desplegando en la atmósfera inflamada,
Tras ancha nube de color sombrío.
Su abanico de luz tornasolada.

Sobre la loma plácida y desierta,
Hendiendo el trébol, al azar vagaba,
La sudorosa frente descubierta
Para orearla en el aire que pasaba.

Del viejo rancho al lejos se veía,
Cayendo en flecos, el pajizo alero,
Y la cumbre, erizada todavía,
Del mojinete que azotó el pampero.

Bajo el alero abierta, la ventana,
Con su cortina azul, alzada apenas,
Dejaba adivinar, hosca y tirana,
Miedos de sol y rostros de morenas.

* *
* *

La obscura nube, por la luz herida,
Como encumbrado y solitario monte,
Destacó su silueta enrojecida
Sobre el purpúreo azul del horizonte.

Y el sol se fué. Palideció en la esfera
El incendiado rastro de su vuelo,
Y cual si chispa del incendio fuera,
Brilló una estrella en la mitad del cielo.

Lanzó la noche del brumoso Oriente
Brisas cargadas de salvaje aroma,
Que pasaron, batiendo en el ambiente
Alas de sombra azul, de loma en loma.

Inundado de súbita frescura,
El campo verde respiró contento,

Y flotó como un velo en la llanura
La vaporosa niebla de su aliento.

Después, la noche. Vacilando en ella,
Una tímida luz brilló lejana:
Nunca en la vuelta me faltó mi estrella
Tras la cortina azul de la ventana.

*
* *

Torné al hogar. Mi pie se deslizaba
Sobre el trébol cubierto de rocío,
Y un mundo de luciérnagas chispeaba
Bordándolo de luz en torno mío.

Desbandaba las sombras a mi paso
Un continuo y fugaz relampagueo,
Cual si hubiera en el fondo del Ocaso
El temblor de un inmenso pestaño.

A intervalos cruzaban por mi lado
Insectos zumbadores, y en mi oído
Vibraba, en el silencio prolongado,
De los grillos el áspero chirrido.

Perdidas en la sombra, de repente
Chillaban las lechuzas agoreras,
Y el chocar de sus picos, sordamente
Retumbaba en las huecas vizcacheras.

*
* *

La luz del rancho me miraba en tanto
Con la dulce inquietud de su cariño,
Y mi alma evocaba con encanto
Recuerdos llenos del candor del niño.

Era el tiempo feliz en que mi mundo
Cabía en el fulgor de una mirada;
La palidez del día moribundo
Se apagaba en la rústica ramada.

Amarradas al pie de los horcones
Rumiaban en silencio las tamberas,
Que eligieron por mansas los peones
Para ser ordeñadas por puebleras.

Una morena de rasgados ojos,
Maga de amor, ensueño de poeta,
Hacía su papel puesta de hinojos
Con miedo y sobresaltos de coqueta.

La vaca por süave la quería,
Y se entregaba a ella: una barroza,
Que en viéndola llegar, no se movía,
Y entornaba los ojos perezosa.

¡Cuánto afán y calor de las mejillas
A la morena le costaba aquello!
Al ponerse de pie, libre de horquillas,
Rodaba por la espalda su cabello.

Así venía, balanceando al paso
Su talle esbelto, entre la parda bruma,
Y me tendía, rebosando, el vaso
En que temblaba la crujiente espuma.

RAFAEL OBLIGADO

(Argentino — n. 1851)

ECHEVERRÍA

I

Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnícero,
El alarido de la tribu errante,
Y el soplo del pampero.
Faltaba el alma a la extensión vacía;
A los vientos del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que sólo brota el corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;
La luna, su destello soñoliento;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y a la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida ;
; Para la sed del alma, única fuente !
Sobre la tierra, que a vivir convida,
¿ Bastarnos puede, acaso,
Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso ?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa urna
Sobre la tierra desmayada y fría,
Si en la sombra lejana
De sus antros sin nombre
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical rüido,
Las mil voces süaves
Que el viento imprime al pajonal dormido...
; Ah ! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un eco, se apagaba
En los profundos senos del desierto !

II

Llegó por fin el memorable día
En que la Patria despertó a los sonos
De mágica armonía ;

En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo.
El Mundo americano
Alborozado se escuchó a sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa, sus rumores;
Y el verjel tucumano,
Prestando oído a su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, a cada nube obscura,
A grito herido sus alertas lanza:
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento.
Que no traiga a sus versos el aliento
De la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa;

Y tendido en el lomo rozagante
Del potro pampeano,
Campos y campos devoró anhelante
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupila,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra a un muerto.

¿Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma,
Del carrizal nacidos,
Que cantan, al pasar, en los oídos,
Y lloran en el alma?
¿Qué historia le contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,
Un grito por tres veces repetido
Y de nadie escuchado!
¡Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,
Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de la *cautiva*!

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó a *María*:

En sus sueños geniales el poeta,
En el distante aduar, la presentía.
Para él nació; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Hasta empaparle el corazón con ellas.

Él reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura;
Él la siguió como paterna sombra
Por la vasta llanura;
Él hizo que las gotas de su llanto
En las almas sensibles se volcaran.
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo a humedecer llegaron.

Rosa temprana en un erial caída,
Él recogió sus hojas una a una,
Entregadas ¡oh Dios! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante, musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la pampa inmensa;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late a cada paso;
Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,
El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

V

¡República Argentina, madre mía!
¡Felices ¡ah! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día!
Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De la oprobiosa esclavitud trozaron!

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Sólo a ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza
Con que, rotas las brumas del pasado.
Se levantó tu juvenil cabeza;
Sólo a ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín, el inflexible acero.

¡ Con qué íntimo gozo
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron en excelso asiento
Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre...
Libre no, que era esclavo el pensamiento !

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que a un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos ;
Mas aquellos que inerte
El alma dejan a merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ajeno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que la conciencia de la Patria, atada
Tuvieron ¡ ay ! a la conciencia ajena !

¡ Y fué la libertad ; ! Y el pensamiento
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento ;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la patria luego !

VI

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quena
Que sollozaba en los antiguos días:
Dulces cantos de amor, que eran al alma
Claridad y rocío:
El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña...
¡Ah! todo ese universo
Revivió en los *Consuelos*, y su verso
Se apoderó de la mujer porteña.

Él las dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden;
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden
Como las aves a construir su nido,
Que aun su nombre es amado
Como un recuerdo de amorosa historia
Cuya doliente evocación consuela;
Y aun llevan, en ofrenda a su memoria
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó a sus rizos.

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo
La faz tranquila del hermoso cielo

Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho,
La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho !...

¡ Adiós, sueños de amor ! ¡ Adiós, hermosas
Que a la sien del poeta
Ofrenda hicisteis de tejidas rosas !
Él, todavía, la mirada inquieta
Vuelve a vosotras, de la nave ingrata
Que lo lleva al destierro y a la muerte
Sobre las olas del airado Plata.

¡ Se ausentó para siempre ! Solitario
Quedó su corazón, pues no cabía
En su íntimo santuario,
Otro amor que su patria, ni otro cielo
Que aquel sublime y grande
Que se dilata del platino estuario,
En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
Una lágrima ardiente,
De bendición para la patria ausente ;
Para el tirano, de viril reproche ;
Y herido al fin por' la implacable saña
Del destino, se hundió como los astros,
Dejando en torno luminosos rastros,
En el sepulcro de la tierra extraña.

¡ Oh injusticia ! ¡ Oh dolor !... Patria de Mayo.
¿ Dónde están del poeta los despojos ?

¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?
¿La misma luz que acarició sus ojos?
¿Duerme, madre, en tu seno
El hijo tuyo, el corazón valiente,
El que ni en llanto humedeció ni en sangre
El vivo lauro que ciñó a tu frente?

¡Nò, que el cantor de la llanura yace
De su pueblo olvidado!...
Ayer no más, trayendo las cenizas
Del héroe invicto, del primer soldado,
Llena de pompa y luz y movimiento,
Rozando aquella tumba solitaria
Pasó la nave; y su estertor profundo
Hizo temblar la copa funeraria
De los cipreses, en dolientes coros,
Al huir gallarda a la natal ribera
Revolviendo los hélices sonoros
Y suelta al aire la triunfal bandera.

¡Quedó esa tumba abandonada!... Empero,
Él fué también libertador; guerrero
De la lucha más noble. *La Cautiva*,
Que el sentimiento nacional exalta,
Y su estandarte victorioso ondea,
Es, como Maipo y Ayacucho y Salta,
El triunfo de una idea.

¡Poetas! De la Patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada
Que en sed de gloria al ideal aspira!
Y si queremos de los hijos nuestros

Tan sólo una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,
Venid, y entrelazadas nuestras manos,
Sigamos esa estrella que nos guía:
Lancémonos nosotros, sus hermanos,
Por la senda inmortal de Echeverría.

EL HOGAR PATERNO

A mis hermanas

¡Oh mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas
Donde el boyero me enseñó a cantar!

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
En la estrecha ciudad;
Para arrojar mi corazón de niño
De las pasiones en el turbio mar?...

Como un cisne posado en las riberas
Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño, se divisa
Á la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
Que grata sombra dan;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya;

En las barrancas que hacia el puerto ondulan
Y avanzan al canal,
Do vela el sueño de gloriosos muertos
La solitaria cruz de ñandubay;

En la hondonada que perfuma el molle
Y engalana el chañar;
En el arroyo que las toscas baña;
En ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz:
Allí mi madre me acaricia, niño,
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el Oriente,
Tierno beso nos da;
De rodillas, oramos; y, en seguida,
Puerta franca... la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
Por aquí, por allá,
Al campo el uno, a la barranca el otro,
Nos echábamos todos a volar.

— «Cuidado con los nidos,» nos decía
Mi madre en el umbral;
Pero digan horneros y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, a un algarrobo
Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos,
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído
Para vivir y amar,
Introducía sus rosados dedos
El pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico o el ala destrozada,
¡Nunca vista crueldad!
Asiendo los polluelos, uno a uno
Los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
Y el bullicioso afán,
De aquel enjambre de inocentes niños
Que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
Al cárdeno fulgor
Que desde el fondo de la Pampa envía,
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo
Y alegre confusión,
Los juncas rozando de la orilla,
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo.
Tendíase a estribor,
Y sonreía a la rizada espuma
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda
Lanzándose veloz,
Entre sus manos victoriosa alzaba
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
Enviando en derredor
Menudas gotas que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
Reía, porque vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al desusado y repentino són.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
Mostraba el mirador,
Donde mi madre a vigilarnos iba,
Gritaban todas a la vez: « ¡adiós! »

¡ Oh dulces años! Por entonces era
Nuestro goce mayor
Hurtar las flores que en las islas abren,
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
Y el seíbo punzó,
Eran ofrendas que mi madre amaba
Porque a sus hijos se las daba Dios.

¡ Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
Arranco al corazón,
Si yendo en pos del oropel mundano
El hombre olvida lo que el niño amó!

EL HOGAR VACÍO

¡Ay! tu hogar está húmedo y sombrío.
De tu encanto vacío,
De todos tus reflejos despojado!
El aire que agitaba tus cabellos,
Como no juega en ellos,
Circula entre los árboles callado.

Se caen marchitas, al abrir, las rosas
Que, frescas y olorosas,
Ayer reían en tus sienes bellas;
Y crecen las acacias tan lozanas,
Que cubren las ventanas
Por donde nos miraban las estrellas.

Como uno y otro día no te vieron,
Tus tórtolas huyeron,
Aquellas que, amorosas y sencillas,
Sobre tu casto seno se empinaban,
Y tus labios besaban
Golpeando con sus alas tus mejillas.

¡Quién sabe dónde están, adónde han ido
A suspender su nido!
Extrañas son las que en el bosque moran,
Las que se mecen en sus verdes cañas,
Y a tu recuerdo extrañas
Las que en tu sauce predilecto lloran.

Todavía aquel árbol eminente
Sobre el balcón saliente
Deja, inclinado, que su copa oscile;
Pero ya no entrelazan en los muros
Sus vástagos oscuros
La madreSelva y el jazmín de Chile.

Crece hierba salvaje en las macetas,
Colmadas de violetas,
Que tú regabas al morir el día;
Y ruedan por los patios desbandadas
Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano
Que en tu rosada mano
Beber solías con afán sonriente,
Cuando del linde de tu hogar se alejan,
Parece que se quejan,
Que van llorando por su dueño ausente.

¡Las olas son que en apacibles horas
Copiaron, seductoras,
De tu frente de niña la azucena!
¡Las mismas olas que, no bien llegaban,
Tendiéndose, buscaban
Algún hoyuelo de tu pie en la arena!

Como en los días del ardiente enero,
La jaula del jilguero
Aun cuelga del parral fresco y umbroso;
Pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,
Hay otro cuyo canto
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.
Tu cándida existencia
Cual blanca nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas...
Los que nacen con alas,
¡Qué pronto suben de la tierra al cielo!

LA FLOR DEL SEÍBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura

C. OYUELA.

Tu « Flor de la caña »
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese en ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seíbo.

Un día, — una tarde
Serena de estío, —
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un chal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seíbo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos...
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada,
Quizá por descuido,
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí a levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor a tomillo.
Al dárselo, « ¡ Gracias,
Mil gracias ! » — me dijo,

Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
¡Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo!

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
— « Allí se columpian
Dos aves, — me dijo;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto

Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seíbo. »

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino :
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando a las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

Estos, Fabio ¡ ay dolor ! que ves ahora
Jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron

Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces a sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada a la labor, tejía
Mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía a las ventanas de una hermosa
De mosqueta y jazmín red olorosa
Que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario, miente.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
Lo que eran estos sitios, cuánta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Vieras aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,
La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja, y en batalla,
Y a cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros del lechero
Que a largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo o un navarro,
Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo de un árbol a la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso .
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio a nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudían en bandadas
A nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piecitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
Y traspasar el cenagoso abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudarlas inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas
Como granadas de Engadí partidas,
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas ;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
Cuando, lanzada como rauda fija ¹
Cruzaba una medrosa lagartija
Con grave susto disparando de ellas ;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Cómo por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

¡ Oh, mi dulce porteña, amada mía !
Ya no hay violetas ni silvestres moras ;
Huyeron ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería !...

¹ Fija : arpón, fisga.

SANTOS VEGA

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.
Cantar popular.

I

EL ALMA DEL PAYADOR ¹

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al Occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Pára la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando,
Por singular beneficio,

¹ *Payador* : trovador.

El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suenan el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierne al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,

Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones ¹ remedan
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río ;
Mudo, abismado y sombrío.
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
Y hunde su potro en las olas
Con la guitarra a la espalda.

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y alzando, en vez de sus cantos,
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura :
« ¡ El alma del viejo Santos ! »

Yo que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Beso este suelo querido

¹ Brillazón : espejismo.

Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma,
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza a su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

« Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

« Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú vacilar
Hace la copa bizarra;
Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar !... »

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano,
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera,
Se vió una sombra ligera
En Occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera.¹

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento

¹ *Tapera*: ruina.

Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil y llega
A palpar a Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima a la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que a Vega cerca
Un jinete que se acerca
Á la carrera lanzado;

Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: — «Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo,
Lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
— «Por fin, — dijo fríamente
El recién llegado, — estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos.»

Así diciendo, enseñó
Uua guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos

Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
« La he besado hace un momento. »

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor, y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura.

Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué a sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
Á esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va en pos del ideal
Como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;

El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa, ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É, inclinando el rostro hermoso,
Dijo: — « Sé que me has vencido.
El semblante, humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió a la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

— « Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,

Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
;Lo han vencido! Llegó, hermanos,
El momento de morir. »

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo
Así el cuento terminó:
— « Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció. »

CALIXTO OYUELA

(Argentino — n. 1857)

CANTO A LA PATRIA

EN SU PRIMER CENTENARIO

Sobre la Patria un siglo
Rodó, en un fluctuar de sombra y lampos:
En las almas y campos
La Paz serena su fulgor derrama.
Ya a la joven nación el mundo aclama:
Y viendo hervir en torno
Feliz y palpitante muchedumbre,
La generosa mano al mundo tiende,
Y ágil y fuerte, asciende
De su destino a la eminente cumbre.

La fecha redentora
Relumbra como un sol en nuestra mente.
Y en nuestro corazón brota sonora
Onda de amor en férvida corriente.
Hoy que la Patria en mi cantar se mira,
Sólo el oro del alma hasta ella eleve:
Cuando en lengua ideal le habla la Lira:
No vano incienso, la Verdad le debe.

Cien años há que a larga lid gloriosa
Esta alma tierra se arrojó valiente,
Y surgió de ella soberana, hermosa,
Tremulante el laurel sobre la frente.
Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.
Y Dios besó su frente;
Y un himno inmenso resonó en la esfera:
Y el cielo hondo y sereno
Desprendió de su seno
Ráfaga azul, de sol resplandeciente,
Para tejer su virginal bandera.

Luego en internas luchas encendida,
Enhiesta o abatida,
La selva penetró, áspera y fuerte,
Que a hombres y naciones
Desvía en el camino de la vida.
Con bramidos de muerte
Cerrado por panteras y leones.
Respirando ya ambiente más sereno,
Abrió hondo surco a la labor fecunda,
Y con presagio de venturas lleno,
Que en la verdad y en el amor se funda,
Hoy a los hombres muestra,
Brindándoles su seno,
Más noble espada en la robusta diestra.

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Así Moreno, espléndido meteoro,
Belgrano, el noble y puro,
A quien el alma floreció en la mente
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente,
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone,
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

Pero ¡cuántos dolores, Patria mía,
Despedazaron tu materna entraña!
¡Cuánta pérfida saña,
Y furia devorante
Nublar hicieron tu gentil semblante!
Sobre todos Facundo se alzaría,
Tigre de sangre sin cesar sediento,
Si no hubiese uno solo, aun más cruento,
Nacido en negro instante
Para manchar el esplendor del día.

Sobre el potro las pampas le abortaron
Al ulular de la anarquía obscura:
Alma tan torva y dura
Nunca allá los abismos engendraron!

Entre muerte y traición feroz se agita;
La luz, lo azul le irrita,
Cual si en espasmos de funesto olvido,
Fundiera en él Natura
Al bufón, al demente y al bandido.

Helado el pensamiento
Vaga por esos tenebrosos días,
Cual por calles desiertas y sombrías,
Do con voces de muerte zumba el viento.
Volcóse en ruina inmensa
Cuanto es del mundo salvador tesoro:
Puñal blandió el Poder en vez de espada:
Vióse en duelo el amor, roto el decoro,
Y la virtud proscripta o degollada.
En desborde feroz la humana escoria,
Muda la escuela, profanado el templo,
Fué aquella edad el más siniestro ejemplo
De la orgía del crimen en la historia!

Mas al fin huracanes vengadores
Limpiaron nuestro cielo
De ese asfixiante nubarrón de horrores
Que al sol de Mayo obscureció en su velo.
Y cuando en lid hirviente
El bronce de Caseros tronó airado,
Y nos volvió los dioses tutelares,
Pálido y tembloroso, el Execrado
Huyó a esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,
Rugiente oleaje sacudió el navío;

Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,
Descoilar vió al Patricio soberano
A quien en duelo aun la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo a jubiloso puerto.

Ya en cimiento granítico asentada,
¡Oh Patria! enamorada
Te besa el aura pura
Que con las orlas de tu manto juega,
Y en ti volcando toda su hermosura,
Naturaleza de esplendor te riega!
Sombra te dan tus bosques seculares,
Fragancia tus jardines,
Y cantan en tu seno y tus confines
Tus grandes ríos, los solemnes mares.
La pampa, inmensidad que un mundo espera,
Símbolo de infinito, en ti se tiende;
El Andes te corona;
Y la celeste esfera,
Ebria de azul, para mirarte enciende
Todo el fulgor de su radiante zona!

En tu ascensión dichosa,
Honda sed de progreso tu alma inflama,
Y en tus costas, de gente varia y briosa
Un aluvión sonoro se derrama.
Ya con creciente estruendo oírse dejás
Un rumor incesante de talleres,
Y se mezcla a la espiga áurea de Ceres

Rico vellón de innúmeras ovejas.
Tierra de redención, el inmigrante,
Que en su terruño escueto
Vivía, ya olvidado de ser hombre,
A misérrimo afán siempre sujeto,
De nuevo empuje armado,
Halla en tu suelo libertad, respeto,
Y pan, y hogar, y un porvenir y un nombre,
En los revueltos surcos de su arado.
Y ya dueño de sí, fuerte y tranquilo
En el modesto asilo
Que levantó con manos paternas,
¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Oculto, empero, entre infinitos dones
Cruel peligro te acecha:
Ver tu gran tradición caer deshecha,
Decoro señorial de tus blasones.
La savia que da al árbol su esmeralda,
Y su armoniosa copa al cielo eleva,
Y entre sus ramas prende
El sazonado fruto y la flor nueva,
De la raíz asciende!
Tu cuño y verbo victorioso imprime
En el viviente enjambre que hoy te estrecha
En abrazo fecundo,
Y en ti afirmando tu gloriosa raza,
Tu propio íntimo ser salva y redime,

Y tus armas embraza
Para avanzar a recibir al mundo !
No dañarás a tu genial riqueza,
A una visión más alta de la vida :
Cinta de agua nacida
En la montaña, se acrecienta en río ;
En dilatado curso copia ufano
Nuevos cielos y campos, nuevo ambiente ;
Mas una misma es la veloz corriente
Que va desde la fuente al océano.

Ni con sórdido anhelo
Conviertas en mercado tu palacio ;
Flote allá en los abismos del espacio
De lo ideal el transparente velo.
La vulgar opulencia
Que los trofeos de la vida ignora,
Secos y tristes ídolos levanta
Y con estéril pompa los adora.
Depura el común zumo en rica esencia,
Guarda la sacra llama en ti encendida,
Y despliega en los siglos tu existencia
Fructificando en trascendente Vida !

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en ti serenas la Fe augusta,
Y la espada leal, la ley severa :
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje,

Y vil codicia, delirante encono,
Corrupción o pillaje,
Aullando suben a infamante trono.

Al trabajo, al saber, tus magnas puertas
De par en par abiertas,
Giren severas en su fuerte quicio
Cuando impudente vicio,
O las violencias de la humana fiera,
Que responde con muerte al beneficio,
Hacia ti tiendan su ominoso vuelo,
Negra en sierpes la hirsuta cabellera,
Para manchar y envenenar tu suelo!

¡Salve, oh Madre, en tus sagrados días!
De tus hijos acepta la áurea ofrenda:
Tu magnífica senda
Pueblen sin fin venturas y armonías!
Reverentes postrados a tus aras,
Nuestro inefable amor te consagramos,
Y aclamarte anhelamos
Templo de la Belleza y de la Idea,
En donde el himno de su fe se eleve;
Y que al ungirte, eterna, la Victoria,
La Justicia, que en Dios los orbes mueve,
Te inspire siempre, y sea
La irradiación suprema de tu gloria!

1910.

A FRAY LUIS DE LEÓN

But when the intervals of darkness come, as come they must when the sun is hid and the stars withdraw their shining, we repair to the lamps which were kindled by their ray, to guide our steps to the East again, where the dawn is.

Emerson

Como celeste canto
Resuena tu inspirada poesía,
Y asciende en vuelo santo,
Y su alta melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.

Vibra tu grande acento,
No en el hervor de popular tumulto,
Do el que hoy oye el concento
De fervoroso culto
Blanco es mañana de candente insulto ;

Sino en la sacra esfera
En donde el sol de lo ideal fulgura,
Y en tibia primavera
Aura de virtud pura
Besa y abre la flor de la hermosura.

Tu voz, sin pompa vana,
Adulación sonora del sentido,

Se lanza dulce y llana
En el alma, sin ruido,
Cual ave amante en el oculto nido.

Rompió en un nuevo oriente
La hermosa lumbre de la edad pagana,
Y aquel ritmo potente,
Aquella gracia arcana
Se derramó en tu mente soberana.

Mas la antigua hermosura
En tu sublime fe, en tu ardiente celo
Fundió su esencia pura,
Y con místico anhelo
Voló, serena y encendida, al cielo;

Cual lámpara armoniosa
De nítido alabastro construída,
Se ostenta más hermosa,
Con más luciente vida,
Si de interno fulgor brilla encendida.

Tu numen vivifica
Naturaleza toda, y la levanta,
De nuevas gracias rica,
A ser la lira santa
Donde el Eterno sus grandezas canta.

Sus plácidos rumores,
Su mudo acento, su menor rüido,
Sus rayos tronadores,
Con profundo sentido,
Como divino són hieren tu oído.

Y el oloroso huerto
Que plantaste *del monte en la ladera,*
De bella flor cubierto, ¹
Por secreta manera
Tu mente eleva a la celeste esfera.

Como aquel que vagando
Por hondo valle, más amigas siente
Las voces con que hablando
Está perennemente
Naturaleza en su callado ambiente ;

Y la vista tendiendo
A la serena y solitaria cumbre,
Volar quiere, venciendo
La mortal pesadumbre,
Allá donde entrevé ríos de lumbré :

Tú así, en ansia constante
Por arrancarte a la terrena arcilla,
Ardes por la distante
Esfera sin mancilla
Donde la patria de las almas brilla.

¡ Cuál de júbilo y pena
Sublime confusión te embebecía,
Cuando *noche serena*
Por la bóveda umbría ,
Resplandecientes lumbres extendía !

¡ Oh cómo desplegaba
Tu purísima fe sus alas de oro !

¹ *La vida retirada.*

¡Cómo en busca volaba
Del místico tesoro
De amor, que inflama el centellante coro !

Allí, en visión dichosa,
Celebra la región en que florece
Perenne nardo y rosa;
Y el himno que la ofrece
Con blanca luz de gloria resplandece. "

¡Mortal a quien fué dada
Alta contemplación de la ventura
Al mundo real velada;
Y ver, tras niebla obscura,
Limpia y radiante la sublime altura !

Huella el suelo tu planta
Y la tierra te manda sus ruidos:
Mas tu alma se levanta,
Y pasea encendidos
Por entre eternos soles sus sentidos.

¡Oh vén a mí, vén! Lleno
Me siento de tu amor, grande agustino:
Yo amo el fulgor sereno,
El raudal cristalino
De tu sencilla fe y candor divino.

Henchido de alto anhelo,
Hijo de una región joven y hermosa,
A quien romper el hielo

¹ *Morada del cielo.*

De la materia odiosa
Le falta sólo para ser dichosa ;

A ti, que eres creencia,
Poesía, ideal, mi lengua aclama ;
Y ansiando por la esencia
Que tu espíritu inflama,
Pongo mi corazón sobre tu llama.

1886.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
Á arrojar a tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen,
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Ondas que el cielo en esplendor reflejan?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Cual si viniesen, en calladas horas,
Auras de Dios a acariciar mi frente?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su ser esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde

Lo intangible y réal, y en lazo de oro
Los liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la fulgente cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos
El suave aroma que en tu ser se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que enciende
Tu corazón de virgen;
Con tus palabras, para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el viento
Suenan en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída,
De la inmortal Naturaleza; entonces
De la alta estrella, y de la errátil nube,
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira a estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendióse de armonías,
Donde línea, y color, y ritmo, unidos
A férvido sentir, a excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban.

Tu tierno amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.

¡Inefable emoción, engendradora
De briosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,
Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,
Y ni duro revés, ni arduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblégan,
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara a mi laúd ceñido!
Y ¡oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído a regalar süave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de solemne aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó a la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de ti. La flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve
Que en torno gira; la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala.
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que de un vago anhelar llena la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe,
Tráenme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo. En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y derramado ejército de estrellas
En la celeste inmensidad relumbra,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi ser; dulce aparece
En cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y de inmortal ternura
Penetrándome el alma, en sus jardines
La flor de luz de mis ensueños brota.

Otros en pos de fútiles quimeras
A la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;
O, en ansia ardiente de ligeros goces,
Viles arrojen su mejor corona
A las plantas de estólido magnate:

Yo anhele ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella, aún más pura,
De tu amante mirar, a cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡Todo está en ti mi corazón, que al ritmo
Late, oh amada, que tu mente rige!
Y cuando me hallo de tu luz distante,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como, al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
¡Tuya mi lira es! Tuyo su limpio
Aunque modesto són; y cuando envuelta
En velos funerarios
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aun al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.

1882.

AL NIÁGARA

¡Salve, estupendo Niágara! Hijo errante
De las comarcas argentinas, donde,
Émulo tuyo, se abalanza el Guaira,
Ante tu esplendidez vibrante llego,
Y mi suprema admiración te rindo.
Limpio, sereno, hermoso,

Brilla en su trono el día, y me recibe
La risa azul de estos radiantes cielos.

¡Oh cuánta vez, en mi lejana patria,
Al sonar fascinante de tu nombre,
Soñé con tu grandeza
Y con hallarme en tu presencia augusta!
Y no, no es sueño ya, que al fin te miro
Y te contemplo en delicioso asombro
En tu pasmosa realidad, y esplenden
Esclavos de mis ojos tus encantos.

Rugientes, espumantes, clamorosas,
Y por región vastísima extendidas,
Corriendo vienen tus inmensas aguas
A desplomarse de las altas rocas
Que las cierran y oprimen
En herradura colosal. Ya en saltos
Ebrias se arrojan al tremendo abismo;
Ya se arrebatan ciegas, ineludidas
De irrevocable decisión; ya en trenzas
Y en encajes de perlas y diamantes
Se desgranán y ríen. Vigorosas
Resurgentes columnas
Por las que bajan en trepar se afanan,
Y sin descanso su corriente impelen,
Mas al tocar la cima
Pesadamente al fondo se derrumban.
Al golpe horrendo, que sentirse debe
En las entrañas de la tierra, suena
Allá adentro, incesante,
Un redoble titánico de truenos,

Y los repite el eco, y su estampido
Con alto estruendo la comarca asorda.

Blanca, opulenta y vaporosa niebla
Oblicuamente desde lo hondo sube,
Y blanda flota, y gira, y se derrama
Como a semi-velar tanta hermosura.
En ella el sol sus rayos
Engarza y teje, y sus ardientes besos
La encienden toda en el fulgor glorioso
De abundantes arco-iris. Unos nacen
De las ondas serenas,
Y allá en los aires a perderse ascienden,
Y en las cascadas con temblor se copian;
Otros, dando al espacio
Cúpula excelsa, de colores rica,
Sumergen en el agua ambos extremos;
Ora en franjas se tienden largamente
Sobre las ondas, y en la fresca hierba
Y árboles de las márgenes se esfuman;
Ya en sueltos trozos esparcidos brillan;
Ya, uniéndose dos de ellos, soberano
Resplandeciente círculo despliegan.
Parece entonces que entreabierta en haces
¡Oh Niágara! la esfera cristalina,
Rayos desprende la increada lumbre
Sobre tu frente, y su eternal diadema
De albo-celeste resplandor te inunda.

Ni faltan a tu gloria los hechizos
Con que el humano ingenio,
En misterioso efluvio,

Toda belleza natural consagra
Prestándole alma y voz. Y si aún el Lemán
Con su onda azul los perdurables ritmos
De Byron canta y Lamartine, y el genio
De Shelley pasa en la inconstante nube,
Y el sauce se hermosea
Por magia de Musset, y entre los astros,
Que en la nocturna obscuridad relumbran.
El alma de León plácida vaga:
Aquí del grande Heredia
Suena el himno inmortal, y en tus torrentes
Se precipita audaz, luce en tus iris,
Y entre los pliegues de tu niebla envuelto,
Hermoso y triunfador se alza en los aires:
Mientras en lo profundo,
Y en el fragor de tu rugiente abismo,
Se oye de Pombo el desolado acento.

No a mí me impulsa, en mi modesta ofrenda.
El temerario empeño
De unir mi voz a tantas armonías,
Y en tu oleaje perpetuar mi nombre;
Empero, más dichoso
Que el cubano cantor, miro a mi lado
A la que há tiempo mi existencia aroma
Con afecto inmutable, y verla pude,
Ante tu salto aterrador, violento,
Pálida sonreír, y con los ojos
Seguirme ansiosa, mientras yo avanzaba
A gozarme en tus ásperas caricias
Entre tu niebla y tumultuoso estruendo.
Y al pie de tus cascadas,

Hundido ya en impenetrable sombra,
Aun contemplé en la altura,
Como visión celeste,
Su dulce faz y tu encrespada cima
Al sol brillando con reflejos de oro.

¡ Sublime imagen del poder perenne
De la creación, a nuestra mente brindas !
Siglos sin fin sobre tu frente ruedan,
Y tú en su curso, instante por instante,
Un mar derramas de impetuosas aguas
En los abismos, sin cansarte nunca.
Mas sobre el gran sonido,
Fuerza, abundancia, agitación, tumulto,
Que en ti palpita y hierve, excelso sello
Corona tu hermosura
De alta, serena, espléndida armonía.

¡ Adiós, Niágara, adiós ! Quizá la suerte
En un remoto porvenir te aguarda
Que es ley común de cuanto el orbe encierra,
Si trueca un cataclismo en blando lecho
Tus ingentes peñascos, y no hallando
Reparo alguno tu corriente inmensa,
En sosegado curso amplia se extiende.
Con el traidor anzuelo apercebido,
Pescador indolente, en frágil barca,
Por donde hoy lanzas fulminantes ondas
Tranquilo entonces pasará cantando.

Niágara Falls, 1889.

CANTO DE AMOR

No, no es del mundo, amada,
Tu ser etéreo ;
Mas alza a ti mi espíritu
Perenne vuelo.

Tu fulgor le fecunda,
Y alto deseo
Le da en el mar humano
Norte perpetuo.

Tú enciendes en mi mente
Sagrado fuego ;
Tu ritmo me encadena,
Oígo tu acento,
Y en éxtasis te digo
Mi amor inmenso.

He creído en el mundo
Hallarte un tiempo,
De miembros femeniles
En dulce velo ;
Y quedé al punto mudo,
Pálido y trémulo,
Y doblé, de amor loco,
Mi indócil cuello.

Mas cuando palpitante
Ser ya tu dueño
Pensaba, y cielo y tierra

Me eran estrechos;
Con dolor comprendía
¡Extraño truco!
Que era verdad la idea,
Lo real, sueño.

Una hizo, entre todas,
Mi error más denso:
¡Perdón te pido, amada!
Aun me avergüenzo...

Mas era tan hermosa,
Su suave acento
Penetrábame todo
De tal misterio,
Que en sus lucientes ojos
Tu lumbre viendo,
Yo la amé, te amé en ella,
Traspuesto al cielo.

— « ¡ Viniste al fin », — decía —
« Mi anhelo eterno!
¡ Pisan tus pies la tierra!
Al fin, despierto,
Resplandeciente y viva
Te miro y tengo! »

Viví así un año, presa
De error funesto,
Espiendo en su mirada
El gran secreto
De la esencia sublime
Que en ti contemplo...
¡ Con qué profunda pena

Advertí luego
Vilmente profanado
Tu amor excelso !

Nada había en su alma,
Todo en su aspecto.
Su viva inteligencia,
Su verbo ameno,
El de arte y poesía .
Ruidoso empeño :
Todo rodaba en ella
Al *lucimiento*.

Sin la fuente divina
De hondos afectos,
De tu íntima hermosura
¡ Oh Dios, cuán lejos !

¡ Perdón te imploro, amada,
Perdón de nuevo !

De ese amor por engaño
Limpio ya el pecho,
Más rendido que nunca
Hacia ti vuelvo.

Por la vida extraviado,
Ó en recto vuelo,
Yo tu esclavo fuí siempre,
Bebí tu aliento.

Tuyos fueron mis cantos
De amor, sinceros !
Tú me los inspiraste,
Ó tu reflejo ;
No las formas vacías
De un bello cuerpo.

Aunque tu pura idea
Contemple lejos,
Y des a mi reclamo
Silencio eterno,
Yo guardo en mí tu imagen
Y te poseo,
Como un río al sol lleva
Preso en su seno.

¡Tú, que en mi alma pones
Tan fuerte sello,
En visión intangible
Cruzas los cielos,
Y es tu sola morada
Mi pensamiento!

¡Dulce ausente del mundo,
Reina en mis sueños!

LA FLECHA

« — Quien clave esta flecha de oro
En la copa al sicomoro
Que se alza allá en los oteros,
Dueño será de un tesoro, —
Dijo un Rey a sus flecheros.

Avanzó el más afamado,
Con el grande arco ya armado;
Con fuerza hacia sí lo cierra;
Parte el dardo acelerado,
Mas, al llegar, cae en tierra.

Otro le sigue al instante.
Ya de la flecha volante
Hiere el aire el silbo ronco;
Mas fué a clavarse vibrante
Del sicomoro en el tronco.

El uno al otro sucede;
Y por más que el árbol quede
La cima herido, o el flanco,
Ninguno triunfante puede
Poner la flecha en el blanco.

Sale, por último, al frente
Noble y bello adolescente;
Miel lleva en los labios rojos,
Mucho pensar en la frente,
Y mucha luz en los ojos.

Desdeñando el real tesoro,
Apunta con hondo anhelo
Mucho más alto: sonoro
Crujió el arco; el dardo de oro
Voló a abismarse en el cielo.

La audacia al pueblo estremece;
Airado el Rey se levanta;
Mas su hija se adelanta,
Tan hermosa, que parece
Una visión pura y santa.

« Al que en la ambición se encona, —
Dice, — supera el que sueña.

Es sagrada su persona;
Y pues lo real desdeña,
Padre, mi amor le corona! »

1911.

FUEGO SAGRADO

¡Lámpara misteriosa, que encendida
En el alma gentil perpetuamente,
Tornas en flor, y aroma, y rica fuente
La vibración inmensa de la vida!

¡Brilla pura, serena y escondida,
Regando de ideal la humana mente,
Y abrasa y funde en tu esplendor ardiente
Toda la escoria que en el mundo anida!

Brilla en la lid, en el taller, en la onda
De alta armonía que el poeta crea,
En la verdad que el pensador revele;

Y el corazón al corazón responda;
Y toda actividad trascienda, y sea
Flecha de amor que hacia lo eterno vuele.

1909.

FANTASÍA

A la señora Delfina Mitre de Drago

Era una noche azul, diáfana y pura.
La luna conducía
Su albo bajel por la extensión serena,
Y vertiendo el encanto

Que de místico ensueño el alma llena,
Envolver a la tierra parecía,
Con su onda de luz, en níveo manto.
Salí sin rumbo, y me sentí ascendido.
Tras rápida y fantástica jornada,
A una región ignota
En altísima cumbre. La mirada
Lancé a través de la insondable esfera;
De mi orgánico ser perdí el sentido,
Y, toda valla ante mis ojos rota,
Fué inmensa mi visión, cual si estuviera
Entre el cielo y la tierra suspendido.
Contemplaba allí extático los astros,
Rasgado del espacio el negro velo,
Seguir, dejando en pos fulgentes rastros,
Su giro eterno en portentoso vuelo.
Empero, en el profundo
Silencio de esa gloria soberana,
Sólo hasta mí llegaba, desde el mundo.
El gran rumor de la colmena humana.
Y el alma me agitó, bien como suele
Hacer la luz lejana
De la región nativa,
Que, divisada apenas, de dulzura
Nos colma el corazón... Pero ¡cuán viva
Surgió ante mí su eterna desventura!

La esencia y ley de todo lo creado
Sujeta el mundo a imperfección y ruina.
Y si al ser singular, víctima inerme
De la desdicha a que el vivir condena

Es la Muerte fatal libertadora,
Para el mísero mundo,
Siempre amarrado a su vital cadena,
Mientras no le dé paz la eterna mano,
Es noche sin aurora,
De duelo y de terror tremendo arcano.
Mas bien que en sus anillos la invencible
Necesidad al hombre envuelva y ciña,
El mal sin fin que su morada infama
Más copioso y pujante aun se derrama
De su torcida voluntad, su dura
Desafección del bien. La torpe riña,
El salvaje salteo
Que «lucha por la vida» hinchado llama,
En su conciencia oscura
De lo justo ideal borra el deseo.
Y con la luz que espléndida recibe
De «aquella su porción alta y divina»,
Sólo sus bajas sendas ilumina,
Y a bastarda ambición la circunscribe.

¡Cuánto pomposo término sonoro
Arroja sobre el hórrido esqueleto
De su designio sórdido y secreto,
Cual regio manto de oro!
El engaño, la astucia, el egoísmo,
Son los reyes potentes de la tierra,
Y con armas mas viles
Que espadas y fusiles
El hombre al hombre va en perenne guerra.
Con la salud o el bien del desgraciado
Acuñan sus monedas afanosos

La « industria seria y el comercio honrado » :
Y el gobierno que libre más se ostenta,
Porque ya no le afrenta
El dogal de la antigua « tiranía »,
Es casi siempre pérfido ejercicio,
Donde en medio de triunfos y reveses,
Con falsa vocería
Labran sus personales intereses
Catervas de políticos de oficio.
Y aunque en la interna esfera
De cada sociedad, tú, ley de vida,
Orden al fin, aunque inferior, impones,
¡Cómo de pueblo a pueblo
La insolente ambición, la fuerza impera!
¡Qué anárquica impudencia en las naciones
Indignamente hundida
Fué la patria del boer : ¡deslumbrante,
Fascinó al invasor su oro y diamante!
El coloso del Norte,
Viendo sólo en España una ruina,
De un inícuo atentado se hizo reo ;
Y con negra cohorte
De bárbara matanza y vil saqueo
Europa fué a civilizar la China.
¡Oh civilización !... ¡Soberbia altura
De una colonia de dorados vicios !
¡En vano la Riqueza esparce el oro,
Y va hollando el Saber sendas triunfales,
Si no alza el corazón sus edificios,
Y en la frente del hombre no fulgura
El resplandor de fuegos inmortales !...

Mientras así en tristeza meditaba
La muda inmensidad se "obscurecía,
Y la tiniebla en los espacios era
Tan honda al fin, como si no debiera
Volver ya en ellos a reír el día.
De pronto, sobre el mundo vi a lo lejos
Posarse misteriosos los reflejos
De un invisible sol, de ignoto oriente,
Y prodigiosamente
Hacer saltar, cuando sus flancos toca,
De la gigante roca
De nuestros males, límpida corriente.
Entonces comprendí por qué se elevan
Tal vez en los desiertos de la vida
Los verjeles del bien, donde auras puras
Brío y consuelo a nuestras almas llevan.
A esa luz que estremece las honduras
Del corazón, la tierra se corona
De almas heroicas, de pasión llameante,
Y centellean en su oscura zona
Moisés, Newton, Colón, Teresa y Dante.
Entonces los humanos sentimientos
No son fuego pintado:
El amor, tantas veces profanado
Por la inconstancia frívola, o la triste
Aridez de almas de su culto indignas,
Es comunión dulcísima, que alientos
Da a toda una existencia,
Y con perenne esencia
Aun a la muerte en su fervor resiste.
Entonces sube a su sagrado solio
El amor maternal... ¡ Oh madre mía,

Memoria santa que en mi pecho vive
Como divino talismán! Más noble
Se hace, al pensar en ti, mi pensamiento,
Cual si esparciendo su hálito fecundo
La santa abnegación de tu cariño,
En mí tornara a retoñar el niño,
Y se impregnase de virtud el mundo!...

De la celeste cima
Donde a solas mi espíritu flotaba
Sediento de expansión libre y serena,
Por oculta atracción, casi inconsciente,
Comencé a descender, y al fin, rendido,
Con el alma en pesar, baja la frente,
Próximo estuve a la mansión terrena.
Vi, al penetrar en ella, abrupto alcázar
En medio de medrosas soledades,
Y en su ronco rodar le estremecían,
Y a sus torres altísimas ponían
Cimera colosal las tempestades.
De su seno una voz vaga, errabunda,
Surgía, hasta quebrarse en un gemido:
Y por encima de su vasta mole,
Allá en un mar de obscuridad profunda,
Resplandecía escrito en rayos de oro:
«Esta mezquina tierra,
De dolor y egoísmo inmenso imperio,
Sólo una cosa encierra
Digna de almas excelsas: el *Misterio*.»

Marzo de 1909

ADORACIÓN

Siento, señora, por ti
Toda el alma enamorada,
Y al imán de tu mirada
Nada mío queda en mí.

Como astro en la noche, brilla
Tu recuerdo tutelar,
Y al contemplarte pasar
El alma se me arrodilla.

Tu palabra regalada
Resuena en el alma mía,
Cual fin de una melodía
Allá en el cielo empezada.

Con tu reír me iluminas
Tan clara y tan dulcemente,
Que ver creo en sol naciente
Suavidades vespertinas.

La Vida en ti se depura,
Y de luz y aromas llena,
Parece brotar serena
De la increada hermosura.

Todo calla, esplende y ama
Donde tu visión se ofrece,
Y algo divino parece
Que en los aires se derrama.

Todo, en inmensa armonía,
Te reverencia y adora
Como a dulce embajadora
De la eterna Poesía !

Templo, fe, místico anhelo
Me brinda tu imagen cara,
Que por que en ti le adorara,
Todo en ti se puso el cielo !

Mi culto es a todas horas
Rendirte mi pensamiento ;
Mi infierno, tu descontento ;
Mi edén, el sitio en que moras.

¡ Oye cuál llega a tu planta
Mi súplica temblorosa,
Y la estrofa mas hermosa
De mi ternura, te canta !

¡ No la desdeñes, señora !
A ti esa música lleva
Como alondra que se eleva
A beber luz de la Aurora !

¡ Vuelve, vertiendo bondades,
A mí tus lucientes ojos,
Y el cielo no tendrá enojos,
Ni el mar tendrá tempestades !

¡ Tiéndeme tu blanda mano,
Do en prisión la Dicha tienes,
Y habrás ceñido a mis sienes
Corona de soberano !

CAMPESINA

Gloria da ver tu persona
Tan fuerte y tan bien plantada,
Tu limpia y franca mirada,
Tu reposo de leona.

Vese en ti la voluntad
Orientada hacia lo honesto,
Y lo altivo y lo modesto
En bien trabada hermandad.

Tus manos frescas, valientes,
Huella dejan do las pones,
Prontas a dar bofetones
A sátiros insolentes.

Mas ¡qué espléndidos abrazos
De sano amor no fingido
A tu dichoso marido
Darán tus redondos brazos!

No hay en ti vana quimera,
Ni triste princesa ociosa:
¡Ruda, fragante y briosa
Naturaleza en ti impera!

RECIPROCIDAD

Eres tan fina y sutil,
Tan bella, dulce y discreta,
Que la lira del poeta
Vibra a tu paso gentil.

Y un canto de ella se exhala
De loor y simpatía,
Y onda de suave armonía
Entre sus cuerdas resbala.

Así, cuando al vate miras,
Lo ideal brilla en su mente,
Y es corona de tu frente
La belleza que le inspiras.

1912.

LEOPARDI

(Inédita)

Altísimo Poeta en quien la vida
Vertió a torrentes fúnebre tristeza;
Titán que sin piedad Naturaleza
En cuerpo vil violentamente anida.

Alzó, robando a Grecia su escondida
Esencia pura y su serena alteza,

Marmórea forma de inmortal belleza
Por interiores fuegos encendida.

Amante sin amor, cóndor sin vuelo,
Soldado sin combate, sin fe santo,
La Muerte amó con fervoroso celo;

Y soberbio o gentil, en ira, en llanto,
Con su altivo dolor, su insomne anhelo,
La angustia universal clamó en su Canto.

1918.

SUEÑO VIVIENTE

La Poesía es ansia de Infinito,
Hondo sueño de amor, amor de un sueño,
Cuyo secreto misterioso rito
Impulsa el alma hacia ideal empeño.

Entonces, creador el pensamiento
En un vuelo fantástico se eleva,
Y, a perfumar el mundo, en dulce acento
Del íntimo sentir la esencia lleva.

Toda alta idea o gesta al vate inspira,
Deja su alma de astros recamada,
Pone en sus manos la sonante lira,
O a su fulmineo brazo da una espada.

Rico de vida, en soledad augusta,
Su mente en sed de lo ideal se inflama,
Y al hollar con dolor la tierra adusta,
Sobre ella un suave resplandor derrama.

Tal lo Infinito con velado acento
Vibró en mi corazón estremecido,
Y un inmortal dulcísimo tormento
Dió trascendente ritmo a su latido.

Y porque visitó mi vida el llanto,
Y de Natura oí la voz secreta,
Y amé lo hermoso, y el celeste manto,
Y los eternos soles, fuí poeta...

Mas te hallé, te hallé al fin ; oh dulce amada !
Y al instante calló mi eterno anhelo,
Que en la amorosa luz de tu mirada
Llegó hasta mí la irradiación del cielo.

Una profunda paz, una onda pura,
De ti nacida, mi existencia riega ;
Por tu amor es verdad toda hermosura.
Y en tu ser lo ideal su azul despliega.

Vestido en ti de luz mi excelso sueño,
Trocado ya en felicidad suprema,
Pues descienes a ser perenne dueño
De mi destino, y su viviente emblema ;

Mi poesía en ti feliz desmaya,
Y por última vez besarte quiere,
Como al tocar la hospitalaria playa
Ola errante del mar se tiende y muere !

1912.

A RAFAEL POMBO

(Inédita)

Al rodar en el templo atronadora
Del órgano la voz, postra y eleva;
Que clamorosos en sus alas lleva
Vientos de tempestad, luces de aurora.

Canta y gime, bendice, ríe, implora,
Se hunde en abismos, en candor se abreva,
Y en pos de espasmo en que el dolor se ceba,
Mueve brisa de Dios su onda sonora.

Así tú, Rey del canto americano,
Poderoso y alado, hondo e hirviente,
Con rugido y blanduras de océano:

Despeñas de *tinieblas* ¹ un torrente,
Mas, del mundo y los astros soberano,
Arco de eterna luz fulge en tu frente.

1919.

A UN CABALLO

QUE, TIRANDO DE UN COCHE,
SE METIÓ DE RONDÓN EN UNA LIBRERÍA ²

¡ Oh extraño bruto, irónico y profundo,
Que en vez de alfalfa seca o verde hierba,
En busca vas del pasto... de Minerva,
Regalo excelso del señor del mundo !

¹ "La hora de tinieblas".² Histórico.

Ejemplo das, aunque cruel, fecundo;
A esa infatuada racional caterva,
A quien en lazos frívolos enerva
De oro y placer el culto inverecundo.

¡ Ya sólo falta que, mientras campante
En nuestras olvidadas librerías
Entras, y al canto tu renombre pasa;

Nuestra áurea juventud, con elegante
Traje, altos cuellos e ínfulas vacías,
Vaya a nutrirse en tu fragante casa!

1903.

SU RETRATO

Leve andar, blando acento, dulce boca.
Mirar riente de intenciones lleno,
Obscura cabellera, erguido seno,
Mano gentil que acariciando toca.

Alma unas veces tierna, otras de roca,
Aguda inteligencia, hablar ameno,
Caprichoso anhelar, de norma ajeno,
Por soledades montaraces, loca.

Ingeniosa, sutil, audaz, ladina,
En ideal ensueño se remonta,
O es apacible fuente cristalina.

De humor, ya caviloso, ya travieso,
Pronta al enojo y a la paz más pronta,
Amor la enciende en su candente beso.

ESTROFAS

Hoy que al ocaso, de vapor cubierta,
Mi existencia declina,
Y con la luz crepuscular, incierta,
Melancólicamente se ilumina;

Y al descender de la luciente cumbre,
En el tenaz recuerdo
De cuanto fuí y amé, tiniebla o lumbre,
Meditabundo con afán me pierdo:

A ti, dulce y divina Poesía,
Con más vivo embeleso
Consagro mi ferviente idolatría,
Y aun sueño recibir tu augusto beso.

No en ti me halaga el primoroso manto,
Ni las pomposas galas,
Que ofrecen, no vigor, sino quebranto
Al soberano impulso de tus alas.

¡A mí la ardiente voz, íntimo acento
Con que sueñas, o lloras;
El vuelo que te eleva al firmamento,
La luz triunfal con que las cumbres doras!

¡Yo amo la inspiración celeste y pura,
De rayos coronada,
Que derramó en el mundo la hermosura,
Reflejo de tu olímpica mirada!

Es tu raudal emanación gloriosa,
Corriente siempre nueva,
Que rodando serena o tempestuosa,
Sonido de alma entre sus ondas lleva.

¡No desdeñosa del mortal te alejes!
Sus míseros empeños
Huyen del áureo estambre con que tejes
El misterioso encaje de tus sueños.

¡Benigna acoge mi modesta ofrenda,
Y los hondos anhelos
Con que contemplo arder desde mi tienda
Astros sin fin en' tus inmensos cielos!

Y cuando llegue al término prescrito,
Y del mundo me ausente,
Oyendo en tí el rumor de lo infinito,
Brille la eternidad sobre mi frente.

1904.

NOCHE DE LUNA

EN EL SEPULCRO DE MI HIJA

Ya la luna su disco a etérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,

Resbalando en mi ser un dulce aliento
De regiones celestes desprendido !

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo,
¡ Oh luna ! al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con clamor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya a alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente, entonces, desalada y vaga
A la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal rumor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡ Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisiera conversar con ella !

Ya su sepulcro, alucinado veo
Resplandecer con místicos fulgores,
Y se entreabre radioso a mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría
Gime y se encoge el corazón temblando,
Que ya no hay luz, ni aromas, ni armonía,
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena
Que caiga en mí tan honda desventura,
De respeto y de amor el alma llena,
Alzo a ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,
Ni olvido infiel de tu bondad imploro:
¡Pues es por ella mi profundo duelo,
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

Del ángel mío la infantil belleza
Trocó en ceniza un huracán de fuego...
En vano el día brillará... ¡Oh tristeza,
Esencia de la vida, a ti me entrego!

1891.

TAEDIUM VITAE

¡Feliz aquel que a la corriente inmensa
De la vida, intrépido se lanza,
Del pensamiento a despojarse alcanza,
O le deja flotar en bruma densa!

¡Feliz quien nunca en lo pasado piensa,
Ni oye su acento triste en lontananza;
Ni oculto el Desencanto en su Esperanza
Presiente, ni su afán sin recompensa!

Cautivo yo del pensamiento mío,
Que ve el rodar de la existencia varia
Sólo en el mal y en el dolor fecundo,

Como desde una cumbre solitaria,
Miro con tedio y con desdén sombrío
La tumultuosa vaciedad del mundo.

1911.

EN VIAJE

¡ Aves que os lanzáis en vuelo
Sobre las ondas del mar,
Con aquel inquieto anhelo
Del que ignora el blando suelo
Adonde sueña llegar !

Cual vos presiente errabundo
Mi espíritu un *más allá*,
Y con anhelo profundo
Sobre las olas del mundo
Volando entre nieblas va.

NAVEGANDO

(Inédita)

El mundo es inmenso lago,
Cuyas profundas arenas
Palpitan de monstruos llenas
Que amagan sangriento estrago.

De pronto, asaltan rugientes
Al que en sus aguas navega,
Clavando con furia ciega
Feroces garras y dientes.

Gritos lanza el alma herida...
Mas la eterna flota humana
Sigue impávida y ufana
El gran curso de la vida.

1915.

YO INTERROGO...

(Inédita)

Yo interrogo al hombre en duelo:
¿Por qué lloras, por qué gimes,
Entre los astros sublimes
Y un mar de flores a tus pies?
Respóndeme esquivo y triste:
«El sol no fulge en mi mente;
La flor, que aroma el ambiente,
Para el alma, inodora es.

«En vano el pájaro canta,
Y la luz ríe en la esfera,
Y surge la Primavera
Recamando su red de amor!

El mundo es de los sentidos:
Cuanto va en luciente ronda
Sólo sirve a hacer más honda
La inmutable sombra interior.

« ¡No hay redención para el hombre
En su cárcel de oro y rosa!
Desde la cuna a la fosa
Va entre esbirros la humanidad!

Tan sólo firme y serena
Camina el alma profunda
Que oye, en la Fe que la inunda,
El rumor de la Eternidad! »

1919.

EN LA TARDE

(Inédita)

El día muere. Inmóviles las nubes,
Ya desceñidas del fulgor poniente,
Van desliendo sus ligeras formas
En la apagada inmensidad. Los campos
En taciturna soledad se extienden,
Y árboles y plantas, agitados
Por leve brisa, gemebundos tiemblan.
Venus se eleva pálida, y parece
Esperar de la noche el pleno imperio
Para encenderse en tremulante lumbre.
¡Calma y serenidad! ¡Reposo augusto
De las cosas, que al alma envuelve, y llena
De dulzura infinita! ¡Oh, sí! Es la hora
De poner fin a la incesante lucha
A que el tumulto de la vida impele,

Y adormirse en la Paz. ¡Abre tus alas,
Virgen celeste, y como van velando
La tierra ahora las nocturnas sombras,
A extinguir mi inquietud, mi eterno anhelo,
En gran silencio sobre mí descende!

CANTO PRIMERO

DE LA «DIVINA COMEDIA»

A Joaquín V. González.

Á mitad del camino de la vida
Errado me encontré por selva obscura,
La recta senda en mí vagar perdida.

¡Oh cómo el describir es cosa dura
Esa selva salvaje, y ruda, y fuerte,
Por la que el alma en el espanto aun dura!

Tan amarga, que es poco más la muerte;
Mas para hablar del bien que allí me avino,
Diré lo que antes me ofreció la suerte.

Cómo entré en ella a referir no atino,
Tal sopor me embargaba en el momento
Que a abandonar llegué el veraz camino.

Mas de un collado hollando ya el asiento,
Allí donde aquel valle fin tenía
Que dió a mi alma pávido tormento,

Miré hacia arriba, y vi que relucía
Su espalda, toda ya del astro llena
Que impulsa a los demás por amplia vía.

Un tanto entonces el pavor se enfrena
De que sintiera el alma penetrada
La noche que pasé con tanta pena.

Y como aquel que sin alientos nada,
Surgido ya del mar, vuelve cautiva
Al agua peligrosa la mirada;

Así yo, con el alma aun fugitiva,
El paso me volví a mirar turbado
Que no dejó jamás persona viva.

Repuesto un tanto el cuerpo fatigado,
Torné a marchar por la región desierta,
Más bajo el firme pie siempre asentado.

Cuando, a poco ascender, ágil y alerta
Pantera velocísima se pára
Ante mí, de manchada piel cubierta.

No desviaba un punto de mi cara,
Y aun impedía tanto mi camino,
Que en poco fué que a descender tornara.

Era el primer momento matutino,
Y ascendía ya el sol con las estrellas
Que eran con él, cuando el Amor divino

Movió por primer vez las cosas bellas;
Y así algún bien a presumir me alienta
De esa fiera de piel de alegres huellas,

La dulzura vernal, que la hora aumenta;
Pero un nuevo pavor luego en mi cría
Un león, que a mi vista se presenta.

Contra mí, al parecer, éste venía,
Con erguida cerviz y hambre rabiosa,
Tal, que temerle el aire parecía.

Y una loba también allí me acosa,
De mil ansias cargada en su flacura,
Que a muchos dió existencia dolorosa.

Ésta, tal desaliento me procura
Con el espanto que su vista ofrece,
Que perdí la esperanza de la altura.

Y como aquel que su tesoro acrece,
Y llega el tiempo en que arruinado se halla,
Y llora interiormente y se entristece;

Así la bestia que sin fin batalla
Me dejó, y a mi encuentro dirigida,
Me rechazaba allá, donde el sol calla.

En tanto que hacia abajo iba en huida,
Humana forma a distinguir acierto,
Por un largo callar, como sin vida.

Tan luego que la vi en el gran desierto,
« ¡Piedad de mí! » le dije a grito herido,
« Quien quiera seas, sombra, ú hombre cierto! »

Respondió: « Hombre no soy, mas hombre he sido;
Dió origen a mis padres Lombardía,
Y de entrambos fué Mantua el patrio nido.

Nací *sub Julio*, aunque en sazón tardía,
Y viví en Roma bajo el buen Augusto,
Cuando una falsa religión mentía.

Poeta fuí, y celebré aquel justo
Hijo de Anquises, que de Troya vino,
Después que fué incendiado Ilión adusto.

Mas ¿por qué tornas tú al triste camino,
Y no pisas la cima reluciente,
Causa y principio de feliz destino? »

« ¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente
Que un río expande de elocuencia extrema? »
Le respondí con ruborosa frente.

« ¡Oh de los vates luz y honra suprema!
Válgame el largo estudio, y la gran llama
Que en busca me movió de tu poema.

Mi maestro, mi autor mi voz te aclama;
Tú eres, solo, a quien debí en el canto
El bello estilo que labró mi fama.

Mira la bestia que arredróme tanto;
Ampara, ilustre sabio, mi pasaje,
Que ella en mi pulso y venas pone espanto. »

« A ti emprender conviene otro viaje, »
Respondió, el llanto al ver que yo vertía,
« Si has de vencer este lugar salvaje.

Pues esta fiera que gritar te hacía,
No deja a otro pasar por do ella viene,
Mas lo impide, hasta verle en agonía.

Y tan perversa condición mantiene,
Que no harta nunca su avidez ansiosa,
Y después de comer más hambre tiene.

De muchos animales se hace esposa,
Y de más lo será, hasta que llegado
El Lebré, la dé muerte dolorosa.

No él será de oro o tierra alimentado,
Sino de amor, virtud, sabiduría,
Y entre ambos Feltros se alzaré su Estado.

De aquella humilde Italia será día
Por quien la vida dió Camila pura,
Turno, Euríalo y Niso en lid bravía.

Éste la arrojará de toda altura,
Hasta echarla de nuevo en el Infierno,
De donde la lanzó la envidia impura.

Y así yo por tu bien pienso y discierno
Que me debes seguir, seré tu guía :
Te sacaré de aquí por sitio eterno,

Do oirás desesperada gritería,
Viendo antiguos espíritus dolientes,
Que cada cual segunda muerte ansia :

Y verás luego los que en fuego ardientes
Viven contentos, por la fe adquirida
De unirse un día a las dichosas gentes.

Si de éstas quieres contemplar la vida,
Alma más digna para tal te espera :
Te dejaré con ella a mi partida.

Que aquel Monarca que en el cielo impera,
Porque a su ley fuí sordo, no transige
Que conmigo se llegue hasta su esfera.

En todas partes reina, y allí rige;
Ese es su alcázar, su eternal seguro;
¡Feliz aquel que para el cielo elige!»

Y yo a él: «Poeta, te conjuro
Por ese Dios que tú no conociste,
Me apartes de este mal y otro más duro;

Que allá me lleves donde ya dijiste,
Y de San Pedro vea yo la entrada,
Y los que muestras en penar tan triste.»
Se puso en marcha, y yo tras su pisada.

1909.

EL LAGO

(LAMARTINE)

(Inédita)

Así, siempre impelidos, en vasta sombra densa,
Hacia riberas nuevas, para jamás volver,
Del tiempo no podremos en la corriente inmensa
Anclar alguna vez?

Oh lago! El año apenas a sus confines toca,
Cerca de las ondas do ella tornar pensó,
Mírame, solo y triste, sentarme en esta roca
Donde ella se sentó!

Así tú resonabas bajo estas peñas hondas,
Y en sus rasgados flancos rompíaste también.
Así arrojaba el viento la espuma de tus ondas
A sus queridos pies.

Una tarde ¿recuerdas? bogábamos callados;
Sólo, entre cielo y aguas, se dilataba allá
El ruido de los remos, que herían compasados
Tu armonioso raudal.

De pronto, una armonía jamás del mundo oída
De la arrobada orilla los ecos llegó a herir,
La ola estuvo atenta, y aquella voz querida
Dijo anhelante así:

« ¡Suspende, oh tiempo, el vuelo! ; Y vos, horas propicias,
El curso detened!

¡Saborear dejadnos de días de delicias
El rápido placer!

¡ Tanto desventurado vuestra piedad implora!
Para él pasad, pasad:

Recoged con sus dias el mal que le devora;
Al dichoso olvidad.

Mas pido en vano algunos instantes de demora:
El tiempo huye de mí;

Suplico yo a esta noche: « ¡ Más lenta!» y ya la aurora
Pone a la noche fin.

¡ Amemos, pues, amemos! ; De la hora ligera
Gocemos sin tardar!

El hombre no halla puerto, ni el tiempo halla ribera:
¡ Pasa, y no somos más! »

Tiempo celoso ¿cabe que ese divino instante
En que la dicha a oleadas nos derrama el amor,
Con vuelo igual se aleje del embriagado amante
Que el día de dolor?

¿Y qué! ¿Ni aun podremos fijar su vaga estela?
¿Ya para siempre huído? ¿Perdido sin piedad?
El tiempo que, incesante, lo brinda y lo cancela
¿No nos lo volverá?

Eternidad, pasado, vacío, hondos arcanos,
¿Qué hacéis de aquellos días que a prisa devoráis?
¿Nos volveréis, decidme, los goces soberanos
Que nos arrebatáis?

¡Oh lago! ¡Mudas rocas! ¡Grutas! ¡Floresta obscura!
A quien perdona el tiempo, o puede remozar,
Recuerdo de esa noche ¡oh campos de hermosura!
Al menos conservad.

¡Consérvalo en tu calma, en tus rudos olajes,
En tus rientes márgenes ¡oh lago de zafir!
Y en los negros abetos y estas rocas salvajes
Que penden sobre ti!

¡Consérvalo en el aura que temblorosa alienta,
En ruidos de tus bordes que por tus bordes van,
En el astro de plata que tu cristal argenta
Con blanda claridad!

Que el viento gemebundo, la caña que suspira,
Los aromas que esparcen en tus aires su olor,
Digan, con cuanto se oye, contéplase o respira,
« ¡Aquí amaron los dos! »

DOMINGO D. MARTINTO

(Argentino — 1859 - 1898)

EN EL HOGAR

A mi madre

En el fondo de antigua chimenea,
Entre rojas y azules llamaradas,
El negro trozo de carbón chispea,
Y de su luz los rayos inseguros,
Al desplegar las alas encantadas,
Luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
Sobre una piel de tigre acurrucado
Y hundida en la penumbra la cabeza,
Duerme mi perro fiel, el noble amigo
Que en todas partes encontré a mi lado.
Pronto a gozar o a padecer conmigo.

Fuera, la lluvia con furor azota
El cerrado cristal de la ventana,
Y, en su murmullo, el inconstante viento,
En una triste y quejumbrosa nota,
De la arboleda o de la mar lejana
Traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego sentado, con el brío
Y el entusiasmo de la edad primera,
Yo dejo errar el pensamiento mío
Sobre las alas de cualquier quimera;
Y como enjambres de áureas mariposas
Que, a los rayos de un sol de primavera,
En torno giran de las frescas rosas,
Los dulces sueños de mi amor de niño
Vuelven, cual antes, a cercar mi vida,
Y en el fondo del alma entristecida
Se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonriente,
Parada al borde de mi tierna cuna,
Próspera y grande sueña mi fortuna
Y el labio imprime en mi dormida frente;
Y luego, al verme despertar, su canto
Une, feliz, a la oración sencilla,
Y en su semblante candoroso brilla
De su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! Bastas
Para llenar mi corazón entero!
Mas, cual las aves en el roto alero,
Otras visiones, como aquéllas, castas,
También se albergan en la mente mía,
Y cuando el labio con afán las nombra,
Cantando salen a la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra,
Donde rodaba, en inocente juego,
Bajo el ombú de centenaria sombra,

O donde acaso, en mi infantil locura,
Soñé, ofuscado por mi orgullo ciego,
Alzar Babeles y escalar la altura;
El mueblaje, el retrato suspendido
A la vieja pared; el alfabeto,
Con balbuciente rapidez leído:
Todos son trozos de mi pobre historia,
Y a todo está mi corazón sujeto
Por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
El grito de dolor o de victoria
Que lanza el hombre al agitarse en vano:
Todo la paz de la virtud respira,
Todo al inquieto corazón serena,
Y el alma libre, cual gigante lira,
A cada soplo del recuerdo suena.

Aun no concibo cómo pude, lleno
De loco orgullo, abandonár un día,
Paterna casa, tu inviolable seno,
De tus amores el calor fecundo,
Y todo cuanto, en la niñez, me hacía
Amar a Dios y bendecir el mundo.

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente
A los golpes cedió de los pesares,
Mis fuerzas se agotaron lentamente,
Y mi ardorosa juventud, vencida,
Cual rota barca en agitados mares,
Sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo
Otra vez a la sombra me reposo,

Y junto a todo lo que amé, dichoso
Como antes, vuelve a palpar mi pecho.
¡Nada ha cambiado! Siempre la fragancia
De los días risueños de mi infancia,
Como perfume de marchitas rosas,
Impregna el aire de mi humilde estancia;
Y hasta en el polvo del sillón ajado,
De aquellos tiempos y de aquellas cosas
Algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ah! cuando venga, enamorada, un día
La tierna virgen de mis sueños de oro
A ser mitad de la existencia mía,
Dadle también, en armonioso coro,
Dulces objetos en que vivo preso,
Dadle, felices, el triunfal saludo,
Mientras se pose mi anhelante beso,
Cual ave fiel, sobre su labio mudo!

Sólo ella falta ahora a mi ventura
Para que eterna y sin rival se crea,
Y ella vendrá, como la lumbre pura
De un nuevo sol, a iluminar mi paso,
A ser el molde de mi propia idea
Y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez, rendido,
Sin fe en el cielo, con el alma fría,
Torno ¡oh mi hogar! a tu caliente nido,
Pueda como hoy, en tu feliz sosiego,
Soñar las glorias de distante día
Junto a la luz de moribundo fuego.

DIVAGANDO

AL POETA RAFAEL OBLIGADO

En las noches de Diciembre,
Cuando la atmósfera abrasa
Y dormir parece el viento
En las inmóviles ramas
De los árboles oscuros
Que dan sombra a la calzada,
Yo, poeta incorregible,
Recorro las calles anchas
Del pacífico suburbio
En busca de amor y calma.
Los faroles, colocados
A larguísimas distancias,
Con su luz discreta y suave
El nocturno cuadro bañan,
Y las escenas que en medio
De la penumbra resaltan,
Sorprenden a cada paso
Mi indecisa y lenta marcha.
Allí un grupo de mujeres,
Viejas, jóvenes, sentadas
En el umbral de la puerta
O en toscas sillas de paja,
Súbitamente interrumpe
La alegre y confusa charla
A la voz del organillo

Que, en la esquina, un vals ensaya.
Otro grupo de muchachos
Corriendo y gritando pasa,
Mientras un carro, perdido
En la sombra, con pesada
Lentitud y sordos golpes,
Como negro monstruo, avanza.
Ya en el aire adormecido
Vuelan las notas aladas
Con que en el piano interpreta
Melancólica romanza
Alguna sencilla joven,
Flor y orgullo de la casa.
Me acerco entonces temblando
A la entreabierta ventana,
Y, con delicia, mis ojos
Se detienen en la sala,
Donde al mágico instrumento
Presta la joven su alma.
Escucho... sueño en los goces
Que ese hogar humilde guarda,
En mi profundo abandono,
En mis muertas esperanzas...
Me retiro al fin. Las calles
Estan más tristes, más vastas
Se me figuran las sombras,
La luz, más débil y escasa,
Y en mis oídos atentos
Vibra siempre la romanza.

APOTEOSIS

Como las diosas de la edad pagana,
En esta edad, rebelde a la alegría,
Tú, Belén, representas todavía
La apoteosis de la forma humana.

En tu cuerpo la línea soberana
Triunfa y ostenta toda su osadía,
Y de tus labios rojos, la armonía,
Como la miel de los panales, mana.

Del disforme dolor la huella impura
Ni las horas amargas del desvelo
Empañaron jamás tu frente erguida.

Todo es grande y divino en tu hermosura.
Y en tus ojos, profundos como el cielo,
Ríe en su eterna juventud la vida.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

(MILLEVOYE)

Con los despojos del bosque
Cubrió el otoño la tierra;
Los ruisseños no cantan,
No hay misterios en la selva.
Enfermo y triste, en su aurora,
Un joven, con marcha lenta,
Vaga errante por el bosque
Que adoró en su edad primera.

« ¡ Adiós, oh bosque querido !
¡ Yo sucumbo ! Me revelas
Cuál será mi fin aciago
Con tu profunda tristeza,
Y hay un presagio de muerte
En cada hoja que rueda.
¡ De Epidauro cruel oráculo !
Me dijiste : « Amarillentas
« Has de ver aún las hojas,
« Y será por vez postrera.
« Los cipreses te circundan,
« Y hacia la fosa entreabierta,
« Más que el mismo otoño pálido,
« El cuerpo inclinas sin fuerzas.
« Estarán tus pobres días
« Mustios antes que las hierbas

« De los prados ; que las vides
« De las plácidas laderas. »
¡ Y muero ! El cierzo de otoño
Heló la sangre en mis venas,
Y como humo disipada
Vi mi dulce primavera ;
¡ Caed, efímeras hojas !
¡ Velad a todos mi senda !
¡ Ocultad piadosamente
De mi madre a la honda pena
El lugar donde mañana,
Olvidado y solo, duerma !
Pero si viene mi amante
A llorar cuando el sol muera,
Despertad con leve ruido
Mi sombra, ya satisfecha. »

Dice y parte... ¡ y para siempre !
La postrer hoja que rueda
De la rama desprendida,
Marcó el fin de su existencia.
Bajo la encina cavarón
Su sepultura modesta ;
Pero, infiel, su amante nunca
Visitó la aislada piedra,
Y solamente interrumpe
El pastor de las praderas
Con el ruido de sus pasos
El silencio de la huesa.

PEDRO B. PALACIOS

(Argentino — 1854 - 1918)

MATER DOLOROSA

(BALADA)

I

Las róseas mejillas
De leche y frutillas,
Los ojos dormidos
Como dos cupidos,
La boquita breve
De púrpura en nieve,
Los pechos cual proras
Que van triunfadoras,
Las manos tan finas
Como manos chinas,
Y el talle tan noble
Como tierno roble, —
Tras de la persiana
De una torre altiva
Yace pensativa
Gentil castellana !

II

Con el rostro yermo
Cual un dios enfermo,
Los ojos sombríos
Como dos vacíos,
Destrozado el pecho
Como altar deshecho,
Doblados los hombros
Cual pétreos escombros,
La feroz espada
Torcida y mellada,
Cota y paramentos
Flojos y sangrientos,
Sin rumbo, sin noto,
Como barco roto,—
Por los pedregales
Pasa un caballero
Sollozando fiero
Como cien chacales!

III

Sudor, sangre y cieno
Del ijar al freno,
Revueltos los ojos
Nublados y rojos,
Los flancos hundidos
Latiendo afligidos,

Llenos de los trazos
De los espolazos,
Lanzando del cuello
Trémulo resuello,
Barriendo la tierra
Con su arnés de guerra,
Golpeando sin tino
La faz del camino, —
Frente al minarete
La jaca cansada
Rodó fulminada
Matando al jinete !

IV

Tras de la persiana
Do la castellana
Yace pensativa
Cual una cautiva,
Se oye un gran gemido,
Se oye un alarido !
Corren los arqueros
Con pasos ligeros ;
Giran los soportes
Sobre sus resortes ;
Bajan estridentes
Los ferrados puentes ;
Y ella misma — y ella
Toda blanca y bella, —
Mujer y caudillo,
Sale del castillo ;

Pues la noble maga
Quiere, decidida,
Salvar una vida
Que tal vez se apaga!

V

Rodaron al mismo
Formidable abismo!...
Venían de lejos
Ya tristes y viejos,
Como dos difuntos
Que vagaron juntos!...
Acaso sus vidas,
Así confundidas,
Tuvieron dos nombres
Que honraron los hombres,
Y acaso no fueron,
Porque no pudieron, —
Pues no todos hieren
La cuerda que quieren, —
Nada más que un jaco
Miserable y flaco,
Nada más que un huero
Sonar de matraca:
Caballero y jaca,
Jaca y caballero!

VI

Cual ponto revuelto
Su cabello suelto,

Rígida la cara
Cual si no pensara,
Blanca como cera
Cual si no viviera,
Las manitas juntas
Como dos preguntas,
Erguidos los hombros
Como dos asombros,
Las cejas alzadas
Como dos arcadas,
Los ojos abiertos
Sobre aquellos muertos,
Y enhiesta con noble
Majestad de roble, —
La bella, la ufana,
La gran castellana,
Trágica y hermosa,
Dolorida y tierna,
Parece la eterna
Mater dolorosa!

¡PIU AVANTI!

No te des por vencido, ni aun vencido,
No te sientas esclavo, ni aun esclavo;
Trémulo de pavor, piénsate bravo,
Y arremete feroz, ya mal herido.

Ten el tesón del clavo enmohecido,
Que ya viejo y rüin, vuelve a ser clavo:

No la cobarde intrepidez del pavo.
Que amaina su plumaje al primer ruido.

Procede como Dios, que nunca llora,
O como Lucifer, que nunca reza,
O como el robledal, cuya grandeza

Necesita del agua y no la implora...
¡Que muerda y vocifere vengadora
Ya rodando en el polvo tu cabeza!

EVARISTO CARRIEGO

(Argentino — 1883-1912)

EL ALMA DEL SUBURBIO

El griego *musicante* ya desafina
En la suave habanera provocadora,
Cuando se anuncia a voces, desde la esquina;
« El boletín — famoso — de última hora. »

Entre la algarabía del conventillo,
Esquivando empujones pasa ligero,
Pues trae noticias uno que otro chiquillo
Divulgando las nuevas del pregonero.

En medio de la rueda de los marchantes
El heraldo gangoso vende sus hojas...
Donde sangran los sueltos espeluznantes
De las acostumbradas crónicas rojas.

Las comadres del barrio, juntas, comentan
Y hacen filosofía sobre el destino...
Mientras los testarudos hombres intentan
Defender al amante que fué asesino.

La cantina desborda de parroquianos,
Y como las *trucadas* van a empezarse,
La mugrienta baraja cruje en las manos
Que dejaron las copas que han de jugarse.

Contestando a las muchas insinuaciones
De los del grupo, el héroe del homicidio
De que fueron culpables las elecciones,
Narra sus aventuras en el presidio.

En la calle, la buena gente derrocha
Sus guarangos decires más lisonjeros,
Porque al compás de un tango, que es "La Morocha",
Lucen ágiles *cortes* dos orilleros.

La tísica de enfrente, que salió al ruido,
Tiene toda la dulce melancolía
De aquel verso olvidado, pero querido,
Que un payador galante le cantó un día.

La mujer del obrero, sucia y cansada,
Remendando la ropa de su muchacho,
Piensa, como otras veces, desconsolada,
Que tal vez el marido vendrá borracho.

...Suenan las diez, no se oye ni un solo grito;
Se apagaron las velas en las buhardillas,
Y el barrio entero duerme como un bendito
Sin negras opresiones de pesadillas.

Devuelven las oscuras calles desiertas
El taconeo tardo de los paseantes;
Y dan la sinfonía de los alertas
En su ronda obligada los vigilantes.

Bohemios de rebeldes crías sarnosas,
Ladran algunos perros sus serenatas,
Que escuchan, intranquilas y desdeñosas,
Desde su inaccesible balcón las gatas.

Soñoliento, con cara de taciturno,
Cruzando lentamente los arrabales,
Allá va el gringo... ¡pobre Chopín nocturno
De las costureritas sentimentales!

¡Allá va el gringo! como bestia paciente
Que uncida a un viejo carro de la Harmonía,
Arrastrase en silencio, pesadamente,
El alma del suburbio, ruda y sombría!

HAS VUELTO

Has vuelto, organillo. En la acera
Hay risas. Has vuelto llorón y cansado
Como antes.

El ciego te espera
Las más de las noches sentado
A la puerta. Calla y escucha. Borrosas
Memorias de cosas lejanas
Evoca en silencio, de cosas
De cuando sus ojos tenían mañanas,
De cuando era joven... la novia... ¡quién sabe!
Alegrías, penas,
Vividas en horas distantes. ¡Qué suave
Se le pone el rostro cada vez que suenas
Algún aire antiguo. ¡Recuerda y suspira!

Has vuelto, organillo. La gente
Modesta te mira
Pasar, melancólicamente.
Pianito que cruzas la calle cansado
Moliendo el eterno
Familiar motivo que el año pasado
Gemía a la luna de invierno:
Con tu voz gangosa dirás en la esquina
La canción ingenua, la de siempre, acaso
Esa preferida de nuestra vecina
La costurerita que dió aquel mal paso.
Y luego de un valse te irás como una
Tristeza que cruza la calle desierta,
Y habrá quien se quede mirando la luna
Desde alguna puerta.

¡Adiós, alma nuestra! parece
Que dicen las gentes en cuanto te alejas
Pianito del dulce motivo que mece
Memorias queridas y viejas!
Anoche, después que te fuiste,
Cuando todo el barrio volvía al sosiego,
— Qué triste —
Lloraban los ojos del ciego.

NOTAS

ÉPOCA INDEPENDIENTE

SEGUNDO PERÍODO — TERCER TERCIO DEL SIGLO XIX
Y PRINCIPIOS DEL XX

VICENTE RIVA PALACIO

Nació este activo escritor en Méjico, el 16 de Octubre de 1832 y murió en Madrid el 22 de Noviembre de 1896. General, político, diplomático, su acción se esparció enérgicamente en muy diversas direcciones. Fué gobernador de los estados de Méjico y Michoacán, ministro, senador, diputado y ministro de Méjico en España, cargo en el que le sorprendió la muerte a los sesenta y cuatro años de edad. Fué también miembro correspondiente de la Real Academia Española. En prosa cultivó la historia, la novela y la crítica, ya solo, ya en colaboración con varios escritores. Bajo su dirección se publicó la vasta y lujosa obra: *Méjico a través de los siglos*. Su poesía (*Páginas en verso*) tiene un carácter muy diferente del que podría presumirse por las indicaciones anteriores: se distingue, no por la fuerza, la intensidad o la grandeza, sino por la delicadeza del sentimiento y la gracia y sencillez de la expresión. Las tres lindas y ligeras composiciones que van en esta Antología así lo acreditan.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

Fué una figura realmente descollante de Méjico en la segunda mitad del último siglo. Indio de pura raza, dotado de grandes y múltiples aptitudes, distinguidísimo como

abogado, militar, político, orador, catedrático, crítico y poeta. se le tenía como el *muestro* por excelencia y su influencia fué considerable en la literatura mejicana de su época. Sus mejores poesías, que no llegan a manifestar en él un alto poeta, pertenecen al género erótico, y su sensualismo pagano, tenuemente velado, y como espiritualizado, por la voluptuosidad meridional americana, produce una impresión de verdad y delicadeza realmente deliciosa. La mejor de las suyas es, sin duda, *Las amapolas*. El colorido americano se une felizmente en ella a las formas de lengua y versificación de la canción tradicional castellana. Publicó sus versos bajo el título de *Rimas*.

Como crítico e historiador literario se le deben los trabajos titulados, *Movimiento literario en Méjico y Dramaturgia mejicana*. Escribió también varias leyendas, entre las cuales se distingue *Clemencia*.

Nació Altamirano el 13 de Noviembre de 1834, fué cónsul de Méjico en París, y en el ejercicio de este cargo murió en San Remo (Italia) el 15 de Febrero de 1893. Muy poco antes de morir se publicó en París la colección de sus discursos.

JOSÉ ROSAS Y MORENO

Nació en la ciudad de Lagos (Jalisco) en 1838, y murió allí mismo en 1883. Actuó en política, con ideas muy liberales, y fué varias veces diputado. Escribió varios libros de educación infantil, un *Compendio de la historia de Méjico*.

y diversas obras dramáticas apreciables, entre las cuales una titulada, *Sor Juana Inés de la Cruz*.

Sus mejores títulos ante la posteridad son, sin embargo, sus *Fábulas*, muy elogiadas por su prologuista Altamirano, por su ligereza, gracia y colorido poético, y sus poesías líricas, que coleccionó bajo el título de *Hojas de rosa*. Nada hay en ellas digno de grande admiración, ni capaz de producir una emoción profunda; pero agradan por la melancólica delicadeza del sentimiento, la pureza esmerada del estilo y la armonía de la versificación.

MANUEL MARÍA FLORES

Este poeta compartió un tiempo con Acuña una vasta popularidad en América, hoy bastante amortiguada. Ambos florecieron en la época inmediatamente posterior a la caída del Imperio en Méjico, y corresponden al romanticismo aún persistente en la literatura hispano-americana en las primeras décadas de la segunda mitad del último siglo.

Flores, mucho menos intenso, aunque de gusto más seguro, que Acuña, es un poeta de segundo orden, brillante y fácil, que gusta de asociar la sensualidad erótica al paisaje tropical americano. El amor no es nunca en él pasión (no obstante el título de *Pasionarias* que puso a la colección de sus poesías), sino simple voluptuosidad y deseo. De esta limitación fisiológica nace su relativa inferioridad y su monotonía. La embriaguez sensual del poeta no se individualiza vigorosamente, sino que aparece como un ardor genérico, hijo de su temperamento excitado. Ese

erotismo abstracto, inspirado, no por *una mujer*, sino por *la mujer* (según lo comprueba la vida íntima de Flores), no obstante los bellos rasgos que lo esmaltan, acaba por empalagar irremediabilmente con su afeminada molicie.

Pero aunque tal sea el tema habitual y la característica de Flores, no ha de olvidarse que supo pulsar también, una vez al menos, la lira de bronce con innegable felicidad y valentía, en su *Oda a la Patria* (5 de Mayo de 1862). Aunque no todo sea excelente en ella, y resulte excesivo el elogio de Roa Bárcena al hombrearla con el gran *Canto de Olmedo*, es innegable que tiene rasgos brillantísimos que parecen refrescar la oda bélica, tan expuesta al vano énfasis oratorio. Por ello, y por ser mucho menos conocida que sus versos eróticos, con los cuales ofrece el más agudo contraste, he creído acertado incluirla en esta colección.

Flores nació en 1840, en el valle de San Andrés, y murió, después de perder la vista, en 1885. Al juzgarle, lo mismo que a Acuña, que murió aun mucho más joven, no debe olvidarse que sus notables facultades poéticas habrían probablemente alcanzado más alto y completo desarrollo en una más larga vida. De sus *Pasionarias*, prologadas por Altamirano, hay ediciones diversas.

MANUEL ACUÑA

Es este joven y célebre poeta mejicano un ingenio de mucho más alta estirpe, aunque su voluntaria muerte, a la temprana edad de veinticuatro años, no le permitió dar de sí, sino de un modo incompleto y fragmentario, la ingente ri-

queza que contenía. En sus versos, notoriamente influidos por diversos poetas españoles, como Espronceda y Campoamor, hay una máxima parte dignos del más completo olvido por su debilidad infantil y sus vulgares declamaciones antirreligiosas y antiespañolas, de que no sería justo hacerle responsable a su edad. Pero entre las cinco o seis composiciones dignas de atención que su libro ofrece, descuellan dos verdaderamente notables e imperecederas. Una, la más célebre, *Ante un cadáver*, se inspira en un materialismo que parece negarse a sí mismo, no sólo por su concepción viviente y como espiritualizada, sino por el acento trágico del poeta, cuya profundidad afectiva triunfa de la frialdad escéptica propia de tales ideas. La poesía surge potente aquí de la especie de embriaguez con que es contemplada y sentida la naturaleza en sus incesantes y múltiples transformaciones. De esta admirable composición dice Menéndez y Pelayo que “es una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos”. Y añade: “Acuña era tan poeta, que hasta la doctrina más áspera y desolada podía convertirse para él en raudal de inmortales armonías”.

La otra inspiración a que he aludido, de tema amatorio, es su *Nocturno*, *A Rosario*, que precedió de inmediato a su trágico fin. Es poesía hondamente conmovedora por el grito de angustia, empapado en lágrimas, que en toda ella resuena. Es el anuncio de la catástrofe. El mayor dolor está ahí a veces expresado del modo más directo, ingenuo y sencillo, y por tanto, más eficaz:

Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida,
¡Qué quieres tú que yo haga,

Pedazo de mi vida,
Qué quieres tú que yo haga
Con este corazón !

Si los estudios de medicina y el contagio de la época en su espíritu adolescente llevaron a Acuña a las ideas materialistas, su corazón, lleno de ternura, se negó a seguirlas, conservándose impregnado del más dulce y doloroso espiritualismo.

Nació este desventurado poeta en la ciudad del Saltillo el 27 de Agosto de 1849. En 1865 se matriculó en la Escuela de Medicina de Méjico. Dió al teatro un drama, *El Pasado*. Puso fin a sus días el 6 de Diciembre de 1873. De su tomo de versos hay varias ediciones.

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS

Nació este fecundo y fácil escritor en Mérida (Yucatán), el 12 de Enero de 1843. Ejerció la medicina y murió el 18 de Febrero de 1907. Tanto en la lírica como en la dramática, Peón y Contreras mantiene todavía en la segunda mitad del siglo pasado la tradición del Romanticismo. Después de Gorostiza y Fernando Calderón, es el autor dramático que alcanzó en Méjico mayor prestigio, dando una nueva actividad al decaído género. Cultivó principalmente el teatro caballeresco, derivado de la tradición española del siglo XVII y de su retoño romántico del XIX. Sus piezas representadas llegan al número de veintiuna.

Su producción lírica se halla en varias colecciones tituladas, *Ecos*, *Romances históricos mejicanos*, *Poesías líricas y*

Trovas colombinas. Toda ella corresponde al romanticismo de segundo orden, pero bastante apreciable todavía por su fácil y amena abundancia, armoniosa versificación y sana lengua.

JUSTO SIERRA

Fué una alta personalidad literaria y política en Méjico, que ejercitó brillantemente su actividad en muy diversas esferas, pero inspirada siempre por un noble ideal de cultura, de amor, de ciencia, de belleza. Fué notable orador, historiador, novelista, crítico y poeta. Como poeta, tuvo sin duda facultades excepcionales, vivo sentido de lo bello, el dón de las imágenes espléndidas y de los grandes versos, en que las primeras parecen caudalosamente derramarse, complacencia espontánea en lo extraordinario y grandioso, todo lo cual le da indudable analogía con nuestro Andrade, que lo recordó alguna vez; ¹ pero le faltó el poder de condensar tan grandes dotes en un conjunto orgánico, en una obra perfecta. Él lo sentía y lo confesaba con admirable sinceridad al decir que tenía "cierta impotencia fundamental para unir la idea al sentimiento y ambos a una expresión lírica indefectible." Y así viene a ser, en último resultado, por ta

¹ Y en el regio festín de tu opulencia
Tu inmensa copa a las naciones tiendes. (SIERRA,
En la distribución de premios de la Exposición.
Y su mano del Plata desbordante
La inmensa copa a las naciones tiende. (ANDRADE, *Allántida.*)

deficiencia de imaginación orgánica, un gran poeta sin obra. Ésta ha quedado doblemente *dispersa*, así exteriormente, en periódicos y revistas, por no haber sido nunca coleccionadas sus unidades, como en el seno de cada una de ellas, sólo admirables por tales o cuales felicísimos rasgos.

En cambio, su influencia en el movimiento literario de Méjico, de 1895 a 1910 fué realmente considerable. Llamábanle *el maestro*, y lo fué por su saber, por el dón de comunicar su sentimiento y amor de lo bello, de orientar los espíritus hacia las cimas del arte, impulsándolos hacia adelante, hacia las renovaciones fecundas, que en vez de quebrar violentamente la tradición, la depuran y modernizan. De Sierra puede justamente decirse que

Si no venció reyes moros,
Engendró quien los venciera.

Y en tal sentido se le considera como precursor del nuevo movimiento poético de Méjico, que arranca propiamente de Gutiérrez Nájera. Tuvo el dón envidiable de renovar y ampliar constantemente su espíritu por el estudio y la contemplación de la vida, y ello le permitió ser, aun en la edad proveya, como el mentor y autorizado consejero de la juventud.

Entre los *ensayos* poéticos de Sierra hay uno por extremo interesante y curioso, como tentativa de renovación o recuerdo del género pastoril, no ya de los adulterados ejemplares del Renacimiento y época posterior, sino del espíritu y formas de la bucólica griega, y de su imitación virgiliana, tan superiores, entre otras cosas, por la esbeltez, gracia y pureza de estilo. He aquí los cuatro sonetos de que consta:

EL FUNERAL BUCÓLICO

Su esfera de cristal la luna apaga
En la pálida niebla de la aurora,
Y la brisa del mar fresca y sonora
Entre los pinos de la costa vaga.

Aquí murió de amor, en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, llora
La primavera, y le tributa Flora
Rústico incienso cuyo olor embriaga.

Allí la pira está; doliente y grave
Danza emprenden en torno los pastores
Coronados de cipro y de verbena :

La selva plañe con murmurio suave,
Y yace de Mirtilo entre las flores,
Oliendo a miel aún, la dulce avena.

Mas llegan los pastores en bandadas
Al reír la mañana en el Oriente ;
Mezclan su voz al cántico doliente,
Y se abren las violas perfumadas.

Ya se tornan guirnaldas animadas
Las danzas ; ya las mueve ritmo ardiente,
Al que hacen coro en la vecina fuente
Faunos lascivos y risueñas driadas.

Vibra Febo su dardo de diamante :
El baile raudo gira ; el seno opreso
De las pastoras rompe en delirante

Grito de amor que llena el aire encenso.
Mirtilo, el boquirrubio, en ese instante
Vuelto habría a la vida con un beso.

Únese a los sollozos convulsivos
De los abiertos labios, el sonoro
Choque, y recogen el caliente lloro
Las rojas bocas en los ojos vivos.

¡ Homenaje a Mirtilo ! ¿ Cómo esquivos
Podrían ser sus manes a ese coro ?
Al soplo del amor y en barca de oro
Su alma huía los cármenes nativos.

Las tazas nuevas en que hierve pura
La leche, vierten del redondo seno
A torrentes su nítida blancura.

Sobre el fúnebre altar de aromas lleno
El fuego borda al fin la Pira obscura,
Y asciende el sol en el zafir sereno.

Crece la hoguera, muere con enojo
Las ramas cuya esencia bebe el viento,
Y el baile muere al exhalar su aliento
La última llama en el postrer abrojo.

En un vaso de arcilla, negro y rojo,
Recogen las cenizas al momento

Los pastores, y en tosco monumento
Guardan píos el mísero despojo.

; Duerme, Mirtilo ! La floresta umbría
Que en tu sepulcro abandonado vierte
Su inefable y serena poesía,

No olvidará tu dolorosa suerte :
Ni de tu amor la efímera elegía,
Ni tus bodas eternas con la muerte.

Nació Justo Sierra en la ciudad de Campeche, el 26 de Enero de 1848. Abogado en 1861, empezó a darse a conocer como poeta y como escritor político. Luego multiplicó sus actividades, cultivando especialmente la historia y actuando en la tribuna, en la cátedra y en la política. Ocupó altos puestos en el gobierno, el parlamento y la magistratura. Como ministro de Instrucción Pública (1905 a 1911), fundó la Universidad Nacional de Méjico. Enviado a España en 1912 como ministro plenipotenciario de Méjico, falleció en el desempeño de su cargo, en Madrid, el 13 de Septiembre de ese mismo año, a los 64 de edad. ¹

AGUSTIN F. CUENCA

Nació en Méjico, el 16 de Septiembre de 1850 y murió en la misma ciudad, a la corta edad de 34 años no cumplidos, el 30

¹ Con el reciente lamentado caso de Amado Nervo entre nosotros, son ya tres los ilustres escritores de Méjico fallecidos en los países en que estaban acreditados como ministros (véase la nota relativa al general Riva Palacio).

de Junio de 1884. Alcanzó a dejar, sin embargo, algunas poesías bellísimas por el encanto de las imágenes, la delicadeza del sentimiento, la galanura del estilo y el brio y elegancia de la versificación. Describe con gran felicidad, con rasgos a veces tan nuevos como bellos, fundiendo en la descripción la emoción lírica y una suave nota subjetiva. En su composición, *A una onda*, hay estrofas tan felices como estas:

Cómo creciendo tu rumor sonoro
Te rompes ciega en el peñón salvaje,
Y avientas tus moléculas de oro
Entre las esmeraldas del ramaje...

¡Pasa y me deja en la ribera agreste,
A solas viendo en mi inquietud sombría
Cómo lleva tu clámide celeste
Luces que tiene la esperanza mía!...

El sol se va, y al declinar el vuelo,
De su fausto imperial haciendo alarde,
Con amatistas sujetó en el cielo
Los velos transparentes de la tarde.

JUAN DE DIOS PEZA

Es este poeta mejicano uno de los más populares y difundidos de América, y algunas de sus más felices composiciones han merecido el poco frecuente honor de la traducción a las más diversas lenguas, incluso el ruso, el sueco y el japonés. Ha escrito muchísimo, sin duda dema-

siado; pero su popularidad la debió muy especialmente a sus "Cantos del Hogar", en los que expresó afectos y pintó escenas infantiles con verdad, gracia y sentimiento. No produce nunca una grande impresión, ni su forma ofrece notable relieve artístico; pero la nobleza y delicadeza de sus sentimientos, el mismo nivel medio de ideas y visiones en que se mueve, y la clara y fácil armonía de su expresión, le hacen accesible y simpático a un gran número de lectores, que agradecen en las obras de imaginación más la sinceridad que el grande arte. Es, por lo demás, uno de los pocos escritores hispano-americanos que han tenido el sentimiento de su raza, negándose a la necia difamación de sus propios antepasados. Y así dice noblemente a España:

Culparte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones, heredé tu lengua,
Y nunca la usaré para insultarte.

Por la sencilla manifestación de sus dolores y tristezas llega Peza a veces a una gran eficacia poética, más grata, penetrante y duradera que los mil arabescos y cinceladuras de los *estetas* de oficio. Buena prueba es de ello, entre otras, la bellísima y sentida composición que en seguida transcribo, por no ir incluída en el texto:

EN MI BARRIO

Sobre la rota ventana antigua
Con tosco alfeizar, con puerta exigua,
Que hacia la obscura calleja da,
Pasmando al vulgo como estantigua,
Tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
Que hubo en su manto y en su dosel,
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y seças flores
De las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus areolas,
Las telarañas visten su faz,
Nadie a sus plantas riega amapolas,
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Único adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve ;
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve,
Y cuando el viento lo empuja y mueve
Dice a los años : pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa y el mundo rueda,
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va!

Tras esa Virgen de obscura piedra
Que a nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la hiedra;
Nidos desiertos, yo fui el amor.

Altas paredes desportilladas
Cuyos sillares sin musgo vi,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Niveas cortinas, jaulas doradas,
Tiestos azules... ¡no estáis aquí!

En mi azarosa vida revuelta
Fui de esta casa dueño y señor;
¿Dó está la ninfa de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Que fué mi encanto, mi fe, mi amor?

¡Oh mundo ingrato! ¡Cuántos reveses.
En ti he sufrido! La tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses...
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
Como el guiñapo descolorido
Que a la escultura flota prendido...
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!
Pero qué amarga profunda huella

Llevo en mi pecho !... ¡ Cuán triste estoy !
La fe radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo... ¿ dónde están hoy ?
¡ Oh calle sola ! ¡ Vetusta casa !
¡ Angostas puertas de aquel balcón !
Si todo muere, si todo pasa,
¿ Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón ?

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
Ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente a la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó ;
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.

Vetusta casa, mansión desierta.
Mírame solo volviendo a ti...
Arrodillado beso tu puerta,
Creyendo loco que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

Peza nació en Méjico el 29 de Junio de 1852 y murió en dicha ciudad el 16 de Marzo de 1910. Las desgracias de su hogar, afecto y numen principal suyo, amargaron sus últimos años, que pasó enfermo.

Hay muchas ediciones, mejicanas y europeas, de las poesías de Peza ; pero la única reconocida y autorizada por él,

con rechazo explícito de todas las otras, es la de París, por Garnier, en siete volúmenes, 1891-1901. Se le deben también, entre producciones varias, una *Lira mejicana* y algunos ensayos dramáticos.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Es sin duda uno de los poetas más ilustres de Hispano-América, y, en mi sentir, entre los mejicanos, el primero. Floreció en un período de transición, en el que se mezclaban, en España y América (y asimismo en Francia, con Sully Prudhomme y Copée), una especie de romanticismo otoñal, de linte a veces germánico, con las tendencias realistas generales y la severa reacción técnica y colorista, *de arte puro*, de la escuela parnasiana. En ese romanticismo de última hora ocupaba, y sigue ocupando, el primer puesto en nuestra lengua el profundo subjetivismo de Bécquer, verdaderamente genial. Gutiérrez Nájera, que en el sentimiento elegíaco, en el tono de su tristeza íntima, tiene con él evidentes analogías, aunque se le aparte mucho en otros conceptos, dió entrada en su espíritu, alternativa o simultáneamente, a esas diversas influencias, y aun llegó a ser el *precursor* en América, en medida atinada y discreta, de ese impulso de renovación estilística, que acabó luego por condensarse, extraviándose lamentablemente, bajo el superficial dictado de *modernismo*.

Como poeta, Gutiérrez Nájera procede ante todo de la tradición romántica: esa es la nota fundamental, que persiste a través de sus constantes ensayos y evoluciones de artista

anheloso de perfección. No fué por ello un retardado o un trasnochado. Su romanticismo, como el de otros ilustres poetas de la segunda mitad del siglo, es la natural prolongación del de la primera, y substituye el dolor trágico, la pasión muchas veces declamatoria, la desesperación y la soledad rebelde, por la tristeza, el dejo amargo, la resignada melancolía. En él caben ya ampliamente los afectos ordenados y puros, las inspiraciones del hogar, el respeto social y la elevada efusión religiosa.

Como artista, fué a veces negligente, dejando que su sentimiento sincero, ya simplemente triste, ya opaco, y hasta funerario, hablase por sí solo como pudiese, aun a riesgo de dar en la flacidez y la monotonía. Pero no tardó en aspirar a un arte más severo, seductor y esbelto, para el cual estaba muy singularmente dotado, y fué a cultivarlo en los ejemplares *parnasianos*, sin menoscabo de cuanto es naturalmente propio y tradicional en la elocución y versificación castellana. Así, tras largos ensayos y jornadas, que no siguieron una línea recta, sino muy caprichosa,¹ llegó a la plena posesión de ese estilo suyo tan leve y luminoso, tan íntima y naturalmente impregnado de gracia y de elegancia, que le dan una seducción infinita. A veces, es cierto, tales bellezas de estilo parecen querer lucir demasiado *por sí mismas*, descubriendo cierta mimosidad y cierto amaneramiento, más ingeniosos que poéticos; pero por lo general se armonizan muy felizmente con el sentimiento elegíaco fundamental. Ni faltan ocasiones, aunque no sean muchas, en que la alteza y la sin-

¹ La sentida composición, *Después...*, y más aún *Las almas huérfanas*, pesada y monótona, son técnicamente pobres, no obstante corresponder, respectivamente, a 1889 y 1890. *Salmo de vida*, tampoco de las más felices en tal concepto, es de 1893.

cera efusión del concepto poético dictan al artista directa e imperiosamente la forma, que adquiere así la mejor clase de hermosura, la que se ignora a sí misma, alcanzando esa severidad, esa noble y amplia sencillez de líneas, propias de las grandes inspiraciones. Tal sucede en la admirable *Pax animae*, verdadera corona lírica del poeta.

Por lo expuesto se ve que la poesía de Gutiérrez Nájera ofrece, por su fuente de inspiración y por su carácter artístico, muy diversos aspectos, sin detrimento de su unidad. Unas veces se muestra en ella el puro sentimental, como en *Ondas muertas*, *Después...*, *Mis enlutadas*; otras el sentimiento, siempre elegíaco, se armoniza, sin perder generalmente nada de su eficacia, con las gracias y morbideces de la más artística y equilibrada forma, como en *La serenata de Schubert*, *Mariposas*, *La Musa blanca*; cede en ocasiones a la influencia realista circunstante, como en *Lápida* y *La duquesa Job*; escucha las voces misteriosas y formidables de la naturaleza en la magnífica fantasía de *Tristissima nox*; inspírase en un puro sentimiento artístico, en una pagana voluptuosidad, en las *Odas breves*, dignas algunas, como la titulada *A Dionisos*, de la Antología griega; ciñe el sayal del penitente en las austeras y desnudas estrofas, de sabor bíblico, de *Fiat voluntas*, o busca *claridad y calma* en las cimas de la más elevada armonía moral y de una *infinita compasión*, en *Pax animae*; o, por último, con insaciable curiosidad de artista, presente y busca desconocidas orientaciones, llegando a los umbrales de lo que aspiró a ser una nueva lírica, y sólo debía cuajar en una decadencia nueva. Así en *Nada es mío* y en *De blanco*.

Gutiérrez Nájera dió a la expresión poética castellana una gracia ligera y alada, una cinceladura luminosa, que añaden

un nuevo realce a sus características tradicionales, por más que éstas disten mucho de encerrarse en los rígidos y estrechos límites que le suponen los innovadores rabiosos, empeñados en comprar la notoriedad a fuerza de *romper moldes*: pero para pertenecer de lleno al llamado *modernismo* le faltan, felizmente, algunas condiciones, y otras le sobran. Entre las primeras deben señalarse el amaneramiento decidido y continuo, la impavidez y el denuedo ante la extravagancia ridícula, la afectación mitológica, trovadoresca y versallesca, y aun ese empalagoso tufillo de presunción personal, de petulancia y artificio, que no deja nunca del todo limpios y frescos ni a los mejores ejemplares del género. Nada de eso en Gutiérrez Nájera.

En cambio, sobran al admirable poeta mejicano, para entrar en la secta, el respeto de los ritmos propios de la versificación castellana, de las mejores tradiciones de nuestra elocución y lengua, y sobre todo, un caudal de ideas y sentimientos substanciales de humanidad, de naturaleza, de patria, de hogar, de amor, de dolores y tristezas íntimas, de armonía moral y sinceridad religiosa, que decididamente lo apartan de ese *estetismo* vacío y de ese *diletantismo* universal destinado a servir de deleznable base a los novísimos escarceos retóricos. Él mismo pone el contenido sentimental sobre todo, cuando dice en *Nada es mío*:

Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan...

El amor, en Gutiérrez Nájera, ofrece dos aspectos diversos. Uno es la voluptuosidad discreta, y aun recatada, la dulce embriaguez del placer y de la vida, que no olvida nunca

lo que se debe a la decencia, al buen gusto, a la dignidad del arte mismo, tan ofendida en estos últimos tiempos por los que, teniendo sin duda por vulgar y anticuado el *buen amor*, lo reemplazaron con los ávidos ardores de la sensualidad senil. El otro aspecto, más elevado y puro, y mucho menos modernista aún, es el afecto delicado que forma o aspira a formar el hogar, y se regala con la dulce visión de la *novia* y de la *esposa*. A él responden las deliciosas composiciones, *Desconocida*, que trae reminiscencias leopardianas (*Alla sua donna*), y *A Cecilia*. Bastan ambas para acreditar la delicadeza moral y artística de un poeta. Véase cómo, para enviar flores a Cecilia, invoca a su musa casta:

¡Ven tú la blanca, tú la inocente,
La que levantas limpia tu frente,
La que a mis padres canta en mi hogar,
La que a la Virgen, púdica reza,
Y en la guirnalda de su cabeza
Trae los botones del azahar!

Con razón, pues, en la bellísima poesía, *Musa blanca*, nos la pinta el poeta,

Más púdica que Venus, más joven que Diana,
Por lo gentil de Grecia, por el mirar cristiana,
Desnuda, pero casta...

Gutiérrez Nájera señala, en la poesía mejicana, el principio de un nuevo y brillante período, que se honra con los nombres, contemporáneos unos, otros posteriores, de Othón, Díaz Mirón, María Enriqueta, González Martínez, Fernández Granados, Urbina y Amado Nervo. Dícese, creo, confidencialmente en Méjico, que Gutiérrez Nájera es, en el orden de

tiempo, el primer verdadero poeta mejicano aparecido desde la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz. Yo no estoy distante de admitir tal dictamen, si se aplica estrictamente a los poetas de genio, sin olvidar ni desdeñar por ello a algunos intermedios de indudable mérito relativo y muy dignos de estimación. Habría, no obstante, que hacer la justísima excepción de Acuña, cuya muerte a los veintiún años impidió que llegase a plena madurez su gran potencia poética. Y fué también gran desventura para la poesía castellana en América la prematura desaparición de Gutiérrez Nájera, a poco de haber cumplido treinta y cinco años, cuando, llegado al perfecto dominio de sus facultades y de los recursos de su arte, se iniciaba sin duda el período de sus mayores y más elevadas inspiraciones. ¡Cuánto tesoro perdido!

Nació Gutiérrez Nájera en Méjico, el 22 de Diciembre de 1859. Colaboró en diversos periódicos, fundó la *Revista Azul* que llegó a ser un centro de agrupación militante de jóvenes escritores, y murió el 3 de Febrero de 1895. Usó, entre otros varios, el conocido pseudónimo de *Duque Job*, que contiene una deliberada antítesis simbólica. Fué también un delicioso prosista. "En su prosa — escribe Justo Sierra — comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba a narrar, fué en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó a la plena conciencia de su fuerza y de su arte".

La edición más completa, acaso demasiado, de sus poesías, es la de París, 1912, dos volúmenes, por Bouret, con un prólogo-estudio de Justo Sierra. Existe también una de *Sus mejores poesías*, Madrid, 1916.

Su prosa ha sido coleccionada en dos volúmenes, Méjico, 1898-1903; el tomo 1.º con prólogo de Luis G. Urbina, el 2.º con otro de Amado Nervo.

Van aquí ahora algunas composiciones suyas, bien conocidas y admiradas, que por involuntaria omisión no se incluyeron en el florilegio correspondiente del texto, al que servirán así de necesario complemento.

ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,
Donde nunca llegó la mirada,
Se deslizan en curso infinito
Silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas
Por el hierro que rocas taladra,
En inmenso penacho de espumas
Hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
Retorciéndose siempre resbalan,
Sin hallar la salida que buscan,
A perpetuo correr condenadas.

..

A la mar se encaminan los ríos,
Y en su espejo movable de plata
Van copiando los astros del cielo
O los pálidos tintes del alba:
Ellos tienen cendales de flores,
En su seno las ninfas se bañan,
Fecundizan los fértiles valles,
Y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos
Juguetona y traviesa es el agua,
Como niña que en regio palacio
Sus collares de perlas desgrana ;
Ya cual flecha bruñida se eleva,
Ya en abierto abanico se alza,
De diamantes salpica las hojas
O se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
Los peñascos abruptos asaltan ;
Al moverse, la tierra conmueven
Y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
Allí es reina colérica el agua,
Como igual con los cielos combate
Y con dioses y monstruos batalla.

¡ Cuán distinta la negra corriente
A perpetua prisión condenada,
La que vive debajo de tierra
Do ni yertos cadáveres bajan !
La que nunca la luz ha sentido,
La que nunca solloza ni canta,
Esa muda que nadie conoce,
Esa ciega que tienen esclava !

Como ella, de nadie sabidas,
Como ella, de sombras cercadas.

Sois vosotras también, las oscuras
Silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie a veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden
Vuestras olas cautivas que callan!
Y si paso os abrieran, saldríais
Como chorro bullente de agua
Que en columna rabiosa de espuma
Sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
Sentiréis de la luz la mirada:
¡Seguid siempre rodando en la sombra
Silenciosas corrientes del alma!

1887.

LA SERENATA DE SCHUBERT

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
Espanciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!
¡Así hablara mi alma... si pudiera!
Así dentro del seno
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
¡Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo a la vida: — ¡Déjame ser bueno!
¡Así sollozan todos mis amores!
¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,

Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta...
¿No la oís cómo dice: "hasta mañana?"

¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: "¡Hasta mañana, beso!"

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
Y a la nota que dice: "¡hasta mañana!"
El corazón responde: "¿quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente,
Va flotando la tierna serenata...

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto,
¡Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos, se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte...
Que la dicha es de ayer... y que "mañana"

Es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!

El alma se compunge y estremece
Al oír esas notas sollozadas...

¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

.....

¡Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera...
Un volumen de versos en mi mano,
Y en el aire, y en todo, primavera!

¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
¡Qué claridad de luna! ¡Qué reflejos!
... ¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...
La anciana, que en silencio nos veía...
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro, Musset con su "Lucía".

¡Cuánto sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!

¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?

... ¡Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!

...Todo lo vuelvo a ver... ¡pero no existe!
Todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste...

¡Y todo alegre, como entonces, veo!

...Esta es la casa... ¡su ventana aquélla!

Ése, el sillón en que bordar solía...
La reja verde... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante
Que allí domina la calleja oscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos su cintura!

¡Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca y el follaje espeso...
El lago azul... el huerto... la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!

Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oírte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!

¡Y nada existe ya! Calló el piano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
Y oprimiendo mi mano con tu mano,
Me dijiste también: "¡hasta mañana!"

¡Hasta mañana!... Y el amor risueño
No pudo en tu camino detenerte!...
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

.....

¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata,
Y el pálido Musset con su "Lucía".

LÁPIDA.

Mucho silencio bajo los pinos ;
La luz apenas se atreve a entrar
En esa calle de verdes tuyas
Donde se enreda la obscuridad.

¡ Cuántos amigos en los sepuleros
De blanco mármol o piedra gris !
¡ Cuántas alfombras de “ no me olvides ”
Miro olvidadas en el jardín !

Abajo, siembras, techos y torres ;
El panorama de la ciudad,
El terso lago que duerme inmóvil,
La caravana que lenta va !

Y en este cerro desnudo y triste,
El alta reja, la férrea cruz,
Y un jardinero que indiferente
Mira el cortejo del ataúd.

Y hemos llegado : ya abren la fosa,
Suenan los golpes del azadón,
Y el sacerdote, breviario en mano,
Reza las preces a media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
Muy pensativos la fosa ven,
Y cada uno se dice triste :
¿ Cuándo en su seno reposaré ?

Otros recorren las avenidas,
 Los epitafios leyendo van;
 Hablan de aquella que ya no existe,
 De la que llevan a sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen
 ¡Cuántos dolientes de mal humor
 Porque se alargan las ceremonias,
 Corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
 Otro contempla con ansiedad
 La tierra obscura, la blanca tumba
 Donde sus padres durmiendo están.

Sobre la arena recién regada
 Descansa inmóvil el ataúd...

.....

Y en esa caja negra y angosta
 Ya para siempre reposas tú!

1880.

NADA ES MÍO

Me preguntas, oh Rosa, ¿cómo escribo?
 ¿De qué manera, con menudas hojas,
 Cintas de seda y pétalos de flores,
 Voy construyendo estancia por estancia?
 ¡Yo mismo no lo sé! Como la tuya
 Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo:
 Viven dentro de mí; vienen de fuera:

A ése, travieso, lo formó el deseo ;
A aquél, lleno de luz, la Primavera !

A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica : la aurora !
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión o de la abeja
Que, silbando a las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan,
¿ Sabes tú lo que son ? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas,
Y sus rayos de luz trazan en mi alma
Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto a Dios, es del Boyero ;
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta ;
Y ese canto a la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso ;
Mi espíritu es su casa : Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje a la traviesa banda.
Algunos a mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla :
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae, en su clámide sombría,

“Húmeda noche tras caliente día.”
 Otros de aquellos huéspedes pequeños
 Se detienen muy poco: los risueños.
 Cantan, mis penas con su voz consuelan,
 Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes... ¡esos sí que son constantes!
 Alguno, como lúgubre corneja
 Posada en la cornisa de la torre,
 Mientras la noche silenciosa corre
 Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo vès! En vano
 Halagas con tal título mi oído;
 Que no es zenzontle o ruiseñor el nido,
 Ni tenor o baritono el piano!

1884

DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
 ¿Qué cosa más pura que místico cirio?
 ¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
 ¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
 ¿Qué cosa más santa que el ara divina

De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
 Con túnica blanca, tejida de niebla,
 Se envuelve a lo lejos feudal torreón;
 Erguida en el huerto la trémula acacia
 Al soplo del viento sacude con gracia

Su niveo pompón

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columbia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el Cristo de mármol expira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hábito blanco nació la pureza,
¡Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega a la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse a tu frente
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje a posar.

1888.

MANUEL JOSÉ OTHÓN

Figura con razón este poeta entre los mayores de la moderna poesía mejicana. No es un bucólico, como se ha dicho, pero sí un poeta campestre. La fuente esencial y única de su poesía es el sentimiento de la naturaleza, directa y amorosamente contemplada y descrita. Como Pereda, como Gabriel y Galán en España, vivió siempre en comunión con ella,

pasando la mayor parte de su vida en las aldeas y en los campos, despegado de la vida social y de las preocupaciones exteriores y accidentales que ella engendra, en detrimento de las voces interiores del alma. No le interesan los hombres, ni las escenas de la vida campestre, sino las cosas, y el *himno* que surge sinfónicamente de ellas, poniéndose en consonancia y coloquio con su libre, sano y vigoroso espíritu. Alejado de toda vana discusión filosófica, de todo espíritu sistemático, de todo disolvente sectarismo, conservó siempre esa fe segura y sencilla que la naturaleza inspira a los que viven habitualmente en su seno. " Su labor poética — dice el excelente crítico mejicano Alfonso Reyes — nacida toda de fuentes tan serenas, hija toda de los sentimientos más fundamentales del espíritu, es casta y benigna, salubre como campesina madrugadora, firme como labrador envejecido sobre la reja, santa y profunda como un himno a Dios en el más escondido rincón de alguna selva. " Y en la naturaleza, ama y describe con especial delectación lo vigoroso, abrupto y desnudo, sin coqueterías, encajes ni filigranas, las rocas, los grandes y viejos árboles, los hondos barrancos, los torrentes, los bosques y las montañas, en cuyas voces le parece escuchar el múltiple y gran clamor de la vida.

Este contenido, tan moderno, tan lleno de vida actual, de emoción nueva, se encarna en una forma austeramente tradicional y clásica, dentro de la pura tradición castellana, pero labrada por cuenta propia del poeta, sin remedos ni convencionalismos anticuados, realizando a su modo la máxima de Chénier, de hacer versos antiguos (esto es, de sabor antiguo) con pensamientos nuevos. Y en realidad, un clasicismo no original, sin vida actual y nueva, hecho de rapsodias y académicas convenciones, no puede ser tal clasicismo, sino algo esencialmente vano, contradictorio y absurdo.

Entre las obras de Othón, fuera de las que van en el texto, merece también citarse su *Poema de vida*, en sonetos, divididos en tres series o cantos: IDILIO-EPITALAMIO-ELEGÍA. Véase un soneto de cada serie:

Es la suprema floración del año.
Ya la niebla no oculta los bohíos,
Y los nidos del bosque, ayer vacíos,
Están llenos de pájaros ogaño.

Los vernaes deshíelos, como un baño,
El valle inundan en raudales fríos,
Donde llenan sus ánforas los ríos
Y beben las bandadas y el rebaño.

Ya de la sierra en el crestón gigante
Desbaratóse el gélido turbante
Que el invierno formó con sus neblinas;

Y sobre el cielo azul, cuando atardece,
La sarta de las grullas desaparece
Y flotan las primeras golondrinas.

Todo, al soplar las brisas tropicales,
Mueve la sangre y todo a amor provoca.
Naturaleza entera es una boca
Donde palpitan besos inmortales.

Requíébranse en la rama los turpiales
Lanzando su canción alegre y loca,
Y en la cortante arista de la roca
Se acarician las águilas reales.

Tálamo de las tiernas golondrinas
Es el aire, del tigre la espelunca,
Del triscador ganado las colinas...

Nada tu fuerza poderosa trunca,
Pues, renaciendo tú de las ruínas,
¡ Oh fecundante Amor, no mueres nunca !

¡ Qué tristeza tan honda en el paisaje !
Del norte frío al destructor aliento
Suspendióse en el campo el movimiento
Y gimieron los troncos y el ramaje.

Ya no hay nidos, ni cantos, ni follaje,
No se escucha un murmullo ni un acento,
Y apenas, junto al lago tremulento,
Se oye graznar al ánade salvaje.

En las regiones do aquilón desata
Su furia y con fragor se precipita,
Sin cesar, sin cesar escarcha y llueve ;

Mientras inmensamente se dilata
Desesperante, trágica, infinita,
La sepulcral blancura de la nieve.

Manuel José Othón nació en San Luis de Potosí el 14 de Junio de 1858. Residió casi siempre en provincias, en el campo, o en aldeas donde desempeñaba las funciones de juez de paz. Por una ironía de la suerte, el hallazgo de una mina de plata en una de sus excursiones habituales, le enriqueció repentinamente, y aquel hombre y poeta de la naturaleza, a la que debía toda la robustez de su cuerpo y de su poesía, se

dejó a última hora tentar por el vértigo de las grandes ciudades y de la vida bohemia, y minada su salud por el exceso de los placeres sensuales, murió prematuramente, a los cuarenta y ocho años de edad, el 28 de Noviembre de 1906.

Othón publicó sus primeros versos, bajo el título de *Poesías*, en 1880. Pero muy luego los repudió, considerando sólo como su verdadera iniciación poética sus *Poemas rústicos*, dados a luz en Méjico, en 1902. A esto hay que añadir las ediciones póstumas de *La noche de Walpurgis*, poema, Méjico, 1907, y de *El himno de los bosques*, San Luis de Potosí, 1908. Escribió además una novela, *La gleba*, una serie de cuentos y varios dramas, que no conozco.

MARÍA ENRIQUETA

María Enriqueta Camarillo de Pereyra, generalmente designada, con afecto familiar, por sus dos nombres de pila, es para mí uno de los casos más interesantes y deliciosos, no sólo de la poesía mejicana, sino de la castellana, en América y en España. Casi no hay modo de hablar críticamente de tan pura, triste, honda y penetrante poesía, que nada sabe ni quiere saber de literatura ni de escuelas, y brota directa y sencillamente de la vaga tristeza de un alma delicadísima, con la transparente frescura de una agua de manantial. Todo análisis sería aquí profanación. Cuando una onda viva de poesía, como el grano de oro ya depurado por la naturaleza misma, halla, por una especie de arte que se ignora a sí propio, su forma necesaria, natural y simple, que en nada la empaña ni violenta, cual si ella se modelara a sí misma; ¿qué

otra cosa cabe sino leer, admirar y sentir ? Baste, pues, indicar aquí que, en cuanto a su fuente de inspiración, esta poesía procede principalmente de un como ensueño amoroso, desvanecido en la dulce esperanza que se aleja, o en la amargura de dolorosos recuerdos ; y en cuanto a su tipo estético, ofrece espontáneas analogías con el romanticismo otoñal de los pueblos del norte, particularmente de Heine. Así se la ve asociar constantemente la vaga tristeza del sentimiento a pequeños hechos, incidentes, detalles, rumores, en sí mismos insignificantes, pero que en el drama interior adquieren, agitándolo, un valor poético trascendental. Léanse, en prueba, *Pasó por mi puerta*, *Soledad*, y especialmente *El afilador*, en que con tan eficaz simplicidad de medios, en un incidente vulgar, se sugiere y deja entrever la más dolorosa tragedia de alma.

María Enriqueta nació en Coatepec, Veracruz, el 19 de Enero de 1875. Ha publicado *Las consecuencias de un sueño*, poema en dos cantos, Méjico, 1902, *Rumores de mi huerto*, su principal libro de versos, Méjico, 1908, con prólogo de Victoriano S. Álvarez, y *Rosas de la infancia* (lectura escolar), París, Bouret, 1914, cuatro volúmenes. En 1916 tenía aún inéditos tres libros de versos y uno de cuentos, de cuya publicación no tengo noticia.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Pocos nombres más difundidos y célebres en la literatura hispano-americana que el de este ilustre lírico mejicano. En su desarrollo poético y literario presenta dos fases o

maneras bien diferentes. La primera, la más resonante, a la que debió su popularidad y gran fama, se caracteriza por un romanticismo a lo Byron y a lo Hugo (salvando todas las distancias), mucho más imaginativo que sentido, lleno de imágenes brillantes, de sentencias y comparaciones deslumbradoras y de arrogantes arrestos, admirablemente adecuados para fascinar a pueblos meridionales, poco reflexivos y llenos de petulancia juvenil. Esas estrofas enfáticas y empenachadas de Díaz Mirón fueron, así, una nota representativa, bella a su modo, del espíritu elocuente y declamatorio de nuestra América, de su orgullo, su confianza en sí misma y su andadura triunfal; pero tienen el inconveniente de desvanecerse demasiado pronto en nuestro espíritu, como magníficos fuegos artificiales. Además, ese procedimiento de iluminación de la sentencia contenida en la primera parte de la estrofa por la imagen que fulgura en la segunda, peca de sistemático y resulta al cabo monótono. Peca también por falta de verdadera concepción general y *composición* de conjunto, pues en cada poema de este género el poeta no nos da sino una serie indefinida de estrofas, hermosas y bien acuñadas, sin duda, pero alargables o reducibles a voluntad, y de valor meramente individual e independiente de toda trabazón fundamental. Dentro de esta manera, la pieza más notable representativa y generalmente estimada es *A Gloria*, que aún conserva buena parte de su antiguo prestigio. En cuanto a otras, como las dedicadas a Byron y a Víctor Hugo, debo confesar que me dejan hoy bastante frío, por su orgánica debilidad y tono declamatorio.

Por lo demás, nadie ha sido más severo con las composiciones de esa época que su propio autor, que las ha repudiado a carga cerrada con severidad a veces excesiva. Noble-

mente descontento de sí mismo, buscó el poeta nueva senda, y trabajando solo, voluntariamente alejado de cenáculos y de modas literarias, disciplinó y renovó su técnica, buscando y logrando una forma severa, sobria, condensada, sin relumbrones, esbelta y aristocrática. Y con ella se presentó nuevamente al público en 1906, en la colección titulada *Lascas*, única de sus versos hasta entonces autorizada y reconocida por él. Por la forma, por la fina y sabia trama del estilo, digna de la perfección parnasiana y respetuosa a la vez de la lengua y los ritmos castellanos, que tan magistralmente maneja, es este un libro admirable; pero a pesar de las subidas bellezas que encierra, nótase, en su conjunto, algo de excesivamente comprimido y violentado, que impide la natural expansión del sentimiento o la idea, así como cierta escasez de substancia poética, o mermada ya en el poeta, o sacrificada a las perfecciones del ritmo y a las impasibilidades de un arte sabio. Es más un libro para artistas y técnicos que para el gran público, de lo cual no pienso, como se ha dicho, que deba felicitarse y sentirse satisfecho su eminente autor, ya que la verdadera gran poesía no es patrimonio exclusivo de exquisitos iniciados en reconditeces artísticas, sino que, como los astros del firmamento, debe brillar y brilló siempre para todos, aunque cada uno la aprecie y aproveche de diversa manera y se regale con ella por diferentes razones.

Salvador Díaz Mirón, que, felizmente, es aún gloria viva de las letras americanas, nació en el puerto de Veracruz el 14 de Diciembre de 1853. Ha tomado parte en política, como diputado y periodista, tuvo duelos y sufrió prisiones. De 1913-1914 fué director de *El Imparcial*.

La primera colección de sus versos, clandestina y llena, según el autor, de errores grotescos, es de Méjico, 1886. Otra

es de Nueva York, 1895; pero el poeta sólo reconoce y aprecia la colección titulada *Lascas*, Jalapa, 1906. En *Poetas nuevos de Méjico*, de 1916, se dan como en preparación, *Astillas*, *Triunfos* y *Entre nosotros*, lo que no concuerda en todo con Cejador, que consigna una edición de *Triunfos*, de 1910 (*Historia de la lengua y literatura castellana*, tomo IX, pág. 97).

AMADO NERVO¹

Comenzó a darse a conocer en Méjico hacia 1896. Su primer libro, la novela *El Bachiller*, es precisamente de esa fecha. Dos años más tarde aparece su primera colección de versos, *Perlas negras*. Alboreaban a la sazón en Méjico las nuevas tendencias líricas, todavía no exageradas ni maleadas por extravagancias, dislocaciones y superficiales artificios, de que tan *lucenga muestra* ofreció luego el llamado *modernismo*, de aquende y de allende el mar. Acababa de morir en plena juventud Gutiérrez Nájera, mantenedor de la tradición romántica depurada, y precursor a la vez, no propiamente iniciador, del *arte nuevo*. La primera serie poética de Amado Nervo, aunque débil, obedece evidentemente a la influencia de aquél, con tal cual rasgo heiniano. En la segunda, titulada *Poemas*, y publicada en París, 1901, aparece ya firmemente delineada la personalidad del poeta en una composición que supera en mucho a todas sus antecesoras y compañeras: *La hermana Agua*, y ofrece, con plena madurez artística, lo más esencial y característico de su espíritu. Desde la pu-

¹ Esta nota es un extracto de la conferencia que sobre el ilustre poeta mejicano leí en la Facultad de Filosofía y Letras el 27 de Junio del corriente año, un mes después de morir Nervo en Montevideo.

blicación de *Poemas*, y de los versos de *El Éxodo y las Flores del camino*, un año más tarde, Nervo apareció definitivamente afiliado al *modernismo*, que tenía su cuartel general en París, donde el poeta a la sazón se encontraba.

En lo que se ha llamado *modernismo*, que, como todos los *ismos* análogos, aun los más substanciales y trascendentales de *clasicismo*, *romanticismo* y *realismo* (cuando aparecen como escuelas militantes), no es sino una especie de codificación artificial y exclusivista de tendencias naturales dispersas, más o menos enérgicas según las épocas, concurren sin duda elementos de muy diversa índole, ya espirituales, ya formales, cuyo completo análisis no cabe hacer aquí... Su pecado original consistió en nacer, no de un vasto y fecundo movimiento popular, de una verdadera transformación social, como el Romanticismo, sino del técnico esfuerzo de un grupo de iniciados, ansiosos de novedades. Las grandes renovaciones y florecimientos artísticos, homogéneos y fuertes en su unidad orgánica, se nutren como los árboles de los jugos vivos de la tierra, que sus raíces absorben para cubrir de verde y flores hasta sus ramas más altas. Los ideales de un pueblo o de una época, que alzan en nimbo sobre su frente, y sin los cuales ningún grande arte puede existir, no son invenciones singulares y arbitrarias de algunos espíritus escogidos, sino emanaciones colectivas que surgen de su seno, como la nube del mar... Desdeñosamente alejados de una realidad que juzgaban prosaica, sin vislumbres de infinito, y faltos de una fe viva y tradicional, los poetas se encontraron como suspendidos entre el cielo y la tierra, llenos de vagos y confusos anhelos, a que dieron los nombres, repetidos sin fin, de *Ensueño* y de *Quimera*. Estos fueron sus dioses, que

los condenaron a perenne *inquietud*, término que si en casos excepcionales dice algo elevado y trascendental, en el mayor número sólo significa, demasiado literalmente, el afán de *no estarse quietos*... Si a esto agregamos la substitución en algunos del sentimiento cristiano por el panteísmo oriental y la exótica filosofía budhista, habremos completado los pálidos focos espirituales de la poesía modernista.

¿Qué influencia tuvo todo ello sobre Amado Nervo?

Descartado desde luego, naturalmente, todo el largo capítulo de rarezas y extravagancias vacías, que tantos han querido hacer pasar por moneda genial, hay, sin duda, en ciertas piezas de Nervo, de *Poemas* y otras relativamente antiguas colecciones, visible sello modernista de expresión y versificación, y habituales recursos de estilo, que le hacen todavía aparecer como poeta de brigada. Están también dentro de la jaula modernista diversas composiciones del *Éxodo y las Flores del Camino*, y sobre todo, la colección titulada *Rimas irónicas y cortesanas*, cuya publicación en el mismo tomo de *Serenidad* disuena enormemente, y no me explico. Pagó Nervo en ellas tributo al *parisiensismo exótico y bohemio*, rama la más viciada y menos americana de la escuela. ¡Cuánto deseáramos ver, en vez de todo eso, al sentimiento patriótico ocupando allí el lugar que legítimamente le corresponde!

El idealismo personal y arbitrario de la escuela, a que aludí anteriormente, tuvo también representación en algunas páginas del poeta. Léanse *Quimera*, en *Un libro amable*, y *A Sor Quimera*, en *Místicas*. Aun la tan conocida mística, *A Kempis*, no pasa de un ascetismo retórico y bien sonante, que según dato auténtico que tengo, el poeta acabó por estimar muy poco, deseando hasta no haberla escrito. Pero

el autor de *Elevación* atesoraba una mina riquísima de sincera fe cristiana, adormecida y aun adulterada un tiempo, y que más tarde había de emanciparle de los idealismos a la moda, dando a su poesía una resonancia profunda. En *Místicas* (1904) asistimos ya a la lucha de su fe con el siglo:

¡Tengo sed de saber y no me enseñas;
Tengo sed de avanzar y no me ayudas;
Tengo sed de creer, y me despeñas
En el mar de teorías en que sueñas
Hallar las soluciones de tus dudas!

y al inminente triunfo de aquélla en la significativa serie de tres sonetos titulada, *En camino*. El primero, *Resuelve tornar al Padre*, contiene la plena abjuración de su falso espiritualismo anterior:

No temas, Cristo Rey, si descarriado
Tras *locos ideales* he partido:
Ni en mis días de lágrimas te olvido,
Ni en mis horas de dicha te he olvidado.

En la llaga cruel de tu costado
Quiere formar el ánima su nido,
Olvidando los sueños que ha vivido
Y las tristes mentiras que ha soñado.

A la luz del dolor que ya me muestra
Mi mundo de fantasmas vuelto escombros,
De tu místico monte iré a la falda,

Con un báculo; el tedio en la siniestra,
Con andrajos de púrpura en los hombros,
Con el haz de quimeras a la espalda.

En el último, titulado, *Pondera lo intenso de su futura vida interior*, se deleita y conmueve profundamente ante la visión del convento:

¡Oh sí, yo tornaré! Tu amor estruja
Con invencible afán al pensamiento,
Que tiene hambre de paz y de aislamiento
En la mansa quietud de la cartuja.

¡Oh sí, yo tornaré! Ya se dibuja
En el fondo del alma, ya presiento
La plácida silueta del convento
Con su alto domo y su gentil aguja...

Ahí, solo por fin conmigo mismo,
Escuchando en las voces de Isaías
Tu clamor insinuante que me nombra,

¡Cómo voy a anegarme en el mutismo,
Cómo voy a perderme en las crujiás,
Cómo voy a fundirme con la sombra!...

El cumplimiento incipiente de este alto programa, aunque sin cartuja, se refleja diez años más tarde en su libro *Serenidad* (1914), y su realización plena en *Elevación*, para mí el mejor de todos los suyos. Esto es lo que puede llamarse la emancipación espiritual y técnica de Nervo, y alguien llama su *conversión*. Ella consiste en dos cosas: una técnica y de estilo, la otra en su posición de espíritu ante el misterio. El poeta, afiliado, como se ha visto, al modernismo, pónese decididamente a su margen, y al de toda escuela, para verlas pasar con indiferencia. Dueño de los secretos técnicos de su arte y muy capaz de hacer bellos versos que seduzcan por su magia propia, renuncia a sus gracias y presunciones, atento sólo a *expresarse* del modo más directo

y menos *literario* posible. Comprendía bien el poeta que cuanto más a la moda vista un escritor, más pronto quedará anticuado, ante la nueva moda que llega; mientras quien ahorra trajes y se atiene a las eternas desnudas formas de la naturaleza, es siempre *actual*, no obstante todas las transformaciones externas. La hondura y sinceridad del sentimiento y la expresión inmediata, sencilla y armoniosa, forman sin duda la única garantía de perenne frescura para las obras de arte; pero no es posible negar que, al renunciar voluntariamente Amado Nervo al verso rico y presumido, ha incurrido a veces en exageración evidente, desterrando de él todo ritmo y todo canto, y aun toda imagen, llenándolo de expresiones triviales o abstractas, hasta matarlo como verso y convertirlo en lo que él mismo llama, sin rehuir responsabilidades, *su prosa rimada*. Eso no es ya desnudarle de atavíos, para que surja en la pureza y armonía de su forma, sino substituirlos por un toseco sayal de franciscano. No hay medio, por más sutilezas que se discurren, de admitir como versos, ni menos como poesía, estos prosaicos renglones:

Dios es inaccesible al instrumento
Científico, al crisol, a la retorta...
Pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
La suficiencia y el orgullo humano
Cual si fuese ecuación. El telescopio
No habrá de sorprenderle entre los orbes,
Ni la lente del ultramicroscopio
Le encontrará en las células.

.....

Lo demás es *acaso*, *puede ser* y *quizá* :
Lo demás son dos mil años de discusiones ;
Es mucha teología, muchas definiciones...

Muchos otros ejemplos, tan lamentables como estos, se hallan en *Fides*, *Lugar común* y otras piezas suyas. Digámoslo claro, por lo mismo que se trata de tan alto ingenio : eso no es ya sencillez, ni desnudez, sino pobreza. No se me alcanza, en verdad, la ventaja de poner en renglones desiguales, que no son siquiera versos, una prosa tan árida y trivialmente intelectual. ¡ Por algo se ha dado a los poetas el nombre de rui señores !

Otro signo inequívoco de la emancipación de Nervo con respecto al modernismo es su desdén de toda rareza y extravagancia de ideas y sentimientos, de toda punzante novedad, y su valiente apología, en cierto elevado sentido, del *lugar común*. El restablecimiento de su fe, la creciente intensidad de su pensamiento, su coloquio cada vez más asiduo con lo absoluto, le llevan de consuno a contemplar, bajo lo diverso, particular y limitado de los hechos, ideas o sentimientos, el fondo universal humano en que perennemente descansan, y que los enlaza e identifica a través de todas las épocas y regiones. Esta actitud espiritual trasciende a su arte y a su poesía, cada vez menos afectos a singularizarse por medios ficticios y habilidosos. Sabe ya bien que el verdadero artista no se distingue de los demás, ni los supera, lanzándose por ocultas y no frecuentadas sendas, para volver con las manos llenas de flores raras, aunque sean feas y huelan mal ; sino avanzando serenamente por los grandes caminos de la vida y de la belleza, y adelantándose a todos por la medida natural de su amplio paso, hasta resplandecer con la plena lumbre del sol y coronarse con la nieve de la montaña.

Pero la fase más importante y característica de su llamada *conversión*, es la orientación definitiva de su espíritu religioso. Nervo había nacido y se había educado en un ambiente de religión firme y positiva, fué seminarista y estuvo a punto de vestir el hábito sacerdotal. Desviado luego de este designio por causas que no se conocen bien, asaltado de dudas, adulteró su natural sentimiento religioso al contacto de las profanidades corrientes y se dejó mecer, como se ha visto, por ese idealismo vago e inconsistente de ensueño y de quimera, que más parece un tema de variaciones poéticas que un sentimiento real. Pero la noble e inextinguible sed de su alma mística no pudo calmarse en esas ilusorias corrientes, y hastiado del mundo, desencantado de la ciencia y de la filosofía y sus pretensiones trascendentales, siente retoñar vigorosamente en su espíritu su antigua fe de cristiano. Y dice :

; Metafisiqueos, pura teoría !
 Nadie sabe nada de nada : ¡ mejor
 Que esa pobre ciencia confusa y vacía,
 Nos alumbra el alma como luz del día
 El secreto instinto del eterno Amor !

El amor, un amor piadoso y universal, a todos y a todo, es desde entonces la norma de su vida y la nota fundamental de su canto. A él se une, como en Fray Luis, como en Santa Teresa, un anhelo incontenible de romper los barrotes de la jaula terrena, para ir a través del arco triunfal de la Muerte, por donde pasa,

Dignificada, el alma que sin cesar luchó,
 a sentir, en paz y en gloria, florecer en ella la Eternidad.

Cierto es que su concepto de Dios, deja a veces de ser cristiano, para mezclarse y adulterarse con teorías monistas y panteístas, con el Dios-conciencia, con el Dios-voluntad de Shopenhauer, y con la teosofía de los libros orientales, de cuya lectura se encuentran en sus versos (aun en los últimos publicados, del *Estanque de los lotos*) no pocas reminiscencias; pero esas contradicciones, nacidas de sus intermitentes dudas *intelectuales*, de sus cavilaciones incesantes sobre el *más allá*, de sus caprichos y debilidades filosóficas, así como de las contaminaciones del ambiente y de la moda, no pudieron ahogar nunca la gran voz del sentimiento cristiano que vibraba en el fondo de su alma y acabó por redimirle en la gloria del triunfo definitivo. Es interesante, a este respecto, ver cómo a veces su fe propia se abre paso a través de las reminiscencias budhistas. Así en *Lo imprevisto* (*Estanque de los lotos*):

Encógete callado y estoicamente espera
Que el *Karma* (inexorable, pero justo) te hiera
Hasta el fin. Vé, resuelto, de tu castigo en pos.
¡Mas abre bien, poeta, los ojos avizores;
Acaso cuando menos lo piensen tus dolores
Te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

Hay en sus versos notables y repetidos ejemplos de la pureza de su fe y de su sentimiento cristiano, inspiradores de sus más penetrantes y poéticos rasgos. Así, en *Elevación*, el bellissimo *Si tú me dices*: “*vén*”!:

Si tú me dices: “¡Vén!” todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo
Y al fulgor de la luz crepuscular;

Mas he de compensarte mi retardo
Difundiéndome, oh Cristo, como un nardo
De perfume sutil, ante tu altar !

y esta significativa estrofa de *La lección* :

Y aunque es el Dios escondido
Tras persistente capuz,
Hay dos escalas de luz
Que Él al alma le ha tendido :
La oración... y aquel gemido
Intercesor de la Cruz.

Léase, por último, su poesía *Hospitalidad*, que transcribo aquí íntegra por no haberse incluido en el texto, tan cristiana, tan conmovedora en su dulce e ingenua sencillez. Pertenecce a la sección *Piedad* de su libro *Serenidad* :

Cristo, la ciencia moderna
Te arroja sin compasión
De todas partes : ¡ no tienes
Donde residir, Señor !

Las teorías positivas
Y la experimentación
Materialista, no dejan
Sitio en los orbes a Dios.
En cuanto al alma del hombre,
A piedra y cal se cerró
Hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la Visión,
Muerta de angustia, de frío
Y de soledad quedó...

En las moradas humanas
Ya tan sólo caben hoy
La vanidad, el deseo
Voluptuoso y la ambición.

¡ Ya no tienes casa, Cristo !
... Mas ¿ cómo has de irte por
Esos caminos, si apenas
Has sonado el aldabón
De una puerta, te la cierran
Con estruendo y ronca voz ?

El pájaro tiene nido,
Cubil el raposo halló ;
Y tú en cambio vas expuesto
A la intemperie, al horror
De las noches congeladas,
A tanto abandono...

Yo
No valgo dos cuartos, Cristo :
Mi corazón (tú mejor
Que nadie lo sabe) tiene
Poco espacio y poco sol ;
Pero qué le hemos de hacer,
Si en esta comarca no
Hay otro... ¡ Vén, y permite
Que confuso, con temblor
De vergüenza, yo te hospede
En mi propio corazón !

Pero Nervo, digno y legítimo heredero de los grandes
creyentes de nuestra raza, con las diferencias, y aun las

inconsecuencias o contradicciones que los tiempos imponen, no es un simple asceta del yermo, perpetuamente clausurado en la contemplación mística. Como el sol funde la nieve de las montañas y la envía a fertilizar las llanuras, la fe del poeta, encendiendo su espíritu, le hace descender en ondas de amor a los revueltos campos de la acción y de la vida, con ansia de fecundarlos y embellecerlos. Estas derivaciones de su misticismo hacia la armonía moral, la paz del alma, la entereza y la constancia en la acción, la resignación viril ante las leyes y los dolores ineluctables de la vida, le convierten sin esfuerzo, y sin las convencionales *missiones* de antaño, en un verdadero apóstol poético, y derraman por sus versos, ya un soplo fresco y confortante, ya un delicado aroma de piedad, ya un acento de energía, ya una tristeza crepuscular. Su alma está siempre en consonancia con todo lo que sufre y llora, lo que vacila, anhela o espera. Busca y halla la *serenidad* y la *elevación* de su espíritu; pero en vez de perderse en vanas *quimeras*, o encerrarse en desdeñosa torre de marfil, siente un inmenso anhelo de que todos se serenen y se eleven con él, por la acción y la meditación, hasta que llegue el momento de recibir el bálsamo de la muerte. Esto es, a mi juicio, lo que principalmente caracteriza a Amado Nervo y le da inconfundible personalidad entre los poetas contemporáneos. ¿Cómo explicar su gran prestigio, esa admiración viva y cariñosa que despertaba a su paso y se bebe en sus libros, sino por la más feliz armonía entre el sentimiento poético y la pureza moral, cuyas bellezas se funden en una sola y soberana hermosura?

No puedo detenerme en el examen de sus poesías *profanas*. Las hay bellísimas. No vibra en él la cuerda

patriótica, a pesar de su colección *La lira heroica*; pero el amor, que sintió al menos una vez con verdad, y no podía ser en la peregrinación de su espíritu sino una estación de tránsito, le ha arrancado acentos sentidos y penetrantes. El primer lugar, en sus poesías de este género, corresponde, en mi sentir, a la titulada *Seis meses*. En otro orden de inspiraciones se muestran también la variedad y flexibilidad de su talento, al par de la constante delicadeza de sentimientos. Van de ellas numerosos ejemplos en esta *Antología*, junto con sus hermanas mayores, las más representativas y características del poeta.

Nervo aparece en las letras americanas cuando se libraba en ellas un combate por el estilo y la métrica, tanto más encarnizado, cuanto mayor era el agotamiento o la merma de las grandes y eternas fuentes del verdadero sentimiento poético. Fué hombre y poeta de su tiempo; pero por generoso e irresistible impulso de su espíritu, llegó a ser el renovador, no ya de la técnica del estilo y del verso, en lo cual otros le preceden y aventajan, sino de algo que vale infinitamente más, del sentimiento religioso y cristiano en la poesía contemporánea de nuestra lengua y raza, y acaso, en un tiempo no muy lejano, y por su benéfico influjo, en el espíritu de la misma. Nada podría haber sido más grato al poeta, cuya acción no quiso ser retórica, sino psicológica y sublimemente docente. Tal es para mí el alto significado de su poesía, y lo que me hace juzgar de estricta justicia asignarle el primer puesto entre los líricos castellanos de su época. Ninguno nos pone tan en contacto como él, por el sentimiento, con el misterio de lo infinito, haciendo penetrar en nuestras almas los aromas y fulgores de una aspiración inmortal. Púsole Dios

una lira más en el corazón que en las manos, para que difundiera entre los hombres, en esta hora triste y confusa, la dulce y profunda resonancia de una armonía celeste...

Nació Amado Nervo en Tepic, cantón de Jalisco, en Méjico, el 27 de Agosto de 1870. Su primera educación fué de carácter religiosa y dejó imborrable sello en su espíritu. Empezó a darse a conocer como escritor hacia 1895, colaborando en diversas revistas de Méjico. Su primera obra fué la novela *El bachiller*, (1896), en prosa, que le dió ya notoriedad. Hacia 1900, viajó por Europa y se detuvo en París, donde se contaminó de la sensualidad ambiente y se afilió al modernismo literario, cultivado por Rubén Darío y otros escritores franco-americanos. 1905 se inició en la carrera diplomática como primer secretario de la legación de Méjico en Madrid, donde residió algunos años. Nombrado, en 1919, ministro en nuestra República y la del Uruguay, a poco de inaugurar sus nuevas funciones, murió en Montevideo, el 24 de Mayo de 1919.

Sus colecciones de versos publicadas son : *Perlas negras*, Méjico, 1898 ; *Poemas*, París, 1901 ; *El Éxodo y las Flores del Camino*, verso y prosa, Méjico, 1902 ; *Perlas negras. Místicas*. *Las Voces*, París, 1904 ; *Lira heroica*, Méjico, 1902 ; *Los jardines interiores*, Méjico, 1905 ; *En voz baja*, París, 1919 ; *Serenidad*, Madrid, 1914 ; *Elevación* ; *El estanque de los lolos*.

Hay, además, una colección póstuma, *El arquero divino*, de la cual sólo se han publicado algunas composiciones en diversos periódicos.

RUBÉN DARÍO

Si del mérito y grandeza de un poeta debiera siempre juzgarse por su celebridad, es indudable que ninguno, entre los poetas contemporáneos de España e Hispano-América, podría poner su nombre a nivel del famoso nicaragüense. Se ha escrito acerca de él considerablemente, por profesionales y por aficionados de las letras, ya discutiéndole, ya endiosándole, y aun ha logrado en el público lector de muy diversas categorías una difusión y un aplauso que el poeta parecía no pretender, cuando afirmaba orgullosamente no ser su poesía de carácter popular, sino "de la aristocracia del pensamiento." Pues bien, — ¿quién lo diría? — es esta misma desdeñosa afirmación suya, repetida por algunos admiradores, y su exquisitez rara y complicada, lo que ha llegado a darle desconcertante popularidad en la burguesía literaria. Y no se tome esto a paradoja, aunque lo parezca. Porque ¿quién se resigna a dejarse encerrar en el potrero de la "mulatez intelectual," o de la "vulgaridad espesa" a que solía tan fieramente referirse? Declarado, por personas a quienes se presta fe, como en el cuento de los "burladores del paño," de don Juan Manuel, o en *El retablo de las maravillas*, de Cervantes, que no es hijo legítimo quien no vea y admire lo que se le afirma estar patente ante sus ojos, todos ven y todos admiran, hasta los ciegos de nacimiento. Esta eterna ley de las debilidades humanas, explica suficientemente que muy pocos (como el categórico negro del primer cuento, que nada tenía que perder) hayan querido cargar con la bastardía intelectual que supondría el no entender ni admirar los finísimos versos de Rubén.

Pero la experiencia enseña que la mayor fama y entusiasmo contemporáneos no son garantía de la mayor grandeza. El inmenso renombre y la adoración de Lope en su tiempo cedió ante la posteridad el primer puesto al genio de Cervantes, poco agasajado de sus contemporáneos; y la reputación europea de Ronsard, tan admirado de todos, del Tasso abajo, abatióse por siglos al más desdeñoso olvido, del que sólo le sacó relativamente Sainte Beuve en los principios del Romanticismo francés. Leamos, pues, las obras y no los nombres.

No es este, por cierto, el lugar oportuno para un estudio en forma de la obra poética de Rubén Darío, ajeno a la vez al ditirambo frenético, y, por frenético, irracional, y al espíritu desabrido u hostil de prejuicios tradicionales. He de limitarme aquí, por ello, a decir en pocas palabras mi sincera y libre impresión de conjunto sobre la poesía del ilustre parnasiano y modernista de América. Considerémosle unos momentos como renovador, como artista y como poeta.

Rubén Darío no fué, a mi juicio, como tanto se ha dicho un verdadero *renovador* de la lírica castellana, el instaurador de una *nueva lírica*. Acaso en el estado actual de la producción literaria, tan varia y compleja, tan ecléctica, tan dócil al gusto o capricho personal, y en que la palabra *escuela*, antes tan empleada, es de aplicación muy escasa y relativa, nadie podría serlo. No ha de tenerse por substancial renovación del sentimiento y la fantasía la importación más o menos feliz de un modo o moda nueva de expresión y de técnica deducida de otra análoga francesa contemporánea por el ansia de novedad propia de épocas social y poéticamente gastadas, en las que muchas veces se procura compensar con

to peregrino de la expresión las indigencias de lo expresado. Cuando las grandes fuentes del pensar y del sentir merman considerablemente, el espíritu, más ágil, y *emancipado* de sus altas preocupaciones, se dedica a decorar con siempre nuevos primores sus recipientes vacíos, y desligado de toda razón de armonía entre un fondo nulo y una forma de capricho, va por fin a desembocar en las más curiosas extravagancias.

Por otra parte, ha llegado a ser una insufrible vulgaridad la afirmación de que el estilo de la poesía y la prosa castellana, antes de la invasión modernista acaudillada por Rubén Darío, era algo semejante a una pesada y rígida armadura medieval, impropia de nuestro tiempo. Era necesario *modernizar* ese estilo, desnudándole de esa armadura, haciéndole más ágil y dándole alas para que pudiera volar por los cielos luminosos de un arte nuevo. Y ese fué, se dice, el programa y la acción del modernismo en España y América. Pero es el caso que para hacer tan rotundas y sintéticas afirmaciones hay que olvidar o desconocer muchas cosas. Nada tenía ya que ver con armaduras medievales, desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, el estilo de Leandro Moratín, de tan esbelta elegancia horaciana. Y prescindiendo de la maravillosa flexibilidad de Lope y otros escritores del gran siglo, y de los ejemplos máximos de agilidad y sutileza de ingenio, y de luz y color, respectivamente, de Quevedo y de Góngora, menos tiene que ver todavía con la *clásica rigidez castellana* (noble y natural expresión de un pueblo varonil, que tuvo algo más que hacer en el mundo que tocar la flauta entre el humo de enfermizas quimeras) el libre raudal de estilo de Espronceda, ni la poesía y la prosa de Bécquer, tan transparentes y aladas, especialmente la última, ni la

poesía familiar y conversadora de Campoamor, ni el neoclasicismo de Querol, ni las inmortales *Elegías* de Ruiz Aguilera, ni, por último, para no citar sino ejemplos insignes, la ática y elegantísima prosa de Valera, de estilo de oro resplandeciente, Añádanse algunos ilustres americanos, como Bello, de tipo netamente virgiliano, el mejicano Ignacio Ramírez, el argentino Guido Spano, alejandrinos ambos, el venezolano Fermín del Toro, el famoso prosista peruano González Prada (nacido en 1844), cuyos versos se apartan decididamente de toda índole tradicional en estilo y métrica, el guatemalteco Batres, los colombianos Gutiérrez González, ambos Caros, Pombo, Fallon, tan penetrados de corriente inglesa, como los venezolanos Sánchez Pesquera y Pérez Bonalde de la alemana, y saltará a los ojos que la *Reforma*, después de todo eso, llegaba un tanto retardada... El modernismo fué todavía otra cosa, lo sé; pero ello no significa que haya sido su blanda mano la que rompió o *flexibilizó* la famosa vieja y recia armadura castellana. Y todavía hay que poner como precursor de la novísima secta a Gutiérrez Nájera, y como algo anteriores a Darío, ya dentro de ella, a Julián del Casal y a José Asunción Silva. Pero el poeta nicaragüense, por la brillantez de su talento, lo copioso de su producción y el cosmopolitismo de su vida y de su carácter, asumió en definitiva la jefatura de la escuela y el prestigio de los impulsos renovadores.

Las *consecuencias* de esta escuela ofrecen la más acabada contraprueba de que no ha sido una renovación, destinada a imponer normalmente un nuevo carácter a la literatura castellana, sino una moda, brillante, ruidosa y pasajera como tantas otras. Los jóvenes, los aspirantes de aquende y de allende el mar, se apresuraron, naturalmente, a alistarse en

sus marciales bandas, condenando a viejo, pesado, vulgar y rígido, con la más gentil petulancia, a cuanto no se encerraba en las líneas y colores del último figurín. *creado* originariamente en París. Algunos se contentaron con arrojar su fatuo desdén sobre ciertas altas cabezas como Quintana y Núñez de Arce, convertidos de pronto en malas palabras literarias: otros, más radicales, se sublimaron hasta proclamar impávidamente que España nunca había tenido poetas... Ante tan portentoso e inesperado descubrimiento, quedaba libre el campo a los innovadores para echar las primeras simientes poéticas en nuestra lengua. Pero los demás, no sólo los viejos y ya endurecidos en sus pecados tradicionales, sino los escritores de fuste y personalidad propia recién consolidados en su carácter y en pleno florecimiento, o en vías de estarlo, ya mirasen con indulgencia o sèveridad esas novedades, no se dejaron seducir por ellas, permanecieron fuera de su zona de influencia, y siguieron tranquilamente su camino. Fueron o son *modernos*, ciertamente, con la evolución y las transformaciones naturales que trae consigo el andar de los tiempos, pero no *modernistas*. Baste citar los ilustres nombres de Valera (elogioso crítico de Darío), Menéndez y Pelayo, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Benavente, y aun otros más recién llegados, como Gabriel y Galán y Ricardo León. No, hay que reconocerlo, el modernismo castellano no ha sido feliz en sus conquistas de escritores formados. Su viejo antecesor, el culteranismo del siglo XVII, con haber sido tan corruptor y enrevesado, lo fué inmensamente más. Entre sus grandes víctimas, de la época anterior o de la misma, se cuentan Jáuregui, Villegas, Tirso de Molina, Rojas, Calderón (!), y aun, a veces, sus mayores adversarios y censores, Lope de Vega y Quevedo. ¿Qué más? El mismísimo Góngora era ya

un poeta insigne y famoso cuando abrazó la moda culterana, importada de Italia con el *marinismo*, para convertirse ambiciosamente en su jefe.

De todos modos, es evidente que Rubén Darío puso su personalísimo sello a un arte de expresión refinado, que tomó y asimiló de los parnasianos y de los modernistas franceses. Fué consumado maestro en la gradación de medias tintas, en esos ritmos delicados y sutiles que parecen inclinarse hacia la prosa sin caer en ella, en toda suerte de complicaciones técnicas, propias de un arte sabio, reflexivo y astuto, siempre complacido en sí mismo. Libó, abeja voluptuosa y viajera, el zumo de las flores más diversas y raras de Oriente y de Occidente, antiguas, medievales, renacentistas, versallescas, bohemias. Reflejó hábil y bellamente ciertos externos aspectos de arte helénico, en *Los Centauros*, en *Friso*, en *Palimpsesto*, aunque sin penetrar ni absorber su espíritu esencial. El elasicismo de Darío, inoculado por él a sus imitadores, no es el de las flores naturales griegas, sino el del extracto de composición química francés. Él mismo lo confiesa con notable sinceridad :

Amo más que la Grecia de los griegos
La Grecia de la Francia...

prefiriendo ; y es mucho preferir ! Verlaine a Sócrates, a Anacreonte, Arsenio Honssaye. Trasciende, por último, en el arte del poeta, a través de tantas quintaesenciadas complicaciones, un sentimiento y un dejo tradicional español, que felizmente no le abandonó nunca del todo, y dió hermosa muestra de sí en composiciones de tan diverso carácter como las tituladas *A Roosevelt* y *Elogio de la seguidilla*. De todo lo cual resulta un *artífice poético* a todas luces emi-

nente, original y lleno de carácter, a pesar de sus buscadas rarezas y extravagancias, y la innegable monotonía de sus recursos artísticos, por la superabundancia de sus cisnes, con sus cuellos y sus alburas, de Pan con su siringa, de sus "divinos," sus "oros," sus "triumfos," sus "flores de lis," la pedrería y cristalería con que amanaera su estilo. Manejó el verso a su antojo, haciéndolo admirar por su cadencia, ritmo y armonía, hasta en medio de una entonación familiar y semiprosáica; pero en sus pretendidas innovaciones y dislocaciones métricas creo que hay mucho que desestimar y poco que aprovechar. La más repetida y propagada consiste en una nueva y más directa adaptación del alejandrino pareado francés de cesura móvil,¹ de modo que por lo general no haya coincidencia entre la pausa o continuidad que exige el sentido, y el período rítmico: versificación monótona y cansada, así en su lengua de origen como en su imitación castellana. Más apreciable es la práctica de mezclar metros y ritmos diversos, con más variedad y holgura que anteriormente, con tal de no hacerlo a capricho y por pueril alarde de novedad, sino en virtud de relaciones y afinidades reales, aunque sutiles. En cuanto a lo demás, no estoy yo muy convencido de que ni la profusión del enneasilabo, ni el terminar versos en *y, de, por, los o mis*, en la confusa y extravagante "versificación" de *El país del sol*, ni rematar versos o estrofas con pegadizos sobrantes, como este:

¹ Esta innovación no pertenece en realidad a Darío, sino al salvadoreño Francisco Gavidia, amigo de aquél en su primera juventud. Gavidia la ensayó, antes que nadie, en la traducción de un fragmento de *Los castigos* de V. Hugo (Vid. Max Henríquez Ureña, *Cuba Contemporánea* t. XVIII, n. 3).

En la pasional siringa
Brotaron las siete voces
Que en siete carrizos puso
Pan ;

ni, por último, la unión de dos, tres o más versos en una misma línea, como en *Marcha triunfal*, donde el grupo *trisílabo*, única unidad rítmica, varía de uno hasta siete, como podía llegar a setenta,¹ hayan sido grandes conquistas, capaces de "desanquilosar la expresión poética" ni "desmomificar el ritmo."

Considerado Rubén Darío, no ya sólo como artista o artífice, realmente extraordinario, sino como *poeta*, en el sentido más esencial y profundo, hay graves reservas que hacer, que en último análisis impiden colocarle en la más elevada esfera. Es simplemente inadmisible asignarle el primer puesto entre los americanos, y más aún entre los líricos castellanos. Fué, sí, el más característico y representativo de su época, tanto por sus cualidades artísticas cuanto por sus deficiencias poéticas. Agotadas, *vel quasi*, las fuentes poéticas anteriores, apagado el interés por las formas de expresión y versificación conocidas, su tiempo, como el de todas las decadencias, pedía algo nuevo y extraño en su vestidura, algo inaudito y complicado en que pudiera *lucirse* libremente el ingenio, aligerado del lastre de ideales, emociones y pasiones profundas. Para *fondo* de tal época y de tal arte la sensualidad bastaba, y ella entró en larga vena por sus canales, ofreciendo los más tornasolados aspectos. Darío encarnó con más brío y más

¹ Lo mismo hizo José A. Silva, en su *Nocturno*, con series de grupos tetrasílabos, si bien tuvo el buen gusto de burlarse de quienes le atribuyeron la invención de un nuevo ritmo, por *adición*...

denuedo que nadie esas novedades, y llegó a ser, por su fecundidad y por su talento, el endiosado pontífice de la escuela. Y es justo decir en su honor, que supo, en algunas ocasiones, ser superior a ella.

No hay en los versos de Dario emoción lírica verdadera y honda, derrame de alma, concepto trascendental de la vida. Su espíritu se detiene generalmente en las superficies espléndidas de las cosas, que sabía ver y expresar con novedad y con gracia llenas de fantasía. Le faltó un concepto o sentimiento más austero, viril y profundo de la gran poesía y del grande arte, prefiriendo demasiado las lujosas fabricaciones a los objetos naturales, el guante a la mano, la bujía a la estrella. Cuando se pone en contacto con la naturaleza, y con la amargura esencial de la vida, desvirtúa muchas veces la emoción de su sencilla grandeza, con sus refinados y muelles hábitos de *dilettanti*, de *esteta*, de *orfebre*, de inventor o difundidor de una nueva retórica, interponiendo una extraña belleza artificial, muy evolucionada y quintaesenciada, entre aquellas hondas fuentes poéticas y el espíritu del lector. No ve o siente la naturaleza directamente, sino a través de símbolos, de alusiones y reminiscencias mitológicas, históricas, artísticas (Pan, sátiros, faunos, centauros, ninfas, fábulas, etc.). Es evidente que se halla muy más a su placer entre palacios, jardines, parques, estatuas, broncees, mármoles, estanques con cisnes, que en el mar, la montaña o la selva: en Versalles, con marquesitas y abates, o bajo un arco de triunfo, que bajo la bóveda celeste en una noche estrellada. En su lira no hallaron eco los grandes sentimientos de naturaleza, de amor, de patria, de Dios. No sentía evidentemente la naturaleza el poeta que, en *Del campo*, se expresa de esta ciudadana manera:

Muy buenos días, huerto. Saludo la frescura
Que brota de las ramas de tu durazno en flor;
Formada de rosales tu calle de Florida
Mira pasar la Gloria, la Banca y el Sport.

Un pájaro poeta rumia en su buche versos;
Chismoso y petulante, charlando va un gorrión;
Las plantas trepadoras conversan de política;
Las rosas y los lirios, del arte y del amor.

.....

Es una fiesta pálida la que en el huerto reina,
Toca en la lira el aire su do-re-mi-fa-sol.

En cuanto al amor, él mismo nos dice, en *Canción de
Aloño en primavera*, que las mujeres

..... en tantos climas,
En tantas tierras, siempre son,
Si no pretextos de mis rimas,
Fantasmas de mi corazón.

No menos estéril numen fué para él la patria (según lo comprueba su mismo *Retorno* a la tierra natal, tan frío y ajeno a tal emoción), sentimiento que no podía cultivar quien habiendo nacido en un pequeño y obscuro rincón del mundo, se desarrolló y maduró, como hombre y como poeta, en perpetua errabundez internacional, impregnándose de un cosmopolitismo curioso e inteligente, sí, pero, por extenso, necesariamente superficial. De ahí nace, además, en las obras de Rubén Darío, esa larga sucesión de fragmentarias y desligadas inspiraciones, sin la unidad íntima que, aun en medio de la variedad de impresiones propia del sentimiento, carac-

eriza el contenido espiritual de los grandes poetas. Así ciertos músicos, modernistas también, no pudiendo desarrollar orgánicamente un tema melódico bien caracterizado, procuran sorprender a fuerza de extrañas e inesperadas modulaciones, de disonancias agudas, en constante fuga del tono fundamental. Ese *dilettantismo* universal, ese vano empeño de evocación externa de las civilizaciones, símbolos, fábulas y gustos orientales, griegos, latinos, medievales, trovadorescos, dieciochescos, tan ajenos a nuestra conciencia y sentimiento actual, a nuestras realidades, sobre todo en América, sólo conducen a formar una recopilación superficial de líneas y colores sucesivos, sin unidad de raíz en el espíritu del poeta. La patria espiritual de Rubén Darío fué Francia. A ella debió, tanto las excelencias de su gusto parnasiano, como las contaminaciones y degeneraciones de su modernismo morboso, su artificialismo versallesco y siglo dieciocho, sus noctambulancias bohemias, esto es, la parte más viciada, menos viril y menos americana de su obra poética.¹

En cuanto a su sentimiento religioso, no hay derecho a dudar de la sinceridad de su categórica afirmación católica de su leal respeto a la Iglesia; pero es lo cierto que en ninguna forma repercute en sus versos. Su pensamiento se detiene ante el misterio y la patética repugnancia de la muerte, como se ve en *Lo fatal*, sin avizoramiento del más allá.

Claro es que lo que queda dicho del predominio del arte en Darío sobre la emoción y el sentimiento humano, no se

¹ A ella se refería valientemente José M.^a Salaverría, al decir, en *La afirmación española*: «Nada tan cómico como ciertos iberoamericanos que desatienden el vigor y el carácter de sus bellos países a cambio de una sonrisa de París. ¡La gran estupidez de Rubén Darío, que pudo ser un gran poeta americano, y se redujo al límite de un número más en el cortejo de los metecos parisinos, repetidores marginales de la muelle de París!»

aplica por igual a toda su producci3n. No vivi3 ni sufri3 en vano, y debe señalarse a este respecto en la serie de sus libros un progreso, aunque intermitente, y con frecuentes saltos atrás. Al primaveral *Azul...* de gusto parnasiano, el más puro y límpido de los suyos, sigui3 *Prosas profanas*, presa ya del modernismo parisiense, con sus afectaciones y extravagancias detonantes y *épatantes*, pero donde aparece el robusto trozo de *Los centauros*. A más elevada esfera poética nos conducen, por algunos de sus números, los *Cantos de vida y esperanza* y otras colecciones posteriores, como la titulada, *Poema del otoño y otros poemas*. Allí encontramos el civil apóstrofe a Roosevelt, en que con tanta elocuencia vibró el sentimiento de raza, *Canto de esperanza*, *Helios*, *Lejanía a nuestro señor Don Quijote*, el delicioso cuento *A Margarita Debayle* y *Los motivos del lobo*. Allí también la bellísima y penetrante *confesión* que empieza :

Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiñeñor había
Que era alondra de luz por la mañana.

.....

Yo supe de dolor desde mi infancia,
Mi juventud... ¿ fué juventud la mía ?
Sus rosas aun me dejan su fragancia,
Una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
Mi juventud montó potro sin freno ;
Iba embriagada y con puñal al cinto ;
Si no cayó fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella ;
Se juzgó mármol y era carne viva ;
Un alma joven habitaba en ella,
Sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
Que encerrada en silencio, no salía,
Sino cuando en la dulce primavera
Era la hora de la melodía.

.....

La torre de marfil tentó mi anhelo ;
Quise encerrarme dentro de mí mismo,
Y tuve hambre de espacio y sed de cielo
Desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
En el jugo del mar, fué el dulce y tierno
Corazón mío, henchido de amargura
Por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
El Bien supo elegir la mejor parte ;
Y si hubo áspera hiel en mi existencia,
Melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
Bañó el agua castalia el alma mía,
Peregrinó mi corazón, y trajo
De la sagrada selva la armonía.

.....

El alma que entra allí debe ir desnuda,
Temblando de deseo y fiebre santa,
Sobre cardo heridor y espina aguda :
Así sueña, así vibra y así canta...

Y la vida es misterio ; la luz ciega
Y la Verdad inaccesible asombra ;
La adusta perfección jamás se entrega,
Y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente,
De desnuda que está, brilla la estrella ;
El agua dice el alma de la fuente
En la voz de cristal que fluye de ella.

.....

Pasó una piedra que lanzó una honda ;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
Y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte ;
Con el fuego interior todo se abrasa ;
Se triunfa del rencor y dé la muerte,
Y hacia Belén... la caravana pasa !

En tales piezas, la mayor substancia y trascendencia del sentimiento dicta al poeta una forma más austera, que revela naturalmente un fuerte contacto de su espíritu con la onda amarga de la vida, su tedio de " todo lo finito " y el fulgor de un espiritualismo generoso. ¡Cuánto habría ganado, no el modernismo, pero sí el *eternismo* del poeta, a haber sido ese el tipo general, y no excepcional, de sus numerosas inspiraciones !

Rubén Darío fué, en síntesis, un gran talento artificial, producto de la refinadísima destilación de los zumos más raros, exóticos y excitantes de las floras más diferentes. Tuvo gran sello individual, pero le faltó, generalmente, el

de casa y raza, complementos indispensables para dar arraigo y robustez natural al genio poético, cumbres solariiegas desde las cuales se alcanza a entreoír mejor el clamor de la humanidad y las voces de lo infinito. Fué un caso único y original en América, un artista de excepción, un poeta a veces intenso, pero no un gran poeta, en el verdadero alcance del término. Su alto prestigio y una gran parte de las perlas de su collar poético están destinados, en mi sentir, a desgastarse rápidamente, apenas acaben de pasar las circunstancias psicológicas y los gustos artísticos de que fué representante admirable. Pero quedará un grupo verdaderamente bello, y eso basta para su fama.

Nació Rubén Darío en 1867 en Metapa, Segovia, en Nicaragua. Después de vivir un tiempo con su madre, separada de su marido, pasó a León, a casa de su abuela materna, primero, y luego a la de una tía. Fué por algún tiempo alumno de los jesuitas y publicó a los trece años sus primeros versos (1880). Empleado poco después en la Biblioteca Nacional, en Managua, hizo allí sus primeras lecturas de clásicos españoles y de algunos poetas modernos. Su primer libro de versos, publicado bajo el título de *Epístolas y poemas*, es de 1885. Estuvo luego en San Salvador, volvió a Nicaragua, y a causa, según parece, de una seria desilusión amorosa, se puso en viaje para Chile en 1886. Inaugúrose entonces la segunda época de su vida, en la cual, en una situación económica angustiosa, sin más que el exiguo sueldo que ganaba en *La Época*, de Santiago, empezó a llamar poderosamente la atención, no sólo en Chile, sino en América y España. Publicó entonces *Abrojos*, 1887, *Las rosas andinas*, 1888, y *Azul*, 1888, prosa y verso, que señala ya la madurez de su talento y fué el primer

Fundamento serio de su fama. Después de dos años de residencia en Chile, volvió a Nicaragua y a San Salvador, donde se casó en 1890, y, en segundas nupcias, en 1893. Fué luego a Madrid en comisión de su gobierno para el centenario de Colón. Nombrado cónsul de Colombia en Buenos-Aires, vino a esta ciudad después de haber residido algún tiempo en París. Publicó aquí *Prosas profanas* y *Los raros*, 1896, haciendo prosélitos entre los jóvenes, y algunos desorientados a media correspondencia con las musas. A fines de 1898 volvió a España, de donde, cuatro años más tarde, salió en viaje por muy diversos países de Europa. En 1905 aparecieron sus *Cantos de vida y esperanza*, que consagraron su reputación. Fué nombrado cónsul de Nicaragua en París en 1901, y ministro en España en 1908. Continuando su eterna vida errante, volvió a París, vino por última vez a Buenos-Aires en 1912, regresó a París, fué en busca de salud a Mallorca, luego a Barcelona y a Nueva York en 1914, ya muy enfermo; y por último a Guatemala y a León de Nicaragua, donde murió cristianamente el 6 de Febrero de 1916.

La mejor y más completa edición de las obras de Rubén Darío es la de Madrid, 1917-1919, con ilustraciones de Enrique Ochoa. Hasta Abril del corriente año han aparecido 21 volúmenes, que comprenden los seis de versos siguientes: *Azul...* (parte en prosa) — *Prosas profanas y otros poemas* — *Cantos de vida y esperanzas y otros poemas*

Poema del otoño y otros poemas — *Canto a la Argentina, Oda a Mitre y otros poemas* — *Lira póstuma*. Hay también una edición de *Obras escogidas*, en dos tomos, el primero de verso y el segundo de prosa, Madrid, 1910.

JOSÉ JOAQUÍN PALMA

Nació este poeta en Bayamo, Cuba, en 1844; murió en 1911. Fueron sus cantos, como él lo dice,

Fugaces exhalaciones
De las tinieblas del alma.

Poseyó el dón de expresar sus tristezas en forma dulcemente armoniosa, que corre como las murmurantes ondas del arroyo a que se complació en asociarlas en una de sus más delicadas poesías. Hay en otras el ritmo muelle e indolente de las danzas tropicales. Tuvo cierto carácter trovadoresco a la manera de Zorrilla, y fué también poeta civil.

Sus ediciones son: *Poesías*, Tegucigalpa, 1882; *Poesías*, Guatemala, 1901; *Patria y mujer*, Habana, 1916 (póstuma).

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA

Poetisa de sentimiento elegíaco, supo unirlo a delicados toques descriptivos de naturaleza nocturna, en consonancia con su melancolía. Cantó la patria, el amor conyugal y el amor materno. Nació en Cuba; ignoro las fechas de su nacimiento y de su muerte.

RAFAEL M. MERCHÁN

Es uno de los más notables críticos literarios hispano-americanos, de erudición sólida, buen juicio, y fino análisis.

La composición poética suya que va en el texto se distingue por la sincera efusión de los sentimientos más delicados y por la forma sencilla, firme, limpia.

JULIÁN DEL CASAL

En el orden del tiempo, es este uno de los primeros, sino el más antiguo, representante de la legión modernista americana. Alguien ha puesto en duda últimamente este carácter suyo; pero para mí es él evidente, si se atiende, no a los procedimientos, novedades y extravagancias de estilo y de métrica, que en Casal no existen, sino a condiciones más íntimas y psicológicas, al gusto por todo lo exótico o decadente de imaginación y de sentimiento, al triunfo de lo artificial sobre lo natural. El modernismo de Casal procede muy principalmente de la rama llamada *decadentismo*, inaugurada por Baudelaire y defendida por Gautier. Es la representación en el arte de lo marchito, gastado, retorcido y perverso, propio de una civilización poniente, en la cual todo lo natural, fresco y simple, toda fe, todo entusiasmo por las cosas de la vida, parece necesariamente anticuado e ingenuo. Las consecuencias naturales de tal estado de espíritu son el exotismo en el arte, y el tedio y el pesimismo en la vida. De lo primero da testimonio su poesía *Neurosis*, que parece anunciar directamente a Rubén Darío.

La degenerada preferencia de lo artificial a lo natural la expresa Casal de mil modos diversos en la composición *En el campo*:

Tengo el impuro amor de las ciudades,
Y a este sol que ilumina las edades
Prefiero yo del gas las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,
Más que el olor de un bosque de caoba,
El ambiente enfermizo de una alcoba...

A la flor que se abre en el sendero,
Como si fuese terrenal lucero,
Olvido por la flor de invernadero...

Nunca a mi corazón tanto enamora
El rostro virginal de una pastora,
Como un rostro de regia pecadora.

Al oro de la mies en primavera,
Yo siempre en mi capricho prefiriera
El oro de teñida cabellera...

Y el fulgor de los astros rutilantes
No trueco por los vívidos cambiantes
Del ópalo, la perla o los diamantes.

¡ Todo un código modernista - decadente, franca y crudamente redactado! Este viejo, muerto a los treinta años, expresa también sin rodeos su pesimismo y su tedio. En *Esquivéz* :

¡ Ya di a la Juventud mi despedida!
Perdí el amor de mis primeros años,
Y me alejan del campo de la vida
Sueños de artista y hondos desengaños.

Y en Oración :

¡ Ah, los muertos deseos ! Nada ansío
De lo que el mundo ofrece ante mi vista :
Aquello que mi alma no contrista
Tan sólo me produce amargo hastío.

¿ Cómo explicar tal fenómeno en un joven, hijo de tan ardiente y espléndida región de América ? No por grandes dolores o desengaños, que nunca tuvo, sino precisamente por falta de viril contacto con la vida, y sobra de lecturas pesimistas y enfermizas francesas, azote del mundo, que contagiaron su imaginación y su sensibilidad, no defendidas por su empleo en realidades fecundas. Y como esas facultades suyas eran poderosas, y muy dignas de un verdadero poeta, acabaron por dar intensa vida poética y una especie de ambiente real a sus dolorosas quimeras, que en él no parecen puramente retóricas, y al postrar y aniquilar al hombre, salvaron de afectación al poeta. Ese dolor abstracto dejó, además, viva en su alma una luz de ideal, una noble visión y anhelo de un más allá. Así exclama :

¡ Otros te ofrezcan del amor la palma !
Yo en los abismos del pesar me hundo,
Y sólo guardo en lo interior del alma
La nostalgia infinita de otro mundo.

Así también, al pintarnos bellamente la *Virgen triste*, nos da su propio retrato en estos versos :

Viéndote en la baranda de tus balcones,
De la luna de nácar a los reflejos,
Imitas una de esas castas visiones
Que, teniendo nostalgia de otras regiones,
Ansían de la tierra volar muy lejos.

Y es que al probar un día del vino amargo
De la vid de los sueños, tu alma de artista,
Huyendo de tu siglo materialista,
Persigue entre las sombras de hondo letargo
Ideales que surgen ante su vista.

En cuanto a la ejecución y al estilo, hay en Casal rico color y novedad de imágenes, plena armonía y elegancia de expresión y versificación, de carácter castizo, sin extravagantes novelorías.

Nació Julián del Casal en La Habana, en 1863, y murió en 1893. Hay de él varios libros de versos: *Hojas al viento*, Habana, 1890; *Bustos y rimas*, prosa y verso, 1893 (póstumo); *Sus mejores poesías*, Madrid, 1916.

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ

Nació en Santo Domingo en 1845 y murió en 1900. Con él y con su contemporánea Salomé Ureña de Henríquez, empieza en la isla la verdadera poesía, aunque no sea muy alta. Hay real sentimiento lírico en sus composiciones *Ecos del destierro* y *La vuelta al hogar*, que responden a la realidad de su vida. Las demás son, a mi juicio, inferiores. Algunas de éstas tienen carácter civil; otra, *El junco verde*, canta el descubrimiento de América, y en la serie titulada *Fantasías indígenas* (1877), y en *El volo de Anacaona*, inaugura los temas indianos, de los que tanto se ha abusado, y que habían de lograr más tarde tan hermosa representación en *Tabaré*. Escribió también *Quisqueyana* (1874), *Contornos y relieves y Americanas* (1895).

Pérez tomó parte activa en política, estuvo desterrado en

Venezuela, y triunfante su partido, pudo volver feliz a la patria en 1874.

SALOMÉ UREÑA DE HENRIQUEZ

Nació en Santo Domingo en 1850 y murió en 1897. Comparte con el poeta de la nota anterior la gloria de iniciadora de la poesía dominicana. Cultivó la poesía civil y patriótica, de robusta entonación y corte clásico; pero es para mí preferible su sentimiento de la naturaleza, como puede verse en *La llegada del invierno*, que he escogido en primer término para esta antología. Tiene también acentos de ternura íntima y doméstica y de dulce melancolía. Gozó de gran renombre y aprecio en su isla, y sus *Poesías* fueron coleccionadas por una sociedad literaria y publicadas con la cooperación de varios municipios, sociedades y particulares, en Santo Domingo, 1880.

GASTÓN F. DELIGNE

Es el mejor lírico dominicano, entre los que siguieron inmediatamente el impulso inicial de los anteriores. Las dos poesías suyas incluidas en este tomo bastan para aquilatar su mérito por dos muy diferentes aspectos. No he podido averiguar las fechas de su nacimiento y su muerte, ni si existe alguna colección más o menos completa de sus versos.

ALEJANDRO DE TAPIA Y RIVERA

Floreció este fecundo, ambicioso y estrafalario escritor puerto-riqueño entre los años 50 y 80 del siglo anterior. De-

bió de morir del 81 al 82, pues el último libro publicado por él es de la fecha primera, y de la segunda una edición póstuma de su novela *Póstumo el transmigrado* (historia de un hombre que se trasladó al cuerpo de una mujer). Escribió versos líricos y épicos, dramas, principalmente históricos, cuentos, novelas, y conferencias de estética y literatura. Aunque sus facultades creadoras eran muy inferiores a sus grandes empresas, todavía interesa y merece ser conocido por la grandeza poética a que constantemente aspiraba, por algunas bellezas de ejecución innegables y por el impulso que con su extraordinaria actividad de poseído de las musas dió al movimiento literario en Puerto Rico. Entre sus producciones, la más digna de atención, tanto por su estrambótica concepción épico-simbólica, como por los buenos versos y octavas en que abunda, es *La Sataniada, grandiosa epopeya dedicado al Príncipe de las Tinieblas*, por Crisòfilo Sardanápalo. Consta este aquelarre poético-diabólico de treinta mortales cantos, y se publicó íntegro por primera (y creo que única) vez en Madrid, en 1878, después de diez y seis años de trabajo. "Los tiempos — dice Menéndez y Pelayo — no estaban para epopeyas satánicas ni angélicas, y todo el mundo se encogió de hombros... *La Sataniada* debía ser, y era sin duda en la mente de su autor (uno de los pocos mortales que han podido leerla entera), la cuarta epopeya del mundo, la coronación y el complemento necesario de la *Iliada*, de la *Divina Comedia* y del *Fausto*; por supuesto, aventajándolas y superándolas con toda la ventaja que lleva nuestra edad a las pasadas. Nada menos iba a encarnarse en *La Sataniada* que el modo de ser espiritual de nuestro tiempo. La idea religiosa, que aparece como presentimiento en la antigüedad, como fe viva en Dante, como tradición o plácido recuerdo en Goethe, iba a

mostrarse como ideal positivo del siglo XIX en *La Sataniada*, y Crisófilo Sardanápalo sería el hierofante, el revelador del gran misterio". El autor explica que, en su poema, "la luz y la cruz, la ciencia y la religión, se funden para producir la trasfusión del cielo en el mundo, en la humanidad, para que de este modo la humanidad, terminada su ley de evoluciones de perfección relativa, se torne al seno de lo absoluto, de donde nació como idea palingenésica, y a donde debe volver cumplidamente realizada... No nos lleva al infierno, sino que percibe el infierno en el mundo, y funde ambas cosas dentro y fuera de lo infinito, prescindiendo de lugares y cronologías, y fundiendo lo temporal y lo eterno... Y aunque su acción pasa en las regiones ideales e infinitas, no por eso se sale del mundo, porque éste no deja de ser parte y contenido de la eternidad y de lo infinito como tiempo y como espacio, meras relaciones que el espíritu concibe con este carácter. De suerte que el mundo de que se trata es el nuestro en idea, o la idea-mundo, por lo que el lector podrá creerse en éste, hallándose en el infierno sin haber salido del mundo".

No podrá negarse que todo esto es muy divertido, e interesante además, como muestra del enorme fantástico desconcierto a que pudo llegar un hombre de claro talento y no poco saber, *dicendi peritus*. En *La Sataniada*, dice el sabio¹ crítico antes citado, "abundan las octavas buenas, brillantes

¹ Esto de *sabio*, aplicado al genial crítico español, escandalizará o parecerá cursi sin duda a los que saben se acaba de descubrir científicamente que el inmortal autor de los *Heterodoxos* no fué sino un estimable y superficial compilador y vulgarizador literario, nocivo, además, por el dominio intelectual que osó ejercer por espacio de cuarenta años. El descubridor científico dejó entender con cierto desdén elegante a su auditorio, en una estéril conferencia sobre Cervantes y el *Quijote*, que él había sostenido una *polémica* sobre Cervantes con el glorioso escritor español; pero lo cierto es que no hubo tal polémica cervantina, sino una formidable ejecución capital, con motivo del *Quijote* de

y aun magníficas, descripciones profusas, ya terribles, ya risueñas, rasgos de humor y de fuerza satírica que parecen del abate Casti, expresiones felices, caprichosos arabescos, raras fantasías, todos los caprichos de un versificador ejercitado y muy superior al que en sus dramas y en sus versos líricos aparece. Y todo está allí enterrado como en un pozo; ahogado y obscurecido por la insensatez del plan, por la incoherencia de los episodios, por un pedantesco farrago de nombres propios y de teorías a medio mascar, y por el más fangoso torrente de declamaciones de sectario contra todo lo humano y lo divino."

Avellaneda. El descubridor científico había tenido la profundidad de atribuir a cierto valenciano la paternidad de dicha obra, con gran burla y desprecio de cuantos en España habían tratado el asunto; y el estimable compilador tuvo la superficialidad nociva de demostrar, con la partida de defunción del agraciado, que éste había muerto antes de darse a luz la primera parte del *Quijote* auténtico. La cosa dió bastante que hablar... y que reír, en España y América, condeñando a la víctima a perpetuo y angustioso silencio. Se han necesitado quince años, más el fallecimiento del ejecutor, para rumiar un desquite imposible, con flechas envenenadas, pero sin punta, y sin rozar, por supuesto, ni siquiera ligeramente el espinoso motivo. Tan valiente y rápida embestida, no contra las razones, sino contra la fulgurante gloria del gran muerto, prueba que la mordaza fué magistralmente aplicada; pero no deja de ser un caso curiosísimo esta maravilla de galvanización de un electrocutado remoto, para emprenderla a empujones con el Chimborazo.

Por una singularísima coincidencia, en el mismo número de *La Nación* (9 de Noviembre de 1919) en que apareció la conferencia aludida, se leen estas palabras, milagrosamente oportunas, de una correspondencia de Max Nordau:

«En París, los espíritus superiores se han cansado de oír llamar al gran poeta del siglo a Victor Hugo. Había que demolerlo. Había una gloria que ganar en ello, la de Erostrato. Una negación audaz hace a uno espectral... en eso está todo. El que hace profesión de despreciar un genio reconocido se coloca inmediatamente arriba de él a los ojos de algunos papamoscas y de los pazguatos amigos de paradojas. Este triunfo compensa fácilmente la indignación de las personas de juicio y de gusto.»

JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ

Es este sin duda el mejor poeta de Puerto Rico, y se caracteriza por la sincera y delicada efusión de su amor patrio, como puede verse en su celebrada composición ; *Puerto Rico!*, que va en el texto, y en otra poesía, *A Puerto Rico*, en quintillas. Hay también en él un sentimiento amargo y pesimista de la vida, que haciéndonos pasar a la vista del amor, la gloria y el poder, nos lleva rápida e implacablemente a la muerte. Tal es el tema, muy líricamente desarrollado, de su bella poesía alegórica *La barca*, que por haber llegado a mis manos después de tirado el pliego correspondiente, no pude incluir en el texto de la Antología.

Hijo de la poetisa puerto-riqueña Alejandrina Benítez de Gautier, este poeta sólo alcanzó a la corta edad de treinta y dos años. Hay una colección póstuma de sus versos, titulada *Colección de poesías de D. José Gautier Benítez* — Puerto Rico, 1880.

LOLA RODRÍGUEZ DE TIÓ

Entre los escritores vivos de Puerto Rico (al menos hasta hace pocos años), ocupa acaso esta poetisa el primer puesto por lo delicado de su sentir y la firmeza de su clásico estilo castellano. Sólo pude incluir de ella un ligerísimo, aunque simpático, rasgo en esta colección. He po-

dido leer después otras producciones suyas,¹ entre las cuales debe notarse la oda en liras titulada *La puella del pastor*, de sabor bíblico y puro estilo.

No tengo sus datos biográficos. Ha publicado *Mis cantares*, Mayagüez, 1876; *Claros y nieblas*, Mayagüez, 1885.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Entre los diversos escritores de este apellido, que por diversos motivos han ilustrado las letras venezolanas, es José Antonio el único verdadero poeta. No brilla por el predominio extraordinario de tal o cual facultad poética, que perjudique o deje en sombra las demás; sino por el armónico equilibrio de varias, la sinceridad y delicadeza de los afectos, la nobleza y elevación de las ideas, el estilo castizo, de línea clásica, aunque exprese sentimientos románticos. Ofrece notable diversidad de aspectos, y trató desde los temas más encumbrados y graves, hasta los más familiares, bien que realzando siempre estos últimos por el sentimiento o la gracia. No pueden ser de una simplicidad de medios más elemental composiciones como *La hoja*, o la especie de balada, *A llorar al río*; pero ¿cómo sabe el poeta interesarnos y hasta conmovernos con ellas! Yo no vacilo en preferirlas, como otras suyas escritas en metros ligeros, a sus odas de más ambicioso vuelo, como la conocida, *En la instalación del Concilio Ecuménico*, muy

¹ *Poetas puerto-riqueños*. Producciones en verso, escogidas y coleccionadas por José María Monje, Manuel M. Sama y Antonio Ruiz Quiñones. Mayagüez, 1879. Esta colección, recién llegada a mis manos, es hoy muy difícil de hallar.

bien escrita, sin duda, pero mucho menos poética, y la silva *A la Academia Española*.

Séame permitido transcribir aquí la bella y sentida epístola con que este ilustre poeta me honró en Enero de 1892, con motivo de haberle yo enviado un ejemplar de mis *Cantos*.

¡Gracias cantor, el de laureadas sienes!
Si en tus versos tu estirpe se interpreta,
Me hace tu obsequio comprender que tienes
Corazón verdadero de poeta.

Una fraternidad que es llama santa,
Un amor, que es olímpico destello,
Amor que nada vicia ni quebranta,
El amor infinito de lo bello,

Do quier que resplandece el sol del Arte
A poetas y artistas encadena,
Y aun suyo les promete un cielo aparte
De edén sidéreo en la región serena.

Porque hijos son (te lo diré al oído,
Que no nos oiga el vulgo de los hombres)
De una esfera de amor, astro caído,
Donde otro ser tuvieron y otros nombres.

Nombres en que la sílaba cantaba
Y era el conjunto eolia melodía,
Que su timbre y linaje consagraba
De Árcades de excelsa jerarquía.

Hoy aquí, de nostalgia combatidos,
Llevan entre el bullir de los humanos

A ocultas en su alma guarecidos
Sus ritmos y esplendores soberanos.

Del arte enamorados locamente,
A cautivarlos otro amor no alcanza ;
Que el ideal que guardan en su mente
Nunca tuvo en la tierra semejanza.

Mas entre sí se aman, y reciben
Cual propio lauro el que el hermano siega ;
Búscanse en ansia y cual las aves viven
Del mismo río y espigada vega.

Únense, como enredan los rosales ;
O ya al través de zonas y distancias
Cámbianse sus misivas fraternales,
En alondras tornando sus estancias.

Tal las mías a ti del Guaire vuelan
Ala tendida al argentino río ;
Dichoso me diré si te revelan
Cuánto de amor y admiración les fio.

Y si no alcanzo en la vital corrida
Ni paz a darte ni a estrechar tu mano,
Te hallaré en nuestra esfera prometida...
Hasta entonces adiós, adiós, hermano.

José Antonio Calcaño, italiano de origen, nació el 21 de Enero de 1827, en Cartagena, República de Colombia ; pero pertenece a Venezuela, a donde fué llevado, siendo niño de uno o dos años, por su padre, venezolano. Desempeñó por espacio de veinte años el cargo de cónsul de Venezuela en Liverpool. Fué miembro correspondiente de la Academia

Española de la Lengua y Director de la Venezolana. Su instrucción fué sólida y vasta. Perteneció a una familia de escritores y literatos muy caracterizada en Venezuela. Escribió, además de sus versos líricos, dramas, comedias, cuentos, novelas y leyendas, dejando traslucir por donde quiera su pureza y elevación moral, así como su espíritu religioso. Murió en 1897.

Hay una edición, no completa, de sus *Obras poéticas*, autorizada por él, hecha en París por Garnier hermanos, en 1895.

DOMINGO R. HERNÁNDEZ

Es uno de los poetas más populares y espontáneos de Venezuela, sin que deje por ello de ser esmerado en el estilo y versificación. Aunque cultivó en ocasiones la poesía política y patriótica, vale mucho más como poeta de delicado sentimiento íntimo y de frescas impresiones de naturaleza—condiciones que suelen unirse en él en un conjunto armonioso. A veces, en ligeros rasgos de impresión fugitiva, acierta a poner cierta elegante gracia de estilo. Su versificación es suelta y gallarda.

Por un error que lamento, cometido sin duda al ordenar los materiales de este último tomo de la *Antología*, aparece incluido entre las composiciones de José Antonio Calcaño, que preceden inmediatamente a la de Hernández, el *Canto de la golondrina*, perteneciente al segundo. Conste.

Hernández nació en Caracas, en 1829. Empezó a darse a conocer hacia 1847. Ignoro el año de su muerte.

JESÚS MARÍA MORALES MARCANO

Fué un distinguido traductor de Horacio. La oda que va en el texto es una de las pocas que se han publicado (al menos, hasta hace algunos años) de la traducción completa del gran lírico latino, y que el poeta venezolano dejó inédita a su muerte, ocurrida en 1888.

JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE

Aunque más generalmente conocido este poeta como insuperable traductor de Heine, es también, como poeta original, el más vigoroso, condensado y profundo del parnaso venezolano, sobre todo si se tienen en cuenta para juzgarle, más que su colección en general, un corto número de intensísimas inspiraciones suyas. Representa en la poesía venezolana y americana la tendencia estética del romanticismo germánico, ampliamente entendido. Germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dió cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y a la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fué poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó a nuestra lengua todo el *Buch der Lieder*, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar a su traducción el mayor grado de exactitud posible, y llegando a remedar a veces

el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos.”¹

La versión de Heine por Pérez Bonalde es realmente una obra maestra y una joya poética de altísimo precio en la poesía hispano-americana. Pese a los inconsultos detractores de las traducciones en verso, traducir así, luchando con un alto original y llevando todo el fuego de su inspiración a otra lengua, es una función artística de mérito extraordinario. Dificilísimo es el triunfo completo en ella, pero cuando se logra (y que ello es posible lo prueban ésta y muchas otras versiones poéticas en nuestra lengua), no hay traducción en prosa que pueda, ni en la exactitud y verdadera fidelidad, en modo alguno comparársela. He creído, pues, del caso, dar en esta *Antología* abundantes muestras de tan admirable versión poética del gran poeta alemán.

Pérez Bonalde nació en Caracas el 30 de Enero de 1846. Desde 1870 se estableció definitivamente en Nueva York. Murió en 1892.

Sus ediciones son: *Estrofas*, 1877; *Ritmos*, Nueva York, 1880; *El Poema del Niágara*, Nueva York, 1883, con prefacio de José Martí; *El Cancionero*, de Enrique Heine, Nueva York, 1885, con prólogo del literato germano-español Juan Fastenrath, y una carta de Menéndez y Pelayo, a quien la obra está dedicada. Esta primera edición, muy hermosa, está hoy agotadísima. Existe otra hecha en Madrid, 1917.

¹ Menéndez y Pelayo. Historia de la poesía hispano-americana; t 1º. pag. 415.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

Se distingue este poeta por la delicadeza íntima del sentimiento y por una suave tristeza, expresada en forma naturalmente armoniosa. Escribió, en su primera manera, bellos versos de amor (*Despedida, El ideal*). Dejó vagar a veces por sus cantos algún eco bíblico (*Melodía hebreaica*); pero sintió luego la influencia alemana, que representa en su patria junto con Pérez Bonalde (*La tumba del marino*, y otras). Todo ello sin desmedro de la forma castiza ni de su gallardo sentimiento de raza.

Nació Miguel Sánchez Pesquera en Cumaná, capital del Estado de Nueva Andalucía, en Venezuela, el 12 de Noviembre de 1851. A los diez años se estableció con su madre viuda en Puerto Rico, donde hizo sus primeros estudios. Pasó luego a Madrid, donde estudió jurisprudencia hasta 1873. Vuelto al año siguiente a Puerto Rico, residió allí largo tiempo, y regresó a España, donde ejerce aún, según creo, un cargo de magistrado en la Coruña.

Publicó: *Primeras poesías*, (1870-1880), Madrid, 1880; *Sonetos*, con estudio de Julio Calcaño. Tradujo *El velado profeta del Korassan*, de T. Moore.

RAFAEL POMBO

Es éste, para mí, sin duda posible, el más grande y más completo de los poetas hispano-americanos. No cabe aquí

un estudio de su vasta, multiforme y gloriosa obra lírica. Por otra parte, él ya ha sido hecho magistralmente, a grandes rasgos, por mi ilustre amigo el crítico y poeta colombiano D. Antonio Gómez Restrepo, en el prólogo a la edición de las poesías completas de su gran compatriota. He de limitarme, pues, a unas ligeras indicaciones, remitiendo al lector, sin innecesarios e imposibles análisis, a la inefable embriaguez de esas soberbias inspiraciones.

Pombo, aunque pertenece a la segunda mitad del siglo pasado, fué un poeta esencialmente romántico, en el significado más profundo y libre del término. Lo fué, no por moda o escuela, como tantos del período anterior en América, por sentimentalismo tétrico o llorón, por desorden y desarrapamiento de estilo, por rebeldías morales o literarias; sino por el natural hervor de su sentimiento, por la exaltación de su vida interior, la explosión de imágenes, la libertad feliz de su fantasía, la insaciable sed de lo divino en lo humano, que engendró, por ineludible desencanto, su amargo y trágico pesimismo, y su refugio en Dios.

De los graves peligros éticos y estéticos que tal temple de espíritu entraña, le salvaron completamente, por una parte, su "vigorosa complexión moral," según observa Gómez Restrepo, su robusta fe religiosa; por otra, el gran vuelo que tomaron sus estudios y lecturas en los Estados Unidos, que hicieron de él un verdadero humanista, un crítico sagaz, un feliz conocedor y traductor de grandes clásicos, como Virgilio y Horacio. Éstos le inspiraron un severo concepto del arte, le abroquelaron contra todo vano estruendo de palabras, contra esa habitual negligencia del romanticismo vulgar, que todo lo confiaba al *genio* y la *inspiración*, dieron solidez y fuerza a su pensamiento, y a su genio poético ese

impulso a la vez ordenado y libre, propio de los grandes artistas. Cuenta también como elemento muy higiénico de su espíritu literario su amor a la naturaleza y su afición a la poesía y música popular, de que fué bellissimo fruto su célebre *Bambuco*.

En el genio poético de Pombo concurren elementos de muy diversa procedencia, sometidos a una superior unidad y a la más feliz e inesperada armonía. Entra en su poesía, en el carácter de su imaginación y de su idealismo, en su condensación y concisión, algo áspera a veces, una fuerte corriente británica, debido a su abolengo paterno y a su profundo conocimiento de la lengua y literatura inglesa. A ello se une un modo de sentir plenamente meridional, lleno de efusión generosa y apasionada, cierta caballeresca hidalguía, muy española, y un vivo reflejo de la naturaleza, índole y costumbres americanas.

Suenan en la poesía de Pombo, con el más rico y penetrante timbre, todas las cuerdas de la lira. La variedad y flexibilidad de su talento son verdaderamente maravillosas. Tuvo honda resonancia en su espíritu cuanto es capaz y digno de preocupar y conmover el alma humana: el amor, la belleza en sus más varias manifestaciones artísticas, la patria en su calor de hogar, en sus costumbres, en sus glorias y destinos, la naturaleza, el presentimiento y anhelo de lo infinito: su sentimiento y su emoción de hombre y de artista lo abarca y envuelve todo, alzándose desde las más negras *tinieblas* de la rebelión y la blasfemia, dictadas por el dolor, hasta los más suaves esplendores celestes, poblados de melodías divinas. Y a su inagotable variedad de temas y de emociones corresponde la riqueza de formas y tipos líricos, recorriendo con igual superior

maestría desde la oda a la barcarola, de la meditación religiosa o filosófica a la canción popular.

Tiene el insigne autor de *En el Niágara*, un modo tan profundo y tan vivo de decir las cosas, que parece como si su palabra se hundiese en ellas, abriendo su seno y desentrañando su más íntima esencia. La admirable intensidad y novedad de su expresión nacen, no de la palabra buscada, sino, *necesariamente*, de la fuerza del sentimiento mismo. Su idealismo no es quimérica fantasía: brota del concepto y del sentimiento profundo de las cosas. De todo ello resulta, como característica del poeta, una alta originalidad, sin rebuscamiento ni extravagante efectismo, que si alguna vez puede parecer caprichosa o exótica, es habitualmente la proyección natural de un grande y personalísimo ingenio. No es posible darse cuenta, sino leyéndole, de la profusión y novedad de sus imágenes y comparaciones, que directamente surgidas del sentimiento y la idea, a la vez sorprenden y conmueven.

La técnica de Pombo no se distingue por un cincelado minucioso e infatigable, a la manera parnasiana; pero es en alto grado diestra, espontánea y franca, sin que su admirable facilidad de versificar en las más variadas formas le lleve nunca a la flacidez o a la negligencia. Es lo que debe ser, como ánfora que no aspira a presumir por sí misma, sino a contener, transparentar y desbordar las más altas y fecundas corrientes del corazón y del espíritu.

“Cuando se escriba la historia del romanticismo — dice tan justa como hermosamente Gómez Restrepo en su ya citado prólogo — tal como este estudio debe hacerse, esto es, incluyendo en el cuadro a los insignes poetas y novelistas que siguieron ese movimiento en todos los países de

nuestra raza, Pombo tendrá ahí lugar preeminente, por la originalidad, fuerza y vigor con que cultivó ciertos géneros, como la elegía amorosa, la contemplación descriptiva y la meditación filosófica; sintió el amor y la naturaleza de un modo enérgico y personal, uniendo ardores tropicales con suaves efluvios de la primavera del Norte. Dió a sus versos una melodía penetrante, una vibración honda y patética, que convierte en himno religioso la explosión ardiente y viva de la pasión humana. Tuvo el sentimiento de lo infinito, que envuelve en majestad y misterio sus confidencias de amor. Supo ver en las cosas algo más de lo que su apariencia exterior revela: una significación honda y simbólica, indicadora de la íntima armonía que acerca y enlaza todos los seres de la creación. La música, arte de que fué apasionado toda su vida, ejerció poderoso influjo sobre su numen, no en la forma errática e incoherente del moderno decadentismo, sino convirtiendo en grandes sinfonías sus mejores poemas; con una adaptación perfecta del ritmo y el timbre de las estrofas al sentimiento que en ellas se expresa."

Otra interesante manifestación de su ingenio fué la renovación de la fábula, en su colección titulada *Fábulas y Verdades*, de que van algunos bellos números en esta *Antología*. Este género, tan decaído y olvidado, adquiere en sus manos trascendencia social, civil y moral, y un nuevo y más elevado valor poético.

Fué también Pombo un incomparable traductor en verso, así de poetas clásicos, especialmente de Horacio, como de algunos grandes líricos modernos de diversas lenguas. Superan a todo elogio la fidelidad bien entendida, el brio, arrogancia y desembarazo de sus versiones, verdaderas

conquistas para nuestra lengua de grandes inspiraciones extrañas. En nuestra América solo pueden hombrearse con él en tan difícil y meritorio arte, maestros tales como Bello y Miguel Antonio Caro.

Rafael Pombo nació en Bogotá el 7 de Noviembre de 1833. Por su padre, Lino de Pombo y O'Donnell, descendía de la noble familia irlandesa establecida en España, uno de cuyos miembros fué el célebre general de ese nombre, primer Duque de Tetuán. La primera época de su vida fué de penosa contradicción entre las grandes aspiraciones de su vocación poética y el ambiente estrecho y sin horizontes en que vivía, poco apto para estimularla y desarrollarla. Proclamada en Bogotá la dictadura militar, en 1851, Pombo tomó las armas en defensa del régimen constitucional, asistió a varios combates, lanzó rudas invectivas poéticas contra el usurpador, y entró por fin en la capital con el ejército victorioso. Su segunda época se abre felizmente con su viaje a los Estados Unidos, como Secretario de la legación de Colombia. Esta fué su edad de oro. En tan vasto escenario, rico por los esplendores de la naturaleza y la intensidad de la vida, ampliados y consolidados sus estudios, ligado por amistad a insignes artistas y a grandes escritores, como Longfellow y Bryant, el cubano Zenea y el español Tassara, su genio poético llegó a plena madurez y dió con derramada abundancia sus más espléndidos frutos. Su nombre, célebre ya, resuena admirado por toda América, y en España arranca alto tributo de admiración al genio crítico de Menéndez y Pelayo.¹ Vuelto a la patria, sintiendo profundamente el hastío y desencanto de la vida, pero conservando intacta su pureza y alteza moral, su amor a

¹ En *Horacio en España*.

todo lo noble y grande, y "siempre atrincherado en Dios," pasó entristecido y enfermo en cama sus últimos años. Heno de sus recuerdos y con el solo y melancólico goce de la felicidad ajena.

Este gran poeta, fué también un honesto y celoso ciudadano, un corazón noble, un espíritu moralmente superior, que dió, con la hermosura de su alma, nueva hermosura a su canto. Murió, conservando hasta el fin, aunque con intermitencias, la lucidez de su numen, a los setenta y nueve años de edad, el 5 de Mayo de 1912.

Nunca quiso hacer Pombo colección de sus versos. Después de su muerte se ha dado a luz una edición oficial bajo la dirección de Antonio Gómez Restrepo, en cuatro volúmenes: dos de poesías originales, uno de traducciones poéticas y uno de sus *Fábulas y Verdades*. La edición es de Bogotá, 1916-1917.

Copio ahora aquí una admirable poesía de Pombo, gemela de *Decíamos ayer...* que por involuntaria omisión no se incluyó en el lugar correspondiente:

¡ SIEMPRE !

Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo
Acumular los años sobre ti.

Mi corazón sacude el turbio velo,

Y siempre te hallo ¡oh dádiva del Cielo!

Fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió Él, y yo he guardado
Tu mejor luz en ánfora inmortal,

Porque a cosas de Dios morir no es dado,

Y eres tú claro espíritu encarnado

En diáfano cristal.

No hay flor cuyo matiz no degenera ~
Al pasajero sol que la esmaltó.
Tan sólo propia luz firmeza espere :
La perla de la mar se opaca y muere ;
La de los cielos no.

Nuestra querida estrella leve gasa
O negro temporal veló tal vez ;
Mas ¿ qué a ella el furor que el golfo arrasa ?
Parece cada nubarrón que pasa
Doblar su brillantez.

La copa del banquete postrimera
Deja el gusto encantado. En tu verjel
Mi hora sonó de juventud postrera ;
- Y el ángel me hallará, cuando yo muera,
Saboreando tu miel.

La tarde de la vida, árida y fosca,
Pide un hogar con su genial calor.
Si él falta, huraño el corazón se embosca,
Y la memoria en torno a sí se enrosca
Cual serpiente en sopor.

Así, vuelta la espalda a lo presente,
Que, sin el ser por quien vivir sentí,
Es noria vil, bullicio impertinente,
Torno a buscar mi sol, mi cara fuente,
Mi cielo, urna de ti.

Voy para atrás, pisada por pisada,
Recogiendo el rumor de nuestros pies,
Repasando un silencio, una mirada,
Un toque, un gesto... tanto que fué nada
Y que un diamante hoy es.

Oculto, como en mágica alcancía,
Guardé felicidad para los dos,
Y cuanto una vez fué lo es todavía,
Que el sol del alma no es el sol de un día,
Ni es del tiempo, — es de Dios.

Cierta, como la dicha antes de su hora,
Es esta: y tierna cual pasado bien
Que en escondida soledad se llora;
Sacra como deidad que la fe adora
Y ojos de éxtasis ven.

Hora, hora mismo, en alta noche obscura
Mi aurora boreal, surges aquí,
Hay resplandor, hay brisa de hermosura;
Alzo a ver — y hallo tu mirada pura
Vertiendo tu alma en mí.

Y ya no media esa impaciencia ingrata,
Ese exceso de luz que impide ver,
Y que al gustar el bien, nos lo arrebató.
La sal de la amargura hoy aquilata
El néctar del placer. —

¡ Ah! cuando osen a ti dardos y afrentas,
Cuando te odies tú misma en tu dolor,
Cuando apagada y lóbrega te sientas,
Abre mi corazón. Allí te ostentas
En todo tu esplendor.

¿ Dónde está él? — Donde tú estés. Bien sabes
Que fué, por fiel a ti, conmigo infiel.
Ábrelo, que en tu voz están sus llaves;

Pero, al mirarte en su cristal, no laves
Lo que escribiste en él.

1887.

Guardaba Pombo inédita una poesía titulada *El lago helado*, que sólo había leído a algunos amigos, los cuales la estimaban como una de las más ricas perlas de su collar, algo como *El lago* entre las de Lamartine. Por desgracia, no se la ha podido hallar hasta ahora entre los manuscritos del poeta. Sólo se han conservado, en una anotación de Pombo sobre los diversos metros por él usados, tres breves estrofas, que reproduce Gómez Restrepo en una nota de su prólogo. De carácter muy diáfano y nórdico, ellas hacen presumir una inspiración intensamente bella. Dicen así:

EL LAGO HELADO: estudio fantástico de invierno; helada;
noche de luna:

Era un lago como esos que hacen las nubes,
Con sus bordes de plata, con sus querubés;
Con su vaivén;

Lago de media noche, blanco y profundo;
Como entre cielo y tierra, como en el mundo,
Y fuera dél;

Era una canastilla de desposada,
Toda encajes y perlas, toda escarchada,
Como a cincel...

DIEGO FALLON

Forma este insigne poeta colombiano, desde ciertos puntos de vista, el más decidido contraste con Rafael Pombo. Su obra lírica es sumamente escasa, de pensamiento elevado, bien meditada en su plan, cuidadosamente cincelada en su forma, de sobriedad, limpidez y elegancia verdaderamente clásicas. Mucho se engañaría, sin embargo, quien pensara que se trata de un poeta poco inspirado y genial, o atado a formas convencionales. Es, al contrario, uno de los más originales y de más rica imaginación entre los poetas americanos; pero el arte no pudo ser para él una actividad continua, y tendía, además, invenciblemente, a la condensación de sus facultades en sobrias e intensas concepciones, concertándolas, con meditada elaboración artística, en una serena y majestuosa armonía. Parecen contradecir a esto las condiciones íntimas de su imaginación y de su carácter, de que nos habla Miguel Antonio Caro, "su conversación, ajena de método, fantástica, episódica y a veces laberíntica y oscura, llena de observaciones agudas, de chispazos de ingenio y sorprendente gracejo;" pero el mismo famoso crítico explica atinadamente el caso, observando que "el hombre tiene muchas fases, y el estilo es una o algunas de ellas. Cuando el estilo no se parece al hombre, es porque hay hombres que, en cierto sentido, no se parecen a sí mismos. Fallon en conversación no usa disfraces, y tampoco los usa en poesía; en una y otra saca afuera su naturaleza interior, y es siempre como Dios le hizo; pero

con esta diferencia, que en su conversación muestra el poder de su fantasía, y cuando escribe versos suele enfrenarla en sus raptos, no para ceñirse servilmente a reglas arbitrarias, sino para obedecer a sus instintos de artista, y seguir con libertad racional los dictados de su buen gusto. En un caso pone alas a la facultad imaginativa, cuidándose poco del equilibrio de las otras; en el otro caso ostenta en armonioso concierto sus facultades mentales."

A tal armonía se deben composiciones tan admirables como *A la palma del desierto* y *La luna*. En cambio, en la descripción humorístico-científica de *Las rocas de Suesca*, la más original y característica de la suyas, el poeta se muestra entero, en el doble aspecto de su espíritu, fantástico-humorístico y clásico-armónico. "En ella el hombre conversa como canta, y el poeta canta como conversa." En la primera parte predomina el primer aspecto, la pintura caricaturesca y caprichosamente humorística, de tono jocoserio; en la segunda, el poeta, como dominado por la seriedad y trascendencia científica de su asunto, traza con alto espíritu didáctico, aunque sin olvidar del todo su *humor*, la historia geológica de las rocas, por boca de la más anciana, *Siluria*. Y halla así un elemento épico en la descripción de las transformaciones primitivas y profundas de la naturaleza.

Las celestes montañas que cruzaban
De confín a confín el patrio suelo
Por cima de las nubes perfilaban
Sus vastas cumbres sobre el tul del cielo:

Cumbres que fueron trono soberano,
Regia mansión en fuerzas opulenta,

Donde empuñó con fulminante mano
Su flamígero cetro la tormenta;

Donde regaba arrebozada en nieblas
Sus jazmines el alba veladora,
Y separaba el sol de las tinieblas
Con jardines de luz la rubia aurora.

Esto es lo que, en un sentido especial, llama Caro *poesía científica*, lo mismo que a la descriptiva de Bello, "sin escrúpulo de profanación de las Musas, a diferencia de cierta prosa rimada y técnica, demasiado ligera para ser *ciencia* y demasiado prosaica para ser *poesía*." "La poesía de Fallon — observa también este crítico — es, en general, descriptivo-filosófica, y por esto y por el especial atildamiento de sus formas métricas, le consideramos alumno de D. Andrés Bello: algunas estrofas de *La Palma* confrontan sin desventaja con rasgos de la *Silva a la Zona Tórrida*."

En la poesía de Fallon, como en la de Pombo y en la de Arboleda, y por la misma razón de descendencia, hay una visible corriente inglesa, sana y fortificante, que les da novedad en nuestra lengua, sin exotismo y sin desmedro de las naturales y tradicionales formas castellanas, ni de su colorido americano. De la influencia francesa nunca sacaron nuestras letras un parecido beneficio.

El poema de *Las Rocas* quedó inconcluso. En una edición de las poesías de Fallon se lee, aparte, este breve y curioso fragmento, del más agudo humorismo:

"Crash'd be the rugged crags," dijo en idioma
Inglés el vivo rayo, y "animarum
Memento" resonó de loma en loma,
"Famulorúm famularúmque tuarum."

— “*Famulorúm, ¡estultas! famulórum*”

De Tilatá los montes corrigieron,

Y con rimbombo hondísono, “*stultorum*

Infinitus est numerus” gruñeron.

Diego Fallon casi no tiene biografía. Nació en Santa Ana (Tolima) el 10 de Marzo de 1834. Su padre era irlandés. Se educó en el seminario de Bogotá, dirigido por jesuitas. Su padre le envió luego a Inglaterra a estudiar ingeniería. Vuelto a Bogotá y sin bienes de fortuna, vivió dando lecciones de música y de idiomas. Fué hombre recto y sincero católico. Murió en 1905.

Hay una edición de las poesías de Fallon, unidas a las de Roa Bárcena (según ya dije, al hablar, en el tomo anterior, de este último poeta), publicada en Bogotá, 1882. Lleva un prólogo anónimo, de Miguel Antonio Caro, repetido, con las iniciales M. A. C., en una edición posterior de sólo los versos de Fallon, también de Bogotá, sin fecha, autorizada por el autor y aumentada con cuatro composiciones.

MIGUEL ANTONIO CARO

Hijo del ilustre poeta José Eusebio, Miguel Antonio Caro es una de las más altas figuras literarias hispano-americanas. Después de Bello, no ha habido en nuestra América un erudito, crítico y humanista que pueda serle equiparado. “Ha leído — escribía Miguel Cané, que le conoció en Bogotá — cuanto es posible leer en treinta años de vida intelectual. Su alta inteligencia ha entrado a fondo en la literatura

moderna, y pocos como él podrían hablar con tal autoridad de lo que en materia de ciencias y letras se ha hecho en el mundo en los últimos cien años." Sus talentos fueron sólidos y variadisimos, y le permitieron descollar como filósofo, político, orador, historiador, crítico, filólogo y poeta. Aquí sólo corresponde apuntar algo con respecto a este último carácter.

Predomina en Caro, como fondo, lo mismo que en su insigne padre, el espíritu filosófico y el sentimiento religioso, este último, no flotante ni vago, sino consolidado en dogma positivo, en su sincera y profunda fe católica. Fué así un decidido y categórico *tradicionalista*, y por su vigoroso sentimiento de raza, el más caracterizado representante del españolismo en América. No pudo nunca tener paz con las vulgaridades antiespañolas, tan difundidas en nuestro continente por la mala fe, la ignorancia y la ligereza. Tales ideas y sentimientos forjaron la austeridad de su carácter, y esa honestidad y rectitud intachables que llevó a todos los órdenes de sus múltiples actividades. Su límpida idealidad, su robustez moral, no son, por cierto, los menores atractivos de sus magistrales escritos.

Como poeta, se caracteriza, en su faz íntima, por la elevación filosófica del pensamiento, bañado, y como mecido, en la onda de un sentimiento delicado y puro, de una serena tristeza. Su contemplación ideal conserva siempre el sentido y la melancolía de la realidad. En cuanto a su forma, es francamente clásica, no a la manera oratoria, perifrástica y enfática de la escuela española de fines del siglo XVIII y principios del XIX, sino de un modo mucho más esbelto, más ceñido y más puro, con esa sencilla y natural sabiduría de estilo, propia de los grandes clásicos latinos, que tan

profundamente comprendía. Y así como la divina melodía de Garcilaso no nace de su habilidad técnica en la suavidad y combinación de los sonidos, sino de la música íntima de su alma, la forma en Caro, siempre sostenida y erecta, se desarrolla y combina sin moldes convencionales, según la euritmia de un sentido naturalmente armonioso. Añádase a todo ello el más completo y perfecto dominio de la lengua, adquirido en las fuentes más puras de la edad de oro, y una notable maestría de versificación, y se tendrá el conjunto de cualidades, naturales y adquiridas, que dan a Caro tan elevado puesto entre los artistas y los poetas de América.

Entre las poesías de Caro descuellan sin duda alguna *La vuelta a la patria* y *A la estatua del Libertador*. De la primera escribe justa y bellamente Valera: "Aquella dulce y mística melancolía, aquella vaguedad esfumada con que percibimos como verdadera patria la que está más allá de la muerte, y aquella pintura, tan natural y verdadera, de la patria terrenal, de la casa de nuestros padres, del valle tranquilo en que pasó nuestra niñez; y aquella mengua y abatimiento del corazón enfermo, que vuelve a su antigua soledad, que la desea y que ya no la halla, porque ya no existe sino en su mente como ideal divino: todo, en suma, en esta composición, en que hay más sentidos y más ideas que palabras, la hacen en mi opinión perfecto dechado de poesía de sentimiento en cualquier idioma. No se puede citar un solo verso sin citarlos todos. Nada huelga en la composición. Todo está primorosamente enlazado y forma el más armonioso conjunto."

La oda inspirada por la estatua de Bolívar alzada en Bogotá, de muy diverso carácter, es una obra maestra, conocida en todos los países de habla española. Como su

escultor, Teneranni, el poeta contempla al Libertador, no como héroe, triunfador y dominador (al cual sólo incidentalmente se refiere.), sino como hombre, herido por el dolor y abatido por el desencanto y la ingratitud:

Inclinando la espada
Tu brazo triunfador parece inerme;
Terciado el grave manto; la mirada
En el suelo clavada;
Mustia en tus labios la elocuencia duerme.

Todo en este canto es patético, conmovedor y lleno de sencilla majestad. El pensamiento, intensamente condensado en la más sobria y viril expresión, parece desbordar del verso y de la estrofa. Es poesía realmente escultural, como la obra de arte que la ha inspirado.

Otro gran talento poético de Caro es el de las traducciones en verso. Las tiene abundantísimas, clásicas y modernas, y siempre magistrales. Fué este un arte que estudió y practico con amor, dándonos atinadamente su teoría en el prólogo de su volumen *Traducciones en verso*. Su magnífica traducción completa de Virgilio, no obstante la formidable traba que le impuso la elección de la octava real para la *Encida*, es un triunfo de que pueden estar orgullosas las letras americanas. Escribió también numerosas poesías latinas.

Miguel Antonio Caro nació en Bogotá el 10 de Noviembre de 1843. Hizo sus estudios en el Colegio de Jesuitas. Tomó activa parte en el movimiento político, combatiendo en la oposición, contra el gobierno liberal y antirreligioso, desde 1863 a 1885, y sufriendo enconadas persecuciones. En 1871 fundó *El Tradicionalista* y lo redactó hasta 1874. El cambio

político de 1886 llevó su partido conservador al poder. Caro redactó la nueva constitución, que substituyó el régimen federal por el unitario y restableció las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En 1892 fué elegido Vice-presidente de la República. Encargado de la Presidencia por ausencia de su titular, Rafael Núñez, la ocupó en propiedad a la muerte del mismo, en 1894. Murió el 5 de Agosto de 1909.

Entre sus numerosas publicaciones, figuran: *Estudios sobre el utilitarismo, Refutación de las teorías de Bentham*, Bogotá 1869; *Tratado del participio*, 1870; *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*, Bogotá, 1881; *Americanismo en el lenguaje: Del verso endecasílabo, sus variedades, su origen*; *Gramática latina* (con Rufino J. Cuervo), 5ª. edición, 1895; *Estudio sobre el Quijote*; *Horas de amor*, Bogotá, 1871; *Traducciones poéticas*, Bogotá, 1889; *Bolívar y los Incas: Artículos y discursos*, Bogotá, 1888.

Desde 1918, se están publicando en Bogotá sus *Obras completas*. Serán ellas uno de los más gloriosos monumentos de las letras americanas.

RAFAEL NÚÑEZ

Fué un notable pensador y estadista, que figuró largamente en política, ocupó altos puestos públicos y desempeñó, en varios períodos, la presidencia de Colombia. Su actividad política no le impidió cultivar sólidamente su espíritu en materias filosóficas y literarias. Aunque no fué un *poeta*, en el alto e íntegro sentido del término, su espíritu generoso, la elevación de su pensamiento, la sinceridad y la

energía con que todo en él, hasta su sensibilidad misma, se interesaba en los más trascendentales problemas de la vida, le hicieron ocasionalmente digno de la visita de la Musa. Su mejor poesía es sin duda la que va en esta colección, *Que sais-je?* En medio de cierta aspereza de forma, que no halaga musicalmente ni ofrece relieves esculturales, es imposible leerla sin grande interés, sin admirar y sentir el fondo patético de esa duda universal, tan sincera, precisa y virilmente expresada. La realzan, no sólo el saber dominador del poeta, sino más aun el sentido y la experiencia personal de la vida que en ella trascienden. La misma relativa negligencia de la forma no sienta mal cuando se dicen cosas profundas, en las que se sumerge el espíritu, desengendriéndose naturalmente de los pliegues del traje y de la mayor o menor elegancia de la actitud. Es ella, acaso, el mejor ejemplar de poesía filosófica en América, donde el género escasea muchísimo.

Nació Rafael Núñez en Cartagena (Colombia), en 1825. Fué en la primera época de su carrera política, liberal *avanzado*; pero el estudio, la meditación sincera y la experiencia política le hicieron conservador, penetrado de la virtud de las ideas morales y religiosas para el gobierno honesto de los hombres. Murió en 1894.

Entre sus publicaciones deben mencionarse: *Ensayos de crítica social*, Ruán, 1874, 1876; *Versos*, Bogotá, 1885; *Poesías*, París, 1889, y Bogotá, 1914.

AGRIPINA MONTES DE VALLE

Nació esta poetisa en Salamina (Antioquia), a mediados del pasado siglo. Se educó en Bogotá, y vuelta al lugar de

su nacimiento, se casó, siendo aún muy joven, con D. Miguel del Valle, de quien tuvo numerosos hijos y enviudó en 1886. Ha vivido alternando sus atenciones y labores domésticas con la enseñanza en colegios y casas particulares. En 1887 se la nombró Directora de la Escuela Normal del Magdalena, en Santamarta.

El canto que le ha dado renombre ha sido el dedicado *Al Tequendama*, superior al de Ortiz al mismo asunto, que va también en esta colección. Sin llegar a la grandeza, ni poderse comparar a los de Heredia y Pombo inspirados por el Niágara, es sin duda bello y simpático, aunque de desarrollo, en mi sentir, incompleto. Contiene buenos rasgos de naturaleza, al modo descriptivo de Bello, y sobre todo, de emoción personal. Esta poesía supera en mucho a las demás de su autora, sentidas, pero sin relieve, publicadas en un volumen, en Bogotá, 1883.

MERCEDES ÁLVAREZ DE FLORES

De las poetisas colombianas que conozco, es esta para mí la primera, por la sincera intimidad del sentimiento, en dulce y perfecta armonía con su vida de hogar y su condición de esposa feliz y enamorada. Con versos tales no cabe hacer más que gustarlos y saborearlos deliciosamente; y en cuanto a sus antecedentes, nada mejor que reproducir aquí las entusiastas referencias de Valera en 1888, en una de sus *Cartas americanas*: "Dicen y afirman cuantos la conocen que es hermosísima mujer; pero a mí, aunque fuese fea, me sería simpática, por la limpia hermosura de

su alma y por su candidez generosa. Sus versos sí que son versos íntimos, sentidos y *vívidos*. La palabra *casera*, que aplicada a la poesía fué hasta hoy despreciativa, tiene, por causa de la poesía de Mercedes Flores, que adquirir un valor encomiástico.

Los versos caseros y la vida casera de Mercedes Flores se confunden y son un idilio de verdad. El mismo año que ella, el año de 1859, nació su novio Leonidas. Ella y él se amaron mucho. Como eran pobres ambos, los padres se oponían a la boda: pero ellos prescindieron de todo y se casaron.

Leonidas Flores es también poeta, y compuso entonces unos lindos y graciosos versos, que se titulan *Regalos de boda*, y que empiezan:

Nos hemos de casar, pese al demonio.
Ya han agotado todos sus consejos
Nuestros padres contra este matrimonio:
Así son las chocheres de los viejos.

Como toda la oposición se fundaba en la pobreza del novio, éste prueba que es riquísimo, haciendo brillante enumeración de los espléndidos regalos que trae a Mercedes. Nada falta allí: estrellas, perlas, diamantes, palacios y jardines, que brotan del tesoro inagotable de su fantasía. Y no contento con probar que él es rico, prueba el novio además que es riquísima ella:

Tú también eres rica y generosa;
Tu regalo es el colmo de mi anhelo;
Me entregas tu belleza, eres mi esposa:
Vale eso más que regalarme un cielo.

El matrimonio ha sido y es dichosísimo, a pesar de esta única riqueza, que no se cotiza en la Bolsa. Y una de sus dichas ha sido la de inspirar las sencillas y tiernas poesías de Mercedes, humilde Victoria Colonna americana.¹

TEÓDULO VARGAS

Este jesuita poeta sólo ha sido conocido como tal, en Colombia misma, en su edad madura, por lo cual Rafael Pombo le llamaba, “amanecido en pleno medio día.” *El crucifijo del jesuita*, única composición que conozco de él, es una pieza de sólido mérito, por la elevación de su pensamiento, su armónico desarrollo y algunos rasgos de sincera emoción: “oda clásica — dice el citado ilustre escritor — porque puede servir de modelo por su regularidad y aristocrática pureza.”

JOAQUÍN GONZÁLEZ CAMARGO

Nació en Somagoso, departamento de Boyacá, el 15 de Enero de 1865, y murió en Zipaquirá, el 9 de Diciembre de 1886. No alcanzó, pues, a cumplir veintidos años, no obstante lo cual dejó una poesía sumamente bella, titulada *El viaje de la luz*, de tipo becqueriano o heiniano. Creo, por lo demás, de todo punto inadmisibile la apreciación de Valera, quien dice preferir estos versos *a los mejores de Bécquer y de Heine*.¹ No se necesita tanto para hallarlos, con Menéndez y Pelayo, sencillamente deliciosos.

¹ *Cartas americanas*, pág. 183

JOSÉ RIVAS GROOT

Es éste uno de los más ilustres poetas y escritores colombianos contemporáneos. Valera, en una de sus *Cartas americanas*, dirigida precisamente a él, en 1888, hablando de algunas poesías suyas, y a vueltas de algunos ligeros y saladísimos reparos, le predice *brillantes triunfos* en lo futuro. Contaba a la sazón Rivas Groot sólo veinticuatro años, y los versos a que Valera se refería, no bien sazoados, obedecían más o menos libremente, ya a la influencia de Bécquer, ya a la de Víctor Hugo. Inspiraciones posteriores han hecho buena la profecía del gran escritor español. Me refiero especialmente a las tituladas *Constelaciones* y *La Naturaleza*, con las cuales he honrado esta *Antología*. Merecen ambas, a mi juicio, figurar entre las piezas líricas más hondas y de más vuelo, en su carácter patético-trascendental, del tesoro poético americano.

José Rivas Groot nació en Bogotá el 23 de Marzo de 1864. Completó sus estudios en Europa y ha tenido a su cargo varias cátedras en colegios particulares y en la Universidad Católica de Colombia. Ignoro si ha publicado sus versos en colección.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Admirable prosista y crítico, uno de los mayores de América, Gómez Restrepo es también poeta de profunda

delicadeza e intimidad lírica. De forma armoniosa y clásica, en el mejor sentido del término, su sentimiento, sincero y vivo, es de matiz moderno y se abre amplio cauce a través de la severa elegancia de la línea y los encantos del ritmo. Gran realce dan también a su poesía la constante elevación de pensamiento y la pureza de afectos. Plena justicia le hacía, pues, Valera, al encomiarla, en sus *Écos argentinos*, "como limpio y hermoso dechado de corrección y de elegancia en la forma, como perfecto modelo de castizo lenguaje poético y como sazonado fruto y gentil manifestación de una viva fantasía y de un sentimiento delicado y profundo."

Nació este ilustre escritor en Bogotá, el 13 de Enero de 1869. Ha sido secretario de la legación de Colombia en Madrid y actualmente ocupa elevadísimo puesto en el Ministerio de Relaciones Exteriores de su patria.

No conozco más colección de sus versos que el pequeño volumen, *Ecos perdidos*, París, 1893, con prólogo de Rufino J. Cuervo.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Representa este malogrado poeta la tendencia *modernista* en el parnaso colombiano contemporáneo, y fué sin duda, el más poderosamente dotado de cuantos en América y en España la siguieron. Pagó tributo a ciertas puerilidades y amaneramientos de la escuela, como en las inmotivadas y ridículas repeticiones de tartamudo de su *Nocturno* (cuyo mérito poético, por otra parte, no me parece tan relevante

como suponen críticos muy distinguidos : pero hay en él una sinceridad y virilidad de sentimiento, un calor de emoción, muy superiores a los de su familia literaria. Su pesimismo, su hondo tedio y desencanto de la vida, no son actitudes retóricas, sino amargor real y substancial de su espíritu, que le llevó, como a Larra, a poner violento fin a sus días, a los treinta y un años. No pudo, por ello, llegar al pleno desarrollo de su gran talento poético, que acaso él hubiera acabado por divorciar de toda extravagancia a la moda. Inducen a creerlo así su casticismo y tradicionalismo en forma, el vigor de su espíritu y la riqueza de contenido, que es el mejor artífice contra el ansia de retóricas novedades. Su composición *Al pie de la estatua*, está escrita en hermosos versos de corte clásico, sin excentricidades de pensamiento ni de expresión : y en otras más características suyas, como *El día de difuntos* y *Psicopatía*, nada hay que parezca rebuscamiento, ni pueril rebeldía, ni sutilezas de estilo : todo es grave, fuerte, patético. “Hubo aquí evolución - dice acertadamente Antonio Gómez Restrepo - no ruptura con la tradición. Silva es un poeta de pura estirpe castellana, por la calidad del lenguaje y del estilo, por su respeto a la métrica tradicional, por la diafanidad del pensamiento, por la armonía de las proporciones. Pero dice en versos perfectos cosas antes no oídas ; nos trasmite impresiones nuevas y sutiles ; pone en sus paisajes matices suaves y evanescentes, que ningún parentesco guardan con los colores tradicionales de la poesía española ; da a sus versos una música exquisita y penetrante ; produce, en suma, como todo grande artista, un *frisson nouveau*.”

Silva nació en Bogotá el 27 de Octubre de 1865. El mal rumbo de sus negocios y la muerte de su queridísima

hermana Elvira determinaron en su espíritu, poco en armonía con la vida, la resolución que le llevó a suicidarse, el 24 de Mayo de 1896.

Hay varias ediciones póstumas de sus *Poesías*. La mejor es la que lleva el subtítulo de *Edición definitiva*, hecha por la Sociedad de ediciones Louis-Michaud ; París-Buenos Aires, sin fecha.

NUMA POMPILIO LLONA

Fué el mejor poeta ecuatoriano de la última mitad del siglo pasado. Su corte es clásico, su entonación robusta, en la manera de Núñez de Arce, sus trazos enérgicos, su versificación llena, rotunda y sonora. Tiene descripciones vigorosas, pero carece de suficiente vida interior, del matiz delicado de sentimiento y de estilo ; por donde todo el estruendo y rumbo de sus versos peca de monótono y suele dejarnos fríos. Trata altos y trascendentales temas con noble espíritu filosófico y relacionándolos con sus personales estados de alma (*Odisea del alma*) ; pero hay en su desempeño más vigor, pompa y armonía de frase que fantasía poética y penetrante emoción.

Numa Pompilio Llona y Echeverry nació en Guayaquil (Ecuador) en 1832. A los dos años de edad pasó con sus padres a la ciudad de Cali, en Nueva Granada, donde su familia poseía antiguas propiedades. Antes de cumplir catorce años, en 1846, su familia fué a residir en Lima, donde se estableció definitivamente. Llona continuó sus estudios en el Colegio de San Carlos de dicha ciudad y se

graduó de abogado en 1852. Por este tiempo empezó a darse a conocer como poeta. A los veintitrés años fué nombrado catedrático de estética y literatura general de la Universidad de Lima. Fué, de 1860 a 1862, cónsul del Perú en España, y más tarde cónsul general en Italia. En 1880 el gobierno del Perú le confió el puesto de Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Letras y Monumentos Públicos y miembro del Consejo Superior de Instrucción. Fué miembro correspondiente de la Real Academia Española, desde 1871. En la última época de su vida publicó gran número de sonetos y otras poesías, ya de notoria decadencia. Ignoro el año de su muerte, en Guayaquil.

Publicó: *Cantos americanos*, París, 1865; *Nuevas poesías y escritos en prosa*, primera serie, 1870; *Noche de dolor en las montañas*, 1872. Hay una lujosa edición posterior de sus principales poemas, bajo los títulos de *Clamores del Occidente - Interrogaciones - Poemas filosóficos*; Lima, 1881.

PEDRO PAZ SOLDÁN Y UNANUE

No es rica ciertamente la cosecha poética del Perú del último tercio del siglo anterior. Su mejor parte pertenece a un celebrado poeta que, por ser aun joven y hallarse en pleno florecimiento, no podía entrar en el plan de esta colección, no obstante su mérito indiscutible. En cuanto al ya fallecido D. Luis Benjamín Cisneros, confieso mi franca disidencia con respecto al valor que algunos le han atribuido. Cierta gallardía de expresión que en él a veces se nota no basta a disimular su pobreza imaginativa ni las ingenuidades de su pensamiento.

Paz Soldán y Unanue (*Juan de Arona*) no es sin duda un poeta de vuelo; pero la poesía suya que inserto me parece simpática y bien sentida. Escribió también versos humorísticos, entre los cuales pueden citarse *Los días turbios*.¹ Sus desventuras, unidas a su espíritu satírico y zumbón, dieron a ciertas poesías suyas un dejo amargo y un carácter agresivo. Fué también filólogo y tradujo bien poesías latinas, especialmente las *Geórgicas*. Publicó, entre otras obras: *Ruinas, poesías*, París, 1863; *Cuadros y episodios peruanos y otras poesías*, Lima, 1867; *Las Geórgicas de Virgilio*, en verso, Lima 1867; *Más, menos, y ni más ni menos*, juguete cómico, 1871; *Sonetos y chispazos*, Lima, 1885; *Poesías peruanas*, 1887; *Poesía latina*, 1883; *Diccionario de peruanismos*, Lima, 1883.

¹ Empiezan así: Hay unos días desesperantes
En que me carga la humanidad...

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Es ante todo este escritor un prosista acerado y vibrante, un político ultra-liberal, fanáticamente demoledor en su patria. Entre los americanos, pocos le habrán igualado en furor de energúmeno contra todo lo español de España y de América. A este respecto, el odio es su musa: de él brotan chispas y resplandores de incendio. Sus feroces diatribas, en verso y prosa, contra los poetas españoles en masa, y en particular contra algunos gloriosos escritores modernos, como Castelar, Valera y Núñez de Arce, admiran por su vigor, dan pena por su miseria y risa por sus excesos.

Como poeta, González Prada carece de verdadera genialidad; pero halla a veces, reflexivamente, algunos granos de oro en la impetuosa corriente de su ingenio. Además, esas tendencias renovadoras de estilo y métrica, con respecto a los de molde tradicional, que remataron en el exotismo y la degeneración *modernista*, tuvieron en el famoso polemista peruano un verdadero e interesante precursor. Sin extravagancias ni rarezas, y aun conservando en ocasiones cierto sabor antiguo, como en el soneto que va en el texto, hay sin duda en su estilo algo de fresco y de nuevo, cierta transparencia, ligereza y flexibilidad de expresión que inician una retórica nueva. A ello se agrega la tendencia a rehabilitar tipos líricos anticuados y exóticos, como el *triolet*, el *rondel*, el *rispetto*, el *laude*, y algunas novedades métricas: la predilección por el enneasílabo, tan usado después por los corifeos *modernistas* (véase el *soneto* en enneasílabos agudos, *Vivir y morir*, y los intercalados en *Romance*), y aun la peregrina idea de escribir *versos en prosa*, como en *Mi muerte* y *Vida universal*. El autor, en tal caso, pretende valerse, como unidad rítmica, no de un pie o verso, sino de grupos de dos o de cuatro sílabas indefinidamente continuados, que él llama *ritmo binario* y *ritmo cuaternario*, respectivamente. Y es evidente que no hay objeto en dividir arbitrariamente, como versos, series tales, que lo mismo pueden ser cinco que quinientas. No es otro el procedimiento de Rubén Darío en la *Marcha triunfal* (ritmo ternario) y de José Asunción Silva en su *Nocturno* (ritmo cuaternario), cuyos *versos*, formados por diverso número de grupos silábicos, lo son sólo para la vista, pues carecen, como tales, de interna y rítmica unidad. Por eso Silva, burlándose de los que le atribuían la invención de un

The first of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.

- 1. The population of the country is increasing rapidly.
- 2. The population of the country is increasing rapidly.
- 3. The population of the country is increasing rapidly.
- 4. The population of the country is increasing rapidly.

The second of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.
The third of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.
The fourth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.

- 5. The population of the country is increasing rapidly.
- 6. The population of the country is increasing rapidly.

The fifth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.
The sixth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.

- 7. The population of the country is increasing rapidly.
- 8. The population of the country is increasing rapidly.

The seventh of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.
The eighth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.

The ninth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.
The tenth of these is the fact that the
population of the country is increasing rapidly.

SANTIAGO VACA GUZMÁN

No conozco más versos de este escritor y político boliviano¹ que los que van en el texto, ciertamente simpáticos y agradables. Fué ministro de su patria en nuestro país, donde tuvo sinceros amigos entre los cultivadores de la letras. Ignoro el año de su muerte. Publicó *Ayes del corazón*, Sucre, 1867; *Poesías*, id., id.

GUILLERMO BLEST GANA

Se caracteriza este excelente escritor chileno por ese romanticismo atenuado propio de algunos poetas, que habiendo nacido en la primera mitad del siglo anterior, florecieron en las primeras décadas de la segunda. Su nota dominante es el sentimiento suave, delicado, sereno, impregnado de resignada tristeza y en consonancia con los dolorosos casos de la vida. Hallándome en Chile, en 1906, obtuve copia del soneto, entonces inédito, *A la muerte*, tan lleno de grave y austera solemnidad y dulce esperanza, que incluyo en esta colección. Ignoro si se ha publicado después de esa fecha. Ha escrito, además de sus poesías líricas, algunas leyendas, dramas y novelas.

Guillermo Blest Gana nació en Santiago el 28 de Abril de 1829. Empezó a darse a conocer en las letras desde muy

¹ Cejador lo cita equivocadamente como argentino (*Historia de la lengua y literatura castellana*, tomo VIII, pág. 419).

joven, en *La Revista de Santiago*. Tomó parte activa en política y fué desterrado en los últimos años del gobierno de Montt. Viajó entonces por América y Europa, y de regreso en Chile, en 1863, se le nombró jefe de sección del Ministerio de Hacienda. Desempeñó más tarde diversos puestos diplomáticos, y fué acreditado como Ministro Plenipotenciario en las Repúblicas del Plata. Murió en Santiago, en 1904, a los 75 años. Su espíritu idealista, la elevación y nobleza de su carácter, resplandecen tanto en su vida como en sus obras.

Entre las colecciones poéticas de su juventud se cuentan las tituladas *Poesías* y *Armonías*. El gobierno de Chile ha costeado últimamente una edición completa de sus obras poéticas, en tres volúmenes, incluyendo un drama y una zarzuela.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

El insigne autor del *Tabaré* es, por consenso universal, el primer poeta uruguayo y uno de los mayores de América. Su índole es íntimamente romántica, en el sentido y matiz becqueriano. Hay en él un lirismo intenso y cantante que enciende su pensamiento, envolviéndole todo como en una atmósfera luminosa. Su frase poética, nacida del alma sin especial esmero técnico ni tendencia al adorno, tiene irradiaciones que penetran inmediatamente como espadas de luz en el seno mismo de las cosas que pinta y de los afectos que expresa. Sin dejar de observar con verdad los aspectos de la naturaleza o los movimientos de la acción, funde

felicísimamente sus datos en la idealidad soñadora de su espíritu y los traspone en una onda melódica a la suprema esfera de la poesía, que es también la de la verdad más profunda. Es la característica del verdadero lirismo. Zorrilla de San Martín es de los pocos geniales poetas para quienes la palabra *inspiración*, menospreciada u olvidada como arcaica por los *estetas* de oficio (en los cuales realmente huelga), no envejece ni envejecerá nunca.

Sus creaciones, no contando sus poesías juveniles o de ocasión, se reducen a dos: *La leyenda patria* y *Tabaré*; ellas bastan para su gloria.

La primera es un noble y elocuentísimo canto patriótico y civil. Hay en el poeta uruguayo tal unción y reverencia en el sentimiento de patria, que el tema colectivo se impregna todo de su sentir personal y adquiere un grado de subjetivismo extraordinario en tal género de poesía. No quiere decir esto que a veces no se desvie hacia el giro oratorio, natural peligro de estos asuntos; pero el verdadero encendimiento poético recobra pronto y conserva generalmente su primacía.

Tabaré es su obra maestra y una de las más ricas joyas de la poesía americana. Todas las tentativas anteriores, en el poema y en la novela, para introducir artísticamente el elemento indígena, no pasaron de tales, y apenas han servido para indicar el camino y preparar el triunfo del ilustre poeta uruguayo. Tanto ellas como *Tabaré* tienen a ese respecto como antecedente venerable y magnífico *La Araucana*. Como en ésta, Zorrilla no nos presenta a la raza india sola, en episodios y costumbres anteriores a la conquista, o independientes de ella, de escaso interés para nosotros; sino en su contacto y épica lucha con los conquistadores, dueños al fin de las maravillosas regiones en que sus primitivos

poseedores fueron aniquilados. Todo elogio es poco para la manera hábil, elevada y grande con que esa lucha se despliega en el poema. Al revés de tantos descastados americanos, que emplean la misma lengua y superioridad de su raza para denostarla sin duelo, el poeta uruguayo siente el orgullo, la grandeza y la acción providencial de la suya en América, al par que se deja penetrar noble y hondamente por el dolor de la raza vencida. Suena así a la vez un canto y un lamento en el poema, y la voz del bronce épico se apaga en los sollozos de la elegía. Hay en *Tabaré* una íntima y armónica fusión de elementos épicos y líricos, legendarios, novelescos, dramáticos y elegíacos. Los indios están pintados con toda verdad en su fiero aspecto, en sus acciones y supersticiones bárbaras, y psicológicamente interpretados por el poeta, sobre todo el protagonista, no por explicación analítica y prosaica, sino por poética intuición y sintética compenetración de esas cerradas y oscuras naturalezas primitivas. En cuanto a los españoles, en la colonia al mando de Don Gonzalo de Orgáz, están dignamente representadas la heroicidad, la hidalgía y la religiosidad de la raza, unidas a la dureza y arrebató propios de temerarios conquistadores.

España va, la cruz de su bandera,
 Su incomparable hidalgo;
 La noble raza madre, en cuyo pecho,
 Si un mundo se estrelló, se hizo pedazos.

 Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo
 Con paso temerario
 Luchar con lo fatal desconocido,
 Despertar el abismo y provocarlo;

Llegarse a herir el lomo del desierto
Dormido en el regazo
De la infinita soledad su madre,
Y en él clavar el pabellón cristiano;

Y resistir la convulsión suprema
Del monstruo aquel al revolverse airado,
Sin que el pavor le acongojara el alma,
Ni el resistir le desarmara el brazo.

El elemento fantástico y sobrenatural, que añade grandeza y da misterio al poema, está tomado con todo acierto, no de antiguas y frías máquinas, sino de las entrañas mismas del asunto y del ambiente en que la acción y los personajes se mueven, de sus naturales supersticiones. Transcribiré, en prueba de ello, al fin de esta nota, dos admirables trozos de ese carácter, que servirán de complemento a los que van en el texto.

La narración tiene en *Tabaré* un carácter particular, muy de acuerdo con su naturaleza épico-lírica. La vida y frescura del poema residen en que, en este como en todos los procedimientos del mismo, el poeta no procede nunca artificiosamente y en frío, ni por imitación de nadie, sino con natural obediencia a la ley interna y propia de su asunto y a la indole de su inspiración. "Lo nuevo en Zorrilla de San Martín" dice Valera en el cumplido análisis y elogio del poema contenido en una de sus interesantísimas *Cartas americanas* — es que, con ser su *Tabaré* una narración, en parte de ella, en la primera sobre todo, narra y casi no narra. Parece el poema bella serie de poesías líricas, en las cuales la acción se va desenvolviendo. Cuando los personajes hablan, queda en duda si son ellos los que hablan, o si habla el

poeta, en cuyo espíritu se reflejan con nitidez los sentimientos y las ideas que tienen los personajes de modo confuso." Y añade luego bellamente, refiriéndose a los sentimientos que vagamente inspira Blanca a Tabaré: "Es la más alambicada metafísica de amor puesta en cifra, y por instinto, en el estilo de los salvajes, y puesta con tal claridad, que la comprende el hombre civilizado capaz de comprenderla. No parece sino que el poeta guardaba en ánfora sellada el antiguo elixir amoroso con que se embriagaba Petrarca, y que, depurado por los siglos, le derrama en las selvas primitivas y entre las breñas y malezas, embalsamando el aire del recién descubierto país uruguayo."

Juan Zorrilla de San Martín nació en Montevideo el 28 de Diciembre de 1855. - Hizo sus primeros estudios con los jesuitas, cursó el bachillerato en el Colegio de Santa Fe, en nuestra República, y pasó a Chile, donde se graduó de doctor en jurisprudencia. Allí se despertó su gran vocación poética, leyendo a Shakespeare y a Bécquer, que dejaron huella en su espíritu, y escribió sus primeros versos. Vuelto al Uruguay en 1878, fué nombrado juez y fundó el diario católico *El Bien Público*. En el certamen de la Florida, en 1879, con ocasión de inaugurarse el monumento a la Independencia, leyó con el grande arte que le es peculiar, su *Leyenda Patria*, declarada fuera de concurso. Fué esta su revelación como poeta de raza, en medio del mayor entusiasmo. Esa fecha señala también, por su influjo, el principio de una renovación poética en su patria, después de un período de lamentable esterilidad. Obtuvo por concurso en la Universidad la cátedra de literatura, tomó parte en política, y perseguido durante el gobierno de Santos, vino desterrado a Buenos-Aires. Al regresar a Montevideo en

1887, fué elegido diputado, y luego se le nombró ministro plenipotenciario en España y Portugal, y más tarde en Francia, cargos que desempeñó hasta 1898. Ocupó a su vuelta a la patria diversos puestos administrativos y docentes y dirigió de nuevo *El Bien Público*. Vive actualmente en Montevideo, rodeado de la admiración, cariño y respeto merecidos por tan alta y pura gloria americana.

Publicó sus poesías juveniles en Santiago de Chile, 1877, bajo el título de *Notas de un himno*. Se han hecho muchas ediciones de la *Leyenda Patria* y del *Tabaré*. La primera del gran poema es de París, 1888. La última, con las últimas correcciones del autor, de Montevideo, 1918. Comprende también la *Leyenda*. El *Tabaré* ha sido traducido al alemán, al inglés, al francés y al italiano, y puesto en música, como ópera, por Tomás Bretón.

Zorrilla de San Martín es también orador insigne y excelente prosista. Tiene un tomo de *Conferencias y discursos*, Montevideo, 1900. En *Resonancias del camino*, París, 1895, reunió sus impresiones de viaje a través de varios países europeos. *La Epopeya de Artigas*, en prosa (dos volúmenes), es de Montevideo, 1900, lo mismo que *Huerto cerrado*. Tiene anunciado *El libro de Ruth*, que será, según su expresión, la condensación de su espíritu, "su vendimia al través de la vida."

He aquí ahora los dos fragmentos a que aludí más arriba:

Genios de las riberas,
Invisibles espíritus del bosque,
Que convertís en moscas o en reptiles
A los indios que vagan por la noche :...

Virgenes transparentes

Que os colgáis en las ramas de los molles,
Y os columpiáis, con vuestros pies trazando
Rayas de luz sobre la linfa inmóvil;

Y en esas lacias hebras
Con que acaricia el sauce al camalote
Subís y descendéis, llevando al río
Rayos de luna en haces brilladores;

O, hundidas en el lecho de espadañas,
Os reclináis en los desiertos bordes
A escuchar el secreto de las olas
Que con las alas embozáis los montes;

Pobladores del aire,
Leves y multiformes,
Hijos de los crepúsculos azules
Que, al infiltrarse, el corazón corroen;

Que taladráis el diente
De la víbora, en donde
Derramáis los licores ponzoñosos
Que, al infiltrarse, el corazón corroen;

Que en los ojos del tigre
Encendéis vuestra antorcha, y las visiones
Preparáis a su luz disparatadas,
Y las vaciáis en sus extraños moldes;

Que en la blanca osamenta
Hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,
Esos que sobre el haz de los pantanos
Ebrios, inquietos e impalpables corren,

Suben, bajan, se arrastran, se persiguen,
Se agitan y se rompen,
Y se apagan los unos a los otros
Sin que el aire los mueva ni los sople

Almas de los murmullos,
Espíritus errantes de las flores,
Que, al murmurar, hacéis más perceptible
El solemne silencio de los orbes ;

Invisibles remeros
Que empujáis blandamente al camalote
En que navega incorporado el tigre
Que dormido en la orilla descuidóse ;

Engendros de los ríos,
Que recortáis la escama y los arpones
Del dorado, debajo de las islas
Que en vuestros hombros sostenéis a flote,

Meciéndolas en ellos
Sin que el río en que nadan se desborde,
Ni el movimiento imperceptible y blando
Las húmedas barrancas desmorone ;

Seres que, como llamas apagadas,
Sois de un pasado informe
La vida actual y eterna, cuyo velo
La fuerza del espíritu descorre ;

Testigos que no mueren,
Que acompañasteis a las tribus nómades,
Las visteis desprenderse de su tronco
Y viajar, sumergiéndose en la noche :...

¡Dad un vuelco a ese río!
Salid desde su légamo a sus bordes
Con secretos del agua y de la arena,
De los huesos de piedra, que se esconden

En el profundo limo
En que tienen las algas sus amores,
Se arrastra el yacaré, duerme la raya;
Y la tortuga sus nidadas pone.

Infundid en ese indio
Que ahora penetra en el callado bosque,
Los latidos postreros de una raza
Que a vuestro acento viven y responden;

Latidos de esperanzas imposibles,
Rudo y último acorde
De las harpas malditas, que sonaron
Pulsadas por la muerte y los dolores.

ES TABARÉ. Penetra nuevamente
A su nativo bosque,
Cuyos añosos árboles lo miran
Y a su paso los troncos interponen.

Y le tienden los brazos descarnados
Con raras contorsiones,
Como fantasmas que en inmóvil danza
Cruzan y se retuercen por el monte,
Y en torno de él se agrupan a mirarlo,
Y no bien lo conocen,
Después de herirlo con los brazos negros,
Se dispersan en todas direcciones.

Y los duros lagartos, al sentirlo,
Hacia sus cuevas corren,
Y asoman las cabezas puntiagudas,
Y el largo cuerpo sin calor encogen ;

Y las ramas se callan un instante
Mientras pasa, y sus voces,
Como largos quejidos, a su espaldá,
Cuando ha pasado, nuevamente se oyen.

Y los nocturnos pájaros lo siguen
En negras procesiones :
El chajá dando saltos por el suelo,
Chirriando esos murciélagos enormes

Que, como manchas de la misma sombra,
La obscuridad recorren
Persiguiendo los átomos, o huyendo,
Atolondrados, de invisible azote.

Detrás de cada tronco acurrucada
Parece que se esconde
Alguna cosa que, al pasar el indio,
Sigue tras él con movimiento torpe.

El siente a sus espaldas ese mundo
Que su alma sobrecoge ;
Mas no se vuelve, y apresura el paso,
Y sigue, y sigue sin saber adónde.

¿ Anduvo mucho ? El indio no lo sabe.
Era la media noche
Quizá, cuando rendido por la fiebre
Detúvose entre rudas convulsiones ;

Pues la luna en lo alto de los cielos
Los transparentes bordes
De las nubes plomizas encendía
Franjeándolas de tenues resplandores.

De las que ante su disco se atraviesan
Parecen los jirones
Las siluetas de negros cocodrilos
Que la infinita soledad recorren.

Palidecen lejanas las estrellas
Que desde lo alto vuelan hacia el Norte;
La Cruz del Sur se inclina esplendorosa
Con los brazos tocando el horizonte.

TABARÉ escucha. En el profundo hueco
De sus ojos inmóviles
Introduce los dedos el delirio,
Que atruena su cabeza con sus voces.

Y ora fugaces, ora persistentes,
Comenzaron entonces
A hablar y cobrar vida los espacios,
La tierra, el aire, el corazón del bosque.

.....

(FUNERALES DEL CACIQUE)

Las nubes de humo denso iluminado
Que en el aire se elevan
Sobre la masa negra de los árboles,
Marcan el sitio en que las tribus velan.

Desde lejos se ven de los charrúas
Las oscuras siluetas,

Que cruzando y saltando entre los troncos
Sobre el rojizo fondo se proyectan.

¡Extraño funeral! Los indios, ebrios,
Avivan diez hogueras
Encendidas en torno de un cadáver
Tendido sobre un lecho de maleza.

Es un viejo cacique. El sueño frío
Se ha entrado por sus venas;
Nadie pudo arrancarlo con la boca
De la piel del anciano; quedó en ella.

Dejándole el color amarillento
Que entristece a las ceibas
Cuando el viento se enfía, y de las ramas
Las hojas bajan a morir en tierra.

Los médicos el vientre del cacique
Han chupado con fuerza
Para arrancarle el dardo y el gusano
Que le causaban mal. Inútil brega.

Vedlo tendido, inmóvil, taciturno,
Tan largo como era;
Los indios gritan, en su torno corren,
Y las abiertas bocas se golpean.

El arco de *urunday* tiene el cadáver
Entre las manos yertas;
Han colocado en orden a su lado
Su lanza, y sus macanas, y sus flechas,

Y pieles de venados, y vasijas
En que el zumo fermenta

De *guaviyús* silvestres y algarrobas
Y de la miel que forman las abejas.

Las tribus cuidan de que tenga el muerto
Las pupilas abiertas;
Bien atadas le han puesto en la cintura
Las silbadoras bolas de pelea;

Y por que espante entre los negros toldos
A *Añang* y a *Macachera*,
Con jugo de *urucú* le han embijado
Todo el cuerpo, y la cara que amedrenta.

Tiene azules los pómulos salientes;
Amarillas y negras
Son las rayas que cruzan sus mejillas,
Y su pecho, y sus brazos, y sus piernas.

El deformado rostro del cadáver
Hace una horrible mueca
Que infundirá terror cuando el cacique
De los genios del aire se defienda.

¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú! Por todos lados
Los indios atraviesan;
Aúllan, corren, saltan jadeantes
Dando al aire las rígidas melenas;

Hacen silbar las bolas, agitadas
En torno a las cabezas
Chocan las lanzas, los cerrados puños
Con feroz ademán al aire elevan,

Y forman un acorde indescriptible
Que en los aires revienta:

Ebullición de gritos y clamores,
Golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya a lo lejos
Bañándolos a medias,
Según que a las hogueras se aproximan
O de ellas con el vértigo se alejan,

La lumbre hace brotar, como arrancados
Del medio en que voltean,
Cuerpos desnudos, rostros que aparecen
Y se hunden nuevamente en las tinieblas.

¿No son mujeres esas, las que ahora
Alumbran las hogueras,
Esas que danzan en redor del muerto
Y sus pequeños en los brazos llevan?

Sí; son madres de indios. Sus cabellos
En obscuras guedejas
Flotan sobre las mórbidas espaldas
Ceñidos en la frente; mas no velan

Los cuerpos palpitantes y desnudos
En que los fuegos tiemblan
Dando relieve a los redondos senos
Que sudorosos de cansancio ondean.

Tienen sus movimientos convulsivos
Cierta ruda cadencia,
Y sus formas desnudas a las formas
De la hembra del venado se asemejan.

Sus ojos negros brillan empapados
En la luz, y chispean;

Se cimbran sus elásticas cinturas
En plumas grises de avestruz envueltas;

Los collares de piedras de colores
En sus gargantas suenan,
Y los cintillos de brillantes plumas
Lucen en sus tobillos y muñecas.

El que ajustado llevan en la frente,
Al erguirse sobre ésta,
Da a la figura la esbeltez del pájaro
Que su penacho en el sauzal ostenta

Las indias van cantando; sus cantares
Son una extraña mezcla
De alaridos y gritos quejumbrosos
Que en un ritmo monótono se estrechan.

Las ruidosas bandadas de gaviotas
Que sobre el agua vuelan
Gritan como esas indias, y en el aire
Como ellas se revuelven y atropellan.

La turba de los indios las empuja,
Y las mujeres ruedan
Heridas, dando gritos, que al vagido
Se unen de sus hijos. No se arredran:

De nuevo se levantan, y prosiguen
En su danza frenética,
Y en los cantares bárbaros que entonan
En torno del cadáver dando vueltas.

En redor de aquel fuego y en cuclillas
Ved a esas indias viejas;

Casi con las rodillas sobre el pecho
Revuelven sus vasijas y bostezan.

Sobre sus rostros penden los cabellos
Que el tiempo no blanquea,
Como retoños lacios y marchitos
Que aun de sus troncos vacilantes cuelgan.

No se adornan los cuerpos angulosos ;
Sus mandíbulas secas
Mastican algo que al brevaje arrojan
Que en las silvestres cáscaras fermenta ;

Gritan de vez en cuando y se levantan,
Y de nuevo se sientan.
Hay en sus voces algo de chirrido
Que acaso al grito del chajá se acerca.

¿ Y esos indios de bruces en la sombra ?
¿ Por qué dan estas quejas ?
¿ No es sangre lo que brota de sus manos,
Que destrozadas muestran ?

Se han cortado los dedos. Son parientes
Del cacique que velan ;
Se han cortado los dedos con el filo
De sus hachas de piedra.

Así de que lloraron al anciano
Dan elocuente prueba.
¿ Quién pondrá en duda su dolor, que a voces
En coro manifiestan ?

Nadie que a media noche aquellos gritos
Y clamores oyera,

Evitaría que el terror helase
Con un frío de muerte hasta sus venas.

Los llantos de los niños y mujeres
En el aire se mezclan
Con los gritos, palabras y alaridos
De los indios, que airados vociferan,

Y con el choque de armas y el silbido
De las bolas de piedra,
Y los golpes de cuerpos desplomados
Que, heridos, en el suelo se revuelcan.

¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?
¿Qué ven en las tinieblas?
¿A quiénes amenazan en el aire
Y dirigen sus bárbaras arengas?

¡Quién no lo sabe! Espantan a las sombras
Que en bandadas se acercan
Al indio muerto, a cerrarle los ojos
Y apagarle los fuegos. Ved: son esas,

Esas, que con las alas de carancho
Entre las ramas vuelan;
Curupirá las sopla y las revuelve,
El negro *Ananguazú* viene con ellas.

Son los hijos del aire y de la noche
Que andan en las tormentas
Encendiendo sus fuegos en las nubes,
Los grandes ruidos derramando en éstas;

Son los perros que roen a las lunas
Y apagan las estrellas,

Y lanzan los ladridos prolongados
Que suelen escucharse en las cavernas;

Los que afilan los dientes de las viboras
Dormidas en sus cuevas,
Y en la hierba que pisan los charrúas
Las arañas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas, que al cadáver
Del cacique se acercan
Para cerrar sus párpados, quedando
Bajo de ellos ocultas; allí esperan

Que se apague del indio la mirada
Y hacia adentro se vuelva.
Entonces lo persiguen y lo acosan
En la noche sin lunas que comienza.

Y allí, escondidos en sus toldos negros,
Le disparan sus flechas,
Fingen rostros horribles en lo obscuro,
Y soplan como el viento en sus orejas.
.....

Las sombras de la noche
Vienen volando en caravana aérea,
Y luchan con las llamas, las sacuden,
Y en torno del hogar revolotean.

Las llamas las rechazan
Y las detienen en aureola negra,
En cuyo seno los añosos árboles
Cobran formas variables y quiméricas.

Los ojos del cadáver,
Horriblemente abiertos, parpadan;
Parece que van a cerrarse se estremecen
Al avivarse el fuego que lo cerca;

O que el rígido cuerpo
Nada en el aire, flota en las tinieblas,
Y se hunde, y resquebraza, y se transforma,
Cuando la inquietud llamando le acompaña.

Formando un fondo negro
Lleno de líneas vagas y revueltas;
Un medio en que se esfuman y se mueven
Formas abigarradas e incompletas.

El viento se ha callado entre los aires;
Los salvajes jadean;
Se apoyan en sus lanzas o en los troncos,
O se dejan caer sobre la hierba.

La grito se enrarece; por el aire
Las voces se dispersan.
Suenan acá los llantos de mujeres;
Allá los magullados aun se quejan.

Los fuegos, no avivados, languidecen;
Sus oscilantes lenguas
Se mueven, como el indio que borracho
Lleva de un hombro al otro la cabeza.

Corre entre aquellas voces un silencio
Semejante al que reina
Sobre la onda del río, cuando acaba
De pasar por el aire la tormenta....

JULIO HERRERA Y REISSIG

Aunque sólo alcanzó a vivir treinta y seis años, ha dejado este poeta la obra más original, compleja y extravagante que haya aparecido en América. Su poesía da ante todo la impresión de lo nuevo, de un modo original de ver, sentir y expresar las cosas. Pero hay que añadir en seguida que eso nuevo no es siempre bueno, y aun es muchas veces malísimo. Mas en sus aciertos, como en sus delirios, es siempre él, único. Poseyó altísimas facultades artísticas de sentimiento y de fantasía, de observación y de ensueño; pero la carencia de estabilidad y equilibrio mental, cierta morbosa delectación en todo lo desusado y extraño, nada más que por serlo, y la persecución rabiosa y sin tregua de la más radical originalidad de expresión, especialmente en los adjetivos y verbos, manchan con frecuencia con vetas de descomposición el rico metal de sus concepciones. Desde las cumbres de sus visiones e iluminaciones, intensamente poéticas, declina fácilmente hacia la demencia en el pensar y la extravagancia en el decir. Su mayor pecado es su lucha por la originalidad, deliberadamente forzada y exaltada con perenne tensión de espíritu. A este respecto, ni se da el poeta descanso, ni se lo permite al lector. Por donde resulta muy difícil su continuada lectura. Logra así, sin duda, una curiosísima novedad de expresión, pero generalmente de carácter más retórico que poético. Debe reconocerse, sin embargo, que en este mismo artificio suyo, hay no sé qué frescura, nacida del incontenible impulso de su espíritu, que

le lanza en su busca por cumbres y precipicios, de donde, cuando no se despeña, le vemos reaparecer trayendo la más deliciosa flor de poesía en los labios.

Pertenece Herrera y Reissig, por la índole general de sus tendencias novísimas, a la falange modernista de América; pero, por único caso ¡y a Dios gracias! sin ningún género de derivación ni imitación francesa, sin lacayuna librea gala, como gran señor en casa propia. Poseyó una cultura clásica, con griego y todo, superior a lo que por estos mundos se estila; y en vez del parisiensismo enervado y afeminado, de estetismos hueros, paganismos de pega y *dilettantismos* exóticos, nos muestra un alma dolorida y viril, complicada y perturbada por sus propias torturas, capaz de observar y penetrar intimamente el alma de los hombres y de las cosas, llevándoles a un tiempo su delicadeza, su ligera ironía y su piedad elevada, sintiéndose y diciéndose él mismo en ellas, y mezclando los detalles más característicos y realistas a la idea o sentimiento trascendental. Por todo lo cual resulta, con todas sus extravagancias y caídas, y la uniformidad de su manera, infinitamente superior a los demás ingeniosos y *virtuosos* miembros de su familia poética americana.

Estas apreciaciones mías se refieren especialmente a la parte más sana y hermosa de la obra poética de Herrera y Reissig, esto es, a la serie de sonetos alejandrinos agrupados bajo el título común de *Los éxtasis de la montaña*, primera serie. La de sonetos endecasílabos de *Los parques abandonados*, de carácter más exclusivamente personal, son sin duda mucho más débiles, con tal cual excepción, como el bellissimo *Juramento*, que va incluído en esta *Antología*. Lo demás de su abundante producción ofrece todavía menor interés y es de fatigosa lectura, hasta llegar a las tinieblas

mentales de *La torre de las esfinges*, bien caracterizada por el poeta mismo con el subtítulo de *Legenda LUNÁTICA*. Véase una muestra de esta estrafalaria des-composición en cuarenta y tres décimas, enorme ronda loca de palabras sin sentido:

Todo es póstumo y abstracto
Y se intiman de monólogos
Los espíritus ideólogos
Del Incognoscible Abstracto...
Arde el bosque estupefacto
En un éxtasis de luto,
Y se electriza el hirsuto
Laberinto del proscenio
Con el fósforo del genio
Lóbrego de lo Absoluto.

Todo suscita el cansancio
De algún país psico-físico
En el polo metafísico
De silencio y de cansancio...
Un vaho de tiempo rancio
Historia la unción plenaria,
Y cunde ante la arbitraria
Lógica de la extensión
La materialización
Del ánima planetaria.

Julio Herrera y Reissig nació en Montevideo en 1873. Vivió una vida amarga y obscura, desdeñosamente inadaptable a las condiciones sociales. Conocido y estimado de pocos como poeta, pasó fugazmente por la existencia sin halagos y sin aplausos, oyendo el ruido de medianías triunfantes. *Habent sua fata... poetae!* Escribió sus últimos versos (*La*

torre de las esfinges) y pasó sus últimos días en un hospital, en brazos de la locura.

En 1913 se hizo en Montevideo una edición de sus *Obras completas*, en cinco volúmenes, cuyos títulos principales son: *Los peregrinos de piedra* — *El teatro de los humildes* — *Las lunas de oro* — *Las pascuas del tiempo* — *La vida y otros poemas*. Al final de este último figura un trozo, en prosa, sobre doctrinas artísticas y literarias, titulado, no sé por qué, *El círculo de la muerte*. Esta edición no trae advertencia alguna ni la biografía del poeta. Falta aun un buen estudio de su vida, su carácter y sus versos. Mucho habrá que desechar en ellos; pero las vetas de oro que los surcan iluminándolos, bastan para dar firme testimonio de una original, intensa y poderosa naturaleza poética, impregnada de humanidad.

Y para terminar con buen sabor esta nota, transcribo en seguida algunos espléndidos sonetos alejandrinos de *Los éxtasis de la montaña*, que no se incluyeron en el texto:

EL CURA

Es el Cura... Lo han visto las crestas silenciarías
Luchando de rodillas con todos los reveses,
Salvar en pleno invierno los riesgos montañoses
O trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
Saltan como sortijas gracias involuntarias;
Y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias.
Hasta el umbral del cielo lleva a sus feligreses...

Él pasa del hisopo al zueco y la guadaña;
Él ordeña la pródiga ubre de su montaña
Para encender con oros el pobre altar de pino;

De sus sermones fluyen suspiros de albahaca :
El único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

EL ANGELUS

Salpica, se abre, humea, como la carne herida,
Bajo el fecundo tajo, la palpitante gleba ;
Al ritmo de la yunta tiembla la corva esteva,
Y el vientre del terruño se despedaza en vida.

Ímproba y larga ha sido como nunca la prueba. .
La mujer, que afanosa preparó la comida,
En procura del amo viene como abstraída,
Dando al pequeño el tibio, dulce licor que nieva.

De pronto, a la campana, todo el valle responde:
La madre, de rodillas, su casto seno esconde ;
Detiénese el labriego, y se descubre, y arde

Su mirada en la súplica de piadosos consejos...
Tórnanse al campanario los bueyes. A lo lejos
El estruendo del río emociona la tarde.

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

La tarde paga en oro divino las faenas...
Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
Trenzando sus cabellos con tilos y azucenas,
O haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales...
Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.

Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.
Un suspiro de Arcadia peina los matorrales...

Cae un silencio austero... Del charco que se nimba
Estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos ;

Las cumbres, ya quiméricas, coronanse de rosas..
Y humean a lo lejos las rutas polvorosas
Por donde los labriegos regresan de los campos :

EL DOMINGO

Te anuncia un ecuménico amasijo de hogaza,
Que el instinto del gato incuba antes que el horno.
La grey que se empavesa de sacrilego adorno
Te sustancia en un módico pavo real de zaraza...

Un rezongo de abejas beatifica y solaza
Tu sopor, que no turban ni la rueca ni el torno...
Tú irritas a los sapos líricos del contorno ;
Y plebeyo te insulta doble sol en la plaza...

¡ Oh Domingo ! La infancia de espíritu te sueña,
Y el pobre mendicante que es el que más te ordeña...
Tu genio bueno a todos cura de los ayunos,

La Misa te prestigia con insignes vocablos,
Y te bendice el beato rumor de los vacunos
Que sueñan en el tímido Bethlem de los establos !...

EL GUARDABOSQUE

Que aúlle la mesnada o la sierpe se enrosque,
Vela impávido, y sólo que un mal sueño lo exija,

Suspicaaz como un gato, duérmese el guardabosque
Con su brazo de almohada y el buen sol por cobija.

Él se mira en su selva como un padre en su hija.
Y aunque cruja la nieve, y aunque el cielo se enfosque,
La primera instantánea del Oriente lo fija
Como a un genio hierático, Sacerdote del bosque.

Los domingos visita la cocina del noble,
Y al entrar, en la puerta deja el palo de roble.
De jamón y pan duro y de lástimas toscas

Cuelga al hombro un surtido y echa a andar taciturno;
Del cual comen, durante la semana, por turno :
Él, los gatos y el perro, la consorte y las moscas...

PANTEO

Sobre el césped mullido que prodiga su alfombra,
Job, el Mago de acento bronco y de ciencia grave,
Vincula a las eternas maravillas su clave,
Interroga a los astros y en voz alta los nombra...

Él discurre sus signos... Él exulta y se asombra
Al sentir en la frente como el beso de un ave,
Pues los astros le inspiran con su aliento suave :
Y en perplejas quietudes se hipnotiza de sombra.

Todo lo insufla. Todo lo desvanece : el hondo
Silencio azul, el bosque, la Inmensidad sin fondo...
Trasubstanciado él siente como que no es el mismo,

Y se abraza a la tierra con arrobo profundo...
Cuando un grito, de pronto, estremece el abismo :
Y es que Job ha escuchado el latido del mundo !

CARLOS GUIDO SPANO

Formóse este ilustre poeta nuestro en el período romántico y llegó a pleno florecimiento en el último tercio del siglo. Fué hasta ayer, y por muchos años, el venerado patriarca de nuestra poesía; pero no obstante su longevidad, lo mucho que de él se ha escrito y la considerable difusión de sus versos, su obra poética no ha sido aún estudiada, ni en sí misma, ni en su filiación, ni en su influencia. No pretenderé yo hacerlo, claro está, en esta simple nota, dentro de cuyos estrechos límites podré sólo dar algunas indicaciones generales.

Ante todo, digamos algo del hombre y su carácter, de tipo tan original e interesante, sin lo cual no podrían comprenderse las diversas fases que presenta como poeta y como artista.

Hijo de un prócer de nuestra independencia y nieto, por la línea materna, del heroico coronel Carlos Spano, italiano naturalizado en Chile y famoso por su defensa de Tacna, fórmosse nuestro poeta en un ambiente y educación de honor, de hidalguía, de vivo sentimiento patriótico y civil, a la vez argentino y americano, que constituyeron la noble y sólida base de su carácter. Uniéronse a ellos los puros afectos del hogar, el culto de la familia, que conservó siempre encendido y le dictó una de sus mejores inspiraciones, y el fragante conjunto de virtudes y sentimientos cristianos, de amor, de caridad, de piedad por cuanto sufre y llora, que en ese nuestro santuario tradicional tan hermosamente

florece. Hubo así en el carácter y en la vida de Guido mucho de caballeresco y romántico, de poco atento a las conveniencias de la realidad vulgar, y aun de quijotesco, en el más noble sentido del término. Veamos ahora cómo trasciende todo ello a su obra poética y cómo se acuerda o lucha con sus tendencias y predilecciones de artista.

Lo primero que se ofrece a nuestra consideración, al hablar del arte de Guido, es su *clasicismo*. Hay todavía muchos inocentes que cuando dicen de un poeta que es *clásico*, creen dejarlo cumplidamente clasificado. Y no sólo ignoran u olvidan cuanto puede haber de personal, único, exclusivo, y por lo tanto diverso de otros, en lo íntimo de cada poeta clásico, sino las fundamentales diferencias con que el tipo de arte así vagamente llamado ha presentado en su evolución histórica, según las épocas y las razas.

Guido Spano fué sin duda un clásico por su serena y armoniosa concepción de la vida, a la que consideraba, según le oí decir una vez, *un presente regio*, y por su amor a lo esbelto, cincelado y escultural de la forma; pero su clasicismo no se alimenta de los jugos íntimos del arte helénico, ni de los de sus inmediatos y divinos reflejos virgilianos u horacianos, cuya tradición se prolonga en algunos grandes poetas modernos, como León, Chénier, Foscolo y Leopardi. Todavía se aparta más del clasicismo italo-español del Renacimiento, del francés de la época de Luis XIV, y del español, amplificador, enfático y elocuente, de fines del siglo XVIII y principios del XIX (llamado hoy generalmente y con justicia *pseudo-clasicismo*), imperante en los cantores de la independencia argentina y americana.¹ Pero tiene indudables afinidades con el clasicismo alejandrino, ligeramente amanerado y escaso de conte-

¹ Es una vulgaridad corriente, aunque insufrible y necia, considerar esta escuela en sus verdaderos representantes poéticos, como Quintana,

nido, de la última época de la poesía griega, cuyos principales poetas antológicos tradujo discretamente a través del francés. Se notan también en el clasicismo de Guido algunas influencias dispersas francesas e italianas; pero, en substancia, creo que tiene razón Rodó cuando dice que "su antigüedad consiste sólo en simpatías de imaginación; su clasicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas

Gallego y Olmedo, como meramente artificial, retórica y *académica*. La sabiduría habla, como siempre, por boca de Menéndez y Pelayo cuando dice: "El énfasis oratorio, transportado a los dominios de la poesía lírica, puede dejarnos fríos hoy a los que no participamos, sino libiamente, de aquella explosión de afectos que fué en su tiempo enérgica y sincera; pero ¿cómo negar que en aquella forma grande y majestuosa se alberga un numen poético, digno habitador de tan solemne templo? Si no se leen los versos con los ojos de la historia, ¿cuán pocos versos habrá que sobrevivan!... Y el arte lírico de Quintana, de Gallego y de Olmedo, si en algo y aun en mucho es eternamente admirable, en algo y en mucho también está ligado a tradiciones de estilo, a hábitos de escuela, que subjetivamente pueden agradar más o menos, pero cuya clave sólo puede encontrarse en el desinteresado estudio de la historia literaria, que es la más eficaz medicina contra las prevenciones de todo gusto exclusivo.

Era esta escuela clásica en la formas, pero moderna en el espíritu. Clásica por la educación de los poetas, y a veces por reminiscencias de pormenor, pero con cierto género de clasicismo general y difuso, que, manteniendo la nobleza del estilo y dando con ello indicio de su alicuía, dejaba, no obstante, al genio poético espaciarse fuera de la imitación deliberada de tal o cual clásico de la antigüedad greco-latina. Y como al propio tiempo eran ideas enteramente modernas, ideas del siglo XVIII, y en grado no corto revolucionarias, las que tales poetas profesaban, este género de pasión contemporánea ardorosamente sentida, tenía que dar temple y nervio singular a sus canciones, haciendo de ellas un producto nuevo, una creación viva, de cuya eficacia social no hay que dudar, puesto que los hechos políticos dan de ella irrefragable testimonio. *No fue, no, una musa de academia la que dictó la oda A LA IMPRENTA*, ni el *DOS DE MAYO*, ni el *CANTO A JUNÍN*, ni hubo nadie que en aquellos inflamados acentos viera entonces, como hoy quieren ver algunos ignorantes, la mano de un declamador o de un sofista. No hay siglo alguno destituido de poesía, y el mismo siglo XVIII, tan prosaico en apariencia, tuvo, ya próximo a expirar en medio de la tormenta revolucionaria, una explosión magnífica de cantores de su ideal filantrópico en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en España *Historia de la poesía americana*, tomo II, págs. 103 y 104).

de natural propensión y afinidad, más que de iniciación profunda". El mismo escritor, en sus atinadas observaciones sobre nuestro poeta, nota que, a diferencia del clasicismo declamatorio y difuso, "una de las cualidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites".¹

Esta manera de clasicismo, con característica preferencia por motivos o temas de puro sentimiento artístico, por la línea y el color en sí, por la blanda y fina ironía o insinuación poética, no era, como se ha dicho, desconocida antes de Guido en la poesía castellana de España y América, aunque no fuese común. A él corresponden algunas composiciones de Góngora, de Villegas y de Leandro Moratín, y más aun *La diosa del bosque*, de Manuel María de Arjona, poeta de la escuela sevillana del siglo XVIII; y en América, *La Ninfa del Anauco*, del venezolano Fermín del Toro, nacido en 1807, y ciertos rasgos del mejicano Ignacio Ramírez, nacido en 1818, dignos de la Antología griega. Pueden leerse en el segundo volumen del tomo anterior de esta colección.

Pero una forma, un tipo de arte, por característico que sea (sépanlo los críticos de receta), no basta ni con mucho a explicar la obra de un artista, cuando éste, a más de artista, es poeta, y a más de poeta, es hombre, que es la mejor manera de ser poeta.

Bien que la ingénita tendencia artística de Guido le inclinase a la contemplación y realización de la belleza pura, a la forma en sí, por el color y la línea, al arte con raíz dentro de sí mismo, la tradición heredada, heroica y mili-

¹ *El Mirador de Próspero*.

lante, las condiciones de su época, *tiempos heroicos* también de nuestras luchas civiles y de nuestra formación nacional. con todas sus pasiones generosas y turbulentas, y por último, el vigor entonces todavía intacto de los sentimientos de familia, que daba un hermoso carácter patriarcal al hogar argentino, debían influir e influyeron en cierta medida y más o menos felizmente en la inspiración de nuestro apacible y delicado poeta. Así pueden señalarse en ella tres fases y dividirse en tres grupos principales sus producciones poéticas. El primero lo forman sus composiciones *alejandrinas*, originales y traducidas, cuidadosamente cinceladas y desinteresadas de cuanto no sea la belleza por la belleza misma, a veces con cierto estremecimiento sensual. A este primer grupo corresponden *Mirla en el baño*, *Amira*, *Marmórea*, *En los guindos*, *Sensualismo*, *Corina*, *Ruego*, *Mármol*, *Bajo relieve* y otras. De ellas puede decirse lo que el poeta dice de la hermosa joven pintada en *Marmórea*:

Replegando sus alas como un ave,
En ella el sentimiento se ha dormido...

De donde, a un tiempo, la esbeltez y cierta frialdad estatuaría, por escasez de vida interior.

En el tercer grupo, opuesto por su índole al primero, hallamos las piezas inspiradas por sentimientos o acontecimientos civiles, nacionales y extranacionales. Tales son *La independencia*, *Patagonia*, *Nenia*, *América*, *Méjico*, *Siempreviva: a Cuba*, *A la República Francesa*, etc. Con una sola excepción, es esta la parte más débil de su poesía. El arte fino, suave y aristocrático del poeta, puesto bruscamente en contacto con temas políticos o heroicos que no tenía facultades para fundir y transfigurar poéticamente, se

desarticula sin fruto, estruja y descompone su manto, y deja oír en broncos sonos una agria desarmonía. Nadie podrá tener por serios y bien logrados, apóstrofes como este, de *Méjico*, contra Napoleón III:

¡Empínate, pigmeo,
Pues por más que te busco no te veo!

Hay en el grupo a que ahora me refiero cosas mejores que esa, sin duda alguna; pero nunca llega el poeta a interesarnos poéticamente en un elevado nivel. Debe sólo ponerse en alto y separado lugar la popular y celebradísima *Nenia*. El sincero sentimiento elegíaco despertado por la destrucción de un pueblo hermano, con quien ocasionalmente y sin culpa nuestra estuvimos en guerra, granó aquí en una concepción feliz, sencilla y conmovedoramente poética. Lo curioso es que en el fondo de esta flor delicada y fragante reside implícito, sin ajarla, un espíritu de oposición a la Triple Alianza y a la política nacional del general Mitre... En cuanto al canto de tema histórico, *América*, que el poeta tan excepcionalmente estimaba, he dicho ya en otro lugar lo que pienso.¹ Es obra de muchas *actitudes* y poca substancia.

Entre ambos grupos extremos, se halla el inspirado por los sentimientos íntimos y de familia, con sus inmediatas derivaciones hacia la acción y el trabajo. En él se encuentran *Al pasar*, *Armonía*, *At Home*, *A mi hija María del Pilar*, *A Martín de la Quintana*, *La estrella de la tarde* (cacaso la más espléndida y armoniosa, como el cántico sagrado de un órgano, de todas las suyas), *Adelante*,

¹ *Colón y la poesía*, en mis ESTUDIOS LITERARIOS, 1915.

Gratitud, Melancolía, Rayos de luna, y algunas otras. Este grupo central es para mí el mejor. En él delicadamente se armonizan la pureza y la armonía de la forma con el calor de los sentimientos reales, no muy profundos ni vibrantes, pero dulcemente apacibles y melancólicos. En los cantos eróticos, el amor está apenas apuntado; pero en los de hogar hay algo de sencillamente bíblico y patriarcal que penetra y embriaga el alma con su fresco perfume. Y es grave y patético, en *Rayos de luna*, el acento del poeta, al volver la vista, en su alta ancianidad, al largo camino recorrido, sembrado de ilusiones marchitas, envolviéndose en las sombras que avanzan para llevarle a Dios.

El sentimiento religioso directo hace en los cantos de Guido apenas fugaces apariciones (*Inmortalitas, Salmo, Ignacio de Loyola*). No hay en él la preocupación del más allá, ni se eleva a esa contemplación trascendental característica de la gran poesía nacida dentro del cristianismo. No por esto ha de confundírsele con paganos, no sólo de forma, sino de espíritu, como el crudo Carducci, enemigo personal del rubio Nazareno. Los sentimientos generales de Guido son blanda y piadosamente cristianos, y ellos esparcen en muchos lugares de sus cantos el más puro y delicado aroma.

No fué un gran poeta. No conmueve profundamente, ni nos pone en íntimo contacto con el dolor de la vida, ni surcan sus versos relámpagos de lo infinito. Hay evidentemente en el conjunto de su obra poética cierta penuria de vida interior, de savia de pensamiento y de encendidos afectos, y su forma es a veces amanerada y de artificiosa postura. Pero su canto vivirá por su delicadeza y su gracia, por su apacible y noble espíritu, rico de toda belleza moral, por la límpida y plácida armonía de su corriente sonora.

Tuvo, digámoslo con Rodó, "la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre los rudos afanes de la acción inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban a partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate."

En nuestra historia poética Guido ocupará siempre un sitio prominente, no sólo por sus méritos propios, sino por su influencia, pues fué el primero en rendir culto entre nosotros a los encantos de la forma cincelada, pura y armoniosa, estimulando una fecunda reacción contra la negligencia, el desaliño y la vulgaridad a la sazón imperantes. Dió también el buen ejemplo de una dicción casi siempre castiza y gallardamente castellana, que él aprendió sin duda en el atildado estilo de su ilustre padre. Es evidente la saludable influencia, a estos respectos, de Guido sobre Obligado, poeta de tan diversa índole, y sobre algún otro poeta de la siguiente generación.

Carlos Guido Spano nació en la ciudad de Buenos-Aires el 19 de Enero de 1827. En 1840, a los trece años, fué a residir en Río de Janeiro al lado de su padre, a la sazón ministro argentino en la corte fluminense. Años más tarde pasó a Francia, donde se halló y tomó parte de aficionado belicoso en las trágicas jornadas de París, en la revolución del 48. Vuelto a Río, se dió de lleno a lecturas y ensayos literarios. La retirada de la legación dió margen a que se le expulsara como presunto conspirador contra el Imperio, y volvió a Europa, donde visitó a Lisboa, París y Londres.

Derribada la tiranía en 1852, regresó a la patria, y tomó luego partido por la Confederación en su lucha contra Buenos-Aires. Fué entonces ayudante del general Pacheco, ministro de Guerra. Bajo la presidencia de Derqui fué sub-secretario de Relaciones Exteriores, puesto que renunció poco antes de caer la Confederación, y se trasladó a Montevideo, donde se hallaba su padre. Escasos ambos de recursos, tuvo que emplearse como corrector de pruebas en una imprenta. Después de un desgraciado viaje comercial al Brasil, se estableció definitivamente en Buenos-Aires, donde por entonces perdió a sus padres. Inauguró aquí su vida de funcionario, en 1872, como secretario del Departamento Nacional de Agricultura, y después del 74 ocupó la Dirección del Archivo General de la Provincia. Fué jubilado en 1894. No poseía Guido sólido criterio político, y la voz general le atribuyó una falta de actividad incoercible. Pero si esto pudo tener algo o mucho de verdad en cuanto a las ocupaciones vulgares y cotidianas, no lo tuvo cuando se presentaban esas grandes ocasiones propias para poner a prueba el temple y el carácter de un hombre. En la terrible epidemia de 1871, por ejemplo, Guido fundó y presidió la benéfica Comisión Popular, y no se dió tregua en atender hasta el fin a las víctimas, con grave riesgo de su vida, y viendo caer a algunos de sus beneméritos compañeros. Fué también fundador y primer presidente de la Sociedad Protectora de Animales, y prestó sus servicios en el Consejo Nacional de Educación. Fué miembro correspondiente de la Real Academia Española y de muchas otras corporaciones y sociedades. Falleció, de 91 años, seis meses y cinco días, el 25 de Julio de 1918. Su muerte fué un duelo nacional.

Era Guido hombre de buen humor, templado, enemigo

de exageraciones y violencias, de tercas disputas, y dotado de chispeante ingenio. Le oí un día referir que cuando se hizo cargo de su puesto en el Departamento de Agricultura, como se le preguntase, en nombre de un periódico, cuál era su programa, contestó muy formal: "Mire Vd., en materia de agricultura, yo tengo mis ideas hechas: pienso que es menester, ante todo, dejar obrar a la naturaleza." Otra vez, en una de sus aventuras bélicas, reprendido por su oficial superior porque permanecía en cama después de diana, como si no se estuviera en guerra, Guido respondió triunfalmente: ¡Oiga Vd., caramba: a mí también me gusta la guerra... pero a sus horas!

Su primera colección de versos fué *Hojas al viento*, Buenos-Aires, 1871; la segunda, *Ecos lejanos*, 1899; y por último, *Poesías completas*, Buenos-Aires, 1911. Hay, además, dos volúmenes de prosa, con una interesante carta autobiográfica: *Ráfagas*, Buenos-Aires, 1879.

RICARDO GUTIÉRREZ

Presenta este insigne poeta nuestro, así en sus cualidades como en sus deficiencias, la más completa antítesis de Guido. Todo lo que en éste tiende al relieve y al cincelado de la forma, a lo *visible* de la línea, se substituye en aquél por el sentimiento íntimo, por la onda de una vaga y soñolosa melodía. Fué Ricardo Gutiérrez un poeta sinceramente romántico, no por la imaginación, en él de escaso vigor, sino por el sentimiento. El dolor humano halló en su corazón un eco profundo, y de su compenetración con

él, y de la piedad y angustia que le inspira, surge toda su conmovedora poesía. Nada autoriza a decir que fuera personalmente desdichado; pero padecía real y noblemente con el dolor ajeno, y su perenne tristeza es como una emanación amarga de la vida. En este concepto, es único entre nosotros, y acaso en la poesía de nuestra lengua. Por otra parte, su espíritu sinceramente cristiano le aparta de toda rebeldía y de toda airada blasfemia: siente sólo ante la miseria humana una piedad profunda, que a menudo se transforma en una glorificación o en una plegaria. Así, la parte viva de su poesía no está en sus cantos de tema colectivo, ni menos en sus poemas, sino en los que traducen la íntima efusión de su alma cristiana.

No es posible desconocer que esta posición de espíritu, por su misma decisión característica, resulta al fin monótona, y la poesía en que se refleja, falta de color y de línea, nos sumerge en una opaca vaguedad, con no sé qué de fúnebre y sepulcral. La lira de Gutiérrez es monocorde, y cuando no suena en ella la divina música del sentimiento, nada nos dice. Su técnica es pobre y abunda en lugares comunes de expresión. Su reducido vocabulario podría dar *almas* bastantes para poblar el Purgatorio. Forjó el poeta una estrofa propia, formada generalmente por ocho versos de asonancia en *a a*, los cuatro primeros endecasílabos, los dos siguientes pentasílabos y los dos últimos endecasílabos. A veces la varía en cuanto al número de versos, y substituye los pentasílabos por eptasílabos, o mezcla en un grupo estos dos últimos metros. Esta combinación estrófica, imitada luego por varios, se adapta a veces bien a las modulaciones sentimentales del poeta; pero es flácida, negligente y cansada. Su inventor sólo la usó en muchas piezas de *El libro de las lágrimas*.

En suma, Ricardo Gutiérrez es todo lo menos artista que puede ser un poeta; pero el poeta vale tanto en él, que a veces halla el arte como por instinto (que es la mejor manera de hallarle), y su expresión y su verso, aunque sin aliño ni relieve, no son nunca zurdos ni premiosos, sino que parecen brotar de fuente, o como un trazo de luz, llenos de calor y espontaneidad.

La mayor parte de su obra poética ha caducado. Sus poemas, *Lázaro* y *La fibra salvaje*, carecen de vida y de interés. Gutiérrez, lírico puro y subjetivo, si los hubo, no había nacido para describir escenas ni trazar caracteres. Son obras que no rebasan el nivel de un romanticismo de segundo orden, aunque de carácter muy criollo, especialmente *Lázaro*, por su asunto y su colorido. *La fibra salvaje* es todavía inferior, pero he juzgado de estricta justicia extraer de él para esta *Antología* los tres primeros números del canto tercero (*La venganza*), donde tan sombríamente bella se alza la figura de Ezequiel, recordando sin desventaja la de don Álvaro, en las últimas escenas del magnífico drama del Duque de Rivas, obra maestra del romanticismo español del último siglo. También pertenece al mismo poema la conocida y celebrada carta a Lucia, tan apasionada, aunque demasiado larga y desigual. Transcribiré al fin de esta nota sus mejores pasajes, para que no quede ningún grano de oro por recoger de la inspiración del poeta.

Y llego ya a la que es, sin comparación, la más rica perla de su corona, y acaso la nota lírica más intensa de la poesía argentina y una de las más bellas inspiraciones americanas: *La oración*. Es para mí prueba de mal criterio poético el enumerar esta pieza, como generalmente se hace, entre *las mejores* de Ricardo Gutiérrez, poniéndola en un mismo plano

con *El misionero*, *La hermana de la caridad* y otras. No; *La oración* es una de esas raras composiciones en que se condensa y pone entera toda la fuerza poética de un elevado espíritu; en que un sentimiento inefable halla como milagrosamente, en un momento felicísimo, su expresión única y completa, que le permite derramarse en el verso y en la estrofa sin perder nada de su encanto, y penetrar hondamente en las almas dignas de su caricia. Esta bellísima inspiración es con respecto a Ricardo Gutiérrez — todas las distancias guardadas — lo que *El lago* con respecto a Lamartine: su obra por excelencia, el límpido espejo de toda su alma poética. Basta ella para traducirla y juzgarle. Y rara vez se da esta representación total de un poeta por una sola de sus composiciones. En *La oración*, no diré que se *expresan*, sino que se *difunden* en una indefinida y palpitante onda melódica las más secretas voces y los estremecimientos más íntimos del alma y la naturaleza, profundamente compenetrados en la arrulladora vaguedad del crepúsculo vespertino. El poeta ha sentido la vasta voz mística de la tarde, se ha envuelto en su velo de misterio y de amor, y entreabriendo sus labios, ha dejado escapar su canto divino, elevando, en el sentimiento estremecido de su alma cristiana, la adoración y la plegaria de la Creación al Creador.

Nació Ricardo Gutiérrez en Arrecifes, Provincia de Buenos-Aires, en 10 de Noviembre de 1836. Enviado por sus padres a la Capital, empezó a estudiar derecho, que luego abandonó para dedicarse a la medicina, hasta doctorarse en ella. Asistió a las batallas de Cepeda y de Pavón, que precedieron inmediatamente a nuestra definitiva organización política, y más tarde cumplió brillantemente con su deber en la larga guerra del Paraguay, conquistando nume-

rosas condecoraciones. De regreso en Buenos-Aires, en 1870, fué pensionado por el Gobierno para perfeccionar sus estudios médicos en Europa. Se dedicó entonces especialmente a las enfermedades infantiles, y a su vuelta fundó nuestro Hospital de Niños, cuya dirección ejerció gratuitamente por espacio de veinticinco años. Se le consideró hasta su muerte como nuestro primer clínico infantil, y unió a su saber y su experiencia el mas intenso amor por la niñez. Murió en 23 de Septiembre de 1896. Como hombre y como poeta, su sentimiento dominante fué la piedad.

Dióse a conocer en 1869, con la publicación de su primer poema, *La fibra salvaje*. Se han hecho diversas ediciones de sus líricas y de sus poemas. La colección más completa es la titulada *Poesías escogidas*, Barcelona, 1914. Contiene sus líricas divididas en dos secciones, *El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos*, los dos poemas antes citados y el fragmento de otro, *La Magdalena*. En 1915 y 1916, respectivamente, "La Cultura Argentina" ha publicado también las líricas y los poemas de Gutiérrez en dos diversos volúmenes.

He aquí ahora algunos bellos pasajes de la carta a Lucía (*La fibra salvaje*):

LUCÍA

Óyeme por piedad. — Deja que lleve
 Sobre la onda de la brisa leve
 Que se estrella en tu oído,
 El canto de este amor que mi alma bebe
 En la fuente del cielo;
 En ese insomne anhelo
 De infinita ventura, que la mano
 De Dios omnipotente

Encendió en nuestra frente
Como diadema del linaje humano.

Creí que la celeste simpatía
Que hasta ti me arrastraba,
Era inocente afán del alma mía,
Que el valor de tu alma comprendía
Y con sencillo afecto lo pagaba.
Creí después que tu inspirada frente
Y la nobleza de tu rostro bello,
Y aquel sublime escorzo de tu cuello,
Y aquel fulgor ardiente
De tus ojos sombríos,
Eran visiones de los ojos míos;
Una ilusión ligera
De la amistad galana
Que perfuma y que viste
Al noble objeto de su fe primera
Con el misterio de la tarde triste
Y el purísimo albor de la mañana.

Y en aquel insensato desvarío
Donde el amor que empieza
Confunde la amistad y la ternura,
El poder seductor de la pureza
Y el prestigio fatal de la hermosura,
Perdí mi corazón que te seguía,
Perdí mi corazón que te soñaba,
Y en torno de tu atmósfera vivía
Y con tu dulce aliento me embriagaba!

Y todo eso era amor! Mi alma entera
Se refugió en mi seno sollozando...

Ah! todo, todo era
Éxtasis celestial del sentimiento
Que en cada melodía de tu acento
Iba mi corazón avasallando !....

El mundo todo, la creación entera
Yo con tu imagen celestial llenaba,
Y mi existencia era
Como el reflejo de tu luz fulgente,
Que estrellado en mi frente
Bajo mi sueño mismo centellaba.

¡Pobre de mí! Bajo la luz incierta
Del rayo melancólico y postrero
De una tarde de Enero,
Te soñé adormecida,
Y si eres bella como un sol despierta,
Oh! más hermosa te encontré dormida!

Ah! con qué inmensa y celestial ternura
Sonreía tu labio suavemente
Irradiando en tu frente
El puro albor de tu infantil dulzura!

Como una melodía era el murmullo
De tu leve respiro,
Y era como el arrullo de un suspiro
De tu aliento purísimo el arrullo.

En majestuoso escorzo reclinado
Tu cuello de alabastro se doblaba;
Y el brazo torneado
Oculto en la hechicera
Cascada de tu blonda cabellera,
Tu frente pensativa rodeaba.

Pobre de mí! Tu palpitante seno,
Como la espuma de la mar en calma,
Se agitaba sereno,
Y al dar cada latido,
Tu corazón querido
Llenaba con su música mi alma!

Y yo tu aliento angelical bebía
Y tu inspirada frente acariciaba,
Y en ver me embebecía
Que tu granado labio sonreía
Si mi nombre a tu oído murmuraba!

Sobre tu rostro bello
Vagaba como un soplo el alma mía
Y en tu dormido párpado posaba;
En torno de tu cuello
Sus temblorosas alas oprimía,
Y en mecer me encantaba
Las ondas de tu espléndido cabello!

Y cuando el alma loca
Iba a posar su vuelo
En el risueño nido de tu boca,
Como extraviada tórtola que gime,
Se disipó mi cielo
Y desperté de mi ilusión sublime!

Y al despertar, creí que el pensamiento
Era esclavo del alma, y que podía
Dominar la razón al sentimiento:
Y aquel demente amor que me agitaba
Sofocar en mi seno prometiendo,

A buscar tu palabra me lanzaba,
En tu hogar codiciado me absorbía,
E iba en aquella atmósfera bebiendo
El inmenso dolor que me embriagaba

Te amé! La lengua humana
A definir no acierta
Este vago deliquio de ternura,
Este secreto arrullo
De insólito murmullo
Que con tu nombre al corazón despierta;
Este insondable afán que el alma loca
Me lleva sin reflejo de esperanza
Donde la fibra de tu carne toca,
Donde tu luz de pensamiento alcanza!
.....

Tú no eres para mí!... y el alma loca
En tu redor enamorada gira,
Y mi mano te toca,
Y mi trémulo labio febriciente
Se nutre en el ambiente
Donde tu aliento abrasador suspira!

Tú no eres para mí!... y el mundo, el cielo,
Todo se me refleja en tu mirada,
Y con febril anhelo
Envidio el polvo del humilde suelo
Donde deja su rastro tu pisada!

Tú no eres para mí!... y el pecho mío,
Donde golpea en vano
Toda ambición del corazón humano;

Tiembla como una gota de rocío,
 Cuando en el aire leve,
Como el rumor de lánguido follaje,
 Ondulante se mueve
El voluptuoso pliegue de tu traje !

Me siento vacilar ! Un alma sola
Con tan enorme tempestad no puede,
 Y ya la mía cede
Al vaivén formidable de la ola !..."

Adiós ! Mi planta de tu umbral se aleja,
Y como aquel que para siempre deja
Los templos de su tierra en lontananza,
 Mi corazón partido
Deja a la puerta de tu hogar querido
El último fulgor de su esperanza !
.....

HILARIO ASCASUBI

En rigor, este poeta debió incluirse en el tomo anterior de esta obra (volumen primero), como perteneciente al segundo tercio del siglo pasado; pero la conveniencia de presentar en grupo a nuestros tres principales poetas gauchescos, y el caer ya dentro del tercer tercio de dicha centuria la última parte de *Santos Vega*, la obra más artísticamente desinteresada, y por lo mismo de carácter más permanente, de Ascasubi, me han decidido a colocarle inmediatamente antes de del Campo y Hernández.

La producción poético-gauchesca de Ascasubi ofrece dos fases bien caracterizadas: una civil o política, análoga a la de Hidalgo, aunque en diversa esfera, toda envuelta en la atmósfera candente de los sucesos y las pasiones del día, militante y agresiva como instrumento de guerra; la otra de mera contemplación y representación poética de nuestro estado social y campestre en su época, a través de una vasta serie de novelescas aventuras de pura invención. A la primera fase corresponden dos diferentes colecciones: PAULINO LUCERO, o los gauchos del Río de la Plata contando y combatiendo contra los tiranos de las [Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay (1839-1851), y ANICETO EL GALLO, gacetero prosista y gauchi-poeta argentino — *Extracto del periódico de este título publicado en Buenos-Aires en 1851, y otras poesías inéditas.* A la segunda el poema o novela en verso titulado, SANTOS VEGA, o LOS MELLIZOS DE LA FLOR — *Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778-1808).*

Tanto el *Paulino Lucero* como el *Aniceto el Gallo* (pseudónimos ambos de Ascasubi, que usó también el de *Jacinto Cielo* y otros, aunque ha quedado popularmente identificado con el segundo) están escritos en forma de gaceta o periódico comentador de los sucesos cuotidianos, en defensa y sostén de la causa propia y en burla y violento descrédito de la contraria. El *Paulino* está inspirado en el odio patriótico a Rosas y a la tiranía durante el sitio de Montevideo (donde combatía a la sazón el poeta) y campañas correlativas, hasta la expedición y triunfo de Urquiza. El *Aniceto* refleja la lucha contra Urquiza en el sitio de Buenos-Aires. El primero es evidentemente muy superior al segundo, por la fuerza misma del tema y el soplo de pasión dramática que lo anima;

pero ambos carecen en general de las condiciones poéticas y artísticas capaces de dar un interés permanente aun a este peligroso género de los cancioneros políticos. Tienen ambos un innegable valor documentario, y el investigador-psicólogo de nuestras terribles luchas intestinas no podrá nunca prescindir de su estudio; pero como obra poética, no obstante sus rasgos de gracia, agudeza o malicia, sus toques realistas, el amplio y desahogado dominio del lenguaje y metros gauchescos, y aun la sincera y a veces intensa pasión patriótica que los anima, quedan a muy bajo nivel, por superficiales y efímeros, por su tono y color de gaceta del día y para el día, por la habitual substitución de la *poesía popular*, o popularizada, por la *copla vulgar*. Hay, debe reconocerse, tal cual excepción; en que el vigor bárbaro del asunto y la impasible crudeza de su representación dan al documento histórico un interés permanente de poesía primitiva y salvaje, que horroriza casi como su realidad misma. En tal caso excepcional se halla algún trozo de *Isidora la federala y mazorquera*, y sobre todo *La refalosa*, que va en el texto de este volumen. Todo el odio y la indignación del poeta contra la tiranía y su inaudita barbarie se han transformado y como objetivado en el espantable realismo de esta pintura, en la naturalidad y humorística delectación con que un mazorquero describe, en una supuesta carta a Jacinto Cielo, la tortura y degüello de todo unitario caído en sus garras. Ese cuadro asombroso es imborrable de nuestra historia y de nuestras letras.

Definitivamente constituida la República después de Pavón, Ascasubi continuó y terminó en París, en 1870, el poema o novela en verso antes indicado: *Santos Vega, o los mellizos de La Flor*. Hay ya en esta obra un verdadero des-

interés artístico y una abundante representación de los más diversos elementos sociales argentinos en los últimos tiempos de la Colonia, y aun del carácter y ambiente de nuestra vida de campo, prolongados hasta los tiempos del poeta, con su pueblo, clases y autoridades, sus tendencias anárquicas y aventureras, sus luchas de indios y cristianos. Inaugura así una especie nueva dentro del género gauchesco, más tarde vulgarmente desviada hacia la novela en prosa y los ensayos dramáticos, y realizada luego superiormente en el ejemplar definitivo de *Martín Fierro*. Todo ello le da evidente importancia en la evolución de la poesía gauchesca y honra altamente a su autor; pero considerado en sí mismo, el *Santos Vega* es, en conjunto, una obra endeble y borrosa, de difícil y cansada lectura. El asunto es frívolo y vulgarmente novelesco, su desarrollo excesivamente largo y descoyuntado, y el procedimiento del *diálogo* (entre Santos Vega y Rufo Tolosa, alternado con el simple relato del primero, que no toma parte en la acción) del todo impropio de asunto tan complicado y tan vasto. Pero todo ello pudo haberse compensado en gran parte, si el poeta hubiera sabido interesarnos por la *ejecución poética*, por la intensidad de la pintura moral de sus personajes, el vigor dramático de las escenas y el sentimiento de la naturaleza. En vez de ello, Ascasubi relata y relata superficialmente, más atento a la aventura en sí misma que a su impulso esencial y artístico desarrollo. Es esta para mí la más grave, la insanable deficiencia de su poema, la que acredita la debilidad de sus facultades poéticas fundamentales. Hay, sin duda, tal cual cuadro bien trazado, algunas impresiones de naturaleza de mucha frescura y color local, como la que incluyo en el texto; pero muy escasas, y de un mérito sólo relativo, y si bien dignas de recordarse y

citarse, en modo alguno alcanzan a sacar la obra a que pertenecen de la penumbra que merecidamente la envuelve.

En suma, a mi juicio, Ascasubi, con todas sus señaladas dotes de versificador popular, su observación y conocimiento del carácter gaucho, su *verismo* externo y su tal cual página de permanente interés poético, es, en lo esencial, el menos poeta de nuestro grupo gauchesco, con mucho interés histórico y poca vida poética actual.

La vida de Ascasubi es sumamente interesante por su variedad de aspectos y el noble, heroico y leal carácter que constantemente revela. Nació en Fraile Muerto, provincia de Córdoba, el 14 de Enero de 1807. Traído ese mismo año a Buenos-Aires por su madre, cursó someramente aquí sus primeras letras. Su espíritu precozmente aventurero le indujo a contratarse como grumete, en 1819, contando apenas doce años, en la "Rosa Argentina," primer barco mercante argentino, que zarpaba para la Guayana francesa. Viajó por Norte América y regresó a la patria en 1822. Se estableció en Salta como impresor, con la imprenta que fuera aquí de los Niños Expósitos, y que el general Arenales, gobernador de Salta entonces, había obtenido del gobierno de Buenos-Aires. Publicó allí la *Revista de Salta*. Pasó luego a Bolivia y regresó al Plata en 1826, donde dió comienzo a su carrera militar, alistándose como teniente en el contingente salteño destinado a la guerra del Brasil. Tomó parte en la batalla de Ituzaingó bajo las órdenes de José María Paz. Vuelto al Uruguay con el grado de capitán, sirvió a las órdenes de Lavalle en la revolución contra Dorrego. Caído luego en poder de Rosas, estuvo en la cárcel más de dos años, de donde se escapó audazmente para huir a Montevideo. Allí trabajó, estableciendo una panadería que le dió excelentes

ganancias. Generoso y patriota de corazón, armó y tripuló a su costa un buque para la segunda expedición de Lavalle contra Rosas. Entonces, mientras combate con la espada a la tiranía con los sitiados de Montevideo, publica hojas periódicas con diversos títulos y pseudónimos, en lenguaje gauchesco, fulminando el despostimo sangriento y estimulando el valor y la heroicidad de los soldados de la libertad. Su acción poética, efficacísima en la realidad por su prestigio y difusión en trincheras y campamentos, le valió, a la vez, el aprecio y la amistad de los más ilustres emigrados argentinos en Montevideo. Ella se extiende, según ya indiqué, con admirable constancia y brío, de 1839 a 1851, y se halla comprendida en las páginas de *Paulino Lucero*.

Iniciada la campaña de Urquiza contra Rosas, Ascasubi se apresuró a alistarse en ella y fue nombrado ayudante de órdenes de Urquiza. Tuvo así la alta satisfacción patriótica de contribuir con su esfuerzo al derrumbe de la tiranía que por tantos años y desde sus comienzos había valientemente combatido sin ahorrar peligros ni sacrificios.

En la lucha entre Buenos-Aires y la Confederación Ascasubi, a pesar de ser cordobés, tomó partido por aquélla en contra de Urquiza, y desarrolló durante el sitio de Buenos-Aires una acción poética análoga a la del sitio de Montevideo, publicando, en 1854, contra el presunto sucesor de Rosas, el periódico titulado *Antecito el Gallo*, con cuyos extractos formó luego el tomo de sus obras que lleva ese título. Esa constante lealtad suya hacia la causa de la libertad selló su grande amistad con el general Mitre, que supo, llegado el caso, hacerle justicia. Por el mismo tiempo volvió a su gusto por los negocios, empleando sus recursos en la edificación del primitivo teatro de Colón, que se quemó.

causando su irreparable ruina. Tuvo que recurrir entonces a su pensión de militar retirado, que le fué ampliamente acordada¹. El gobierno nacional le confió además, después de 1860, una importante comisión en París. El antiguo poeta gauchesco se adaptó admirablemente a ese para él tan nuevo centro de cultura, trabando amistad y alternando dignamente con ilustres personajes políticos, militares y literarios franceses e hispano-americanos. Vuelto a Buenos-Aires en 1865, regresó a París algunos años después, donde continuó y terminó su poema *Santos Vega*. En 1872 publicó allí en lujosa edición, hoy fuera del comercio, sus obras en tres volúmenes, según lo anteriormente indicado: *Paulino Lucero*, *Aniceto el Gallo* y *Santos Vega o los mellizos de La Flor*. Regresó a la patria algún tiempo después, y murió en Buenos-Aires el 17 de Noviembre de 1875, dos meses antes de cumplir sesenta y nueve años.

En 1853, Ascasubi había ya publicado aquí en un tomo sus versos de Montevideo, contra Rosas, bajo el título de *Trovos de Paulino Lucero*. Agotada la edición definitiva de París, los tres volúmenes de que consta fueron reimpresos en Buenos-Aires, en 1900, por la casa editora de Jacobo Peuser. Es hoy también edición muy rara. Por último, en la colección titulada "La cultura argentina", se ha reimpreso en el corriente año de 1919, en un volumen, el *Santos Vega*.

¹ "Cuando estuvo en buenas condiciones de fortuna — dice en su dictamen de fiscal D. Rufino de Elizalde — pidió su separación del servicio por no ser gravoso al Estado, dando a establecimientos públicos los sueldos que se le adeudaban."

ESTANISLAO DEL CAMPO

Discípulo y sucesor de Ascasubi bajo el popular pseudónimo de *Anastasio el Pollo*, ofrece menos identificación gauchesca exterior que su maestro, pero le supera considerablemente en interpretación poética esencial del espíritu y carácter gaucho, en sentimiento de la naturaleza y en condiciones artísticas generales. Su mayor obra, el *Fausto*, señala, dentro del género gauchesco, pseudo-popular y de interpretación artística, un grande y verdadero progreso sobre todo cuanto le había precedido.

Ante todo, conviene recordar aquí que del Campo cultivó la poesía culta, ya seria, ya festiva, dentro de su propio lenguaje, en mucho mayor escala que los demás poetas gauchescos. Ya hemos visto, en la Nota a Hidalgo, en el primer tomo de esta obra, algunas composiciones cultas del fundador del género. De Ascasubi, en tal respecto, sólo se cita el título de un canto *A la batalla de Ayacucho*, que se dice publicado por él en Salta, siendo casi un adolescente. De Hernández no conozco otras que las que aparecen al fin de las ediciones populares de *Martín Fierro*, bajo los títulos de *El viejo y la niña*, *Los dos besos*, *El carpintero* y *Cantares*. Las composiciones de esta clase, de Estanislao del Campo, son mucho más numerosas y de mayor empeño, y ocupan la mayor parte de su único volumen de versos. Pero esta parte de su producción, de carácter romántico, íntimo o trascendental, en el tono serio, con visible influencia de Mármol, no ofrece ningún relieve y está muy justamente

olvidada. Uno que otro rasgo feliz, sobre todo en las composiciones de metro corto, no sirven sino para hacer más sensible la inferioridad general. La sección festiva, ya política, ya social, es generalmente superficial y *coplera*; pero a veces se hallan rasgos de ingenio y humorismos de buena ley, anunciadores de los que con tanta felicidad chispean en su obra maestra. El siguiente epigrama, por ejemplo, no es de los menos agudos y bien cuajados entre los tan abundantemente disparados contra los médicos:

Preso anteanoche llevó
A un ciudadano un "sereno",
Porque en casa de un galeno
Un aldabonazo dió.
El jefe le preguntó:
— ¿Por qué trae este hombre aquí? —
· *Pur suicida lu prendí,*
El sereno contestó.

No faltan tampoco malicias y ocurrencias zumbonas en la composición *Honorarios por duelos*, cuenta en verso pasada a Héctor Varela, con motivo de un duelo que hubo de tener con Moreno Nieto, y en el que del Campo intervino:

Buenos Aires Julio 30
Del año 69.
Don Héctor F. Varela
Al pardo del Campo Debe:

Por evitarle el mal rato
De ir a responder al reto
Que le dirigió el mulato
Llamado Benito Neto;

Lance en que pudo sacar,
Si no molidos los huesos,
Algún chichón que curar..... 125 S

El acreedor pinta luego las interminables discusiones sobre el caso de honor sostenidas hasta altas horas de la noche, con citas de toda especie, entre Manuel Quintana y Juan Carlos Gómez:

Y unas leyes consumidas,
Sacaban otro montón.

Y añade con toda la zocarronería del mundo:

Por el coche requerido
Para llamar la atención,
Gastos de publicación
Del *pastelón* convenido;
Por el alquiler de un par
De pistolones de arzón
(Tomados a condición
De volverlos sin usar), etc.

Pero la verdadera genialidad poética de Estanislao del Campo se manifiesta en sus versos gauchescos. Por caso singular en quien tanto cultivó la poesía culta, ya íntima, ya trascendental, sólo dentro del carácter y lenguaje gauchos halla esa espontaneidad y gracia inimitables y el poder de condensación intensa y armoniosa que le aseguran un puesto eminente en nuestro Parnaso.

Fuera del *Fausto*, que está en plano muy superior, las piezas gauchescas de del Campo más dignas de atención son, *Gobierno gaucha* y la carta a *Aniceto el Gallo*, ambas en décimas.

Pertenecen al género de crítica política y social cultivado por sus dos ilustres predecesores, aunque con la serenidad y moderación propias de quien no refleja el tumulto del combate *actual*, sino sus recuerdos, o las perspectivas de un futuro mejor.

La primera es un sucinto programa de gobierno dictado por Anastasio el Pollo, a quien una borrachera hace erigirse en autoridad suprema. Es una primera expresión de las ideas y sentimientos de reforma y de justicia para el gaucho, que habían de informar poco después el *Martín Fierro* :

Paisanos : dende esta fecha
El contingente concluÿo,
Cuide cada uno lo suyo,
Que es la cosa más derecha.
No abandone su cosecha
El gaucho que haiga sembrao ;
Dejen que el que es hacendao
Cuide las vacas que tiene ;
Que él es a quien le conviene
Asigurar su gá'nao.

Vaya largando terreno,
Sin mosquiar, el ricachón,
Capaz, de puro mamón,
De mamar hasta con freno ;
Pues no me parece güeno
Sino que por el contrario
Es injusto y albitrario
Que tenga media campaña,
Sólo porque tuvo maña
Para hacerse *arrendatario*.

Si el pasto nace en el suelo
 Es porque Dios lo ordenó,
 Que para eso agua les dió
 A los ñublados del cielo.
 Dejen, pues, que al *caramelo*
 Le hinquemos todos el diente,
 Y no andemos, tristemente,
 Sin tener en donde armar
 Un rancho, para sestiár
 Cuando pica el sol ardiente.¹

Mando que dende este istante
 Lo casen a uno de balde ;
 Que envaine el *corvo* el Alcalde
 Y su *lista* el Comendante ;
 Que no sea atropellante
 El Juez de Paz del Partido ;
 Que a aquel que lo hallen *bebido*,
 Porque así le dió la gana,
 No le meneen *catana*,
 Que al fin está *divertido*...

Más extensa e interesante es la carta a Ascasubi, publicada en 1862, con motivo de su viaje a Europa. Las apreciaciones políticas retrospectivas se mezclan muy sabrosamente en ella a consideraciones agudamente gauchescas sobre cosas de Europa. Transcribo aquí su mayor parte.

La carta de despedida
 Que me ha soltao, amigazo,
 Ha caído como guascazo
 Sobre esta alma entristecida ;

¹ ; Que *actual* resulta todavía, y acaso resultará siempre todo esto

Pues aunque no es de esta vida
Que usted se va, yo me aflijo
Porque, *D. Gallo*, colijo
Que años y años andará
Por esas tierras de allá
Pasando penas de fijo.

Me dice que puede ser
Que, por ser mozo unitario,
Me echen de *Sipotenciario*
Y nos volvamos a ver :
Eso no ha de suceder,
Y en usted mismo me fundo :
¡ Tal vez cruce el mar profundo
El día menos pensao,
Con el corazón cribao
De mordeduras del mundo !

¿ Con que *moñea* ? ¡ Amalaya
El viaje se lo empacase
El cielo, y no nos alzase
Un *payador* de su laya !
Yo siento de que se vaya,
¡ Y cómo no, cuando vivo,
Desde que nací, cautivo
De sus versadas, velay,
Porque en esta tierra no hay
Cantor tan facultativo !

En fin, si usted allá se topa
Con don Juan Manuel de Rosas,
Dígamele, entre otras cosas,
Que se aguante por Uropa :

Que Urquiza ha juntao su ropa
Y está medio atribulao,
Liando a la juria el recaó
En que disparó en Pavón,
Porque se va a *Sutantón*
A verlo sacar pescaó.

Y que si alguna ocasión,
Gracias a buen aparejo,
Comen algún bagre viejo
O zurubí barrigón,
No traigan a colación
Las custiones argentinas,
Ni hablen de Mitres ni Alsinas,
Porque pueden *allerarse*,
Y es cosa fiera atorarse
Cuándo se tragan espinas.

Tal vez tope a un tal Alberde,
Que anda por aquellos pagos
Echando sus güenos tragos
A salú de lo que muerde.
Digalé que el tiempo pierde
En sus ardiles, porque,
Asigún lo que yo sé,
Todo el sueldo *le han sentao*
A que ha vivido pegao
Lo mesmo que un saguaipé.

Digalés a esos *naciones*
Que asigún se anda corriendo,
Hoy día están pretendiendo
Maniarnos de los garrones ;

Que mas que tengan cañones
Con más rayas que el cotín,
No ha de cuajar el maquin
Que hoy día train entre manos,
Y que ya los mejicanos
Se han *basuriado* a un tal Prin...

Que se vengan, ño Aniceto,
Con armas de todas layas,
Aunque les hagan más rayas
Que letras tiene un boleto ;
Que también a ese respeto
La güelta les buscaremos,
Pues aquí les rayaremos
El lomo a nuestros cañones,
Y hasta a los escobillones
Cien mil rayas les haremos.

Por mi parte, he comenzao
A rayar el corvo ayer,
Y que rayas le he de hacer
Hasta en la vaina he jurao :
Lo he de dejar más rayao
Que una paré de *crujida*,
A ver si queda con vida
El primer gallego o gringo
A que le enderece el pingo
Y le haga una arremetida.

Si acaso por un evento
Viese a la Reina Vitoria,
Convénzala que no es gloria
Vivir en un campamento ;

Que refleicione un momento
Que ella es mujer, y no es justo
Que se exponga a tanto susto
Y a tanta incomodidá,
Buscando una enfermedá
Tan sólo de puro gusto.

Que aunque nunca la he tratao
Por no haberla conocido,
Causa que siempre ha vivido
En pago tan retirao,
Vide el retrato pintao
(Y es hembra muy cosa papa)
En el medio de la tapa
De una caja muy lucida
Que, por supuesto, vacida
Me dió un tiendero de yapa...

A otra cosa; cuando llegue,
Sea de noche o de día,
Por allá a una pulpería
No se me mame ni juegue,
Ni a hombre ninguno le pegue
Ni con el lomo siquiera,
Pues aunque usted se metiera
Bajo siete estaos de tierra,
En Francia o en Inglaterra
Lo han de sacar de ande quiera.

Si intentaran el burlarse
Porque va de chiripá,
Créame que *boliao* va
Si trata de retobarse.

Vea de no calentarse,
Pues no es bueno que se exceda;
Pague en la misma moneda,
Y si ellos se rain de usted,
De ellos también riase
Y amuélelos como pueda.

Lo mesmo que arroyo son
En cuanto a murmuradores,
Y se llenan de primores
Al santísimo botón:
Algunos train de un cordón
Dos vidriecitos colgaos,
Por parecer delicao
De la vista, cuando, amigo,
Ven a cien leguas un higo
Sus ojos despabilaos...

Y atienda, que esto es formal:
Güeno es que vaya avisao
De que allá han edificao
Un caserón de cristal.
Si va, deje el animal
Medio retirao, no sea
Que si por algo cocea
Vaya algún vidrio a quebrar,
Y a usted me le hagan pagar
Mucho más de lo que sea.

En fin, aunque usted se va
A tan retirada tierra,
Mi alma esperanza encierra
De verlo otra vez acá,

Que yo colijo que allá
No es fácil que pueda hallarse,
Pues no podrá aquerenciarse
Donde no hablan la castilla,
Ni saben lo que es bombilla:
¡Yo creo que eso es matarse!

Y asigün lo que yo sé,
La gente allá es muy tupida:
Dígame, ¿cuándo en la vida
Ha visto domar usté,
Como dicen que se ve
Domar allá un animal,
Poniéndole entre el morral
Un misto de clorofor,
Que sólo con el olor
Queda almario el bagual?

¿Y ande se han visto carreras
Como corren por allá?
Al menos, amigo, acá
No somos mulas tauneras:
Ellos dan gùeltas enteras
En vez de ir derecho viejo,
En un circo como un tejo
De redondo. ¡Mire, amigo,
Por dir a rairme, le digo
Que daría el azulejo!

Lo lindo es que el corredor
Va con una vestimenta
Que más colores ostenta
Que el pecho de un pica-flor;

Y en *apero de dotor*,
Por supuesto es la corrida;
Así ni bien se descuida
Ya tamién se refaló,
Y un trecho de suelo aró
Con la cabeza rompida.

En fin, yo creo que usté
Cuando se venga de allá
Vendrá conforme se va,
No como uno que yo sé,
Que solamente porque
Salió de tierra argentina,
Trujo la costumbre indina
De quererse hacer *bozal*,
Y preguntó qué animal
Era, al ver una gallina.¹

Porque yo no puedo creer
Que usté, amigazo, que es *Gallo*,
Y encelao, al fin y al fallo
Las quiera desconocer;
Ni yo puedo suponer
Que a un *Pollo* que lo aprecea
Le haga partida tan fea,
Sólo porque usté haiga andao
Mirando medio abombao
La fantasía uropea.

Abra el ojo por la mar,
Y es güeno que le aconseje
Que a su hijita no la deje

¹ Histórico.

Ni por asomos cantar,
Pues si la llega a escuchar
Una envidiosa sirena,
Afirmándose en la arena
Le puede el barco cociar,
Y yo no quiero llorar
De esa pérdida la pena.

Hasta al Espíritu Santo
Le rogaré por ustedes,
Y a la Virgen de Mercedes
Que los cubra con su manto.
Y Dios permita que en tanto
Vayan por la agua embarcaos,
No haiga en el cielo ñublaos,
Ni corcovos en las olas,
Ni el barco azoten las colas
De los morrudos pescaos.

Aquí este triste cantor
Sus versos fieros remata
Y en el cañuto los ata
De su barco de vapor.
No extrañe que ni una flor
Vaya en mi pobre *concierto*:
No da rosas el desierto,
Ni da claveles el cardo,
Ni dió nunca un triste nardo
Campo de yuyos cubierto.

Nadie ha sabido extraer del gaucho tanta gracia e ingenio
característicamente gauchescos, como del Campo.

Y llego ya a su obra maestra, el *Fausto*, verdadera joya

de nuestra poesía, donde tan bellamente se condensan, intensifican y elevan todas sus facultades poéticas, presentando un tipo artístico-gauchesco muy superior a cuanto le había precedido en el género.

El *dato* externo en que el poema se funda (lo que los italianos llamarían su *cornisa*) es sin duda convencional. Es necesario admitir, con un poco de manga ancha, dos cosas poco o nada verosímiles: primera, que un gaucha como Anastasio el Pollo hubiera podido tomar como *acción real* la que veía desarrollarse en un teatro lleno de tranquilos espectadores, y para asistir a la cual había pagado su entrada en la boletería; segunda, que, sin información previa, pudiese entender casi punto por punto la acción y el diálogo de una ópera cantada en italiano. Aceptado esto, que al fin no es esencial a la obra, aunque le sirva exteriormente de indispensable soporte, el poema resulta sencilla y totalmente admirable, y lleva el inconfundible sello de esas inspiraciones nacidas como de fuente, y de un solo impulso, en un momento felicísimo y único en la vida de un verdadero poeta. El procedimiento general es el de un diálogo entre los gauchos Anastasio el Pollo, pseudónimo habitual de nuestro poeta, y Laguna, *paisano del Bragao*, accidentalmente en esta capital. El encuentro y la conversación se realizan en el *bajo*, entre las toscas de la orilla del Río de la Plata.¹ Tal procedimiento, tan usado por sus predecesores, aparece aquí empleado con una maestría técnica antes desconocida. La conversación preliminar al relato, y el modo de conducirla para dar ocasión a éste,

¹ El señor D. Ricardo Rojas, en su obra ya citada en las *Notas* al primer tomo de esta *Antología*, *Los gauchescos* (página 654), dice que el diálogo "se realiza en las cercanías del Bragao, en mitad de la pampa." La distracción es evidente, ante lo concordemente expresado en diversos lugares del texto. Ya en la primer décima de la introducción se lee:

nada dejan que desear, ni como naturalidad ni como arte de buena ley. Y no obstante el largo relato de Anastasio el Pollo, el carácter de diálogo persiste siempre, no sólo en las frecuentes cuanto oportunas digresiones, sino también por las agudas, graciosas y típicas observaciones de Laguna a las incidencias de la acción. Véanse estas, que valen por muchas:

Antes de cruzar su acero
El Diablo el suelo rayó:
¡Viera el juego que salió!...
— ¡Qué sable para yesquero!

— ¡Qué no caírle una centella!
— ¿A quién? ¿Al sonso?
— ¡Pues digo!
Venir a osequiarla, amigo,
Con las mismas flores de ella!

—
En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caía al bajo al trocecito
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao
De apelativo Laguna, etc.

En la décima tercera:

En fin: como iba a contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó a desensillar...

Por último, y para que no haya duda posible, ya en conversación con Anastasio, y a la pregunta de éste: „*Qué anda haciendo en este pago?*“, dice Laguna:

Hace como una semana
Que he bajao a la ciudá,
Pues tengo necesidad
De ver si cobro una lana...

El Diablo tras de un rosal
 Sin'la vieja apareció...
 — ¡A la cuenta la largó
 Jediendo entre algún maizal!

Pero la parte esencial, trascendental y honda del *Fausto* es la luminosa revelación de la psicología del gaucho, en sus ideas, *filosofía*, sentimientos, malicias y carácter, al recibir y adaptar las *impresiones* del gran poema alemán. Esas impresiones, favorecidas por la base universalmente popular y legendaria de la obra de Goethe (lo que prueba un felicísimo instinto de elección en nuestro poeta), obran a modo de *reactivo* en el alma gaucha, para revelarla lírica y legítimamente idealizada a través del espíritu de su mágico evocador. ¡Y qué rica variedad de aspectos desplegada a través del vasto relato! Descripciones líricas de naturaleza, con las más felices observaciones de detalle, como las del amanecer y el anochecer en el jardín de Margarita

(De los campos el aliento
 Como sahumerio venía,
 Y alegre ya se ponía
 El ganao en movimiento ¹)

.....

(Al suelo *se descolgaban*
 Cantando los pajaritos.)

.....

¹ del Campo parece haber recordado aquí, superándola, la bella descripción de *La madrugada*, de Ascasubi:

Viento blandito del norte
 Por San Borombón cruzaba
 Sahumado, porque llegaba
 De Buenos-Aires, la corte
 Que entredormida dejaba.

(Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban
 Los pájaros que volaban
 A guarecerse en su nido);

retratos inolvidables y definitivos, como el del Diablo a su aparición, y el de Margarita; cuadros y escenas *de género*, como las del Diablo y Valentín en el *bodegón* del segundo acto y la serenata y desafío del cuarto; reflexiones caracterizadoras de la ingénita tristeza y fanatismo gauchesco

(Y en las toscas es divino
 Mirar las olas quebrarse,
 Como al fin viene a estrellarse
 El hombre con su destino);

intensas expresiones de sentimiento, en la digresión del enamorado sin esperanza

(¿ Qué habrá que no le recuerde
 Al bien de su alma querido,
 Si hasta cree ver su vestido
 En la nube que se pierde ?);

y sobre todo, en la noble y caballeresca pintura de la mujer seducida y abandonada, coronada con esta estrofa inmortal, la más patéticamente bella de toda nuestra poesía gauchesca:

Soltar al aire su queja
 Será su solo consuelo,
 Y empapar en llanto el pelo
 Del hijo que usté le deja.

Y todo ello profusamente salpicado de gracias, ocurrencias y malicias del más auténtico cuño gauchesco, sin

olvidar ni aun aquellas candorosas delectaciones pueriles, que parecen, por lo tenues, casi inasibles:

—Ya es güeno dir ensillando...
—Tome ese último traguito,
Y eche el frasco a ese pocilo
Para que quede boyando.

La maravilla de nuestro *Fausto* consiste para mí en haber recorrido tan vasta escala de representaciones y sentimientos, con tan verdadera poesía lírica y descriptiva, sin perder nunca el contacto con el espíritu, carácter y nivel del gaucho, sin que nada nos parezca impropio de su manera de pensar, sentir y expresar las cosas de la vida. Nos parece que su idealización se debe, no a una pintura convencional y arbitraria, sino a una penetración más profunda, que nos permite ver lo que habitualmente nos oculta su grosería o vulgaridad exterior. Es la milagrosa vara de Moisés, que hace saltar el agua de la roca. Ascasubi se identifica más *visiblemente* con ésta, pero rara vez nos ofrece, en algún ligero rocío, la transparencia y la frescura de aquélla. Y como en definitiva y dígame lo que se quiera, como lo he demostrado ya en otro lugar, no hay en nuestros poetas gauchescos tales *pajadores* auténticos (a no hablar metafóricamente, que en trabajos de crítica es la peor manera de hablar), sino poetas de arte más o menos cultos, intérpretes deliberados de un tipo popular sin verdadera *poesía* propia escrita o cantada, claro está que la posición artística de menor identificación con la envoltura exterior insonora y vulgar, sin trascendencia humana, para llegar más certeramente al alma misma de la representación que se busca, constituye una real e indiscutible superioridad, por cuanto en tales intimidades, todo,

hasta lo más limitado y pequeño, cobra universal interés y alto valor estético.

Estanislao del Campo nació en Buenos-Aires, el 7 de Febrero de 1834. Sirvió leal y valientemente la causa de Buenos-Aires en su lucha con la Confederación. Asistió como soldado al sitio de 1853, y luego a las batallas de Cepeda y de Pavón, donde ganó el grado de capitán. Triunfante su causa, fué, sucesivamente, empleado en la Aduana, Secretario de la Cámara de Representantes de Buenos-Aires, diputado, y por último, oficial mayor en el ministerio de gobierno de la Provincia. Perteneció al partido *alsinista*, y figuró con el grado de coronel en la revolución de 1874, en favor del Gobierno. Pasó enfermo sus últimos años y murió en esta ciudad el 6 de Noviembre de 1880, antes de cumplir cuarenta y siete años.

La primera edición de sus poesías, serias, festivas y gauchescas, es de 1870, con un prólogo de Mármol. En 1875 apareció una *tercera edición*, con algunos aumentos, por la imprenta de Casavalle, lo que indica la existencia de una *segunda*, de que no he visto ejemplar. Hoy están todas absolutamente fuera del comercio. No sería muy útil una reimpresión total, pero hace gran falta una buena y correcta edición de su gran obra, el *Fausto*, con arreglo a la del autor, incorporada en su citado volumen.

Hoy sólo puede leerse en una infame edición popular, o en la *Antología* de Puig, obra vasta y pesada de biblioteca, y en la cual aparece con bastantes incorrecciones. La edición de "La Cultura Argentina", en un volumen con *Martín Fierro* y *Santos Vega*, se halla agotada.

Por mi parte, tuve el deseo y la intención de publicar íntegra tan bella obra en esta *Antología*; pero la necesidad

de aborrrar páginas en el último tomo, que amenazaba resultar desmedido, me obligó a cercenar algunos trozos de menor interés, aunque no muchos. Dividido al fin este tercer tomo, como el segundo, en dos volúmenes, mi precaución ha resultado inútil, por lo cual añadido a continuación algunos trozos más, dignos de recuerdo, y entre ellos el relativo al acto segundo.

I

-
- El Pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Todo el baño que le dió
Jué dentrada por salida,
Y a la tosca consabida
Don Laguna se volvió,
Ande a don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Lárguese al suelo, cuñado,
Y vaya haciéndose cargo,
Que puede ser más que largo
El cuento que le he ofertao.
Desmanee el colorao,
Desate su maniador,
Y en ancas haga el favor
De acollararlos...

—Al grito:

¿Es manso el coloradito?

—¡Ese es un trebo de olor!

— Ya están acollaraditos...
— Déle un beso a esa giñiebra :
Yo le hice sonar de una hebra
Lo menos diez gorgoritos.
— Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usted,
Capaz de prenderselé
A una pipa de lejía...
— Hubo un tiempo en que solía...
— Vaya, amigo, larguesé.

III

.....
El lienzo otra vez alzaron
Y apareció un bodegón,
Ande se armó una riunión
En que algunos se mamaron.

Un don Valentín, velay,
Se hallaba allí en la ocasión,
Capitán muy guapetón
Que iba a dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
De la rubia, y conversaba
Con otro mozo que andaba
Viendo de hacerlo cuñado.

Don *Silverio*, o cosa así,
Se llamaba este individuo,
Que me pareció medio *ido*
O sonso cuanto lo vi.

Don Valentín le pedía
Que a la rubia le sirviera
En su ausencia...

— ¡Pues sonsera!
¡El otro qué más quería!

— El capitán, con su vaso,
A los presentes brindó,
Y en esto se apareció
De nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían
También echaría un trago,
Que era por no ser del pago
Que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación
Dijo el Diablo que era brujo:
Pidió un ajénjo, y lo trujo
El mozo del bodegón.

“No tomo bebida sola”,
Dijo el Diablo: se subió
A un banco, y vi que le echó
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil
Entre la copa sonó
Y a echar llamas comenzó
Como si fuera un candil.

Todo el mundo reculó;
Pero el Diablo sin turbarse
Les dijo: — “No hay que asustarse”;
Y la copa se empinó.

— ¡Qué buche ! ¡ Dios soberano
— Por no parecer morao
El capitán jué, cuñao,
Y le dió al Diablo la mano.

Satanás le registró
Los dedos con grande afán,
Y le dijo : — “ Capitán,
Pronto muere, crealó.”

El capitán, retobao,
Peló la lata, y Luzbel
No quiso ser menos que él
Y peló un amojosao.

Antes de cruzar su acero,
El Diablo el suelo rayó :
¡ Viera el juego que salió !
— ¡ Qué sable para yesquero !

— ¿ Qué dice ? ¡ Había de oler
El jedor que iba largando
Mientras estaba chispeando
El sable de Lucifer !

No bien a tocarse van
Las hojas, creameló,
La mitá al suelo cayó
Del sable del capitán.

“ ¡ Este es el Diablo en figura
De hombre ! ” el capitán gritó,
Y al grito le presentó
La cruz de la empuñadura.

¡ Viera al Diablo retorcerse
Como culebra, aparcero !
— ¡ Oiganlé !

— Mordió el acero
Y comenzó a estremecerse.

Los otros se aprovecharon
Y se apretaron el gorro :
Sin duda a pedir socorro
O a *dar parte* dispararon.

En esto don Fausto entró,
Y conforme al Diablo vido,
Le dijo : — “ ¿ Qué ha sucedido ? ”
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió a clamar
Por su rubia, y Lucifer,
Valido de su poder,
Se la volvió a presentar.

Pues que golpiando en el suelo
En un baile apareció,
Y don Fausto le pidió
Que lo acompañase a un *cielo*.

No hubo forma que bailara :
La rubia se encaprichó ;
De balde el Dotor clamó
Por que no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,
Le contó al demonio el caso :
Pero él le dijo : — “ Amigaso,
No tiene por qué afligirse :

Si en el baile no ha alcanzao
 El poderla arrocinar,
 Deje : le hemos de buscar
 La güelta por otro lao.

Y mañana a más tardar
 Gozará de sus amores,
 Que a otras mil veces mejores
 Las he visto cabrestiar.”

¡Valsa general! gritó
 El bastonero niamao ;
 Pero en esto el cortinao
 Por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo
 Si le parece...

— ¡Pues no !

— Tome el naco, piqueló,
 Usté tiene mi cuchillo.

La admirable pintura del amador desdeñado, que va en el texto (IV), se complementa así en el poema:

Ansina sufre en la ausencia
 Quien sin ser querido quiere ;
 Ahora verá cómo muere
 De su prenda en la presencia.

Si en frente de esa deidá
 En alguna parte se halla,
 Es otra nueva batalla
 Que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos.
Le alumbra la triste frente,
Usté, don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza a alzarse
A la cabeza en tropel,
Y cree que quiere esa cruel
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega
Esa ligera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que la aniega

Y usté firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.

.....

VI

Las hembras, en mi opinión,
Train un destino más fiero,
Y si quiere, compañero,
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,
Una delicia es cada hoja,
Y hasta el rocío la moja
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor
Linda, fresca y olorosa :
A ella va la mariposa,
A ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
Se prenda al verla tan bella,
Y no pasa por sobre ella
Sin darle un beso primero.

; Lástima causa esa flor
Al verla tan consentida !
Cree que es tan larga su vida .
Como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja
A la renegrida nube,
Ni ve el gusano que sube,
Ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
De la pobrecita cabe,
Pues que se hamaca no sabe
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
Sin la menor desconfianza,
Y el gusano ya la alcanza...
Y el sol de las doce llega...

Se va el sol abrasador, .
Pasa a otra planta el gusano,
Y la tarde... encuentra, hermano,
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñao,
Cuando entre flores vivía,
Y diga si presumía
Destino tan desgraciao...

JOSÉ HERNÁNDEZ

Próximo a agotarse el género gauchesco, hubo de hacer su mayor esfuerzo y condensar todas sus energías, para darnos, en el último ejemplar, su obra definitiva. Bajo su envoltura vulgar, que le atrajo el desdén de críticos superficiales y pseudo-delicados, y en cuadro limitado y *local*, el *Martín Fierro* encierra una vigorosa y amarga representación de la vida. Lo que en Ascasubi fué, como en el creador del género, instrumento de acción y de guerra, o narración superficial de novelescas aventuras, y en del Campo una bella fantasía para expresar individualmente, no a través de una acción real y directa, sino de un hipotético dato, el íntimo sentir y el carácter general del gaucho, en Hernández se convierte en medio de una patética narración realista, llena de verdad y de dolor humano, y representativa de un estado y de una clase social en el período de su definitiva declinación. De ahí su carácter grave y trágico y la emoción superior que de sus páginas se desprende.

En mi nota sobre Hidalgo (tomo 1º, páginas 151 y siguientes de esta obra) expuse ya mi concepto general acerca del carácter y debida clasificación de nuestra poesía gauchesca, y algo he tenido ocasión de agregar en las notas

precedentes a ésta, sobre Ascasubi y del Campo. Debo ahora, sin incurrir en repeticiones inútiles, relacionar dicho concepto con la obra capital del género, el *Martín Fierro*, ya que es ella la que ha dado lugar últimamente a mayores extravíos y confusiones de juicio, al pretender, más lírica que científicamente, definir su verdadero carácter.

Ante todo, debo observar que es ya demasiado tarde para querer fundar una clasificación *filosófica* del poema refutando conceptos y teorías de estrechos preceptistas y retóricos pseudo-clásicos del siglo XVIII, hoy desmonetizados. Eso es buscar una victoria demasiado fácil, para la cual no es ciertamente necesario ser un Hércules ni un Hindenburg. Hay que batirse en otro terreno más moderno y con armas muy diferentes. Por otra parte, la distinción fundamental entre la epopeya espontánea y la literaria, así como el reconocimiento de muy diversas especies de epopeyas genuinas y primitivas, según las épocas y las razas que las engendran, son hoy cosas corrientes para toda crítica regularmente ilustrada, aunque no pretenda descubrir a América después de Colón. Lo que se necesita, y no siempre sucede, es comprenderlas y aplicarlas bien.

El mayor desbarro que últimamente se ha cometido con respecto a *Martín Fierro*, se refiere precisamente a su *clasificación poética*. En vez de estudiarle profundamente en sí, en sus méritos y caracteres individuales y *sui generis*, se ha querido engrandecerlo y glorificarlo por medio de falsas y ambiciosas analogías, encasillándole, no filosófica sino retóricamente, en una de las más altas y excepcionales categorías poéticas conocidas: la epopeya primitiva y genuina. Apenas puede concebirse más vano empeño que el de tal asimilación.

Nadie ha de desconocer hoy, seguramente, que la epopeya primitiva, espontánea, puede presentarse y se ha presentado en condiciones muy diferentes, según las razas, civilizaciones y épocas a que responda. Su mismo carácter *natural*, al ligar íntimamente esa forma poética al pueblo de donde brota, la va presentando con caracteres diversos en sus distintas manifestaciones históricas, manteniéndola ajena a toda imitación. Nadie puede ser hoy tan necio como para no admitir más epopeya genuina que la del tipo homérico, o medieval. Cada vez que las condiciones de una civilización semiprimitiva lo permitan, y su poético intérprete aparezca, la epopeya surgirá con caracteres propios y originales, aunque no alcance la integridad y perfección que, por un conjunto de circunstancias excepcionales, logró en los poemas homéricos, y por lo cual es prudente no manosearlos demasiado... No hay, pues, para qué enredarse en una demostración que nadie pide ni necesita. Pero, si la epopeya genuina es un *género*, que puede teóricamente *explicarse* (sin *cánones*, que parecen ser todavía hoy la pesadilla de críticos revolucionarios, anclados del año 15 al 30 de la pasada centuria), es evidente que debe estar constituido por ciertos *elementos fundamentales*, persistentes a través de todos los caracteres diferenciales de raza, tiempo y lugar.

Y bien, son precisamente esos fundamentos universales de la epopeya espontánea los que faltan *de todo en todo*, puede categóricamente afirmarse, en *Martín Fierro*, haciendo quimérica, no ya la semejanza particular, sino la *libre analogía* que debe por fuerza enlazar los más diversos ejemplares del género. Nuestro hermoso poema gauchesco contiene, sin duda, elementos épicos reflejos, pero nada tiene que ver con

la verdadera epopeya, ni por su asunto, ni por su medio, ni por su época, ni por su tipo central, ni por su procedimiento, ni por su tendencia, ni por su lenguaje, ni por su *autor*. Yo siento mucho tener que discutir esto, que me parece tan obvio; pero el aparato y la difusión dada a la ampulosa teoría epopeyista me obliga a ello. Al hacerlo, repito que no me refiero a la semejanza o desemejanza del poema argentino con los caracteres particulares de los antiguos o medievales, ni menos dejando — en santa paz a Dante, que no es épico, sino complejo autor de un poema único y *sui generis*, ni es renacentista, sino profunda y definitiva expresión de la Edad Media, ni conoció a Homero sino de nombre, ni *imitó* a Virgilio, aunque le tomara por guía de su viaje infernal, y algo le debiera en el arte de pintar figuras individuales y vivas, y en

Lo bello stile che m'a fatto onore -

ni menos, digo, a las epopeyas literarias del Renacimiento, con imitaciones clásicas formales, pero con novísimo espíritu.

El asunto del *Martin Fierro* no es propiamente *nacional*, ni menos de raza, ni se relaciona en modo alguno con nuestros *origenes* como pueblo ni como nación políticamente constituida. Trátase en él de las dolorosas vicisitudes de la vida de un gaucho, *en el último tercio del siglo anterior*, en la época de la decadencia y próxima desaparición de ese tipo local y transitorio nuestro, ante una organización social que lo aniquila, contadas o cantadas por el mismo protagonista. Falta, pues, en él, ante todo, el elemento legendario propio de toda epopeya primitiva, el *hecho histórico* convertido en *leyenda* por una larga elaboración del sentimiento y la imaginación popular, que lo va depurando e idealizando, hasta transformarlo en verdadero espejo y trasunto suyo en el perio-

do de su desenvolvimiento triunfal. ¿Y no sé yo qué orígenes nuestros podían popularmente cantarse, ni históricos, ni poéticamente idealizados, en 1872, con asunto *local y contemporáneo*, en medio del gran caudal de cultura social, política, literaria, atesorado en la tradición varias veces secular de nuestra gran raza hispánica (no latina), y con nuestro propio esfuerzo de nación libre e independiente, formada y fecundada por la civilización europea! Dar el nombre de *orígenes nacionales* a nuestro *último período* de pelea de frontera con la indiada, que aseguró el cultivo pacífico de nuestra campaña por el inmigrante europeo, es, a todas luces, abusar temeraria y ampulosamente del término. ¿Y qué contradicción más flagrante que la de ver una rapsodia de nuestros orígenes histórico-legendarios en un asunto *actual*, representativo de la decadencia y desaparición del mismo tipo y costumbres locales y accidentales que se pretende erigir en eje, alma y núcleo esencial de la familia argentina? ¿Cómo, desaparecido todo eso, la nación, en vez de desintegrarse, se alza más hermosa y pujante que nunca, libre de la vulgaridad y la barbarie gauchesca que sus precarias circunstancias históricas le impusieran un tiempo, sin perder por ello su carácter, su tradición, su estructura, ni adulterar su lengua? “A medida que *nuestra civilización* — he dicho yo en otra parte — *desviada y detenida un tiempo por el desierto*, ha ido buscando su nivel con la cultura europea, de donde originariamente procede, y la industria surge, y el comercio se activa, y el territorio se puebla, y la instrucción se difunde, el gaucho languidece y muere, o degenera, sin que su desaparición altere ni desintegre en lo más mínimo nuestra alma nacional, de la cual él no pudo ser nunca verdadera raíz y fundamento”. Y téngase en cuenta, por otra parte, que *Martin Fierro* no

canta siquiera esa evolución *nacional* contemporánea que, al desligarnos del gaucho, nos lleva a un plano superior de civilización y de cultura, ni se relaciona en modo alguno con ella: al poeta sólo le interesa su gaucho, decadente y perseguido, y su obra, bella y fuerte sin duda, no es más que una larga elegía gauchesca. A cualquiera se le ocurre que la base o argumento de un poema o *canción de gesta* nacional, ha de ser, *necesariamente*, una *empresa nacional* o de raza, de carácter colectivo. Pero de ello no hay ni rastros en *Martín Fierro*, cuya acción se refiere a un *caso individual*, a las desdichadas aventuras de un gaucho matrero alzado contra la autoridad. Lo que en esto hay de representativo no alcanza, ni con mucho, a darle verdadero y amplio carácter épico, ni excede a lo que es propio de toda acción poética de cierta intensidad, ya sea de una novela o de un drama. Dice, pues, con toda razón el señor Rojas, en su libro *Los gauchescos*, aunque poniéndose en abierta contradicción con otros pasajes del mismo: "Ascasubi y Hernández han narrado dos historias vulgares en la vida del desierto argentino, pero sin vincularlas a la idea superior y permanente de la nacionalidad a que el desierto y sus protagonistas pertenecían. Echeverría, en cambio, con noble exaltación romántica, quiso vincular las aventuras de Maria y de Brian a los ideales y las tradiciones heroicas de su patria."¹ Se ve así que el autor de *Los gauchescos*, al hablar más adelante de *Martín Fierro*, se ha ido entusiasmando insensiblemente, hasta dar en una especie de vértigo épico, que le ha hecho perder de vista estas mismas juiciosas apreciaciones suyas. En verdad, un poema cerrado de gauchos y de indios, cualquiera que sea su

¹ Op. cit., pág. 429.

mérito, aun prescindiendo de los demás impedimentos antes indicados, no es ni podrá ser nunca una *epopeya argentina*. Pese a todos los fetichismos gauchescos e indígenas, y a nuestra relativa y desdichada mezcla con aborígenes, por la cual los yanquis nos llaman *espurios*, ni el gaucho ni el indio pueden explicar ni caracterizar nuestra nacionalidad, ni nuestro español abolengo, ni nuestras tradicionales costumbres, ni nuestra rica herencia europea, ni las luces y sombras de nuestra historia, ni nuestro actual desenvolvimiento, ni el ideal superior de nuestra cultura. “La América civilizada — dice incontrovertiblemente Valera — no es ni puede ser sino la prolongación, el complemento, una parte del triunfo de la civilización europea y cristiana sobre la naturaleza bravia y no domada aún por el hombre; y sobre las razas bárbaras y salvajes, que, al contacto de los europeos, o se mezclan con ellos y se regeneran y levantan, o perecen y se hunden.”¹ Con no menos certero juicio ha dicho también el Dr. Rodolfo Rivarola al respecto: Creo que el *Martín Fierro* habría tenido el valor que se le supone de poema nacional... si la raza criolla para la cual fué escrito y de la cual surgió, se hubiera desenvuelto vegetativamente, y no hubiera, por lo contrario, sido absorbida y reemplazada por otra, que sólo puede apreciar al héroe en lo que tenga de humano... y no por lo que tenga de “nacional”. Si Hernández escribió el poema de la raza, lo que puede faltar hoy que todavía está, el poema, es la raza, *que no está más...*

No menos ajeno a una verdadera epopeya popular es el héroe de nuestro poema. Tampoco hay en él esa idealización instintiva y legendaria que sin desvanecer el vivo

¹ *Cartas americanas*, primera serie, pág. 103 — Madrid, 1889.

sello individual, lo depura y eleva a una alta representación general, dándole cierto espontáneo valor simbólico. Tal sucede hasta en los poemas menos fantásticos y más concretamente históricos, como *La gesta del Cid*, cuyo héroe es una idealización castellana del guerrero real del último tercio del siglo XI. En Martín Fierro no hay nada de esto. Es sólo una pintura vigorosamente realista de un caso individual, contaminado de muchas impurezas vulgares, representativo, a lo sumo, no del gaucho ideal y legendario, sino de una especie maltratada y adulterada por las asperezas de la vida vulgar, por su propio e irremediable anacronismo ante una sociedad que lo rechaza sin experimentar el menor desgarramiento en sus fibras fundamentales, y con visible declinación hacia el tipo *moreiresco* de gaucho malo, agresivo, matón y peleador con la policía. Persisten, sin duda, elementos sanos en Fierro, como lo prueba su leal amistad con Cruz, su formidable lucha con el indio en favor de la cristiana cautiva y sus propósitos de regeneración y templanza en la segunda parte del poema: ello le da al fin más elevado interés y contribuye a hacerle simpático; pero de él a la representación suprema del gaucho argentino en la plenitud de su tipo y los prestigios de su leyenda popular, media un abismo insalvable. El héroe gauchesco de una verdadera epopeya, aun en el supuesto deleznable de que hubiera podido escribirse con tal materia y en tal época, no podía ser otro que Santos Vega, malogrado por Ascasubi y tan hermosamente presentado en la *tradición* de Rafael Obligado, en composición culta de otra naturaleza. "No era el vagabundo *demasiado humano*, que Hernández ha pintado en Martín Fierro - reconoce el mismo señor Rojas. Era algo más noble: el gaucho cantor de las Ha-

nuras argentinas, enamorado, patriota y valiente, con toda la fuerza de una figura real y todo el encanto de un personaje simbólico.”¹ La *empresa* de Martín Fierro es personal, y no colectiva, lo que hace de él un personaje representativo de novela o de drama, y no de epopeya.

El *procedimiento* de relato autobiográfico, contado y cantado por el mismo protagonista, es todo lo más inadecuado que cabe imaginar en una epopeya. ¿Cómo ha de conservar la objetividad, la serenidad, la *impersonalidad* épica, tan esenciales al género, quien cuenta sus propias terribles desdichas, su vida deshecha, alternando necesariamente el relato con el lamento elegíaco o la protesta indignada? ¿Qué tiene que ver esto con la tranquila narración de hechos antiguos, irrevocables, colectivos, cuya lejana perspectiva los ha transformado en leyenda, y a los cuales el narrador o cantor está personalmente ajeno? En el *Martín Fierro*, los elementos épicos parciales y limitados que de la acción se desprenden, están embebidos en los sentimientos líricos y elegíacos del que es a un tiempo narrador y protagonista, o en el odio que le inspira la organización que lo oprime. Con razón, pues, se ha observado que el tono de Ascasubi en *Santos Vega* es más genuinamente épico, más serenamente objetivo. Y aun debo observar a tal propósito, prestando por un momento de toda disquisición de género, que la narración cantada, acompañada de la cítara o la vihuela, tan propia de los aedas antiguos y de los troveros o juglares de la Edad Media, me parece un procedimiento artificial y caprichoso en Martín Fierro, cuya *payada autobiográfica*, al són de la guitarra, resulta sobrado largo y poco propia de quien narra *in-extenso*

¹ *Los gauchescos*, página 413.

sus desventuras, marcadas en carne viva¹... Yo estoy persuadido de que ningún payador de verdad habría hecho en el caso otro tanto. Es este uno de los lugares del poema en que se descubre la superposición del autor verdadero al payador fingido.

El lenguaje del poema es otro elemento que depone en contra del pretendido carácter genuinamente popular del mismo, como verdadera epopeya. No es ese lenguaje el que el pueblo y su órgano poético usan en común, identificándose espontánea y espiritualmente en él; sino una deliberada imitación del habla vulgar gauchesca, inculta y *retardada*, por un poeta culto, que habla y escribe generalmente en buen castellano, para pintar más íntegramente su tipo favorito, uniendo a su trazado moral el modo de expresión que le es propio, como hace también el autor dramático que lleva rústicos a la escena. Este procedimiento, demostrativo de que tal poesía no nace realmente del pueblo, sino que va hacia él, para que pueda comprenderla y gustarla, y aun *educarse* a su modo con ella, persiste desde Hidalgo en nuestros poemas gauchescos y está sujeto a incongruencias inevitables, obligando a veces al poeta a estirar el poncho para que no se le vea la levita. Y es curioso que teniendo Hernández tan gran conocimiento y *sentimiento* del gaucha, y habiendo convivido tanto con él, incurra con más frecuencia que sus antecesores en notables disonancias cultas entre el lenguaje gauchesco. Hidalgo y Ascasubi, acaso por pertenecer a una época anterior, y del campo por más cuidadoso esmero, manejan dicho lenguaje de un modo más homogéneo, aun sin llegar a tan íntima

¹ La substitución, a veces, del canto por la *relación*, es meramente accidental y no debilita lo que digo.

penetración del alma popular campesina. Desde luego, abundan en *Marlín Fierro* los participios correctos en *ado*, que el gaucho no pronunciaba jamás; unas veces por causa de la medida del verso, lo que explica, pero no justifica el hecho; otras, al parecer, por simple negligencia del autor o de¹ impresor, o de ambos sucesivamente. Véanse ejemplos de una y otra clase: ¹

... Muchas veces he *deseado*
No nos hubiera *salvado*
Ni jamás haberlo visto...

El que nos había *salvado*
Cayó también *atacado*
De la fiebre y la virgüela.

Fuimos a estar a su *lado*
Para ayudarlo a curar...

Me recomendó un hijito
Que en su pago había *dejado*
" Ha quedado *abandonado*,
" Me dijo, aquel pobrecito...

A juerza de precaución
Muchas veces he *salvado*,
Pues en un trance *apurado*
Es mortal cualquier descuido...

En tamaña incertidumbre,
En trance tan *apurado*,
No podía por de *contado*

¹ Me sirvo del texto publicado este año en la *Biblioteca Argentina*, dirigida por D. Ricardo Rojas.

Escaparme de otra suerte,
Sino dando 'al indio muerte,
O quedando allí *estirado*...

Siempre he *cruzado* los aires
Como el pájaro sin nido...

Y he *jurado* que jamás
Me la han de llevar robada.

Otras veces la *incorrección* consiste en hacer conjugar correctamente ciertas formas de verbo, contra la más inveterada costumbre gauchesca... y criolla en general. Véase, en prueba, este ejemplo, que vale por muchos:

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te *vayas* a turbar,
No te *agrandes* ni te *achiques*,
Es preciso que me *espliques*
Cuál es el canto del mar.

Y no es tampoco rara la disonante mezcla de formas correctas y vulgares:

A naides *tengás* envidia;
Es muy triste el envidiar:
Cuando *veás* a otro ganar
A estorbarlo no te *metas*:
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar.

En cuanto a la versificación, adviértese en seguida el deliberado designio de la incorrección para que *parezca*

espontáneamente popular. Al efecto, el poeta mezcla constantemente la consonancia y la asonancia, y adopta desde un extremo a otro del poema un *sistema uniforme* de vulgarismo, que consiste en rimar una palabra en singular con otra en plural. Tomo a la ventura :

Y siempre con *alegría*
Ve salir las tres *marías*...

Me refalé las espuelas
Para no peliar con *grillos*,
Me arremangué el *calzoncillo*
Y me apreté bien la faja...

Del lao que venía el *viento*
Oí unos tristes *lamentos*
Que llamaron mi atención...

Llamé al Alcalde, y al punto
Acompañado se *vino*
De tres o cuatro *vecinos*...

Hace mal el que se *niegue*
Dende que lo sabe hacer,
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los *rueguen*.

El sic de ceteris. Añádanse aquí y allá, aunque no frecuentes, algunas expresiones de índole poco gauchesca, de que dí alguna muestra en mi nota sobre Hidalgo, y se verá la distancia inmensa que separa estas adaptaciones más o menos artificiosas de formas *antiguadas y degeneradas* por el estancamiento de una clase y su ignorancia vulgar, del

habla *en formación*, rústica, pintoresca y sencilla, de un pueblo naciente, espontáneamente compartida por quien en su canto lo representa.

Por último, es de la más clara evidencia que una genuina epopeya popular, o, hablando más generalmente, una poesía popular, no puede ser obra de un hombre intelectualmente superior, por su educación y su clase, al pueblo cuyo sentir *interpreta*. Por más íntimo conocimiento que de él tenga, por mucha simpatía y atracción que le inspire, y aun a través del elemento popular que por reflejo persista, el pensamiento individual, la intención, la personalidad del poeta culto flotarán visiblemente en el canto popularizado, señalando entre éste y la poesía realmente popular, entre el poeta y el pueblo, una imborrable diferencia. Tal es el caso de toda nuestra poesía gauchesca, desde Hidalgo hasta Hernández. Éste es sin duda el más épico, en cuanto a la representación de una clase popular (aunque reducida al momento de su degeneración) en su poema; el que se pone más íntimamente en contacto con la tristeza, el dolor, el alma del gaucho; el que realiza una obra más vigorosa, imponente y conmovedora; pero la profunda distinción señalada no desaparece por ello. Abundan dentro y fuera del *Martín Fierro* las pruebas más convincentes del plano superior en que está deliberadamente el poeta con respecto a su asunto y a sus tipos, de su concepción y *tendencia* personal. Veamos primero algunas externas, pero auténticas, por ser documentos del poeta mismo. "Me he *esforzado*" dice en su conocida carta a José Zoilo Miguens, "sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, *concentrando* el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; *dotándolo* con

todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y los arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado. *Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.* "... Y he deseado todo esto, empenándome en *imitar* ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en *copiar* sus reflexiones... en *respetar* la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en *dibujar* el orden de sus impresiones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente... en *retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible*, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que *es difícil estudiarlo*, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan *las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.*" ¡Cuánto se pasmaría ahora Hernández al verse transformado en aeda o *trovero* popular, en payador de verdad, y, con la divina inconsciencia de los bardos primitivos, en cantor de nuestros *orígenes*!

La intención francamente docente y la tendencia reformista del poema — antítesis de la poesía popular y espontánea, y por tanto ausente de toda primitiva epopeya, — ha sido confesada por Hernández del modo más categórico. En las *Cuatro palabras* que preceden a *La vuelta de Martín Fierro*, se lee: "En cuanto a la parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista, al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré

que muchos defectos están allí con el objeto de *hacer más evidente la imitación de los que lo son en realidad.*

“Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, *debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos, en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.* Sólo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y sólo así esa lectura puede serles *amena, interesante y útil, pero:*

“*Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar;*

“*Enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales;*

“*Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos a obrar bien;*

“*Afando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia...*”

Y continúa el poeta-pensador y docente enumerando por extenso todo lo que debe *enseñarse poéticamente* al gaucho. Y luego añade que un libro que todo eso enseñe será un buen libro, aunque diga “*naidés por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo, u otros barbarismos semejantes,*” cuya *enmienda* le está reservada a la escuela, llama-

¹ Que en un verdadero lenguaje popular primitivo no lo serían (N. del C.).

da a llenar un vacío *que el poema debe respetar*, y a corregir vicios y defectos de frascología, QUE SON TAMBIÉN ELEMENTOS DE QUE SE DEBE APODERAR EL ARTE para *combatir y extirpar* males morales más fundamentales y trascendentales, examinándolos bajo el punto de vista *de una filosofía más elevada y pura.*”

En cuanto a la tendencia de reforma social en *Martín Fierro*, el mismo Hernández dice, en su carta *A los editores de la octava edición* (Montevideo, Agosto de 1871), del modo más concluyente: “Quizá tiene razón el señor Pelliza al suponer que mi trabajo *responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho.*” Y expone en seguida toda su teoría reformista al respecto. Luego añade: “De estas ideas, a darle a un libro *la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer.* Sus límites se tocan visiblemente... Para *abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad*, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro, y, por último, el folleto... *Me he servido de este último elemento*, y en cuanto a la forma empleada, el juicio sólo podría pertenecer a los dominios de la literatura. Pero en este terreno, *Martín Fierro* no sigue ni podía seguir otra *escuela* que la que es tradicional al inculto payador.” ¡He ahí a una *poesía popular*, a toda una epopeya primitiva y genuina, convertida por su propio *aedo* en folleto de propaganda! Se dirá que el *hecho* puede resultar mucho mayor y aun distinto del *designio*, cuando el pensador o reformador es al mismo tiempo un poeta, como sucedió en el *Quijote*. Ciertamente, y de otro modo no sería *Martín Fierro* el gran poema que es: pero la intención

confesada por el autor y puesta bien de manifiesto en todo el poema, no sólo en su impulso inicial, demuestra, con todas las demás circunstancias, el absurdo de la clasificación que combato.

Con razón dice, pues, Menéndez y Pelayo, aunque tratando de atenuar su disidencia, que *quizá* el poema no sea tan *genuinamente popular* como se pretende, "aunque sea sin duda de lo más popular *que hoy puede hacerse*; quizá el pensamiento de reforma social resulte en el poema de Hernández más visible de lo que convendría a la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada *La vuelta de Martín Fierro*." Y en otro lugar observa: "Ni Estanislao del Campo, hijo de un coronel de la guerra de la Independencia, diputado varias veces, secretario del Gobierno de Buenos-Aires, ni Hilario Ascasubi, ayudante del general Urquiza; ni José Hernández, antiguo redactor de *El Río de la Plata*, pueden ser calificados en rigor [de *payadores* ni de *poetas populares*; hay en sus obras mucho *dilettantismo* artístico; pero la libra popular persiste, y en el último llega a manifestarse epicamente."¹

Y así como se ha visto, en lo que precede, al escritor de intención docente y al abogado del gaucho, véase, para complemento final, al *artista*, consciente de sí mismo y contemplando complacido, en un momento altamente trágico, su bella obra. En la tremenda lucha de Martín Fierro con el indio, en las tolderías, suspende un momento su relato el protagonista, para que el poeta artista, José Hernández, diga por su boca:

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno:

¹ *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo II, págs. 469 y 473.

Ella en su dolor materno,
Yo con la lengua de juera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Cuanto queda extensamente expuesto, indispensable para colocar a *Martín Fierro* en su verdadero lugar, renunciando a falsas y quiméricas analogías, nada depone contra el mérito eminente del poema. Los que han censurado a Ercilla, fundándose en que *La Araucana* no llena las condiciones de la epopeya (literaria, se entiende), han cometido la necesidad de exigirle lo que él no pensó ni quiso hacer, sino un simple *poema histórico*, al que sólo en tal concepto es permitido apreciar. Poco supone, asimismo, que el *Martín Fierro* no sea lo que absolutamente no podía ser, con tal asunto y en tal época, una poesía popular *ex integra causa*, una genuina epopeya: nos basta con que sea un hermoso poema *sui generis*, semi-popular y semi-artístico, un caso admirable de interpretación y penetración del alma gauchesca por un poeta culto, de espíritu muy superior a ella, en cuya virtud, a la vez que le ha prestado su propio concepto social, su compasión y su reformador entusiasmo, se ha identificado con su sentimiento y con su carácter, con las injusticias y desdichas de que la contempla víctima, haciéndola pintorescamente expresarse, por imitación deliberada, en su lenguaje vulgar. Lo que nos importa es esa mezcla de elementos épicos y líricos, bélicos y elegíacos, con que se narra y se expresa a la vez, describiéndola y sintiéndola, una conmovedora tragedia individual y colectiva, llena de fuerza y de carácter.

Es indudable, sin embargo, que, por lo que tiene de *alegato* en favor del gaucho, en *Martín Fierro* se tiende a

cargar las tintas y a dar una representación demasiado general a la clase toda, por donde el que forme exclusivamente su juicio sobre su suerte en las páginas del poema, puede adquirir, por lo menos, una idea incompleta. Los que hemos alcanzado a conocer los gauchos en nuestras *estancias* sabemos que no todos, ni con mucho, eran víctimas del comandante o del juez de paz. Las injusticias y abusos de una deficiente organización social y política no podían faltar, ni contra el gaucho, ni contra cualquier otra clase popular, según hoy mismo puede observarse en la precaria vida de nuestra poco poblada campaña: pero la poesía, y especialmente la poesía tendenciosa, al pintar *exclusivamente* lo que necesita para sus fines, llega fácilmente, por medio de un caso individual y sintético, a una generalización excesiva. Muchos *paisanos*, en los mismos tiempos de Hernández, vivían libre y pacíficamente dedicados a sus trabajos campesinos favoritos, tratados y queridos por sus patrones como si formaran parte de la familia. El gaucho bueno y pacífico no se veía generalmente en la ocasión o necesidad de hacerse matrero, de beber y matar en las pulperías, para pelear después a la *partida*. De todo había en la viña del Señor, y conviene no olvidarlo al experimentar la intensa sugestión de *Martin Fierro*. Ella se debe a múltiples elementos, bien fundidos y armonizados: el vigoroso trazado de los tipos, entre los que descuella, como una encina, el héroe del poema; la descripción de las luchas de Fierro, especialmente la sostenida larga y ferozmente con el indio por la cristiana cautiva, en la cual la rudeza salvaje de los combatientes, así como el lugar y ambiente de la terrible escena, traen un punto el recuerdo de las luchas primitivas y homéricas, como sucede en *La Araucana* con la famosa prueba

del troneo, ejecutada por Caupolicán; el sentimiento de la naturaleza, que por todas partes asoma en diversas formas; la efusión lírica, que extiende como un velo de tristeza sobre la trama narrativa, y, por último, el rico caudal de refranes, tan pintorescos, agudos y sabrosos, como henchidos de experiencia práctica de la vida.

En cuanto a la comparación de la primera parte con la segunda (*ida y vuelta* de Martín Fierro), creo que es común injusticia dar una decidida preferencia a aquélla. Hay, sí, en la primera mayor frescura de ejecución y un impulso más espontáneo, mientras en la segunda se acentúa, en su perjuicio, la tendencia reformadora del abogado-poeta; pero existen considerables trozos y pinturas en la segunda, que no sólo no ceden, sino que superan en intensidad a los mejores de la anterior, como la muerte de Cruz y el dolor de su amigo, la lucha con el indio, antes indicada, el admirable, inolvidable y clásico retrato del viejo Vizcacha, en su vida y su muerte, y la magnífica *payada* de Fierro con el moreno. Martín Fierro, además, aparece en ella más humano y más rico de elementos morales, con más hondo y simpático espíritu, curado de su vulgar matrerismo agresivo y realzado y como regenerado por el remordimiento y el surco doloroso de la primera época de su vida.

José Hernández nació en San Martín, provincia de Buenos-Aires, el 10 de Noviembre de 1834. En su primer época, hizo completa vida de campo, participando de sus trabajos, sirviendo en milicias y adquiriendo por contacto directo ese conocimiento de gauchos y de indios, que tan fielmente había de pintar después. Como político, fué siempre *federal*, desde la época de Rosas, en que combatió a las órdenes de D. Prudencio, hermano del tirano, hasta la de Urquiza, en

la lucha de Buenos-Aires con la Confederación. En 1858 pasó al Paraná, y asistió luego a las batallas de Cepeda y de Pavón, donde obtuvo el grado de sargento mayor. Fué taquígrafo del Senado en el Paraná y secretario del vice presidente Pedernera. Vencida la Confederación, pasó a Corrientes y desempeñó los cargos de fiscal y ministro de hacienda en el gobierno de Evaristo López. Estuvo en el Rosario de 1864 a 1868, en que volvió a Buenos-Aires y fundó *El Río de la Plata*. La rebelión de López Jordán, de 1870, le contó desgraciadamente de su parte, y tras la derrota de Ñaembé, emigró al Brasil, de donde volvió luego a Montevideo y escribió en *La Patria* de esa ciudad. Poco antes de terminar la administración de Sarmiento se estableció definitivamente en Buenos-Aires y fué elegido diputado a la legislatura provincial, cargo que desempeñó con brillo y dedicación durante años. No hizo Hernández nunca estudios metódicos; pero su inteligencia, su gran memoria y mucha lectura compensaron en lo posible aquella falta, haciéndole figurar sin desdoro en los múltiples y revueltos sucesos y con los hombres de su tiempo. Como tantos de sus contemporáneos, desarrolló su actividad en muchas direcciones, sin ser nada profesionalmente. Murió el 21 de Octubre de 1894, a los sesenta años de edad.

Numerosísimas han sido las ediciones populares de su única obra poética de cuenta, *Martin Fierro*, generalmente muy descuidadas. En *La Cultura Argentina* se publicó, en 1915, en un mismo tomo con el *Santos Vega* de Ascasubi y el *Fausto* de del Campo, y luego en un volumen separado. "La Biblioteca Argentina" le ha incluido también en el tomo 19 de su colección (Buenos-Aires, 1919). Falta todavía una edición crítica del poema, que corrija o anote los evi-

dentes errores de impresión y las negligencias del mismo autor con respecto a la posible *continuidad* del lenguaje gauchesco, que todas las ediciones contienen. Por mi parte, en los largos fragmentos incluidos en esta *Antología*, he creído razonable cambiar todos los participios en *ado* por el incorrecto o familiar en *ao*, siempre que la medida del verso lo ha consentido.

La obra en prosa más importante de Hernández es su *Instrucción al Estanciero*, dictada por el mismo espíritu que informa, como hemos visto, su gran poema.

OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE

De nuestros poetas de primera magnitud, ninguno ha visto palidecer tanto como Andrade, en los últimos años, los rayos de su gloria. En el último período de su vida, y en el que siguió inmediatamente a su prematura muerte, nadie le disputó el primer puesto entre nuestro poetas, ni dejó de considerarle, a pesar de sus defectos, como el de mayor inspiración y más espléndida forma, así como el que desde mayor altura y más comprensivamente encarnaba nuestros sentimientos y anhelos nacionales, con sus proyecciones americanas. De unos veinte años acá, este fervoroso entusiasmo ha ido paulatinamente atenuándose: su nombre se respeta siempre, citándosele, en la ocasión, con grande elogio; pero sus cantos se leen cada vez menos, y con relativa frialdad.

Lo más adverso hoy para Andrade, no es el cambio de gusto técnico, ni el frívolo capricho de las nuevas modas

poéticas; sino la falta de penetración y prolongación de su acento en el alma del lector. Al leer o escuchar sus mejores fragmentos, es siempre imposible sustraerse a la admiración y asombro que provocan con la audaz grandiosidad de la imagen y la robustísima entonación y metálica sonoridad de su verso; pero apenas pasa, la luz y el eco de todo ello se apaga rápidamente, sin dejar en el espíritu aquella vibración profunda o aquel íntimo aroma que acaban por alzarle en él un hogar familiar y perenne. La poesía de Andrade, dentro de su carácter exterior y colectivo, carece generalmente de ese hechizo, de ese *no se qué*, que deja como una estela indeleble detrás de sí, evocándola sin cesar. Encanto, magia, sortilegio, o como quiera llamársele, en ello reside lo que la poesía tiene de realmente divino. Toda la brillantez armónica, el vigoroso y sonoro sinfonismo andradesco, no bastan a compensar la ausencia de alma melódica, de esa vibración inefable.

Andrade, no obstante su poderoso aliento de ejecución, adolece de grandes deficiencias de fondo y de forma, de concepción y de estilo, que comprometen gravemente la impresión final y definitiva de sus poemas. Nacen casi todas ellas, no de causas orgánicas de su naturaleza poética, tan excepcionalmente dotada, sino de una fuente común ocasional: la indigencia de su cultura filosófica, histórica y artística, frente a los vastos y sintéticos temas que su visionaria imaginación le incitaba irresistiblemente a tratar. Y estriba lo peor del caso en que su ignorancia no era de esas que dejan la mente virgen y el procedimiento ingenuo, lleno de natural frescura, y hasta capaz de una intuición penetrante de las cosas; sino de esa otra, de mucho peor especie, que Cánovas del Castillo llamaba, tan aguda y hondamente,

adulterada por el estudio, es decir, en este caso, por vulgares y superficiales lecturas, por elocuencias declamatorias de club y viciosos hábitos periodísticos. El caudal filosófico-político de Andrade se reducía a estos dos resobados y extenuados conceptos: odio al *fanatismo*, a la Iglesia oficial, o como él feamente decía, a la *sombra enervadora del Papado*, con Inquisición y todo, y a la *tiranía* política, que para él formaba un bloque indisoluble con cuanto oliera a *reyes y monarquías*, y a vetustas tradiciones europeas. Cegado por ese *republicanismo formal*, común a tantos políticos nuestros de su época, hallaba *poco libre* al Brasil imperial, mientras se complacía en las repúblicas americanas, aun holladas y deshonradas por cualquier vulgar o bárbaro tiranuelo que ostentara el nombre de *presidente*. Así también Alberdi, descendiendo hasta una aberración gravemente delictuosa, mientras hacía causa común con el ferocísimo López del Paraguay, ya en guerra con su país, fulminaba nuestra alianza con el Brasil, por el crimen de ser éste una constitucional y cultísima monarquía... De todos modos, es obvio que con tan reducido bagaje intelectual no era posible a nuestro poeta desentrañar las filosofías históricas y los profundos mitos religiosos de las antigua teogonía griega. Yo admito plenamente el principio crítico de que al poeta no ha de pedírsele cuenta de sus ideas y *opiniones*, por atrevidas que sean y extrañas que nos parezcan, sino de su inspiración y su forma; pero la admito a condición que nazcan de un verdadero pensar propio y profundo, y de no vulgares meditaciones. La vaciedad o superficialidad del sentimiento y la idea, de manoseadas declamaciones, de rimbombancias callejeras, son irremediabilmente prosaicas, y no pueden curarse con el esplendor y arrogancia de la expresión.

Cuanto mayores sean éstos, tanto más disonante resultará el contraste con la flaqueza conceptual, y más penosa y aun poco estética la impresión final del conjunto. Tal sucede con la vulgar *filosofía*, llamémosla así, de la historia, que afea una parte de *Atlántida*, cuya incongruencia, por lo demás, comienza en el título, sigue en el subtítulo, y remata en el galimatías de atribuir a la *raza latina*, en cuyo honor se alza el canto, y cuya historia tan arbitrariamente se narra, cuanto hicieron en el mundo Italia, España, Francia y América, es decir, ostrogodos, longobardos, celtas, francos, normandos, visigodos, vándalos y demás razas germánicas, sin contar los árabes y judíos españoles, y aun los mismos indígenas americanos. Herido así de frente todo alto pensar y todo ilustrado criterio, podemos todavía aplaudir el fulgor imaginativo y la amplia resonancia del verso: pero la misma impresión estética esencial se menoscaba mucho al ver brillar sobre un cuerpo enteco tan espléndido manío.

En *Prometeo*, el contraste entre el vigor expresivo y la indigencia del pensamiento es todavía mayor, por manifestarse en él con más intensidad, respectivamente, ambos términos. El profundo mito religioso de Esquilo, drama vivo y a la vez símbolo sublime del eterno combate del espíritu con la naturaleza, de sus aspiraciones celestes con la limitación y el dolor de la vida, que le roe sin cesar las entrañas, se convierte aquí en una abstracción prosaica y sin misterio, en una declamación político-religiosa de periodista *liberal*, que sólo alcanza a ver en aquél una lucha entre el *obscurantismo* dogmático y tiránico y el pensamiento libre. Y he aquí a Zeus convertido en *inquisidor mayor* y en *tirano* absoluto, y al gran hijo de Japeto en un Giordano Bruno cualquiera. ¿Para qué más?... A tan ambiciosos fra-

casos — por la íntima concepción del asunto — prefiero sin vacilar, la noble inspiración patriótica de *El nido de cóndores*, fundada en un sentimiento sincero, concreto y bien definido, y esencialmente poético. En los elevados senderos de ese canto, *che forse non morrá*, halló Andrade su más rica joya poética, aquel célebre y soberano rasgo con que pinta, o sugiere, a nuestro gran capitán, mil veces mejor que en todo el extenso poema que con su nombre le dedica:

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal...

Viniendo ya al arte, propiamente dicho, de Andrade, a la *forma*, en su más comprensivo significado, fácil es comprobar que casi todas sus deficiencias proceden de falta de cultura artística, de gusto depurado, de reflexiva disciplina, que acaso hubiera logrado en parte, de haber vivido algo más. Lô que más salta a la vista es la monotonía de lo grandioso, desmesurado y apocalíptico, que fatiga y aturde sin conmover, e hizo decir a Menéndez y Pelayo: "Andrade es un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido a cañonazos." Dotado de una grande y poderosa imaginación, su visión intensa de las cosas corpóreas y espirituales aparece constantemente exaltada y abultada como en un sueño, y a veces como en una pesadilla. Desconoce casi en absoluto el arte de las gradaciones y los matices, que descansa apaciblemente de tanta luz, fuerza y estruendo, brindándonos grata sombra y misteriosos rumores. Su romanticismo victorhuguiano (seguido por afinidad natural más que por arbitraria imitación), rebelde a toda proporción y medida, lleva con frecuencia

su fantasía, no ya sólo a lo grande, sino también a lo enorme, a lo monstruoso, a lo *arbitrario*. Ejemplo de esto último puede ser, entre muchos otros, la primer estrofa de *Atlántida*, sucesión de imágenes brillantes y retóricas, sin la conexión y relación mutua que el poeta pretende darles, ni el eje o soporte de una idea central en que descansar, como no sea la caprichosa comparación con las razas, *randales de la historia*. ¿Y qué imagen más falsa y monstruosa que aquellos *negros corceles de granito*, en que, en *Prometeo*, poema donde se revuelve la más lamentable confusión de ideas, los titanes se arrojan a escalar el Olimpo? La tentativa, naturalmente, fracasa.

¡Y Jove vengativo

Convirtió los corceles de granito

En salvajes e inmóviles montañas!

Por donde el lector se ve en la triste necesidad de imaginar, que las montañas de granito, antes de ser montañas, fueron caballos...*de la misma materia*, y semovientes.

En cuanto a la elocución y al estilo (preseindiendo de defectos menores, aunque muy frecuentes, de versificación), el gusto poco educado de Andrade, y sus hábitos de periodista político, malogran a veces las extraordinarias condiciones plásticas y luminosas de su imaginación, haciéndole incurrir en expresiones abstractas, incolores y hasta vulgares.

Pero la mayor deficiencia de Andrade como poeta, y ésta no ya, al parecer, por falta de escuela, sino nativa y orgánica, es la ausencia de verdadera *concepción* artística. Andrade no *concibe poéticamente* sus asuntos, creando una forma general primera, de cuyo centro generador y vital se desprendan luego sus diversos aspectos y relaciones,

como ramas de un mismo tronco o rayos de un gran foco común; sino que procede analíticamente por serie de capas o de etapas, superpuestas, o continuadas por orden de tiempo. Así *Atlántida* ha sido pensada y escrita en forma de simple reseña histórica del supuesto desenvolvimiento de una sola raza a través de siglos, desde su origen en el Lacio hasta su presunta aparición y entronizamiento en América. El poema concluye cuando el largo viaje llega a su término, y sólo por eso. En *Prometeo* no hallamos tampoco un pensamiento central y dominante, desde cuya altura se abarque como de un golpe de vista su principal desarrollo; sino la serie numerada de los sucesivos cuadros de la lucha, desde el asalto de los titanes y el encadenamiento del robador del fuego celeste, hasta su liberación y su muerte, seguida de una declamación final del poeta. La composición *A Paisandú* que contiene sin duda muy bellos rasgos, es una especie de crónica de la terrible lucha y toma de la histórica ciudad, dividida cronológicamente por el poeta en esta poco o nada poética forma: 1º de Enero de 1865—2 de Enero de 1865. No puede darse nada más sugestivo. En *El nido de Cóndores*, para mí, en definitiva, la mejor obra de Andrade, hay, sí, una concepción, una idea poética central, el cóndor, que al avizorar con ojo insomne desde las cumbres andinas, la llegada a la patria, de los restos del Héroe, recuerda espléndidamente los días y hechos gloriosos que aseguraron la independencia de un mundo. En él se unen, así, sintéticamente, la gloria pasada y la apoteosis actual. Pero nadie negará que esa concepción, seductora por su vuelo de fantasía, tiene mucho de arbitrario y retórico. El cóndor resulta al fin un mero símbolo o alegoría, vacío de toda realidad substancial que le sirva de fundamento.

Debe, pues, concluirse que la verdadera fuerza y grandeza de Andrade, no obstante los lunares indicados, reside en la ejecución. La *lira* tuvo en él un gran *ejecutante*, o *virtuoso*, como llaman los italianos al que domina plenamente un instrumento músico. Aunque el estruendo sea excesivo, y peque la fuerza de violenta, y falten suavidades íntimas y melódicas,¹ el poeta rebasa de todo molde vulgar por el esplendor de las imágenes, la intensidad de sus visiones y la entonación de su verso, pleno, poderoso y rotundo. En sus grandes rasgos, sabe él darle un impulso amplio y vivo, como bandera desplegada a las caricias o a los embates del viento. Comparándolo siempre a un músico, que crea e interpreta, pulsando su instrumento, podría decirse, en síntesis, que fué un mal *compositor*, un *intérprete* distinguido y un *ejecutante* soberbio.

Nació Olegario Víctor Andrade, en el pueblo de Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, el 7 de Marzo de 1841. Pasada su infancia en Río Grande y en el Estado Oriental, regresó, con su familia proscrita, a Gualeguay, después de Caseros. Estudió hasta 1858 en el Colegio de Concepción. Con tan escasos conocimientos se entregó de lleno, por espacio de veinticinco años, al periodismo político, que no era escuela adecuada para perfeccionarlos, sino para adulterar las condiciones poéticas nativas, mucho mejor avenidas con una ingenua ignorancia. Así, no pudo nunca llegar a depurar sus ideas como pensador, ni su gusto de artista, causa general, según hemos visto, de sus principales deficiencias. Duramente combatido por la suerte, vino Andrade, por último, a estable-

¹ Su poesía *La vuelta al hogar*, de carácter íntimo, es sin duda bella y sentida, y muestra lo que el poeta hubiera podido hacer también en esa cuerda, de pulsarla mas a menudo. Por esto he creído acertado incluirla en esta *Antología*.

cerse definitivamente en Buenos-Aires, donde además de su oficio de publicista, ejerció el de contador público. Su primer poesía célebre fué *El nido de Cóndores*. Murió en Buenos-Aires, el 30 de Octubre de 1882, a los 41 años de edad.

La mejor edición de las *Obras poéticas* de Andrade, hoy escasísima, es la de Buenos-Aires, 1887, ordenada por el gobierno nacional, en virtud de una ley del Congreso dada en 1884. Poco después, en aquel mismo año, vió la luz en Santiago de Chile otra bajo el mismo título de *Obras poéticas*, precedidas de una noticia biográfica y crítica por D. Jacobo Larráin. La casa de Mendesky ha publicado dos ediciones de Andrade, con el título de *Obras poéticas*, la última de 1917; y otra titulada *Obras completas*, ha sido incluida en la colección de "La cultura argentina", en 1915. Hay, por último, una edición en miniatura de sus *Poesías escogidas*, dada a luz por la librería de La Facultad, en 1918.

En el número del 1.º de Febrero de 1919 del periódico "Santa Fe", publicado en la capital del mismo nombre, he leído algunas poesías inéditas de Andrade (*A la inauguración del ferrocarril Primer Entrerriano*; ¡*Alas!*, imitación del alemán; *Cantares*, imitación de Víctor Hugo, e *Insomnio*), todas insignificantes. En el mismo número se mencionan por un amigo del poeta, que dice haberlas leído, dos composiciones hoy perdidas: una leyenda entrerriana, *El crispín*, y una sátira contra Sarmiento.

Como necesario complemento a las poesías de Andrade que van en el texto de este volumen, transcribo aquí la mayor parte de su *Atlántida*, y su composición, menos conocida de lo que merece, *La libertad y la América*, que encierra indudables bellezas, recordando directamente la manera de Mármol. Es de 1880, dos años anterior a su muerte.

ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

Wake!

HAMLET.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada o bramador torrente,
Pardas nubes descienden a tejerle
Caprichoso y movable cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas,
Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna

Vela el misterio y con afán prolijo
La Fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la yedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes. En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro
Del valle que a los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda
¡Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente...
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en són medroso, el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y a abarcar el espacio
Llevando por esclava a la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilíón que se desploma,
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender a la llanura
Se torna en ancho río,
Aquella tribu obscura
En turbulento pueblo convertida,
Sintió dentro del seno
La inquietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza a las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro a sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina.
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Oceano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente a su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje;
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas,
Y las negras pirámides distantes,
Que a la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor. La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón — eterna hoguera
En que la llama de Saguntó ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó a los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
Pero cayó expirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sárмата cruel, el Bretón bravo,

El Escita ligero,
El sombrío, feroz Escandinavo,
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron a prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! Largo y fecundo.
¡El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
La luz primera del Ideal cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, ¡pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro llamando a sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,

La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde en verdad. El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la obscura loma
Y de la plebe trémula a los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos —
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.
Sólo quedó de pie, soberbio atleta,
Vencido, no tumbado — destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra,—el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor o sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa o maldecida.
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras,
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,

De su cauce alejado
Fué a morir como lóbrega laguna.
Inmóvil y callado!

Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía.
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida:
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder a la cesárea stirpe,
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre! Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino

En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

.....

VI

Soberbio mar, engendrador de mundos!
Inquietó mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncadas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
O gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar, de cuyo fondó un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de líquen y espadañas,
Al ronco són de tempestad bravía
Náufragos del abismo, las montañas,
Mientras del cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,

Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en armonioso coro
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la Historia! un mundo niño.
¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen a contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar al horizonte obscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía,
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,

Y en la tarde, traía
Bramando el oleaje
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Egina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto;
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
Que a sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora:
Y la nave avanzó. Y el Oceano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,

Y a su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento !
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos !

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas.
Era lo que soñaba !
Ámbito y luz en apartadas zonas !
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso !

Nada le falta ya ! Lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito,
Y de los mares con la voz de trueno !
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros:
Del templo egipcio y la pagoda indiana;
Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana !
Y el Andes, con sus gradas ciclopéas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará a los cielos !

VIII

¡Campo inmenso a su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz a los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
Para emprender el vuelo a otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca a la arenosa playa!
Y más allá Colombia, adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cела,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar! Venezuela!
Todo en tu seno es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba

Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla obscura;
Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura.
Y entonces, cuando llegue
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que a su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Ávila,
Su genio inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,
Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve

A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho !
El Uruguay, que combatiendo entrega
Su seno a las caricias del progreso ;
El Brasil, que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso,
Y a quien sólo le falta
El ser más libre para ser más grande ;
Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande !

De pie para cantarla ! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales !
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia.
¡ La patria ! que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y a cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron !
¡ La patria ! que olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero,
Y que lleva orgullosa

La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero !
¡ La patria ! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano del Plata desbordante
La inmensa copa a las naciones tiende !

IX

Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo !
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo...
Y más allá el desierto !
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura,
Los bosques a los bosques enlazados,
Doquier la libertad, doquier la vida
Palpitando en el aire, en la pradera,
Y en explosión magnífica encendida !

¡ Atlántida encantada
Que Platón presintió ! Promesa de oro
Del porvenir humano, reservado
A la raza fecunda
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada :
Aquí va a realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos :

¡La más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

1881.

LA LIBERTAD Y LA AMÉRICA

I

Aquí, donde la mano de un Dios omnipotente
Talló para su gloria brillante pedestal;
Aquí, donde levantan salvaje y elocuente
Las ondas y el desierto, las brisas y el torrente,
En nubes de armonías, un himno colosal;

Aquí, donde los pechos de una creación gigante
Esperan nuevas razas que mamen su vigor;
Aquí donde recorren su eclíptica brillante,
Magníficos bajeles de un piélago flotante,
Los astros, como letras del nombre del Creador;

Aquí, donde una idea del cielo desprendida
Derrama sobre un mundo su eterna claridad,
Y en brazos de los tiempos la libertad se anida,
Como corriente eterna de inagotable vida
Donde apagar pudiera su sed la humanidad;

Aquí, donde algún día vendrán las razas parias
A entrelazar sus brazos en fraternal unión,
A despertar acaso las selvas solitarias
Con el sublime acento de místicas plegarias,
Cantando los esclavos su eterna redención;

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida,
Con la altanera audacia de la codicia vil,

Quiere injertar su sangre, su sangre corrompida,
Que se derrama a chorros por anchurosa herida,
En la caliente sangre de un pueblo varonil.

Y allá en la blanca cima, do el cóndor aletea,
Clavar sobre los cielos su roto pabellón ;
Y acá sobre su espalda robusta y gigantea
Colgar de sus lacayos la misera librea,
Colgar de sus esclavos la insignia de baldón.

II

América ! desnuda los aceros,
Sacude tu melena de volcanes,
Que relinchen tus potros altaneros,
Y que proclamen tus enojos fieros
Con su potente voz los huracanes.

América ! la muerte o la victoria ;
Jamás un yugo en tus pujantes hombros ;
Sucumbe, pero en brazos de la gloria,
Y sirva de buril para tu historia ,
El chispeante carbón de tus escombros !

América ! eras niñas todavía,
Allá en aquellos tiempos inmortales,
Cuando átonito el mundo te veía,
Radiante de hermosura y gallardía,
Alzando por bandera tus pañales !

Entonces al calor de tu entereza
Su nieve derritió la cordillera,
Y el Chimborazo, que las nubes besa,
Dobló bajo tu planta la cabeza
Para ser pedestal de tu bandera.

Entonces al calor de tus entrañas
Héroes brotaban a vengar tu ultraje,
Y en el mar, en el valle, en las montañas
Revolvaban al león de las Españas,
Que bramaba de rabia y de coraje !

III

América ! tus ríos de ofrecen ancha copa,
La túnica del iris espléndido dosel,
Las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
En tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
Las razas del futuro te buscan en tropel.

“ Ni siervos ni señores, ni estúpido egoísmo ! ”
Al universo anuncia tu gigantesca voz.
En vez de las almenas del viejo feudalismo,
Con la frente en el cielo, la planta en el abismo,
Levántanse los Andes para tocar a Dios !

América ! tú eres la etapa postrimera
Que en su anhelar eterno soñó la humanidad ;
El astro que en tu cielo brillante reverbera
Es astro de esperanza, es sol de primavera
Tras noche pavorosa de larga tempestad.

Tus Andes son el templo de cúpulas de hielo
En que después de rudo y ardiente batallar,
Vendrá a colgar sus armas con religioso anhelo
La caravana humana, para elevar al cielo
El himno sacrosanto de amor y libertad.

América ! desnuda tu espada justiciera
Para cerrar el paso a la conquista vil ;

Soplidos de pampero sacudan tu bandera,
Y suenen en las cumbres de la alta cordillera
Las músicas marciales de Maipo y de Junín!

América! al combate, que es el postrer combate
Con el sangriento y torvo fantasma colonial;
Tu fuerza es el derecho que en la conciencia late,
La libertad tu escudo, y en el supremo embate
Repetirán los orbes tu cántico triunfal!

Setiembre 24 de 1880.

MARTÍN CORONADO

Fué este ilustre poeta uno de nuestros más puros románticos de la segunda mitad del último siglo, así en la lírica como en el teatro. Muy criollo y americano, procede como tal de Echeverría, paralelamente a Rafael Obligado, su fraternal amigo; pero a la inversa del autor de *La Cautiva*, poseyó y mantuvo indole y carácter naturalmente españoles, siendo por eso mismo su argentinismo más puro y fundamental.

Dentro de esa procedencia y de la línea de afinidad que le enlaza a Obligado, Coronado tiene su matiz propio y característico, que le da en nuestra poesía una inconfundible personalidad. Y es interesante observar la relación diferencial en que ambos poetas amigos están con respecto a Guido Spano y a Ricardo Gutiérrez, polos de nuestra esfera poética. Así, mientras Obligado se acerca un tanto a Guido por su amor a la línea, a la imagen concreta, a la

forma *visible*, aunque infundiéndoles una vibración íntima y un delicioso aroma de sentimiento, desconocidos del viejo maestro, Coronado se aproxima más bien a la vaguedad melódica y flotante de Ricardo Gutiérrez (a veces más verbal que de sentimiento), aunque con más riqueza y precisión de imágenes que el poeta de *La oración*.

Posee Coronado un rico y espontáneo temple lírico, simple y sin asomo de refinadas complicaciones, por lo cual podrá parecer hoy, a los estragados de gusto, demasiado ingenuo. Pero su sentimiento, siempre natural, sencillo y puro, no cae nunca en candidez ni en ñoñería. Hay en el espíritu del poeta un fondo viril y sano, que le preserva de toda pueril afeminación, de toda molicie sensual, de toda suerte de contaminaciones morales y retóricas. Su prestigio podrá alenuarse más o menos en los periodos de agudos y retorcidos refinamientos; pero su poesía, como todo lo natural y sincero, se mantendrá siempre joven, invulnerable a los vaivenes de la moda, y pronta a surgir de nuevo en nuestras almas como agua de manantial.

La *inspiración* de Coronado (no hagáis ascos, lectores, a esta anticuada palabra: la desdeñan, neciamente, los que no la entienden) presenta dos fases principales: una íntima, principalmente amorosa; otra colectiva, *civil* o patriótica, llena de brillo y de arrogancia. En la primera domina un sentimiento apasionado, con un dejo de tristeza y melancolía, unido casi siempre a rápidos y delicados toques de bien observada naturaleza, y aun, a veces, a esbozos de costumbres locales. Su tema favorito es el amor, y por su cálido apasionamiento, por su acento sincero, su ritmo íntimo, su tinte de tristeza, y el encanto con que todo ello se refleja en la expresión espontánea y verdaderamente

lirica, musical y sugestiva. Coronado merece ser considerado como nuestro poeta del amor. Su *Siempre viva* es una joya de nuestra poesía, llena de aquel hechizo inefable e inconfundible propio de toda inspiración bien nacida, y no es aventurado decir, que haciendo honor a su nombre, *vivirá siempre*. La tendencia a enlazar el sentimiento o el recuerdo amoroso con alguna escena y paisaje local se manifiesta con singular belleza en su composición *En la estancia*, que honra también las páginas de esta *Antología*. Debo, por último, recordar aquí su bello y original diálogo, inspirado en un romanticismo nórdico, y al que no sé que nadie haya hecho justicia hasta ahora, titulado *A la sombra del laurel*. Si alguna salvedad es justo hacer con respecto a las poesías íntimas de Coronado, ella sólo puede referirse a cierta vaguedad y difusión verbal, que no ha de confundirse con la muy natural y seductora del sentimiento. Los poetas *melódicos*, como Coronado, y Ricardo Gutiérrez, están comúnmente expuestos a incurrir en ese defecto, de que ni el mismo gran Lamartine pudo siempre salvarse.

La otra fase de nuestro poeta, a que antes hice referencia, se halla principalmente representada por su magnífica composición *La cautiva*, tan vibrante y bien templada en el amor de patria, sin sombra de énfasis ni declamación vulgar: mezcla de reverente homenaje y triunfal saludo al Héroe que vuelve, y al que van a encontrar, rodando hasta el mar bravío, las ondas del Plata,

Con la caricia de la patria inquieta,

y de lamento y de indignación por la rapacidad británica, que tan inicuaamente nos robó las Malvinas:

Cual víctima expiatoria
A su cadena la amarró el pirata

De aventurera historia,
Para vengar la tempestad de gloria
Que a sus milanos desbandó en el Plata.

Cuando la conciencia nacional permanece adormecida ante el pertinaz delito que la ofende, y los publicistas y los corifeos políticos de todo se acuerdan menos del desgarramiento brutal del suelo patrio, consuela y conforta que la poesía alce su inspirada voz para recordarlo, asumiendo la verdadera representación de la Patria y de la Justicia con su fulminación varonil:

Pero el secreto de la mar ceñuda
En cada oído lo dirá el poeta.

De su lira sonora
Saldrá perenne la canción guerrera,
Como la luz, a despertar la aurora,
Como la chispa, a reventar la hoguera!

Desde los primeros tiempos de su poético florecimiento, Coronado sintió una irresistible vocación por la poesía dramática. Fueron sus primeras tentativas en este género los dramas titulados *La rosa blanca*, estrenada en 1877, y *Luz de luna y luz de incendio*. Estas románticas piezas, mucho más líricas que dramáticas, bien que revelaran indudables aptitudes escénicas en el poeta, no lo definieron como dramaturgo, y tanto por esta razón como por la falta de actores nacionales, aptos para representar nuestras cosas, Coronado pareció por un tiempo haber renunciado al teatro. Cuando años más tarde empezaron a formarse nuestras compañías nacionales, el autor dramático volvió a retoñar vigorosamente en él, dando comienzo a una serie conside-

table de producciones de ese género, algunas de las cuales alcanzaron brillantes y verdaderos triunfos ante el público. Desde entonces sus piezas líricas escasearon muchísimo, pudiendo decirse que el dramaturgo dominó plenamente al lírico. Pero su genial lirismo supo generosamente vengarse, brotando por todas partes dentro de sus mismas composiciones escénicas, y contribuyendo muchas veces en primer término a disimular deficiencias de carácter o estructura dramática y a ejercer sobre el espectador una verdadera fascinación. Así la más famosa de todas, *La piedra de escándalo*, llegó a alcanzar 500 representaciones, y hoy mismo, con su continuación *La chacra de don Lorenzo*, se está dando en no interrumpida serie, en uno de nuestros teatros locales.

En cuanto a su carácter, las obras dramáticas de Coronado ofrecen, según él mismo me lo observaba una vez, la más íntima y armónica fusión entre sus asuntos bien criollos, con nuestros propios tipos y costumbres, y el corte y sabor del drama caballeresco y romántico español del siglo XVII, y sus retoños del XIX. Diríase que el *espíritu formal*, si así puede expresarse, de éste último, sembrado en nuestra tierra por un artista verdaderamente argentino, y por lo mismo impregnado de los elementos fundamentales y tradicionales de su raza, vuelve a surgir en sus dramas, entre los criollos, gauchos y emigrantes de este mundo nuevo y heterogéneo.

Cualquiera que sea el juicio definitivo que la labor teatral de Coronado merezca (para mí menos consagrada a la posteridad que su lírica), creo que ella será siempre popular; y ante la miserable prostitución en que nuestra incipiente escena *nacional* ha caído, se alza como un solitario ejemplo

de nobleza y distinción moral, de cuño literario, de hermosos versos, que no sólo regalan el espíritu por su música y sus imágenes, por su resonancia lírica, sino también por los sentimientos vigorosos o delicados que expresan.

Martín Coronado nació en Buenos-Aires el 4 de Julio de 1850. Comenzó sus estudios de humanidades en el Colegio del Uruguay, que concluyó en Buenos-Aires, en cuya Universidad cursó hasta el segundo año de Derecho. Abandonada luego esta dirección, fué un tiempo cronista de "La Prensa", y por último se recibió de escribano público. Por muchos años fué jefe del Registro Civil. Escribió una novela, *La bandera*. Murió el 20 de Febrero de 1919.¹

La primera edición de sus *Poesías* es de 1873. La segunda y última, más completa, es de Buenos-Aires, 1904. Comprende los fragmentos de un poema titulado *El voto* y su poema dramático, *La rosa blanca*.

RAFAEL OBLIGADO

En cuatro ocasiones he escrito mis impresiones sobre este poeta, que comparte con Mármol mi predilección entre los argentinos: en mi carta crítica al poeta, con motivo de la primera colección de sus versos, en 1885, incluida en mis *Estudios y artículos literarios*, de 1889, y, como prólogo, casi íntegra, en la segunda edición, aumentada, de sus poesías, de 1906; en un estudio especial de *En la ribera*, de 1883, reimpreso también en mis *Estudios* antes citados; en un

¹ En el texto, debajo del nombre del poeta, aparece, por error, el año 1918 como el de su muerte. Queda salvado.

artículo, humorístico por su forma, de 1892, titulado *El criollismo de Obligado*, inserto en mis *Estudios literarios* de 1915, y, por último, en una de mis correspondencias literarias a "El Mercurio", de Santiago de Chile, con ocasión de la segunda edición, ya mencionada, de 1906, y que reproduce asimismo en mi última colección indicada. Nada nuevo, por consiguiente, puedo decir ahora, y así he de limitarme a extractar lo que me parezca más comprensivo y característico de esos juicios míos, tomando por base principal la citada carta y la correspondencia a *El Mercurio* sobre la más completa colección de nuestro poeta.

Lo que predomina en la obra poética de Rafael Obligado es el carácter nacional, en el sentido limitado en que la índole de estos tiempos lo admite. Su tendencia procede de Echeverría, cuya bandera "agita sobre el llano", convirtiendo en obra de arte acabada lo que en aquel iniciador ilustre fué sólo un admirable esbozo. Pero lejos de aislarse y esterilizar su espíritu, le ha bañado en las más puras y nativas fuentes, en las aguas de la literatura hebrea y la literatura griega. Tal es la poderosa savia que ha levantado su espíritu a la casi inaccesible esfera de la sencilla hermosura. Beber inspiraciones en las literaturas extranjeras, distantes ya de la fuente común, es siempre peligroso, y casi siempre fatal; beberlas en las fuentes mismas donde se contienen los elementos iniciales de nuestra civilización y de nuestra raza, es saludable y fecundo. Obligado lo comprende así, y en vez de darse por un áspero salvaje americano, ha querido fundir en la *poesía argentina* los dos elementos de belleza más nativos que se conocen: el bíblico y el griego. Concibe el arte a la manera helénica, y suena en sus versos el beso del Cantar de los Cantares, sin que ello ofusque en lo mínimo su enér-

gica espontaneidad americana, pues los rayos de aquellos soles se han disuelto en su sangre y corren por sus venas.

Todo el mundo sabe que lo que fundamentalmente distingue el arte griego del arte cristiano, o si se quiere romántico, en la acepción histórica del término, es la tendencia a la manifestación armónica y *racional* del pensamiento, del primero, de una manera exterior y sensible, por la línea, el relieve escultural y la actitud, en tanto que el segundo prefiere una especie de ensueño espiritual, traducido en forma indecisa y flotante. Las demás diferencias entre uno y otro arte, varias e importantes, sin duda, no son sino derivaciones de esa distinción primordial. Esas derivaciones son, tocante al arte griego, un gran sello de proporción y armonía, un marcadísimo designio de herir la imaginación con formas vivas y tangibles, a determinarlo todo, huyendo de lo incoloro y abstracto, una clara visión del mundo y de la vida y un "dulce concierto de cuantas fuerzas en el hombre moran"; cierto plácido reposo, y el dar al arte trascendental importancia dentro de sí mismo, sin necesidad de convertirlo en arma de combate. Y es lo más particular del caso que, aun dentro de la civilización cristiana, muchos poetas y artistas de raza, hasta los más religiosos, los más ajenos a los remedos y amaneramientos pseudo-clásicos, han concebido el arte de idéntica manera y se han sentido irresistiblemente impulsados a bañar su espíritu en la concepción griega de la belleza. Así León, que acertó a unir como nadie el espíritu cristiano de que se hallaba impregnado, con las cualidades del arte clásico; así Andrés Chénier, tan elogiado de los mismos románticos; así Byron, que asegura preferir la armonía y proporciones elegantes del Partenón a la colosal grandeza de las pirámides de Egipto,

y cuyo amor por Grecia rayó en culto religioso; así Goethe, llamado *el gran pagano*, que acusa al cristianismo de haber destruido la perfectísima armonía entre el espíritu y la forma, entre el cuerpo y el alma, y cuyos apetitos plásticos están de bulto en estas palabras suyas: "Debíamos hablar menos y dibujar más. Yo quisiera desprenderme absolutamente de la palabra y no hablar sino dibujando, como la naturaleza, creadora de todas las formas"; así Foscolo, así Leopardi, que tradujo en mármóreas formas helénicas su trágica y moderna desesperación; así el psicólogo Campoamor, quien, sin ser clásico, afirma que "el arte será siempre pagano"; así el gran ortodoxo Menéndez y Pelayo, griego en arte hasta la médula de los huesos; así el revolucionario Carducci, pagano crudo en el fondo y en la forma.

Ahora bien, es imposible no hallar en la obra poética de Obligado cierta comunidad con esos artistas de sangre pura, y la concepción de ese arte divino, sellado eternamente a los profanos. Hállase en él la poesía *como escultura*, y, sobre todo, *como pintura (ut pictura poesis)*, pocas veces *como música*. La línea, el relieve, la imagen son los principales señores de sus versos. Él mismo dice, hablando de su Musa:

No es romántica, amigos,
Como decís, la niña,
No descolora con vinagre el rostro,
Ni en derredor de los sepulcros gira...

Aun hierve entre sus venas
Roja sangre latina,
Mas calentada por el sol de fuego
Que en la bandera de los Andes brilla.

Hé ahí toda una doctrina artística. Por otra parte, el lenguaje de la inteligencia pura, el lenguaje abstracto, el alegato, el utilitarismo, el filosofismo, el *trascendentalismo*, corruptelas modernas de la poesía, brillan por su ausencia. La obra de Obligado es un templo elevado al arte puro, y con todo eso trascendentalísimo por alta manera, pues ha sacado el mármol para sus estatuas de la cantera de los sentimientos eternamente humanos: la patria, la familia, el amor, tales como son naturalmente sentidos por un argentino de raza española. Jamás se hunde en profundidades y complicaciones psicológicas; lo interior del espíritu lo manifiesta constantemente por signos exteriores: un gesto, una actitud, un movimiento, una *forma*:

*Aun sueño verla inclinada
En la gredosa colina,
Donde en las tardes de Octubre
Iba a juntar margaritas.*

*Las agrupaba en su seno,
Luego a mi encuentro venía,
De su sombrero de paja
Volando al aire las cintas.*

.....

*Lejos ya de su vista, a un algarrobo
Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos
Esperaban en grupo los demás.*

Podría multiplicar los ejemplos sin más que fijar la vista en cualquier página de su libro. Todos sus recuerdos del hogar son una sucesión de cuadros.

Pero a ese paganismo artístico no une nuestro poeta, como Carducci, la cruda aspereza de sabor materialista y sensual, propia de la faz más visible de la civilización pagana, sobre todo en su decadencia. Por lo contrario, cediendo al blando influjo del cristianismo, impregna su concepción artística de un aroma espiritual, delicado y puro. Sea el artista tan cristiano, tan idealista, tan psicólogo como quiera: ello será muy propio de nuestra gran civilización cristiana: pero a condición de que lo espiritual y psicológico lo haga tangible por la línea pura y esbelta, lo abrillante por la luz y lo matice por el color. Así ha de entenderse, a mi juicio, el *clasicismo moderno*.

En cuanto a las cualidades individuales de Obligado, las que le dan ser y personalidad propia, ellas consisten, principalmente, en un grande amor a la naturaleza corpórea (todavía su paganismo) y en una suave ingenuidad de sentimiento y de expresión. Ese amor de la naturaleza comunica a su poesía una verdad de observación y una agreste fragancia absolutamente únicas entre nosotros. El poeta nos da por vez primera, como Pereda en España, *el sabor de la tierra*, que es el más deleitoso de todos los sabores. Y es de admirar que no dé nunca en el escollo que suele ofrecerse a este culto apasionado de la naturaleza, escollo de que no escapó siempre Wordsworth: la prolijidad de las descripciones, el abuso de la observación menuda. Por el sentimiento y el color, tiene el fresco aroma de lo nativo y propio; por la expresión artística, pertenece a las mejores tradiciones de nuestra raza y lengua.

Son también cualidades suyas el orden de la composición y el esmero en la ejecución: el tomar el arte como labor seria del espíritu, no como frívolo pasatiempo o ins-

piración repentina y desordenada. Sabe que no se necesita ser incorrecto ni desmañado para ser poeta de inspiración ingenua y vuelo atrevido. Los que lo ignoran, los que suponen entre esas cualidades un antagonismo absurdo, y están siempre prontos a mirar ceñudamente todo esmero, todo arte, toda línea como reveladores de afectación y de esfuerzo, son siempre los impotentes, los que no aciertan a crear nada original y propio arrancado de sus entrañas (cosa que ha costado siempre sudores a los más insignes artistas), nada correcto ni inspirado. Estos tales, de quienes ya hace fecha que se burló Quintiliano, y que pertenecen al gremio que Hugo llama de *los incompletos*, hacen de cada defecto un mérito, de cada delirio un portento, de cada barbarismo un rasgo de genio. Dentro del sentido común, son gente al agua. Ignoran que el esmero y la línea, si bien son a veces el único asilo de los desheredados de la inspiración, de los pedantes del bando opuesto, nacen, en los verdaderos artistas, de una organización exquisita, cuya sed de hermosura con nada se satisface ni contenta, por lo cual, después de haber concebido *en grande*, procuran modelar y cincelar la palabra con el mismo diligente empeño con que el escultor modela y cincela el rico mármol de sus estatuas. Obligado no sólo *planea* sus composiciones en general, sino también cada una de sus estrofas, haciendo que presente un todo armónico y de interés creciente. Sirva de ejemplo la segunda de estas admirables décimas:

Cuentan que en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,

Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño
Luce una antorcha sin dueño
Entre la niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierre al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

En cuanto al idioma, Obligado lo conoce y cultiva como pocos entre nosotros, manejándolo con pureza, soltura y gallardía, y en sus voces y en sus giros halla naturales ánforas su pensamiento.

Si tales son sus cualidades: ¿cuáles son sus defectos? Dentro de la esfera que a su talento poético corresponde, pocos y accidentales. Abusa a veces del color, con detrimento del dibujo, y no combina convenientemente los matices. La misma riqueza de su paleta le ofusca entonces, haciéndole faltar a la debida economía. Otras veces su verso resulta alicaído y débil. Parece, en esos momentos, que su Pegaso, obedeciendo a un abatimiento interior del jinete, estira el pescuezo y desmaya las orejas; pero no tarda la espuela en hacerle recobrar todos sus bríos. En

ocasiones, herido, sin duda, de nuestra falta de espíritu americano, incurre en un americanismo exagerado, como cuando pronuncia con orgullo el nombre de *Atahualpa*, cual si se tratara de cosa propia. Pero es claro que si ese indio valiente resucitara, y contase con poder suficiente, no tardaría en arrojarnos a nosotros, incluso Obligado con todo su americanismo, al otro lado del mar. Y lo peor es que procedería perfectamente, el muy bárbaro. Sería, pues, de desear que ese amor malgastado en los indígenas americanos lo hubiese acumulado el poeta al que su raza y tradición le inspiran.

El carácter nacional se manifiesta plenamente, en la poesía de Obligado, por cuatro aspectos diversos: la glorificación de los héroes y hechos memorables de la independencia, la narración e interpretación de leyendas y tradiciones populares; la pintura y el sentimiento de la naturaleza circunstante; y los cuadros y afectos del hogar tradicional argentino. La patria penetra, pues, por todos lados la obra del poeta, dándole el significado de un himno alzado en su honor, de una ofrenda depositada en sus aras.

El primer aspecto está brillantemente representado por tres composiciones, posteriores a la primera edición: *Ayohuma*, *El negro Falucho* y *La retirada de Moquegua*. Por una singular coincidencia, todas ellas relatan desastres de nuestras armas, pero desastres gloriosos, o heroicamente sobre-
llevados por los que en ellos se hallaron. Parece que el sentimiento elegíaco del poeta le inclinase a entrelazar lo doloroso con lo heroico, "diciendo el alto honor de los vencidos", y que su amor y reverencia filiales vibrasen aun con más fuerza en las tristezas que en los triunfos de la patria.

¡Ayohuma! ¡Ingrato día,
En que, rasgada la entraña,

Sola, en áspera montaña,
La dulce patria moría !
Exangüe ya, se batía
Por las áridas mesetas,
Y las columnas inquietas
Del ejército español
La envolvían bajo el sol
En chispear de bayonetas.

Tras la carga resistida,
Su misma sangre pisando.
Iba la Patria arrojando
A borbotones la vida.
Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes se avanza,
Y a limpio bote de lanza
Hace en las filas reales
Callar las dianas triunfales.
Rugir la adusta venganza.

Y en *La retirada de Moquegua*, donde se pinta épicamente la ansiedad y el tumulto trágico de la terrible retirada :

Torata, abrupta colina,
En cuyo flanco abrasado
La campaña de Alvarado
Dió comienzo a su ruina ;
Moquegua, al Andes vecina,
Y en viñedos opulenta,
Donde la brisa aun lamenta,
Divagando entre las flores,
De los grandes redentores
La catástrofe sangrienta.

.....

No ya tigres ni leones,
Son hombres desesperados,
A cuyo empuje, arrollados
Los contrarios escuadrones,
Van a dar en los cañones
Con la fuerza del turbión...
Y la ibérica legión
Triunfadora, que en pos viene,
Ante aquello, se detiene
En solemne indecisión.

He escogido estas, entre otras muchas bellezas, porque en ellas se ve bien, a la vez que el justo sentimiento de las situaciones, el íntimo enlace de lo heroico y lo elegíaco que indiqué anteriormente.

La segunda fase, la de las leyendas y tradiciones populares, comprende, bajo el título general de LEYENDAS ARGENTINAS, *Santos Vega, La salamanca, La mula ánima, El jaguarón y El cacuí*. Es esta la nota épica del libro, condensación y depuración felicísima de la materia poética difusa en las supersticiones del pueblo, en la forma breve y fragmentaria que únicamente permite la índole de la actual civilización. Quizá no haya en toda América un país más escaso de tradiciones y leyendas populares que el nuestro. En otras partes del continente las hay numerosas y bellísimas del tiempo de la conquista. En cuanto a las leyendas puramente indígenas, no pueden tener para nosotros un interés particular.

El poeta, en un viaje por varias regiones de la República, recogió con amor las cuatro últimas leyendas indicadas, que responden, respectivamente, a las grutas, las montañas, los ríos y los bosques de nuestra naturaleza. No puedo

detenerme ahora en su estudio : mas no resisto a copiar esta linda y fresca pintura, en *El jaguarón*, de una lavandera en su tarea :

Sobre las ropas ajenas
Vierte el agua reluciente,
Y en su seno transparente,
Con un pan de jabón llenas,
Crispa las manos morenas,
Frota de uno, de otro modo,
Bate, tuerce, enjuga todo...
Y por las carnes de rosa
Blanca espuma globulosa
Le va subiendo hasta el codo.

Pero la obra maestra de Obligado, en este grupo, es siempre la llegada primero, *Santos Vega*, que forma una serie de cuatro composiciones : *El alma*, *La prenda*, *El himno*, *La muerte del payador*. De nuestras pocas tradiciones, es esta la más interesante, así por la rica veta de poesía que encierra, como por el lazo más general que la une a nosotros, al más poético de nuestros tipos populares : el gaucho. Se ve en ella, admirablemente pintado y sentido por el narrador, el fin de una edad rústica y poética, que expira melancólicamente, como en un toque de oración.

Che paia il giorno pianger che si more,

y el himno triunfal de la edad que nace, espléndida y rumorosa : símbolo vivo de nuestra reciente evolución, con sus luces y sus sombras.

Tiene esta leyenda, en manos de nuestro poeta, un simbolismo vivo y espontáneo, que en nada perjudica al

interés directo de la narración, porque se funde íntimamente con ella, desprendiéndose de la misma poética superstición que le sirve de base.

Este espontáneo simbolismo se advierte en varios pasajes de la serie :

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al Occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina;
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena.
La melancólica sombra
Huye buscando su alfombra
Con el afán de la pena.

Esa sombra melancólica que huye ante la luz del sol, es Santos Vega, a quien Obligado da el verdadero carácter mítico, fantástico, que tiene en la imaginación popular, carácter desconocido y falseado por quienes antes pretendieron explotar esta mina. En la *tradición* segunda, un *remolino* interrumpe el canto del payador, y la composición termina con esta bien significativa estrofa:

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío.
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbré primera,
Se vió una sombra ligera

*En occidente ocullarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera.*

De ahí que el poeta presente constantemente en escena a Santos Vega al declinar la tarde, o ya bien entrada la noche

“Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía)-
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.”

El simbolismo está todavía más de manifiesto en la tradición cuarta y última, titulada *La muerte del payador*, que es sin duda la mejor, y acaso la mayor inspiración de Obligado. En ella, mezcla de himno y de lamento, muere Santos Vega después de ser vencido por el profético canto de su formidable adversario, en el cual palpita nuestro afán de engrandecimiento, de bullicio, de vida. Yo sólo siento que el poeta haya cedido, aunque en un único caso, a la mala tentación de descubrir y señalar expresamente ese simbolismo, cuando nos dice en dos versos de *La muerte del payador*:

Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona;

con lo cual todo el prestigio fantástico del personaje mis-

terioso desaparece. Hay que dejar a las figuras, en tales casos, su encarnadura humana, y que cada cual saque luego los consecuencias que quiera.

De las cuatro tradiciones que forman la hermosa serie, la tercera, *El himno del payador*, es la de más carácter épico, no sólo por su vigor y por la pintura del gauchesco juego del *pato*, tan primitivo y bárbaro, sino por ligarse, en la canción bélica de Santos Vega, y sus consecuencias, a los heroicos hechos de la Independencia americana.

Todo esto significa, en suma, que Obligado ha dado con la única veta de poesía épica posible en nuestro país y en nuestro tiempo: veta accidental y limitadísima, que sólo refleja aspectos parciales; pero la sola que contiene la materia épica espontánea difusa en nuestra civilización, y puede ser naturalmente depurada y transformada en arte.

Los dos últimos aspectos de la obra de Obligado, antes indicados, la naturaleza y el hogar, se presentan muchas veces en una misma composición, deliciosamente mezclados. Así en *El hogar paterno*, *Autobiografía*, *Los horneros* y *A Aurora Rizzo Patrón*, ahijada del poeta, poesía llena de nobles y bellos versos.

Al bendecir tu juventud lozana,
Ruega a Dios, que a los buenos ilumina,
Que corone tus sienes de argentina
El esplendor de la mujer cristiana.

El tono del poeta, tan altivo y vibrante en sus poesías patrióticas, se complace, en las de temas íntimos, en una amable y suelta familiaridad, a veces humorística, siempre poética y encantadora. Por ellas pasa la Primavera vertiendo lumbres y flores.

El hogar es para nuestro poeta un culto, un santuario secretísimo, engendrador y reanimador del fuego sagrado de todas las grandes virtudes, de todos los nobles afectos, de todas las santas creencias. No sé si son éstas en él muy hondas y seguras, cosa difícil en los tiempos que corren; pero es lo cierto que el culto del hogar, infundiéndole piadosos respetos, le ha preservado en todo tiempo de incurrir en esas vulgares declamaciones antirreligiosas, tan del gusto de los escritores populacheros y tan ajenos a la verdadera poesía. Aun en el caso de que todo fuera ilusión, piensa él que es un crimen, peor todavía, una torpe bajeza, empeñarse en arrebatar tales ilusiones a los que las acarician, para darles en cambio frías verdades materiales que dejan sin objeto las más nobles, elevadas y puras aspiraciones del alma. ¡Y para ello se tomará como instrumento a la poesía! Bendito sea ese caliente nido que de tanta abominación le ha preservado. Su libro de versos será por ello el predilecto de todos los hogares honrados.

En cuanto al amor, no es en Obligado un afecto avasallador y enérgico, sino un melancólico recuerdo de adolescente. Se ve, desde luego, que no dirige sus cantos eróticos a una persona viva, dueño de su corazón viril, sino a una *cara memoria*, cuyo objeto fue el estímulo de sus casi infantiles impresiones de ese género. Todas sus poesías amatorias están inspiradas por ese recuerdo único. Una de las más bellas es para mí la titulada *En la ribera*. Brota de ella un sentimiento íntimo, vehemente, dulcísimo, engarzado en expresiones ingenuas, sencillas y naturales. A esto se agrega un sabor bíblico delicioso, en nada amanerado, como que no proviene de fría imitación, sino de la indole y genio del poeta. ¡Cómo se unen y entretejen en su

corazón el amor de la naturaleza y el amor humano! Por eso su amada le parece más bella a la margen de su río predilecto, y éste, y la naturaleza toda, mucho más hermosa y encendida con la presencia de su amada, y exclama:

¡Oh, cuánto eres hermosa,
Mi amada, en este sitio!
Sólo por ti, y a reflejar tu frente,
Corriendo baja el Paraná tranquilo.

El murmullo del agua le suena como un eco de
El leve susurrar de su vestido.

En *El hogar vacío*, que no es posible leer con ojos secos,

Las limpias aguas del raudal cercano
le hacen imaginar

Que van llorando por su dueño ausente;

y mira como efecto de su pérdida irreparable el que rueden por los patios

Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

En *Primavera*, recuerda el momento en que, para entregársela, desprendió la rosa de sus lucientes cabellos, del mismo modo que la guirnalda de seibo en la poesía de este nombre; y por último, en *Adolescente*, una de las más sentidas, visión de un tiempo feliz, empañada por las lágrimas del dolor presente, gemido melancólico que oprime el corazón, exclama, haciéndonos recordar el penetrante acento elegíaco de Ruíz Aguilera:

¡Lejos se oculta a mis ojos,
 Lejos se oculta mi vida,
 Copo de espuma llevado
 Por las corrientes dormidas!

Su blanca imagen las horas
 De mi pasado ilumina,
 Vagando lejos, vagando
 Por las barrancas floridas.

.....
 Y en su inocente recuerdo
 Mi pensamiento se abisma.

Este recuerdo esfumado y tenue da a su poesía amorosa unción y suavidad delicadísimas: pero nótese en ella la falta de una manifestación intensa, decidida y varonil del drama íntimo de su espíritu, manifestación tan bien templada cuando vibra en sus versos el sentimiento patrio.

Una vez, en la humorística y delicada composición *Las quintas de mi tiempo*, nos ofrece el poeta ese amor suyo tan íntimo de la naturaleza, unido a la graciosa pintura de costumbres sociales de otra época. Esta poesía es de lo más fresco y bello que jamás escribió Obligado, y huele toda a violetas, rosas y jazmines.

En mi nota anterior, acerca de Coronado, he tenido ocasión de observar cómo en el autor de *Siempre viva*, conviven íntimamente unidos y fundidos el elemento tradicional español con el genuinamente criollo y americano. Lo mismo y aun más puede decirse de Obligado. No conozco, en efecto, caso más curioso ni elocuente, que el de este poeta ilustre, que a fuerza de hundirse en las entrañas de su patria, ha llegado a encontrarse, naturalmente,

en las de su madre patria. Lo espontáneo y sincero de su "nacionalismo", y la misma ausencia en él de elementos exóticos, hoy aquí tan comunes, han hecho posible, como bajo otro aspecto en Hernández, su dichosa fusión con los más íntimos y radicales de nuestra raza, de nuestro ser tradicional, hasta el punto que, como ya observó Valera, algunas poesías suyas parecen derivar directamente del siglo XVI español y tienen el sabor de las mejores inspiraciones de la edad de oro. Nada podría demostrar mejor que este ejemplo vivo de nuestros poetas nacionales, que lo *verdaderamente* argentino es todavía esencialmente español. Y lo que hay de más interesante en este caso, es que en Obligado la ley de raza se ha cumplido a pesar suyo, o por lo menos con su perfecta inconsciencia. Túvose siempre por americano crudo, por argentino absoluto, y sus versos demuestran hasta la evidencia que en Asia, en Europa, y especialmente en España, reside o residió toda su parentela poética. Necesario es ser ciego para no ver que todas sus obras están impregnadas de espíritu hebreo, greco-latino y español, en tal grado, que lo que hay en él *exclusivamente criollo* viene a quedar reducido a proporciones exiguas, ante la abundancia con que ruedan en su alma aquellas grandes corrientes.

Pero lo que domina en él es el españolismo, el cual es de dos clases, o consta de dos elementos: uno inconsciente, que deriva de su íntima naturaleza, de la raza (verdadero fundamento de todo carácter nacional, intelectual, afectiva e imaginativamente considerado), elemento que se manifiesta en Obligado con toda la fuerza de su perfecta sinceridad; el otro adquirido voluntariamente, por suponerlo *inofensivo* para su radicalismo argentino, a la vez que útil

para el realce artístico de sus obras, y que consiste en el cultivo esmerado del idioma y en la atenta lectura de nuestros autores clásicos, más traidores y peguntosos de lo que el poeta imaginaba en su confiado patriotismo. Y bien, con tales pecados sobre la conciencia no es posible aspirar al limbo de la inocencia criolla: no hay sino padecer por ellos castigo eterno, con un buen tanto de legítima gloria literaria, que alcance a salvar las fronteras de la patria que ridísima...

No es nueva ciertamente esta contradicción entre las obras y las teorías de un artista: pero no vacilo en afirmar que el caso de Obligado, por su sinceridad y la enseñanza que de él se desprende, es especialmente interesante, al menos para nosotros. Basta, para convencerse de lo que afirmo, examinar de cerca poesías tales como *La flor del seibo*, *Adolescente* y *En la ribera*. Cámbiese en esta última el Paraná por un río de España y el seibo por cualquier bello árbol europeo, el marco, en una palabra, y dígase luego qué queda en esta poesía de propia y característicamente argentino. ¿Quién puede dudar de que por ella pasa la Sulamita, con aquel nardo que despedía su olor en presencia del amado? Y en cuanto al sabor, tono y formas que tan suave y candorosamente surgen del alma del poeta, es evidente el aire de familia que tienen con los de *La vida retirada*, del celeste agustino.

Ahora bien, en presencia de tan hondas y espontáneas afinidades de espíritu, y de todas las que comporta la identidad de lengua, ¿cómo se sueña con una literatura nativa, *ex integra causa*, fabricada con elementos propios? Nosotros no tenemos ni podemos tener más elementos *proprios, del terruño*, que los de naturaleza exterior, los derivados de nuestras

vicisitudes históricas, los de ciertos tipos y costumbres locales, ciertos matices del sentir, del pensar y del decir, importantes sin duda, pero insuficientes para constituir una originalidad esencial del punto de vista nacional o americano. No somos indígenas. Nuestro espíritu, por su esencia y por su cultura, es, en general, europeo, y especialmente español. *Gallegos de aquende* nos llamaba humorísticamente Sarmiento. Y no hay para qué declamar ni protestar contra hechos palmarios e incontrovertibles, porque ellos, con su inconsiderada cloquencia, se lo llevan todo por delante, incluso al que pretende obcecadamente rebelárseles.

Pero se dirá: ¿En qué quedamos? ¿Es o no es Rafael un poeta nacional, un poeta argentino? Contesto que la solución depende de lo que se entienda por nacional y argentino. Si lo argentino lo constituyen, como es cierto, en primer lugar, nuestras tradiciones de raza, el carácter de ésta, sus cualidades y defectos fundamentales, sólo modificados por el *medio*, nuestra religión, nuestro idioma, y todo el conjunto de los elementos de cultura incorporados a nuestro organismo, elementos que son como rayos desprendidos del gran foco europeo, claro está que Rafael Obligado es un poeta argentino, y uno de los más nacionales, porque a esos elementos radicales ha sabido unir el relieve y colorido propios de la tierra en que nació, el ambiente argentino, como Pereda ha dado a sus cuadros el ambiente santanderino, tan diverso del catalán o del andaluz, sin dejar de ser español.

Pero si por argentino hubiese de entenderse, contra toda razón, algo *exclusivamente* nuestro, esencialmente propio y distinto, algo nacido y criado espontáneamente en nuestro suelo, un conjunto, en fin, de elementos originales e indígenas que no tuviese en Europa su raíz y superiores modelos, entonces habría que defender a Obligado contra Obligado

mismo, si él se empeña, y afirmar bien alto y sin miedo que el autor de *Santos Vega...* es un poeta español! Y no digo *latino*, como querrian algunos, porque Obligado no escribe en latín, y porque la irritante traciesita *raza latina*, aplicada a nosotros, carece de todo sentido histórico y no es más que una superchería hipócritamente utilizada por los europeos enemigos de España y por todos los descastados de la *América Española*.

He hablado hace un momento de nuestro carácter y tradiciones de *raza*, y para aclarar conceptos generalmente confusos, quiero transcribir aquí algo pertinente de mi conferencia *La raza en el arte*, que, si no me engaño, resuelve prácticamente toda objeción. Digo allí:

~ Bien sé que es muy difícil determinar con precisión el concepto de raza, y que no existen razas realmente puras en los pueblos civilizados. Pero se habla y se puede hablar de ellas en un sentido relativo y *suficiente*, porque los elementos étnicos que conviven en determinadas regiones, por el clima y carácter de éstas, por su historia y sus luchas comunes y por el desenvolvimiento de su civilización y cultura, a veces bajo influencias idénticas, adquieren y consolidan cierto tipo común, ciertos rasgos generales característicos, que les dan unidad sensible a pesar de sus diferencias. El continuo intercambio y relación entre ellos, por las razones antedichas, y la necesidad de una adaptación mutua, crean al fin en su seno un vínculo, un aire de familia, una fisonomía *media y predominante*, que los distingue en conjunto de otros grupos análogos, y se refleja en sus producciones artísticas. Así, no obstante la mezcla de razas que han constituido a Italia, a España, a Francia, a Inglaterra, y sus notorias diversidades regionales dentro de ellas mismas, existe,

sin duda, un carácter *italiano, español, francés, inglés*, que el simple vínculo político, *nacional*, no explicaría, como no le desvirtuaría su falta, y que trasciende específicamente a sus costumbres, a su acción pública, a sus gustos, artes, lengua y literatura. Cuando de *raza* os hablo, doy, pues, al término esé histórico, natural y holgado sentido, apartándome de toda abstracción teórica y ficticia, que a nada cierto conduciría. Así se comprende también que haya en España, en Italia, en Francia, hombres y manifestaciones de orden diverso, que no parecen españoles, italianos ni franceses, por accidental ausencia en ellos de la característica general históricamente formada. En cambio hay otros que la poseen y ostentan de un modo especialmente representativo".¹

En suma, y reanudando el hilo un momento interrumpido, lo *argentino* no es en realidad más que un conjunto de elementos europeos, y muy principalmente españoles, y más especialmente andaluces, bañados en el ambiente y modificados por el curso de la vida en este pedazo de América. Y así nuestra literatura nacional, si ha de ser sincera (y de otro modo no sería nacional), no es ni puede ser otra cosa, por mucho tiempo al menos, que una región autónoma del gran imperio literario castellano, como la literatura de los Estados Unidos no es ni puede ser otra cosa que una región autónoma del gran imperio literario inglés. Ambos imperios, cuyas respectivas capitales estarán donde más nutridos y briosos se muestren el genio creador y la cultura, son, para gloria de todos, los más vastos de

¹ *Estudios Literarios*, Buenos Aires, 1915, páginas 148 y 149. Sirva también esta transcripción de respuesta a ciertos ligeros que tan malévolamente han pretendido impugnar, *por carecer de sentido científico*, la reciente y noble y bien formada institución de la *fiesta de la raza* en España y la América Española. ¡Pura pedantería!

cuantos se han desplegado victoriosamente sobre el mundo. Claro está, por lo demás, que entre una región y otra caben notables diferencias de timbre, de color y relieve, que reflejadas con sinceridad y amor en el arte, sirven para hacer más rico y vario el tesoro común. Y así pudo decir vigorosa y proféticamente el duque de Frías:

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Por lo demás, y para terminar esta ya larga exposición, el criollismo del cantor de Echeverría y de Santos Vega, ha logrado escapar del mayor peligro del género: la tosque-
dad vulgar. Con su seguro instinto de artista y su excelente educación literaria, ha vestido al arte nacional de rica y elegante túnica, lanzándole triunfalmente por los altos caminos de la inmortalidad.

Nació Rafael Obligado en Buenos Aires, el 27 de Enero de 1851. Curso sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Desligado por su fortuna de la necesidad de título y trabajo profesional, ha cultivado libremente su espíritu en una dirección artística y literaria. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española, y posee el título de doctor, *honoris causa*, otorgado por nuestra Facultad de Filosofía y Letras.¹

¹ Escrita esta nota, me llega la triste noticia del fallecimiento del poeta acaecida en Mendoza el 8 de Marzo del año en curso. Recojamos con respeto y con amor la rica herencia de belleza, de pureza moral, de sentimiento ingenio y fragante, de íntima y delicada armonía, que lega a su patria y a su lengua y hará glorioso e imperecedero su nombre.

La primera edición de sus *Poesías* es de 1885. La segunda y última, mucho más completa, según queda indicado, es de Buenos-Aires, 1906.

Como complemento a las piezas de Obligado incluídas en el texto, transcribo a continuación *En la ribera*, *Adolescente* y *El Himno del pagador*, tercera parte, últimamente intercalada por el poeta, de la leyenda general de Santos Vega.

EN LA RIBERA

Vén, sigue de la mano
Al que te amó de niño;
Vén, y juntos lleguemos hasta el bosque
Que está en la margen del paterno río.

¡ Oh, cuánto eres hermosa,
Mi amada, en este sitio!
Sólo por tí, y a reflejar tu frente,
Corriendo baja el Paraná tranquilo.

Para besar tu huella
Fué siempre tan sumiso,
Que, en viéndote llegar, hasta la playa
Manda sus olas sin hacer rüido.

Por eso, porque te ama,
Somos grandes amigos;
Luego, sabe decirte aquellas cosas
Que nunca brotan de los labios míos.

El año que tú faltas
La flor de sus seibos,

Como cansada de esperar tus sienes,
Cuelga sus ramos de carmín marchitos.

Por la tersa corriente,
Risueños y furtivos,
Como sueltas guirnaldas, no navegan
Los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces
Su ramaje sombrío,
Y las aves más tristes, en sus copas
Gimiendo tejen sus ocultos nidos.

Pero llegas... y el agua,
El bosque, el cielo mismo,
Es como una explosión de mil colores,
Y el aire rompe en sonorosos himnos.

Así la primavera,
Del trópico vecino
Desciende, y canta, repartiendo flores,
Y colgando en las vides los racimos.

¡Cuál suenan gratamente,
Acordes en un ritmo,
Del agua el melancólico murmullo
Y el leve susurrar de tu vestido!

¡Oh, si me fuera dado
Guardar en mis oídos
Para siempre, esta música del alma,
Esta unión de tu ser y de mis ríos!...

Si al borde de los dulces
Raudales argentinos
Naturaleza levantó mil grutas

De pasionarias y silvestres tilos ;

Si de un árbol en otro

Cruzando entretejidos,

Cual hamaças indianas, los zarzales

Al aire entregan sus flotantes hilos :

¡Es que el amor es dueño

De todo Paraíso !

¡Es que toda belleza de la tierra

Es un fragmento del Edén perdido !

Por eso eres más bella,

Mi amada, en este sitio ;

Y es más blanda tu voz, y más radiante

La lumbre de tus ojos pensativos.

Ámame, no me olvides.

Ámame con delirio ;

Bésame con el beso dé tus labios.

Como la esposa del Cantar divino !

Yo guardaré el secreto,

Lo guardará este asilo,

Donde, ingénuas, se besan las palomas

Ante la augusta majestad del río.

ADOLESCENTE

¡Lejos se oculta a mis ojos,

Lejos se oculta mi vida,

Copo de espuma llevado

Por las corrientes dormidas !

Su blanca imagen las horas
De mi pasado ilumina,
Vagando lejos, vagando
Por las barrancas floridas.

Allí el rumor de sus pasos
En las quebradas palpita,
Y de su falda el susurro
Vuela temblando en las brisas.

¡Allí, como antes, renacen
Y la hondonada tapizan,
Aquellas flores, aquellas
De sus desvelos de niña!

Aún sueño verla inclinada
En la gredosa colina,
Donde, en las tardes de Octubre,
Iba a juntar margaritas.

Las agrupaba en su seno,
Luego a mi encuentro venía,
De su sombrero de paja
Volando al aire las cintas.

"Son para ti", muchas veces
Burlándose repelía;
"¿Ves? las muy rojas son tuyas;
Estas más claras son mías".

Iba a tomarlas, pero ella
Las ocultaba y decía:
— "Sobre mi seno se duermen;
Fuera de aquí se marchitarán".

Y, vacilando, en la puerta
De la paterna capilla :
" Hoy no son nuestras las flores,
Son de la Virgen María... "

¡ Lejos se oculta a mis ojos,
Lejos se oculta mi vida,
Copo de espuma llevado
Por las corrientes dormidas !

Guardan los bosques cercanos
Recuerdos de ella en ruínas :
¡ Los viejos nidos, los dueños
De sus primeras caricias !

Sí, pero faltan las aves
Que, pequeñuelas, solían
Entre sus manos de nieve
Batir las pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano
Las baña el sol de la dicha,
Y no se acuerdan de aquella
Que las bañaba en sonrisas.

Mas aunque ingrata la olviden,
Está su nombre en mi lira,
Y en su inocente recuerdo
Mi pensamiento se abisma.

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, ranchos, mujer,
Vienen mil gauchos a ver
Si en otro pago distante
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: ¡a vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario

Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellas el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
“¡Vuela *el pato*!... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!”

Y cada bando a correr
Suella el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso
Que logra ásirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y a ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;

Y vencido y vencedor
Del noble triunfo sedientos.
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas.
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
La defiende y clamoarea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado.
De los unos conquistado.
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego
Varios jinetes rodar.
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos
Rojos ponchos ondear.

Huyen, en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,

Estrepitosas bandadas ;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento ;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido a toda rienda :
—¡ Yo sólo, me basto! — grita.
En pos de él se precipita,
Y tierra y cielos asorda,
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Qué anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Golpeándose la boca
Con salvajes alaridos.
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben.
Cuando, volviéndose, el joven
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,

Su abanico luminoso
Desplegaba en Occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
" ¡ Santos Vega, el payador !

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban,
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

" Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

" Hoy mi guitarra en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre :

¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con solo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
Todo!... ¡el amor y la vida
Es de un monarca extranjero!

“ Ya Buenos-Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El Veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?
¡De Buenos-Aires nos llaman,
A Buenos-Aires volemos!

“ ¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde,
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra,

Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
;Patria! a sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
;Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
;Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos-Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron.
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

CALIXTO OYUELA

Nació en la ciudad de Buenos-Aires el 3 de Febrero de 1857. Hizo sus primeros estudios en colegios particulares y siguió los cursos del bachillerato en la antigua Facultad de Humanidades, doctorándose en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1888...

Empezó a ser conocido y a destacarse en nuestro mundo literario por un artículo que publicó, en 1881, en respuesta

a algunos ataques inconsiderados de que fuera blanco el ilustre crítico y literato español D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Sostuvo luego, por espacio de varios años, una serie de polémicas bastante apasionadas, en defensa de sus gustos libremente clásicos y de las glorias de la literatura española, que aquí era entonces hábito deprimir. En este sentido, puede decirse que él ha sido el iniciador de la reacción en favor de las tradiciones de raza, que sin perjuicio de los nuevos elementos aportados por el progreso y la civilización general, pueden y deben siempre considerarse como fuentes naturales y fecundas del verdadero espíritu argentino.

En 1881 obtuvo, con su canto *Al Arte*, el primer premio del tema en los Juegos Florales en que Olegario Andrade mereció el premio de honor por su *Atlántida*; y al año siguiente Oyuela obtuvo este mismo premio por su poesía *Eros*.

En 1884, cuando se creó la cátedra de literatura española y teoría literaria en el Colegio Nacional, el gobierno confió a Oyuela su enseñanza; y posteriormente fué nombrado profesor de filosofía en la Escuela Normal de Profesores.

En 1889 se le nombró Secretario de la Delegación Argentina al primer Congreso panamericano de Washington, realizando entonces un vasto viaje de estudio por Europa y Estados Unidos.

Oyuela fué iniciador y el primer presidente del Ateneo, asociación de nuestros hombres de letras que pareció nacer con lozanía de planta que arraiga en suelo propicio, y que estaba llamada a desempeñar una gran función estimuladora en nuestro ambiente literario; pero que fué de duración

muy efímera y de ningún resultado práctico, sin duda por falta de protección oficial. Fué también el iniciador del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, fundado en 1892, y allí dicta la clase de literatura. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española.”¹

A partir de 1898, fué profesor titular, por espacio de veinte años, en la Facultad de Filosofía y Letras de esta ciudad, de Literatura castellana y Literaturas de la Europa Meridional.

Ha publicado: *Cantos*, Buenos-Aires 1891; *Nuevos cantos*, Buenos-Aires, 1905; *España* (prosa y verso), Buenos-Aires, 1898; *Estudios y artículos literario*, Buenos-Aires, 1889; *Estudios literarios*, Buenos-Aires, 1915; *Elementos de teoría literaria*, Buenos-Aires, 1918 (décima quinta edición, definitiva); *Trozos escogidos de literatura castellana*, prosa y verso, desde el siglo XII hasta nuestros días (España y América); 5 vol., Buenos-Aires, 1889; *Lecturas selectas*, Buenos-Aires, 1905 (décima edición); *Elementos de moral*, Buenos Aires, 1891.

“La República Argentina puede jactarse de tener y haber tenido poetas líricos excelentes, entre los que descuelgan Mármol, Echeverría, Guido Spano, Andrade y Obligado; pero, en mi sentir, a todos se adelanta por la maestría, por la sobriedad, por la pureza del idioma y por la perfección de la forma, el mencionado Sr. Oyuela.

Éste debe, sin duda, todo el valer que le doy a su natural ingenio y a su inteligente amor a la belleza pura; pero mucho debe también a sus *humanidades*, empleando esta

¹ *Antología de poetas argentinos*, por Juan de la C. Puig, tomo X, pag. XXVIII a XXX.

palabra en el sentido en que ya casi ha caído en desuso. Oyuela estudia y conoce con entusiasmo los clásicos griegos y latinos, y los italianos y los españoles, entre los cuales es su predilecto Fray Luis de León. Al calor de estos modelos, que encienden su alma, ha sabido forjar en ella el estilo natural y sencillo, pero firme y valiente, con que graba como en bronce la expresión de su sentir y de su pensar, sujetándola a número y medida, para que penetre hasta lo más íntimo de otros seres humanos y pueda vivir siglos en la memoria de ellos... La más sana y elevada filosofía, el más noble concepto del arte, las más puras aspiraciones del espíritu, están expresadas en los versos de Oyuela con elegante y nítida sencillez. La oda a Fray Luis de León, con que empieza el tomo, es un verdadero dechado de estilo y de sentida poesía... Toda la oda es perfecta de hermosura; pero el final aun arranca mayor aplauso a quien acierta a percibir, a través de la sobria concisión de la palabra, toda la complicada trascendencia del pensar y del sentir del poeta...

Además de las preciosas composiciones originales, contiene el tomo bastantes esmeradas y felices traducciones de Heine, de Shelley, de Byron, de Leopardi y de otros poetas. Como casi todo lo traducido es ateo, satánico y desesperado, se contrapone curiosamente a lo original, lleno de altas esperanzas y de viva fe religiosa, por más que el poeta deje ver a veces sus dudas y con elocuencia las deplora. Lo más rico y lo mejor de lo traducido es de Leopardi. Algunos de los traslados al habla castellana de los sombríos cantos del poeta de Recanati me suenan tan bien como en italiano. Así, *A Italia*, *A Silvia*, *La noche del día festivo*. *Amor y Muerte y Los recuerdos*.”¹

¹ JUAN VALERA, *Revista Ilustrada*, de Nueva York, número del 5 de Noviembre de 1891.

... Ese respeto de la propia dignidad, con que usted mira y ejerce la noble posesión literaria, y aquel amor de lo puro, limpio y delicado que es norma inapelable de todos sus juicios, resplandece también con idéntica hermosura en los *Cantos* que acaba de publicar... Su canto *A Fray Luis de León*, colocado como una insignia de combate en la primera página del libro, es una hermosa profesión de fe literaria, a la vez que una doble protesta contra el sentido moral extraviado y el gusto pervertido de las nuevas generaciones. Dejando a otros los vuelos quintanescos y las visiones apocalípticas al estilo de Hugo en su *Legenda de los siglos*, usted se va por la ribera del Tormes, con la vista fija en los cielos y el pensamiento absorto en la contemplación de los altos y eternos ideales. Su musa es casta y espiritual, como la del grande agustino; melancólica y alliva, como la inspiración de Leopardi. De ella podríamos decir lo que usted mismo, en bellísimas estrofas, nos ha dicho del cantor de la *Noche serena*:

Tu voz, sin pompa vana,
Adulación sonora del sentido,
Se lanza dulce y llana
En el alma, sin ruido,
Qual ave amante en el oculto nido...

Yo sé muy bien que esta manera de poetizar no anda conforme con los gustos e inclinaciones de la sociedad en que vivimos, acaso porque su misma ingenuidad y el sentimiento religioso que la inspira resulten demasiado insípidos a nuestro paladar estragado por el abuso de las especierías y condimentos malsanos de la moderna literatura francesa. Pero ¿qué importa ese desvío de los contemporáneos al

que trabaja, como usted, obedeciendo tan sólo a una imperiosa necesidad del alma? ¿Qué significa, después de todo, que a usted no le aplaudan ni le admiren, si no es aplauso ni admiración lo que usted busca? ¿Ni qué halago puede tener el vocerío de la indocta plebe, para el que escucha en el templo interior de su alma la noble y severa armonía de estos versos...?

... A parte de estas influencias que usted ha recibido, sin renunciar por ello a su propia individualidad de artista, hay todavía en sus *Cantos* una nota íntima y personal que vibra con honda ternura en los más bellos y delicados versos de todo el volumen: en *Iris*, *Al Niágara*, *Eros*, *La vuelta al campo*, etc. Antes que usted Hartzzenbush, había tratado de pintar en un cuadro alegórico la impotencia del genio que lucha vanamente por alcanzar las cimas de la inspiración. Usted, a mi juicio, ha acertado a expresar la misma idea en versos tan nobles, de forma tan pura y de tan amplio y luminoso vuelo, que, a pesar de cierta dureza demasiado sensible en algunas estrofas, no solamente los juzgo superiores a la fantasía que escribió don Juan Eugenio, sino que aun los tengo por dignos de Shelley:

¡Oh mil veces feliz, cóndor altivo;
Que el vuelo tiendes con potente ardor,
A bañar tu plumaje en el inmenso
Piélago de oro del fecundo sol!

¡Oh mil veces feliz, tú que en la altura
Sientes intenso y fervido vibrar
El beso eterno que al Creador envía
La palpitante inmensidad del mar!

¿Por qué, si me negó Naturaleza
De tu vuelo imperial émulo ser,
Encendió en mí estas ansias inmortales.
Esta de gloria inmensa, inmensa sed?

¿A qué este anhelo devorante, eterno,
Por el aroma y flor de la beldad.
Si la impotencia su pesada garra
En mi arrogancia altiva ha de clavar?

¿Yo te vislumbro, espléndida hermosura,
Limpia y serena como el cielo azul,
Y el bien y la verdad sombra imagino
Cuando amanece tu radiante luz!

Y pienso, al contemplarte embebecido,
Que es mi cerebro tu feliz mansión.
Y que al rasgar mi frente soñadora
Surges envuelta en mi infinito amor.

¿Vano, impotente afán! Tórnase pronto
En real infierno mi soñado edén;
Que escapa a mi vasallo pensamiento
La majestad augusta de tu ser.

Así el preso recuerda, al ver el triste
Rayo de luz que en su mazmorra entró,
Que en la esplendente bóveda del cielo
Sus diademas de lumbre arroja el sol.

¿A qué mirar la vaporosa nube
Que perdiéndose va en la inmensidad,
Si nuestra planta torpe y abatida
Al polvo ruín encadenada está?

¿De qué me sirve el vacilante rayo
Que a mi ambicioso espíritu alumbró?
No ser grande, es ser vil. ¡Rompa su lira
Quien no sepa arrancarle eterno son!¹

Pocas veces se habrá expresado de un modo más generoso, más entusiasta, y, por decirlo así, más idolátrico, el culto del artista a la belleza ideal. Quien así canta y así concibe la misión del poeta, no ha de caer, ciertamente, en la dura sentencia que usted ha dictado en la última estrofa, recordando quizá aquella otra del Venusino: *medio ciribus esse poetis*, la cual no tiene aplicación oportuna en el caso de usted, puesto que en ella se alude únicamente a los poetas vulgares...²

"...Creo que mis lectores me agradecerán las noticias que acerca de los *Cantos* del vale bonaerense les adelanto, pues que su publicación constituye un verdadero acontecimiento literario, de los que entran pocos en libra en la historia de la poesía americana.

Cantos se titulan sencillamente las poéticas expansiones e inspiraciones de D. Calixto Oyuela. Nada de títulos conceptuosos y alegóricos o amanerados en la portada del elegante tomo que las contiene. Brilla ella con la elegancia

¹ He transcrito aquí íntegramente esta composición, de la cual el distinguido autor de esta carta sólo cita, naturalmente, un fragmento. Así se la podrá comparar con *Estrofas*, incluida en el texto, de índole análoga, aunque de muy diverso timbre. La primera es una efusión de amor a la belleza, y es más primaveral; la segunda a la poesía, y es más otoñal.

² JEAN AGUSTIN BARRIGA, ilustre escritor chileno; carta sobre los *Cantos* de 1891.

y dórica sencillez de un pórtico griego, que encuadra perfectamente con la nitidez y aristocrática forma de la impresión, con la distinción del irreprochable retrato del autor, grabado primorosamente en acero, y con el gusto y corrección de las rimas, que son el ornamento mejor de sus limpias páginas. A esta favorable impresión que produce el hermoso volumen, se une desde luego y en cuanto se le abre, otra todavía más grata y que tranquiliza por completo el ánimo del que en las obras busca al par bondad y belleza. La primera composición de Oyuela va dirigida a Fray Luis de León.

Este rasgo basta para hacerle simpático. En nuestro siglo materializado, y en el que la misma poesía, hija del cielo, mancha sus alas de ángel en las impurezas y en el fango de la tierra, es propio sólo de un corazón delicado y fervorosamente idealista amar y reverenciar a Fray Luis de León... El amor de Oyuela por el sublime cantor de la *Noche serena* no es retórico. Oyuela comprende y siente toda la fuerza de su inspiración, sana y clara como un raudal de agua cristalina; admira aquel arranque lírico tan íntimo, tan sincero, tan subjetivo y personal, y le saluda como quien es realmente, como el mayor lírico que produjo la Europa en el siglo XVI. Sólo así se explica aquel himno tan sentido y tan perfecto que le dedica, aquella compenetración de su espíritu tan admirable, gracias a la cual le bebe los alientos sin copiar rastreramente la forma, aquel entusiasmo que rebosa en toda la composición y que le hace exclamar en la última estrofa:

A ti, que eres creencia,
Poesía, ideal, mi lengua aclama;
Y ansiando por la esencia
Que tu espíritu inflama,
Pongo mi corazón sobre tu llama.

... En sobriedad y corrección de forma, y en sentimiento aristocrático del arte, pocos poetas americanos le igualan. Siempre que el *humanista* deja lugar al vate, no es indigno éste del *os magna sonaturum* de los grandes líricos. Cuando el tumulto de la pasión le vence, cuando el fuego del entusiasmo le enciende, sin perder por completo su serenidad olímpica la inspiración, ni la forma la blancura de mármol pentélico, que hiere con demasiada monotonía los ojos, sabe decir las cosas con noble indignación. Entonces brotan de su pluma poesías tan grandiosas como *El Titán*, *Al Niágara* o *Impolencia*.

Al Niágara es una magnífica composición, aun teniendo que luchar con un estupendo rival. La estancia que comienza: *Rugientes, espumantes, clamorosas*, y la que le sigue: *Blanca, opulenta y vaporosa niebla*, tienen una fuerza descriptiva un tanto afiligranada, es verdad, pero también de plasticidad y colorido sorprendentes. No hay quien al ver un poético lago no piense en Lamartine, ni quien tras de la nube no sienta pasar la sombra de Shelley; todos vemos vagar en una noche serena el alma angélica de Fray Luis de Leon, y oímos resonar en el rugiente abismo del Niágara el triunfador canto de Heredia. Oyuela asocia estos himnos inmortales del arte al sentimiento vivo de la naturaleza, y encierra las dos armonías hermanas en una cincelada estrofa, que es un hermoso tributo de admiración al poeta de la admirable catarata.

El Titán es también una vigorosa imprecación, un apóstrofe varonil y enérgico, a lo Núñez de Arce, contra el falso progreso moderno, refinamiento en lo material, salvaje barbarie y decadencia espantosa en lo moral, al cual subscribiría con el mayor gusto, por más reparos que, como a Oyuela, me opusieran sus ciegos adoradores; repitiendo con él:

Y aunque mi audacia al condenar, violento
 Hundas mi nombre en perdurable olvido.
 Te he de decir con varonil acento
 Que eres Titán, pero Titán caído.

Coloco también entre las mejores poesías del tomo la titulada *Impresiones*. ¿Qué tercetos más soberbios aquellos! Nada tienen que envidiar, sobre todo en su delicioso final, a los incomparables del *Raimundo Lulio* de Núñez de Arce. ¿Y qué espiritualismo y noble sed de ideal se respira en ellos! Esta y otras poesías forman extraño contraste con las magistrales traducciones que constituyen la mitad del volumen, y en las cuales domina la nota pesimista, y el genio del pesimismo, Leopardi, al cual ha naturalizado Oyuela de una manera inimitable en la poesía castellana. "

"Posee personalidad; tiene su ideal y su camino, no se parece a los críticos saltones, que hoy ofician de puristas y mañana de insurgentes. Oyuela es un clásico; mejor dicho, un neo-clásico, a lo Andrés Chénier y a lo Carducci; más griego y pagano que académico... Atesora una cultura rica, sólida, seria, de lecturas mascadas y digeridas." ²

"El nuevo volumen de cantos (*Nuevos Cantos*) que presenta hoy Oyuela, responde a los mismos afectos y simpatías del primero. Hay, sin embargo, en el último una nota íntima, que creo es una de las expresiones más pro-

¹ ANTONIO RUBÍO Y LLUCH; Barcelona 1892. Artículo escrito para "La Defensa Católica" de Bogotá.

² EMILIA PARDO BAZÁN: *Nuevo Teatro Crítico*, Febrero, 1891, pág. 78.

fundas de dolor humano que haya encontrado eco entre nosotros... Pocas veces he leído quejido más profundo y sincero que el sollozo del pobre padre sobre la blanca tumba de la hijita perdida, tumba que un tenue rayo de luna acaricia, en una noche serena...

Oyuela ama a España como un hijo reverente... España paga a Oyuela su cariño. Durante mi larga permanencia en Madrid, más de un crítico español, especialmente Valera y Menéndez y Pelayo, me hablaron de la obra poética de Oyuela, ensalzando la pureza de la forma, el impecable casticismo del lenguaje, y la serena y elevada inspiración.

Oyuela ama a Leopardi. Su pensamiento, entristecido por las amarguras profundas que la vida le ha reservado, va con simpatía hacia uno de los genios más desolados que haya producido la humanidad. Lo lee, lo penetra, se satura de ese pesimismo, al que es curioso haya podido resistir su fe robusta, y por fin, se conaturaliza con él hasta traducirlo con una fidelidad tal, que se diría que las ideas sombrías que corren por un cauce que jamás lleva a la esperanza, han nacido en su propio cerebro y se han entufado en su corazón, y no en el del amargo cantor de Bruto Menor... El que no posea bastante el italiano para seguir el pensamiento no siempre claro de Leopardi, a través de sus versos vigorosos, pero a veces complicados, encontrará en la versión de Oyuela el reflejo fiel del espíritu del gran poeta italiano...

Los que aman las formas nuevas, los giros extraños, lo que se ha dado en llamar *decadentismo*, aunque los franceses, de largo tiempo atrás, encontraron la expresiva palabra *galimatías* para definir ese lesón de novedad a toda costa, aun del sentido común, deben evitar la lectura de los versos de Oyuela. Pocos escritores hay entre nosotros

mas reverentes de las formas clásicas, si es que entendemos por clasicismo la corrección, la sencillez y la propiedad. Fué empleando las palabras según su valor propio y aceptado, y no según una semántica caprichosa, como los autores del siglo de oro dieron a la lengua y literatura españolas renombre inmortal (Góngora, felizmente, no consiguió en turbiar la cristalina limpidez del cauce poderoso). Oyuela es su discípulo, y a fe que cuando se lee la hermosísima *Epístola a Cervantes*, que engalana este volumen, no se sabe qué es lo que en ella halaga más, si el fácil movimiento del verso bien venido, el alto homenaje al ingenio incomparable, o la lengua sana y robusta, fuerte como una roca sobre su sintaxis gramatical. Hace ya algunos años que enseña en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, ora literatura general, ora literatura de la Europa Meridional, cátedras en las que sería difícilmente reemplazado, por su competencia, su autoridad, y el gusto exquisito que hace de él un eximio director de los espíritus jóvenes... Pero el amor de Oyuela por los clásicos, no excluye por cierto, por razones que antes expuse, sus simpatías por todas las formas del arte que surjan en virtud de su propio valor. Es precisamente ese rasgo de su inteligencia el que ha determinado la simpatía de muchos hombres cuyas ideas fundamentales no son las mismas que las de Oyuela. Es tan grato, por otra parte, en la alta región intelectual, el respeto recíproco, la cultura constante y la deferencia cortés por todas las ideas sinceras.¹²

¹² Miguel Cané; Prólogo a *Nuevos Cantos*, Buenos Aires, 1905.

NUEVOS CANTOS

.....

“En la historia mental de Oyuela ¿qué revelan *Nuevos Cantos*?

Como en *Cantos*, el poeta es digno en el sentimiento, elevado en el concepto, puro, límpido, transparente en el lenguaje, del cual tiene tal conocimiento, que le permite de continuo emplear giros difícilísimos, trasposiciones arriesgadas y vocablos que, si a veces brillan como metales recién laminados, otras tienen lo pintoresco de las medallas antiguas.

Si en *Nuevos Cantos* no hay, como forma, una composición como *Reminiscencias*, para mí la más hermosa de las de Oyuela, de los *Cantos*, ni una pintura de la naturaleza como *Al Niágara*, del mismo libro, en cambio, aquéllos, *Nuevos Cantos*, llevan en su seno más humanidad, vale decir, más dolor, y más amor. Si me fuera posible caracterizar en rápida síntesis mi juicio sobre los dos libros de versos de Calixto Oyuela, *Cantos* y *Nuevos Cantos*, diría que el novísimo es una manifestación de belleza afectiva, y de belleza conceptual el primero. De cualquier manera, ambas obras son una enseñanza para todos los hombres, de ingenuidad en el sentir, de claridad de concepto y de diafanidad y de grandeza de forma.¹”

“Calixto Oyuela ha pulido aún más (que Guido Spano) la lira clásica, renovada en las fuentes de la poesía y el

¹ CARLOS VEGA BELGRANO. De un artículo crítico publicado en «El Tiempo», con motivo de la publicación de *Nuevos Cantos*, en 1935.

espíritu de la madre patria: y su canto *Eros*, laureado en los Juegos Florales, quedará como una de las obras de más puros quilates de nuestra joven literatura poética.”

“ESTROFAS”

“El poeta está en el ocaso de su vida. Es la hora de los recuerdos. Su vida constituye un todo con su centro de gravitación: hasta allí, mirábamos hacia adelante; después de alcanzado miramos atrás. La poesía ha sido, no su religión — en su modestia el poeta no se atreve a juzgar legítimo su triunfo —, sino que le llama idolatría. Subyugado por su encanto, aun no desespera de recibir su beso, con lo que hace comprender que todavía no lo ha recibido.

Pero la poesía que le ha seducido no es la que se expende por tal. Es voz, pero que calienta: modulación que la palabra recibe del íntimo sentimiento: vuelo hacia arriba: sol que dora las cumbres, los espíritus, que en su anhelo por lo sublime, desdeñan la tierra. Esto en lo tocante a la esencia. En lo que atañe a la forma, la poesía es un río caudaloso, sereno en lo llano, tempestuoso en las pendientes; pero siempre humana: son voces de almas arrebatadas por sus olas las que hace sentir. ¡A mí todo esto! grita el poeta, expresando su voto, su intenso deseo. Pero ¿es tan humilde su vida! Sólo que el cielo no desdeña el homenaje del que le contempla desde el umbral de una choza, aunque sea en la pampa. Un rumor él oye en la poesía, la voz de lo infinito; y le sigue (es su fe), y un día una luz eterna brillará en su frente (es su esperanza).

¹ JOAQUÍN V. GONZÁLEZ: *Diario de Sesiones del Senado*. Septiembre 27 de 1916.

Este es el curso de las ideas, este el poeta. La realidad le ha amargado la boca, pero no el corazón. La ruda experiencia de la vida le rechaza; él se recoge en sí.

Oyuela no blasfema; su situación no se resuelve en la desesperación de Leopardi, en boga por aquel entonces, solución del orgullo. Es alma modesta, de femenina delicadeza: se aparta tácito, y puesto que se le niega arrimarse al hogar, él se recoge en sí y se calienta al ardor de su corazón, en cuyo latido hay una aspiración que no puede ser engaño. Esta es la que templó su desconsuelo, la que le promete un desquite: a él le basta, pero no quiere imponerla a los demás; es su esperanza y su musa; él canta para sí mismo, y, si acaso, para aquellos a quienes su canto puede aprovechar. ¡Cuán solo debía sentirse al escribir estos versos! Versos que en mí engendran no sé qué afán: hay algo solemne y melancólico; algo como una tácita desaprobación. Se piensa en las palabras de Sócrates, que también ocurren en los labios de Cristo: "Donde yo voy, vosotros no podéis venir". Este lugar de luz, que él ve, y a donde parece ir solo, no sé qué angustia pone en el alma.

Hay en estos versos verdaderamente el rumor de lo infinito. El efecto que dejan es parecido al de ciertas músicas, o al de un canto nocturno que se aleja por la campaña: el sentimiento de las cosas lejanas. Buscar, indicar los medios con que el poeta nos transmite su estado emocional, es muy difícil. Acaso la rápida sucesión de las imágenes; su indeterminación, su calidad. Una puesta de sol entre vapores; aquel descender de la cumbre luciente; las cimas que se doran; el sonido de almas llevado por la corriente; aquella figura de la poesía, que teje con estambre de oro un encaje de sueños; pero también es cierto, y la natura

leza musical de la impresión que domina lo atestigua, que mucho se debe al ritmo, modulación que la palabra toma verdaderamente del sentimiento íntimo.

Si se quisiera saber a qué especie de arte, si al antiguo o al moderno, si al clásico o al romántico, pertenece esta pieza, yo no dudaría de asignarla al romántico.

El arte clásico trasmite una serie de pensamientos, en que uno nace del otro con rigor casi lógico: el romántico trasmite emociones. La emoción es lo antiguo, estaba, según parece, encomendada a la música. Hay, sí, en Píndaro, en Baquilides, conatos emocionales: pero no tienen continuación: y es la razón por qué la poesía antigua, si por su estructura, por la elección de las palabras y por los adornos nunca es admirada bastante, conmueve muy poco.

La imagen en los clásicos es luz que deja iluminado un objeto, un concepto: en los románticos es como las figuras que se forman en las nubes. Toda emoción en su decurso despierta representaciones, y no faltan, pues, en el arte romántico; pero él nos las da tales como están asociadas entre sí; de modo que se siguen como en el sueño. Mientras en el arte clásico no es así: el pensamiento se desliza según su lógica estructura, y es él quien llama y elige la imagen que mejor lo evidencia, sacándola del grupo en que está puesta por asociación. Trazar una línea que divida el sentimiento y el pensamiento, no es dable, por la unidad del espíritu humano: así que unos como pensamientos iniciales se dibujan también en la poesía más romántica; pero se desvanecen al tratar de asirlos y reducirlos a análisis.

El arte clásico corresponde al señorío de la razón, a la plena confianza que en ella tenían los antiguos, al culto que se la profesaba: es arte de gente despierta, y fuerte, y

sana, que vive en las cosas, y nunca, o casi nunca, se recoge en sí para escucharse.

El romántico es emanación del sistema de Kant. Con negar al entendimiento el conocimiento del *noumeno*, con hacer que sólo se advierta su presencia en el sentimiento, se trocaron los papeles, y el sentimiento prevaleció sobre la razón. El desarrollo de las ciencias positivas tiende a devolver a la razón su asiento de honor.

Esta de Oyuela es poesía romántica, digo, esta de "Estrofas"; es algo como una *reverie*, a la que sólo un momento amenaza arrancarnos la estrofa cuarta, con su carácter polémico. Ahí nos despertamos, ahí se piensa, ahí la imagen encierra un concepto. Lo de las galas, que más bien que ayudar, embrollan y quebrantan las alas de la poesía, es una sentencia, y sana; pero que choca con lo demás, tan empapado de no sé qué sentimiento indefinido. El maestro sabio hace allí por un momento callar al poeta: son las teclas que se oyen en un nocturno de Chopin.

Respecto a la forma, cuando se trata de artistas verdaderos (y este es el caso), no hay distinción: la palabra es el espejo y la distinción se puede hacer tan sólo entre las caras que se le presentan... El estilo es el sello de la personalidad en toda obra de arte: lo que no es tal, no es estilo, sino manera.

« ODA A ESPAÑA »

El entusiasmo arrancó a Oyuela esta oda, que aun después de los sucesos nada ha perdido de su valor; antes bien, ha adquirido el de documento histórico. Oyuela es argentino; mas el vino se commueve en el tonel cuando flora la vid; y en aquel momento en todas partes se commovió la sangre española...

¿A quién toca dar cuenta del mal éxito? Yo no lo sé; pero cierto un argumento más presenta la historia de escándalo para el creyente en su justicia. Una violación sin igual de derecho fué cometida impunemente; y los que se ríen de España demasiado seguros se consideran de todo abuso. En el día que la injusticia los oprimiera, ¿en nombre de qué se atreverían a protestar?

La confianza que anima a Oyuela en el triunfo de España es la de todo corazón noble en el triunfo del derecho y de la justicia. La cuestión él la puso en sus términos verdaderos: no se trata de España y de Estados Unidos; sino de algo más alto, más sublime. Se trata de dos principios, de dos tendencias, o, mejor dicho, de dos criterios antagónicos de la moralidad: el criterio colectivo y el individual: si se debe tener en cuenta, al obrar, el interés de la especie o el propio. Es natural que depende la respuesta del distinto modo de considerar al hombre: o como miembro de un todo (animal social), o como independiente de toda vinculación. El primer criterio bien puede llamarse social, o, lo que da lo mismo, civil, y anárquico el segundo. Entre todos los pueblos nórdicos, el inglés es el que se ha hecho un programa anárquico internacional. Su interés determina su política; pero con este rasgo característico, que tiene origen en su profundo escepticismo, que siempre atenúa la odiosidad del móvil verdadero de su acción con nombres simpáticos: humanidad, amor de patria, etc. Lo cual también, como cada cual puede ver en Stirner, es ley para el anárquico: el cual no debe, dice su legislador, despreciar estas idealidades en que los vulgares creen: no debe mofarse ni de sus dioses, ni de sus principios: sino servirse de ellos para conseguir su objeto. Cuanto más un hombre cree y respeta, tanto más

es fácil su presa. Esto que a los privados predica el fundador de la anarquía, es la política inglesa. Lo evidencia la guerra contra los boers, y la que Inglaterra acaba de combatir contra Rusia, haciendo servir a sus fines al Japón... Inglaterra triunfa porque es la sola que haya adoptado aquel programa: ya se hace más difícil su señorío después que los Estados Unidos lo han hecho suyo; y cierto el día que se haga general ya no habrá relaciones internacionales posibles, y la guerra se hará permanente. Ahora el juego le sale bien a Inglaterra; pero lo que la tutela es el respeto de los demás Estados a los principios del derecho.

Quien llama a los ingleses romanos modernos no sabe lo que dice. Sería justamente como llamar blanco al negro. El principio romano era: *Salus reipublicae suprema lex*: y es decir, que en caso de peligro para la existencia del Estado, todo estaba permitido; lo cual es también principio privado, ya que todo está permitido en defensa de la vida. Los ingleses han substituido: *interés de la república a salud de la república*: y tanto valdria decir que está permitido todo lo que conviene. La fórmula romana no es más que la expresión de la ley natural de conservación; al paso que la inglesa es la fórmula de la anarquía...

Y todo lo repugnante de la teoría anárquica, el Estado americano lo ha puesto por obra. Empezó por suscitar discordias en Cuba, sirviéndose de los *liberales*, es decir, las almas venales de todo país. Después acusó a España de no saber gobernar, de tiranía; y finalmente mandó al célebre buque *Maine* a hundirse en las aguas de Cuba, acusando después a España de haberlo echado a pique: y fué éste el pretexto de la guerra; pero no la causa, que no era más que la codicia de los norteamericanos.

De todo esto, pues, Oyuela se da cuenta cabal, y de ahí su indignación :

*Más que dos pueblos que a la lid se arrojan,
Dos fuerzas son, terribles y contrarias,
Que se disputan desde el negro Caos
El imperio del orbe.*

Y es así, desde el negro Caos. Puesto que el mundo salió de las tinieblas del Caos por el mismo principio de orden que hizo salir la civilización de la noche de la anarquía.

*Una clama : ¡Interés ! la otra : ¡Justicia !
Y en razas enemigas encarnadas,
Una lleva a magnánimas empresas,
Otra, a robos audaces...*

Este *audaces* es irónico : pues también la audacia faltó a los Estados Unidos : si no, no habrían ido mendigando pretextos.

Vistas así las cosas, y así deben ser vistas, todo lo demás de la poesía no es más que consecuencia de la elevación moral del poeta. Un alma vil, aun viendo las cosas como eran, no habría tomado ciertamente la parte de España : como el libertino no toma la parte de Lucrecia. Cuantos hay entre nosotros que reniegan de su patria y de su estirpe, y de la gloriosa tradición romana, aplaudieron al ladrón americano : los hombres y jóvenes listos de todo país ; los que, aunque haciendo profesión de honradez, siguen en la práctica la teoría del anarquismo. El temple de alma se reveló en aquella circunstancia...

Quien llegara hasta demostrar que España mereció cas-

tigo, no habría demostrado que en aquel caso no tuviese razón. María Estuardo, con no oponerse a la muerte de su consorte, se hizo ella misma digna de muerte; pero no queda justificada Isabel, que se la infirió. Mientras dure el mundo, aquella sangre pesará sobre la memoria de la reina inglesa, y todo corazón noble latirá por María. ¿Acaso se tildará a Schiller de fanático, porque dejando a más alto tribunal el fallo de las culpas de María, no ve más en el momento que la superchería de que es víctima? Schiller es poeta: y también lo es Oyuela. A ningún hijo compete juzgar a su madre: su deber es defenderla de todo insulto. Y España en Oyuela encontró a un hijo.

Justificado el entusiasmo de nuestro poeta, no queda más que admirarle. España se le personifica doliente, como, en Claudiano, aparece Roma a Stilicón. Toda la gloria de Carlos V, la epopeya del descubrimiento de América, la más grande aún de la lucha contra Napoleón, vuelve a resplandecer en su mente. Bien siente Oyuela la desproporción de las fuerzas entre los contendientes: no es ciego; pero el confía en Dios, cuya causa es el derecho, y ve a David partir con un guijarro la frente de Goliath.

El ladrón del Norte se le presenta también en todo su aspecto repugnante: con su codicia, con sus garras tendidas, con su falta de todo ideal, de toda tradición; con su crueldad hacia los indios. No desconoce su fuerza:

*Los hijos son de la materia, ciega,
Fuerte, inmensa, brutal...*

Es grande su poderío; pero se levanta como un desafío a todo noble sentimiento humano. Todo lo cual es verdad, y la palabra encendida del poeta cae sobre aquella frente como una marca de infamia.

Pero ; qué grande y hermosa España se le presenta!
Adalid de la hidalguía antigua...

Un resplandor de lo ideal eterno
Orla tu frente, en triunfo o desventura...

No se crea que el entusiasmo vela la mente de poeta. Él bien siente que para la victoria falta preparación a España: de ahí la palabra *desventura*, y el verso:

Te lanzas a la gloria, o al martirio...

Por las razones dichas, muchos habrá que no participen del entusiasmo del poeta: esto no quita a la poesía su valor. Yo no sé con qué compararla, si no es con la palabra también encendida con que San Bernardo animaba a los feligreses a la cruzada, que también tuvo éxito tan infeliz. El resultado no respondió a los votos del poeta: no por ello dejan de ser santos y generosos. No siempre, con la razón eterna, que se los ha dictado, armoniza la realidad; pero esto por culpa del hombre, y de la maldad que domina en el mundo. España perdió a Cuba porque el mundo no ve más en el triunfo del derecho la salud común; porque ha muerto entre los pueblos todo sentimiento de humanidad; porque la codicia que devora a los pueblos ha hecho prevalecer la ley de lobos de la *no intervención*: porque la política inglesa hace camino. Sin embargo, mientras el mundo dure, la guerra de Africa, el estrago de los armenios, la ocupación de Cuba, pesarán como manchas indelebles sobre la edad que pudo tolerarlas. La impresión que la derrota de España causó en nuestro poeta se ve en el soneto: *Finis Justicie*. No llora a España, mas a la humanidad: y fué, en efecto, la derrota de la justicia, del derecho, de la razón: de

que mucho tienen que regocijarse los que anhelan sumergir al hombre en la animalidad de que se ha levantado".¹

Como complemento de las que van en el texto, añádense aquí las siguientes composiciones :

GLORIA

EN LA MUERTE DE BARTOLOMÉ MITRE

Ei fu.

MANZONI.

Cayó con gran sonido
El hombre excelso, y con dolor profundo
Exhala el corazón largo gemido.
¡Algo grande ha perdido
La Argentina, y América, y el Mundo!

Su poderosa mano
Quedó inerte, mostrando la derrota.
De su vida la muerte triunfa en vano :
¡Su aliento soberano
Sobre las cumbres de la patria flota!

Su vida está incrustada
En la patria inmortal que en turbia hora
Él forjó con su idea y con su espada ;
En su tumba sagrada,
En el alma del pueblo que le adora!

No una vez, por ventura,
La Gloria vertió aquí su lumbré clara ;

¹ FRANCISCO CAPELLO (sabio humanista italiano, catedrático de lengua y literatura griega en nuestra Facultad de Filosofía y Letras) : " *Dos Cantos de Ognela* " : Revista "Nosotros", núm. 25, Enero de 1910, pág. 43 y siguientes.

Mas nunca, al remontarse a tanta altura,
Supo tan suave y pura
En cada corazón labrarse un ara.

En su triunfal camino
Rodó el amor en torno a su persona :
Y siempre, en fausto o en adverso sino,
Tuvo todo argentino
Para su noble frente una corona.

En los tremendos días
En que imperando un bárbaro sangriento,
Larva infernal de anárquicas orgías,
Con hondas elegías
De infamia y muerte retumbaba el viento ;

Surgió a la acción fecunda
El gran varón que la Argentina llora :
Arma el brazo viril ; viva y profunda
La fe su alma inunda,
Y asalta a la barbarie vencedora !

De entonces, proceloso
Campo de inmensa lucha fué su vida,
Sin que en su vasto curso generoso
La viese aun el reposo
Ni un solo instante para el Bien dormida.

La esperanza ilusoria,
La proscripción, el popular tumulto,
La amarga lid con la mundana escoria,
La rota y la victoria,
La aclamación, el rencoroso insulto ;

La fe del civil bando,
El fulminante verbo tribunicio,
De tres naciones el marcial comando,
El soberano mando,
Y la aureola augusta del patricio :

¡Todo lo tuvo! Ajeno
De egoísta ambición, sigue su estrella,
Y de la imagen de la Patria lleno,
Su espíritu sereno
Por sobre todo en plenitud descuella.

No perdió en la pelea
La amplia visión tranquila su mirada,
Y vióse siempre cual perenne tea
Resplandecer la idea
Aun en la punta misma de su espada!

Del belicoso estruendo
Toda convulsa la nación salía,
La vista a cimas de esplendor tendiendo :
Él la encarnó, fundiendo
Acción y mente en pródiga armonía.

Caudillo, amó el reposo
De la meditación reveladora,
Y de la Inteligencia el templo hermoso,
Rindiendo fervoroso
Culto al saber, que la abrillanta y dora.

Y el escritor-soldado
Recorrió con erguido pensamiento
Las tumultuosas sendas do el Pasado

Rueda en sombras velado,
Y alzó a la patria historia un monumento.

Más alto todavía,
En pos de lo ideal, la mente eleva,
Cuando a tus sacras aras, Poesía,
Sediento de armonía
La noble ofrenda palpitante lleva.

Y creció sin ribera,
Como viviente mar que inmenso avanza,
La fe, el amor de la nación entera,
Que puso en él certera
Su admiración, su orgullo y su esperanza

¡Cómo a su hogar sereno
El Genio nacional vibrando iba
A llevarle perfumes de su seno,
De reverencia lleno,
Qual si se alzara en él la Patria viva!

Por ocultas corrientes
Se derramaba su moral fragancia,
Y los hervores del rencor rugiente
Transformaba elocuente
En elevada y rica consonancia.

Así en su edad extrema
Fué numen tutelar de la Argentina,
Faro providencial, mágico emblema,
Cuya virtud suprema
Trueca en ventura la inminente ruina.

Y en su encumbrada altura
La afable sencillez fué su divisa;

No fué su alma, generosa y pura,
Ajena a la dulzura,
Ni rebelde su labio a la sonrisa.

¡ Feliz quien por tal suerte
En curva enorme la existencia abarca,
Y un tiempo de su patria el héroe fuerte,
Le acoge, al fin, la muerte
Siendo su Protector y su Patriarca !

Y al doblar la cabeza
Sobre el eterno tenebroso arcano,
Fué supremo esplendor de su grandeza
La plácida entereza
Y la fe redentora del cristiano.

¡ General !... Desde el templo
De luz que habitas en ignota esfera,
Donde, al soltar el canto, te contemplo,
Serás, en paz, ejemplo,
Y en las contiendas bélicas, bandera !

En ti radiosa mira
La Patria un servidor honesto y grande ;
Por ti segura en libertad respira,
Y victoriosa gira
Hacia el fulgor que la Justicia expande.

Ceñido el negro manto,
Muda y temblando a tus despojos llega :
“ ¡ Adiós ! ... ” te dice en su mortal quebranto,
Besa tu frente en llanto,
Y a eterno culto tu memoria entrega.

¡No queda con tu ausencia
Esta tierra que amaste, viuda y sola!
Toda frente argentina, en rica herencia,
Tendrá la refulgencia
De un rayo de tu espléndida aureola!

Con religioso celo
Ya tu nombre inmortal guarda la Historia.
¡Rasgue la Muerte el funerario velo,
Y vuele sobre el duelo
De todo un pueblo, el cántico de gloria!

Enero de 1906.

RESURGIMIENTO

Al declinar de mi existencia, a un hondo
Tedio y tristeza el alma convertida;
Subía al labio, de su obscuro fondo,
Todo el amargo zumo de la vida.

Profunda herida desgarraba el flanco,
Abriendo al Desencanto una amplia brecha;
Ni el espíritu hallaba digno blanco
Para lanzar su voladora flecha.

¡Era un sueño el amor! Fantasma hermoso,
Fulguración de mi inmortal deseo,
Flotaba en otra esfera luminoso,
O se encarnaba en esta en torpe arreo.

Desnudo el pensamiento de áureos lampos,
Sin más compañía ya que su fatiga,
Cruzaba solo por nocturnos campos,
Buscando allá en los astros lumbre amiga.

De pronto, no sé cómo : fué un portento !
En el rayo de luz de tu mirada
Llegó tu alma a la mía sin acento,
Y quedó dulcemente reclinada.

¡ Oh gloria ! ¡ Oh bendición ! Sentí la vida
Condensarse en amor, en fe, en ventura,
Y se embriagó mi mente, suspendida
Al regio resurgir de su hermosura.

Sí, sí, ángel mio, tú eres... *la esperada* !
Que al conjuro surgió de mi deseo ;
La que fuera hasta ayer visión soñada,
Y hoy junto a mí resplandeciente veo,

Eres amor y gracia. La ternura
Fabricó en ti su palpitante nido,
Y por tu inteligencia, en onda pura,
Pasa la idea sin hacer rüido.

Me miras, me sonríes... Un acento
De amor entreabre tu convulsa boca,
Y el corazón desborda en sentimiento,
Y un aura del edén mi frente toca.

Y joven soy por ti ! Para ti guarda
Mi alma intacta aún su primavera ;
Tú haces que en ella el firmamento aun arda
Con el grande esplendor de su alta esfera !

Tu voz, tu dulce voz, mi oído halaga
Como íntima caricia arrulladora,
Y a su amorosa vibración se apaga
La vasta voz del mundo alta y sonora.

¡ Que el mundo nos ignore ! ¡ Que alegría !
Y en soledad de sombra y de frescura,
Verteré yo en tu vida, y tú en la mía,
Onda eterna de amor y de ventura !

1911.

CREPUSCULAR

(Inédita)

Hunde en ocaso el sol su frente de oro:
En roja pira el horizonte inflama,
Y entre las nubes, al partir, derrama
En ráfagas de iris su tesoro.

Allá distante con clamor sonoro
Pausada esquila a la oración nos llama:
Naturaleza tiembla, y sueña, y ama,
En los murmullos de su inmenso coro.

Pardo manto obscurece el hemisferio,
Y de la vida el bullicioso alarde
Cede al desmayo de su blando imperio.

Luz de recuerdos en las mentes arde ;
Y en la paz de los campos y el misterio
Se alza en silencio el canto de la tarde !

1919.

CONSALVO

(Leopardi)

Próximo al fin de su mortal jornada
Yace Consalvo. Desdeñoso un tiempo
De su destino ; mas no ya, que entonces

Sobre su frente juvenil pendía
El anhelado olvido. Se miraba,
Como de tiempo atrás, de sus amigos
En su fúnebre instante abandonado ;
Que en el mundo, por fin, amigo alguno
Queda al que el mundo con desdén contempla.
Sola a su lado, de piedad llevada,
A consolar su triste desamparo,
Estaba aquella por beldad suprema
Famosísima Elvira, que perenne
Y solitaria en su interior moraba.
Su poder conocia, y que una alegre
Mirada suya, una palabra dulce
Luego mil y mil veces repetida
En la mente tenaz, sostén y aliento
Solía ser del infeliz amante ;
Bien que ella nunca de su labio oyera
Una expresión de amor. Siempre en esa alma,
Sobre su gran deseo, alzóse invicto
Un temor imperioso. Así le hiciera
El excesivo amor niño y esclavo.

Mas desató la muerte el nudo antiguo
De su lengua por fin, y presintiendo
Aquel instante que desliga al hombre,
Detúvola al partir, la mano asida,
Y esa mano blanquísima oprimiendo,
Vas a partir, la dijo, es ya la hora :
Elvira, adiós. No te veré, presumo,
Nunca otra vez. Adiós, pues, ya. Recibe
La mayor gratitud que el labio mío
Es capaz de expresar. Quien puede hacerlo

Premiará tus solícitos cuidados,
Si algún premio al piadoso el cielo otorga.
Palideció la hermosa, y al oírle
Se le agitaba el seno. Porque siempre
Con fuerza oprime el corazón del hombre,
Aun siendo extraño, el que, partiendo, dice
Adiós por siempre. Y argüir quería,
Disimulando el próximo destino,
Al moribundo. Pero él detuvo
Su palabra, añadiendo : Deseada
E invocada, cual sabes, con ahinco,
No temida, la muerte a mí se acerca ;
Y este fúnebre día alegre surge
Ante mi vista. Me atormenta, es cierto,
El perderte por siempre... ¡ Ay ! sí, por siempre
De ti me alejo. Se me parte el alma
Al pronunciarlo. ¡ No veré esos ojos,
Ni escucharé tu voz ! Dime: mas antes
De tu eternal ausencia, Elvira, ¿ un beso
No me querrás tú dar ? ¿ Un beso solo
En todo mi existir ? Gracia que pide
No se niega al que muere. Ni jactarme
Podré del dón, yo exhausto, a quien los labios
Hoy, tras de breve instante, mano extraña
Eternamente cerrará. Y diciendo,
Con un suspiro, en la adorada diestra
Los fríos labios suplicante puso.

Quedó un punto dudosa y pensativa
La hermosísima joven, y sus ojos
Fijó, con mil caricias centellantes,
En los del infeliz, do la suprema

Lágrima relucía. Ni, inclemente,
Tuvo valor de despreciar el ruego
Y amargar más la triste despedida,
Rehusando el favor. Antes vencióla
La compasión de la patente llama.
Y aquel célico rostro, aquella boca
Tan deseada, y desde tanto tiempo
Estímulo de ensueños y suspiros,
Dulcemente acercando al conturbado
Rostro, ya sin color por mortal ansia,
Toda benigna y de piedad henchida,
Besos y besos imprimió del loco
Trémulo amante en los convulsos labios.

¿ Qué fué entonces de ti ? ¿ Cómo surgieron
Vida, muerte, desdicha ante tus ojos,
Fugitivo Consalvo ? Él la mano,
Que aún tenía, de la amada Elvira
Llevando al corazón, que los latidos
Últimos daba del amor y muerte,
¡ Ah, dijo, Elvira, Elvira mía, siento
Bien que aún vivo en la tierra ! ¡ Sí, esos labios
Fueron tus labios, y tu mano oprimo !
¡ Ah ! me parece una visión mortuoria,
Sueño, o cosa increíble. ¡ Oh cuánto, cuánto
Debo, Elvira, a la muerte ! Nunca pudo
Vivir de ti ignorado el amor mío,
Ni de los otros ; porque no se oculta
El verdadero amor sobre la tierra.
La acción, el rostro pálido, los ojos
Te lo hicieron patente, no los labios ;
Que aún y siempre el infinito afecto

Que rige mi albedrío mudo fuera,
Si no hubiese la muerte en osadía
Trocado su temor. Contento muero
De mi destino ya, ni más me duele
Haber visto la luz. No viví en vano,
Pues esa dulce boca con mi boca
Pude apretar. ¡Feliz mi sino creo!
Dos cosas bellas hay: amor y muerte.
Hacia la una el cielo me encamina
En la flor de la edad: por venturoso
En la otra me tengo. ¡Ah! una vez sola,
Sola una vez mi largo amor hubieses
Calmado tú, y para siempre entonces
Trocárase la tierra en paraíso
A mis cambiados ojos. Aun la odiosa
Vejez tranquilo conllevado habría,
Bastando a ello el inmortal recuerdo
De un solo instante, y el decir: dichoso
Fuí sobre todos. Pero ¡ay! que nunca
Tan gran felicidad el cielo acuerda
A terrenal naturaleza. Dicha
No cabe en tanto amor. Y yo, conforme,
En manos del verdugo a las torturas,
A la rueda, a las llamas, de tus brazos
Ido hubiese volando; y descendido
A los terrores del tormento eterno.

¡Oh Elvira, Elvira, oh cuán feliz, oh cuánto
Más que los dioses mismos venturoso
Aquel mortal para quien tú despliegues
La sonrisa de amor! ¡Dichoso luego
Quien derrame por ti su sangre y vida!

Puede, puede el mortal, no es sueño sólo
Como juzgué hasta aquí, puede en el mundo
¡Ay! hallar dicha. Conocilo el día
Que fijamente te miré. Da ello
A mi muerte ocasión. Mas ese día,
Con firme aliento, en tan terrible angustia,
Ese día cruel nunca maldije.

Vive feliz, y el mundo, Elvira mía,
Tu semblante hermosee. Mas ninguno
Como yo te amará. Nacer no puede
Otro amor semejante. ¡Oh cuántas veces
Del infeliz Consalvo en tanto tiempo
Llamada fuiste y lamentada en llanto!
¡Cómo, al nombre de Elvira, helada el alma,
Palidecer, como temblar solía
Al penoso pisar de tus umbrales,
Ante esa voz angélica, y aquella
Frente al mirar, yo que al morir no tiemblo!
Pero ya aliento y vida desfallecen
Para acentos de amor. El tiempo es ido,
Y de este día no tendré un recuerdo.
Elvira, adiós. Con la vital centella
Tu imagen queridísima se borra
De mi alma por fin. Adiós. Si acaso
No fué este afecto para ti importuno,
Mañana a mi sepulcro silencioso,
Las sombras al caer, manda un suspiro.

Calló: ya con la voz perdió el aliento;
Y antes de anochecer, su primer día
Feliz, desapareció de su mirada.

•

DOMINGO D. MARTINTO¹

En toda época de indecisión y poca firmeza del gusto literario, cuando diversas tendencias luchan entre sí con mayor o menor empuje, disputándose la primacía en la mente y el corazón de los escritores, suelen aparecer ingenios especialmente equilibrados y eclécticos, que abren en su inteligencia ventanas a todos los rumbos, dan franca entrada en ella a vientos helados y a vientos abrasadores, y allá en el más escondido recinto de su espíritu acaban por fabricarse, con cierta complacencia epicúrea, un blando y tibio ambiente de primavera. Colocados tales autores en el punto de arranque de diferentes caminos, vienen a formar como un centro de reunión entre ellos, hacia el cual todos convergen.

Tal es, en mi opinión, el carácter que corresponde al delicado poeta que da ocasión a esta nota.

Martinto, hechos sus estudios en un colegio de Francia, comenzó a manifestar aquí su afición a escribir, entre los jóvenes que por los años de 1875 a 1885, más o menos, quisieron producir en nuestro país una última y tardía florecencia romántica, de imitación puramente francesa, haciendo caso omiso de cuanto el tiempo *había visto morir*

¹ Esta nota es un extracto amplio de mi prólogo-estudio a las *Poesías* de Martinto (1892), incluido luego en mis *Estudios literarios*, de 1915.

desde el año treinta hasta entonces. Tamaño anacronismo sólo sirvió para esterilizar algunas brillantes aptitudes, anegándolas en un mar de palabras y quejumbres, como que en América no existieron nunca, y menos podían existir entonces, los antecedentes y circunstancias trascendentales que en algunas partes de Europa hicieron fundamental, espontáneo y fecundo el glorioso movimiento romántico.

Si yo hubiese de seguir aquí los malos hábitos de nuestra crítica al uso, con lo que antecede quedaría Martinto suficientemente clasificado, como poeta romántico, incorrecto y lleno de pasión. Aquí ha sido cosa admitida y averiguada que la corrección, la serenidad, la sobriedad, la limpieza, implican frialdad y rebuscamiento, y el desorden desmañado e intemperante, inspiración y calor de alma. Se acepta también, tal vez como precioso elemento de comodidad crítica, que cada escritor no tiene ni puede tener otras cualidades y defectos que los generales que se suponen en la escuela o tendencia a que desde el primer instante se presenta afiliado, por más que su índole peculiar modifique notablemente unas y otros, por más que la vida y el estudio acumulen y desarrollen en su espíritu nuevos gérmenes y potencias artísticas, por más que ya no queden en sus labios ni rastros de la leche con que en un principio le alimentaron las intransigencias de escuela, por más, en fin, que cada artista algo digno de este nombre, por cualquier senda que marche, sea un *caso* que ha de estudiarse *en sí*, y no colectivamente y en montón. Pero es, sin duda, más cómodo, aunque también sea vulgaridad insufrible, tener de antemano fabricada la receta crítica que ha de pegarse oportunamente, a modo de rótulo indeleble, en el cristal de la producción artística, donde se guardan las esencias del alma.

Pues bien, a riesgo de ofender tan venerable costumbre, yo quiero notar aquí cómo Martinto, que empezó a escribir en la legión romántica a que antes hice referencia, llegó a sazón fuera del romanticismo, en un eclecticismo artístico templado, elegante y voluptuoso, y cómo, habiendo sido en sus principios y gustos muy francés, exclusivamente francés, conociendo y admirando mucho la literatura francesa, y sin que, en lo esencial, haya dejado de ser esa una irresistible tendencia de su espíritu, su poesía no es *afrancesada*, en el sentido para nosotros censurable de esta palabra, y que yo he combatido enérgicamente en ocasiones diversas.

El secreto debe buscarse en dos excelentes cualidades de Martinto: la sinceridad y la curiosidad artística. La primera le curó muy pronto de la mayor aberración poética, el lamento retórico, y de esa enfermedad *sin nombre* y también muchas veces *sin causa* (como no fuese la de rimar con *hombre*), de que se creían víctimas los jóvenes poetas de su generación.

En lo que se llamó *romanticismo*, como en lo que se denominó *clasicismo*, y en lo que luego se nombró *realismo* o *naturalismo*, deben distinguirse siempre, y no se distinguen nunca, las escuelas militantes, con códigos exclusivos, designadas con tales nombres, que, favorecidas por circunstancias históricas, triunfan un tiempo más o menos completamente, y luego mueren, o se transforman en otras, y la raíz y tendencia eternamente humanas, que son el primer origen psicológico de esas escuelas, se manifiestan con poca o mucha energía en todas las épocas literarias, son más o menos predominantes según las razas y los climas, y persisten íntegras sobre los escombros de los

bandos artísticos que ellas mismas engendran. Se ha escrito una obra sobre el *romanticismo de los clásicos*,¹ y otra podría escribirse sobre el *clasicismo de los románticos*, sin que quiera esto decir que ambas tendencias puedan estéticamente confundirse, que carezcan de caracteres propios y distintivos. Lo que si hay que reconocer y afirmar es que una y otra tendencia, así como la idealista y la realista bien entendidas, son esencialmente humanas, y siempre que sean sinceras y no retóricas, siempre que surjan naturalmente de la índole del artista, de su modo propio de concebir la belleza, y no de códigos convencionales ni de intolerancias de escuelas militantes, son perfectamente legítimas en la esfera del arte, que de su coexistencia recibe precisamente su variedad y riqueza. Necio el que por estrechas y pasajeras preocupaciones de escuela se empeña en limitar sus propios goces artísticos, y desconoce u olvida la amplitud y magnificencia del mundo estético, donde viven a un tiempo con inmensa gloria Balzac, Leopardi y Lamartine. El tener una concepción propia y definida del arte, y el preferirla a las demás, supone personalidad y es siempre saludable, tanto para la creación poética propiamente dicha, como para la crítica, que es también creación en cierto modo; pero esto no debe llevarnos a desconocer lo que hay de bueno y ventajoso en otras concepciones, ni mucho menos a exigir del artista que no se manifieste sinceramente según su naturaleza. Aunque ésta sea mala o deficiente, valdrá siempre más en el arte su expresión ingenua, que el fingimiento de una superior que le sea extraña.

La sinceridad ingénita en Martinto le libró, pues, de

¹ E. Deschanel.

ser *romántico por sistema*, y el romanticismo atenuado que quedó en él en su época de madurez artística ha de referirse a su modo de ser individual y propio, a esa raíz romántica eternamente humana, de que hablaba hace un momento, y que todos, todos, sin exceptuar a los que sentimos el soberano imperio de la clásica y serena hermosura, guardamos deliciosamente en lo más secreto del alma.

La curiosidad artística, ya que no un estudio profundo y completo, que entre nosotros es casi imposible, salvó a Martinto de esa admiración ciega y exclusiva, de esa imitación de la literatura francesa, en sus más externas y superficiales condiciones de amenidad ligera y brillante, que tan graves daños ha causado en nuestras letras, desviando nuestro gusto de lo más serio y substancial que el arte ofrece, y que se desdeña con el estigma de *pesado*, enfriando nuestro amor por los elementos artísticos de nuestra casa y tierra, y más aun por nuestras grandes y gloriosísimas tradiciones literarias españolas (verdadera y caudalosa fuente del arte argentino); adoración e imitación, en suma, que por superficiales y exclusivas, sólo han servido para limitar y afeminar nuestro gusto, debilitar nuestra inteligencia y estropear nuestra lengua.

Martinto, en tanto, pasada su educación primera y sus primeros entusiasmos, sin dejar de tender quizá todavía excesivamente a lo francés, por índole natural suya y por sus hábitos de estudio, comprendió luego que no está en Francia, como infantilmente se pretende, el cerebro del mundo; que Alemania e Inglaterra, en el vasto conjunto de la civilización moderna, y aun Italia y España en lo literario y artístico, no pueden reducirse, sin insensatez evidente, a cuerpos correspondientes al tal cerebro, atentos sólo a recibir

y obedecer sus órdenes. Entrevió otros mundos artísticos, antiguos y modernos, y quiso pasear por ellos la mirada, y fecundar su espíritu, aunque fuese de paso, con sus ritmos y esplendores. Entre los jóvenes de su grupo, debe decirse en honra suya, fué acaso el único que supo desprenderse, como de sucio harapo, de nuestras rancias y absurdas prevenciones antiespañolas, hijas de la más crasa ignorancia, del espíritu más superficial y de las inoculaciones de muchos limitados escritores franceses, únicos en esto de hablar con el mayor desparpajo e incompetencia de cuanto cae fuera del radio de las cosas y gustos que les son propios. Rehizo y amplió sus conocimientos de literatura española, aprendió a amar a *nuestros* grandes poetas y prosistas, y depuró su estilo y su lengua, haciéndolos más castizos con lecturas de clásicos y estudios gramaticales. Volvió también a Horacio y al clasicismo antiguo, que es el mejor y más sano alimento literario, y no descuidó el conocimiento de ciertos grandes escritores alemanes e ingleses.

Todo este trabajo, aunque hecho de prisa y a intervalos, como se hace todo entre nosotros, supone una reacción del poeta sobre sí mismo, altamente meritoria y difícil, que apreciarán debidamente los que saben por experiencia cuán arduas son esas rectificaciones en carne propia, contra la corriente de nuestros primeros gustos y hábitos intelectuales. Supone también un criterio accesible y despreocupado, y decidida vocación artística. Así se desarrolló en Martinto ese eclecticismo poético, ameno, elegante y un tanto escéptico, que, en mi sentir, es la nota fundamental y característica de su producción y de su talento literario.

Con todo esto, Martinto siguió siendo, por índole y estudios, principalmente francés. Pero ¿qué modo de serlo,

tan diverso de nuestro afrancesamiento corriente, que es ya una verdadera plaga! No digo yo que no haya todavía algún exceso en esa preferencia suya, ni que no le hubiese sido muy saludable y fortificante un cultivo más habitual y atento de otras literaturas; ni tampoco desconozco las grandes ventajas que le habría reportado una mayor intimidad o trato con la naturaleza, cosa tan difícil para los que vivimos atados con cien lazos a la vida y ocupaciones civiles; pero tal como es, su *galicismo intelectual*, por brotar espontáneamente de la índole y propio modo de ser suyos, de sus gustos nativos y sinceros, y por no comportar imitación alguna (en el mal sentido de esta palabra), ni siquiera de Musset, su poeta favorito, antes merece plácemes que censura, sobre todo considerándolo como un accidente dentro de las letras castellanas. Si las buenas traducciones de poesía extranjera en verso castellano, digan lo que quieran los que tan aturdidamente las combaten, son ornamento y *conquista* de nuestras letras, cuyo tesoro aumentan, ¿cómo no ha de serlo, con mejor título, la manifestación directa en nuestro idioma, de un espíritu que piensa y siente por sí, pero que en su sentir y pensar guarda estrecha y nativa analogía con una raza distinta de la suya, de refinada cultura, avezada a analizar y distinguir los más delicados matices del pensamiento, reflejándolos en la palabra, y a penetrar ingeniosamente en las sinuosidades del espíritu? ¿Qué tiene esto que ver con los remedos artificiales de autores franceses en pobre y pésimo castellano? Yo aplaudo, pues, sin incurrir en contradicción conmigo mismo, como un buen elemento más, la tendencia francesa de Martinto; pero la aplaudo en él, por ser personal, como una excepción interesante, y no deseo verla generalizada, porque llegaría a desleñir en el arte el caracter propio de nuestra raza.

.

Todas las composiciones de nuestro poeta son cortas, y casi todas de tema íntimo. La poesía de Martinto no se aplica casi nunca al mundo exterior, ni a meditaciones o contemplaciones de carácter general o trascendente: reside toda en lo más secreto de su alma, encendida en la llama de sus personales afectos. Es el más puramente subjetivo de nuestros poetas, y así sus cantos se distinguen por la suavidad, la delicadeza, la voluptuosidad y el aroma del alma. Toda declamación y todo énfasis le son completamente extraños, como también (fuera de sus epístolas) todo arranque impetuoso y vibrante, todo tumulto, todo estridente grito de pasión. Es poesía sencilla y modesta en su porte y tono, y por eso mismo ha de conservar eternamente su frescura.

Martinto no se cuida poco ni mucho en sus versos de propagandas filosóficas, políticas, sociales o humanitarias: ama y cultiva el arte por el arte, tomando esta fórmula en su recto y fecundo sentido de *el arte por la belleza*, en el cual es absolutamente incommovible. Cuanto se ha dicho en su contra por algunos filósofos o pensadores va contra la interpretación estrecha que a esa divisa dieron los decadentistas y parnasianos, que hacen del procedimiento y tecnicismo artístico el fin y objeto del arte, en vez de subordinarlos, como medios, al fin trascendente que el arte tiene dentro de sí mismo. El arte es un país libre y soberano, con territorio y gobierno propios, lo cual no debe eximirle de mantener buenas y asiduas relaciones con los países vecinos. Es bueno, y aun necesario, que el arte sepa lo que pasa en el mundo y se interese y se apasione por ello, pues en el orden universal no está solo, sino enlazado a un vasto conjunto; no para convertirse en predicador o moralista, ni en experimentador analítico, sino a fin de dar

vigor de realidad a sus concepciones, penetrando en ella para hacer brotar de su seno los ideales resplandores de hermosura con que teje perpetuamente su corona.

Bastaría esa preciosa independencia artística para hacer simpático su libro, para que nos ofreciese agua fresca y grata sombra contra las inclemencias filosóficas, sociales, utilitarias, de teóricos incompetentes, y aun de muchos artistas degenerados y vulgares, empeñados en la vana tarea de plantear, estudiar y resolver problemas por medio de sus composiciones soporíferas.

Poco se muestra en la poesía de Martinto el sentimiento y la observación de la naturaleza corpórea, ni la contemplación de sus maravillas ha arrancado canto alguno a su lira. Débese esto, sin duda, a su subjetivismo poético, que lo domina todo, y a su constante vida de ciudad y de estudio, que no le ha dado muchas ocasiones de observar y sentir personalmente los encantos del mundo externo. En otro poeta menos sincero que Martinto, de esos que cantan el mar sin haberlo visto, la última circunstancia no habría impedido que su libro abundara en lisonjas convencionales a la madre naturaleza. Nuestro poeta ha preferido abstenerse de pinturas y descripciones imaginarias o de segunda mano, que aunque fuesen de la naturaleza, no serían *del natural*, así como de la manifestación de sentimientos que no ha realmente experimentado. Excusado es decir que ha procedido en esto como artista consciente, para quien la sinceridad es la primera de todas las cualidades.

El estilo en esta poesía es perfectamente adecuado a su índole y a las tendencias eclécticas del gusto de su autor. Es correcto, templado, elegante, equilibrado y fácil. Nace su halago de la proporción y armonía de condiciones diver-

sas de dibujo, de color y de música, subordinadas siempre al sentimiento. Esta proporción y armonía, esta templanza, si por un lado le privan del brillo que lanza una cualidad enérgicamente desarrollada, le salvan por otro de toda exageración, de toda exaltación enfermiza, de todo nerviosismo y decadentismo, de ese abuso de la música, del color y la imagen, con que ciertos poetas, olvidando que éstos son, en su arte, simples medios para llegar al alma y revelar la propia, quieren luchar inútilmente con los recursos y las ventajas características de cada una de las artes particulares.

Tampoco hay nada que no sea joven y fresco en la versificación de nuestro poeta. No le han seducido, por fortuna, los rebuscamientos de *rima rica* y demás primores artificiosos que sólo tienden a degradar el arte trocándolo en un puro mecanismo, o en lo que los italianos llaman *virtuosità*. Ni incurre nunca, por excesivo esmero métrico o de dicción, en el pecado de sacrificar una hermosa imagen o la expresión encendida de un afecto a la desaparición de una asonancia dentro de un mismo verso, o a alguna otra nimiedad por el estilo. Martinto entendía la corrección de muy diverso modo. Y con todo ello, y a causa de ello, su verso resulta naturalmente fluido, rítmico y sonoro. Su técnica en general, por su firme, elegante y suelta andadura rítmica, no reconoce superior en la poesía argentina, y vence a la de casi todos nuestros poetas.

En cuanto a la lengua, le falta algo de su sabor característico, lo cual ha de atribuirse en primer término a nuestro medio, y tal vez también al carácter íntimo de su inspiración poética. Pero es lengua castellana, sin duda alguna, sin afectación, ni la vulgaridad del galicismo excusado, ni las groseras faltas gramaticales con que aquí continuamente se la deprime.

Ábrese el volumen de sus versos con acentos de entusiasmo y cánticos de alegría. Canta el poeta el hogar, el amor y la luz de la vida, a la cual se entrega con confiado alborozo:

¡Nada temo de ti! Si obscura nube
Llega a envolverte en importuno velo,
Más alto que ella mi esperanza sube
Para bañarse en el azul del cielo.

Poco a poco, a medida que se va avanzando en la lectura, nótase que la inspiración se vuelve más melancólica: de los dolores y decepciones reales, sentidos, concretos, y no genéricos ni fantásticos, brota aquí una lágrima, más allá un gemido de desaliento, un anhelo de realización imposible; hasta que se apaga el canto, envuelto en la tristeza de la luz vespertina, entre sollozos y recuerdos:

Hoy otros son los dueños
Del nido de mi infancia,
Y en medio de sus ruinas,
Cual mísero fantasma,
Sólo el espectro triste
De lo pasado vaga;
Pues tú también te has ido,
Pues tú también me faltas,
Amor sereno y puro,
¡Amor, que hogares alzas!

Tal es la síntesis del libro: tal es también, por desventura, la eterna síntesis de la vida.

Entre las composiciones más seriamente sentidas de Martinto, de más substancia poética, hay que señalar las

tituladas *En el hogar*, *Primavera* y *Canto de amor*. Es la una dulce expresión, no de cuadros o escenas domésticas, sino de los íntimos afectos que el hogar exhala como purísimo aroma. Aquí triunfa, como siempre, en el poeta el subjetivismo lírico. Si, a fuer de artista, nos ofrece imágenes y colores, es sólo como rasgos sueltos, como repercusión natural de la sensibilidad en la fantasía, no desarrollados ni graduados de modo que lleguen a formar cuadro. A veces el cuadro asoma, mas inmediatamente el sentimiento lo disuelve y lo arrebató en su onda fugitiva. Pero ¡qué bien revela el poeta las intimidades de su alma conmovida al hallarse de nuevo entre los objetos queridos que le recuerdan su infancia! ¡Cómo se encanta viendo la alfombra vieja, rota y desteñida, de los antiguos días, y el retrato colgado en la pared, y el ajado sillón y el polvo que lo cubre! Pero al recuerdo de lo pasado, únese luego su anhelo y esperanza de enamorado, del complemento indispensable para que su hogar acabe de convertirse en verdadero paraíso, y esta idea le sugiere estrofas bellísimas.

La pasión amorosa inspira el segundo de los cantos citados, *Primavera*. El amor no aparece en Martinto como causa o estímulo de aspiraciones ideales, superiores, como en Leopardi, a la persona misma que lo inspira; sino trémulo y voluptuoso, con cierta sensualidad idealizada, equidistante de la metafísica de amor y del instinto grosero. Su sentimiento de amor puede compendiarse y simbolizarse en el beso.

Más sereno y espiritual, más de hogar, surge este sentimiento en las bellas líras del *Canto de amor*, que es de lo más terso y puro que Martinto ha escrito. La noble musa de la felicidad doméstica ha inspirado este canto, que

en su tono y ritmo, y en su anhelo de calma, trae cierto vago recuerdo del excelso lírico agustino. A ello conspiran también tal cual idea o imagen, y hasta la forma métrica elegida.

En la misma línea de estas composiciones, si no por la intensidad del sentimiento, por la gracia y el relieve característico, debe colocarse la lindísima que lleva por nombre *Mis amores*, y que el poeta tuvo la gentileza de dedicarme. En medio de su aparente ligereza, de sus toques leves y rápidos, esta joyita expresa admirablemente todo un modo de ser del sentimiento erótico de la adolescencia, con su arrebató apasionado y su facilidad de olvidar, substituyendo cantidades iguales, si se me permite en este momento frase tan prosaica en gracia de su exactitud. En esa edad, lo que se ama es principalmente el amor mismo: la persona no es más que un estímulo, pretexto o causa ocasional, un alcázar donde el amor reside, por donde viene a suceder que si en el primer instante nos aflige y destroza su infidelidad o su desvío, luego nos consolamos fácilmente al hallar el mismísimo amor en otra parte. Esto ha sentido y expresado con felicidad Martinto en su traviesa poesía, la más extensa de las suyas, la de inspiración más abundosa y fácil. La pintura de sus amores con la rubia Luisa es encantadora, sobre todo la cita crepuscular y la despedida. Relata luego su pasión desdeñada por una morena, su vuelta a Luisa, arrepentido, y el brusco anuncio del casamiento de ésta, esa misma noche, por la vieja sirvienta malhumorada, y mientras vacila entre el suicidio y el claustro, se enamora de nuevo. Todo esto está dicho con gallardía y humorístico desenfado, recordando a veces el tono de familiaridad chistosa de Campoamor, o la intencionada

ligereza de Batres y Montúfar. En ella, y por ese dejo de comicidad o ironía tan felizmente disueltos en el sentimiento, se manifiesta en todo su carácter el modo de ser y de sentir de Martinto.

Otra perla es *Divagando*. Es un delicioso cuadrito nocturno y suburbano (nota nueva y única en nuestra poesía) trazado con sencillez y sobriedad magistrales, y como velado por hondo y melancólico sentimiento. Está formado con los elementos más vulgares, humildes y prosaicos de nuestra vida de ciudad; pero ¡cuánta poesía ha sabido extraer de ellos el poeta al ponerlos en comunicación con su espíritu! ¡Qué feliz la pintura del carro que

... perdido

En la sombra, con pesada

Lentitud y sordos golpes,

Como negro monstruo, avanza!

Y ¡qué patética y bien expresada la emoción que el poeta experimenta al detenerse ante la entrecabierta ventana, detrás de la que suena el piano, herido por

Alguna sencilla joven,

Flor y orgullo de la casa!

Piensa entonces en los goces de ese humilde hogar, y lo compara con el suyo, tan de improviso y cruelmente destrozado por la muerte, y se retira al fin, tendiendo el velo de su tristeza por las calles y los objetos que describió un momento antes, y que ahora le parecen más fúnebres. Este cuadrito urbano puede rivalizar con los de Coppée, que tanto sobresale en ellos, y es de lo más objetivo de la poesía de Martinto; pero predomina también en él el sen-

timiento lírico, pues con ser tan bello en su realismo, lo más importante, lo más hondo, es la romanza que queda vibrando en el alma del poeta... y también en la del lector.

Las dos epístolas en verso suelto, dirigidas, respectivamente, a Beazley y al que esto escribe, muestran una nueva fase de Martinto, la más objetiva, la que le une más, por la forma, a lo castizo de nuestras letras castellanas. Suena también en ellas su nota más enérgica y vibradora. Es la dirigida a mí un recio latigazo a nuestra mostacilla literaria, que pasea en triunfo su ineptia productora y crítica, valida de que tiene periódicos a mano por vehículo, y por cómplice la general ignorancia. Hay en ella rasgos muy elocuentes y frases de precisión y fuerza irónica admirables. Bello es el recuerdo de Horacio, a cuyos versos llama

... ondas puras

Donde el ático gusto resplandece

Como la luz en las serenas cumbres ;

y felicísimo el rasgo final, en que invita a buscar consuelo
en las obras sin par del gran latino,

Mientras en torno, tempestad de estío,

La fácil gloria de los necios pasa.

La epístola a Beazley, *En el abismo*, es una valiente sátira política, única tal vez en América, por referirse, no a una nación, sino a toda la América Española. El pésimo estado político de los pueblos hispanoamericanos, desde Méjico hasta nosotros, en ochenta años de vida independiente, estado que oscila casi sin tregua entre convulsiones anárquicas y corrompidas tiranías vulgares, ha inspirado esta sátira, cuyo tema grave y político no es tan adecuado

como el anterior a las facultades del poeta ; pero el tono es noble y levantado, la indignación sincera, profunda la tristeza que bajo ella palpita, y hay rasgos y trozos muy felices y enérgicos, dignos de Jovellanos. Véase, en prueba de ello, la pintura de los grotescos personajes políticos, que después de abusar inicuaamente del poder, van a

Derramar por Europa a manos llenas
Nuestra ignominia transformada en oro ;

la de la licencia, que disfrazada de libertad,

... al transeunte
Con gesto obsceno sin cesar provoca ;

la enérgica protesta contra aquellos

Que, impunes y felices, ante todos
El fruto vil de la rapiña ostentan ;

y el hermoso trozo final, en que opone a tanta miseria la soledad de los campos, su ambiente puro, su apacible calma, y el amor de los libros, con los cuales puede el poeta hablar de los hermosos

Y grandes ideales, que en la vida
Como entre nubes de tormenta el iris,
Alzan aún sus luminosos arcos.

Ambas epístolas se señalan, además, por el buen manejo del verso suelto, no obstante ser, según entiendo, la primera vez que el autor se valía de esa difícil forma métrica.

Apunta aquí el talento epigramático de Martinto, que era verdaderamente notable y superior a cuantos han ensayado

el género en esta parte de América, aunque nunca quiso mostrar en público esas saetas que él aguzaba y disparaba con pulso tan certero. Así, de cierto conocido escritor extranjero aquí residente, adepto entusiasta de la llamada *religión de la humanidad*, y fabricante de malos versos, decía en un famoso epigrama :

Con versos humanitarios

Persigue a la humanidad !

Martinto hubiera podido formar con sus epigramas, hoy dispersos e inéditos, una colección admirable ; pero temió (y con razón) que sus víctimas se reconociesen en ellos.

Martinto no es conocido y apreciado aún entre nosotros en el grado que indudablemente merece. Su misma seriedad, su modestia, su desaparición temprana, y el hallarse absolutamente agotada la edición de sus poesías, hacen de él casi un desconocido para nuestras nuevas generaciones. Es una absurda injusticia. Martinto tiene su nota personal, simpática y ricamente timbrada, que le asegura un puesto honorífico en la poesía argentina. Es, por lo menos, el más delicado, el más penetrante, el más artista, el primero de nuestros poetas menores.

Domingo D. Martinto nació en Buenos-Aires el 12 de Febrero de 1859. Estudió al principio en Alemania y después en Burdeos, donde terminó el bachillerato. De regreso a la patria, fué secretario de la Convención que reformó la Constitución de la provincia de Buenos-Aires. Dictó con brillo una cátedra de literatura en el Colegio Nacional de la Capital. Cursó los tres primeros años de medicina. Fué casado dos veces. En 1898 hizo un viaje de paseo a Europa, y murió ese mismo año en Berna, a los treinta y nueve años de edad.

Hizo algunas publicaciones muy exiguas de sus versos, tituladas *Remordimientos*, 1882, y *Aves de paso*, 1885. La edición definitiva, en cuanto se lo permitió su corta vida, lleva por título *Poesías*, Buenos-Aires, 1892. Quedan también de él, *Páginas literarias* y *Páginas sueltas*, 1891.

Van a continuación, como complemento al texto respectivo, dos poesías suyas a que dejo hecha referencia en esta nota.

CANTO DE AMOR

¡Sola flor de mi huerto!
Único faro que a mi triste vida
Señala el dulce puerto,
Al verla combatida
Por rudos vientos y en el mar perdida!

Tú siempre has derramado
El incienso y la mirra en mi camino,
Y mi alma has guardado
Del golpe del destino
Bajo las alas del amor divino.

Sin ti, de mi existencia
Ni un efímero rastro quedaría,
Y la torpe demencia
Que me arrastraba un día
Vencido ya mi corazón habría.

Cual fecundo rocío
Descendió hasta mi mente tu consuelo,
Y el dolor y el hastío

Huyeron, como el velo
De larga noche ante la luz del cielo.

Hoy, cual nadie dichoso,
En el seno inmortal de mi ventura
Soñando me reposo,
Y tu dulce hermosura
Me da su sombra regalada y pura.

Las falaces visiones
Con que alimenta la insaciable gloria
Sus locas ambiciones,
No turban mi memoria,
Y huye al olvido, sin temor, mi historia.

Tu cariño es bastante
Para llenar la copa de mis días, •
¡Oh mi cándida amante!
Y son las glorias mías
Las que en el beso de tu amor me envías.

En el mundo no quiero
Más que un pobre rincón, donde contigo
Viva, al fin, placentero,
Y algún árbol amigo
Que nos dé contra el sol su fresco abrigo.

A su pie, sonriente
Nuestra humilde morada se alzaría,
Y una sonora fuente
Con plácida armonía
El sueño de su paz arrullaría.

Allí, a los dos, unidos
Por un solo y constante pensamiento,
De los ocultos nidos
Nos contaría el viento
El puro amor y el inmortal contento.

Nuestro feliz encanto
No turbaría la contraria suerte,
Y, olvidados del llanto,
Veríamos con fuerte
Pecho, llegar la triunfadora muerte.

Que ya la muerte obscura
No ocultaría tras su negro velo
Nuestro sol de ventura;
Porque al dejar el suelo,
Mi amor iría a continuarse al cielo.

Vén, pues, mi dulce amada!
Vén a gozar de esta serena vida!
Y en la inquieta enramada
Que a soñar nos convida,
Del sueño hablemos que en mi mente anida!

Hablemos de ese sueño,
El último tal vez que abre a mis ojos
Un porvenir risueño,
Y llena de sonrojos
Mi labio acalla con tus labios rojos.

MIS AMORES

A mi amigo, el poeta Calixto Oyuela.

I

¿Cuál es el corazón que no ha sentido
Una vez, por lo menos, en la vida
Redoblar su latido
Al dulce arrullo de una voz querida?

Desde Eva, la inocente pecadora,
Hasta Ninón, la alegre cortesana,
La belleza inmortal, como una aurora,
Ilumina y colora
Con sus destellos la existencia humana.
¡Desgraciado de aquel que, lejos de ella,
Persiga la fortuna!
Nunca en su Oriente encontrará la estrella
Que le guíe a la cuna,
Siempre distante, de la dicha ansiada;
Y, como Segismundo,
Verá, tal vez, al fin de la jornada,
Que el bien mayor del mundo
Es ¡ay! pequeño, y muchas veces, nada!

Yo, por mi parte, sé que la hermosura
Es el solo remedio
Que en este mundo cura
La inexorable enfermedad del tedio;

Y ya, por esta y otras mil razones,
Amé, en el `viaje de la vida, tanto,
Que me creo, sin grandes pretensiones,
Como María Magdalena, un santo.

II

Era Luisa una rubia encantadora,
De azules ojos, de infantil mirada
Y frente soñadora.
Tenía el busto esbelto,
La mano delicada ;
Y la madeja del cabello suelto,
Al rodar por sus hombros, parecía
Luminosa cascada.

Extraña simpatía
Despertaba al momento
El ritmo de su acento,
Y al escucharlo, el corazón sentía
Doblar su movimiento.

La vi y la amé. Como las nuevas flores
Al sol de primavera,
A la luz inmortal de los amores
Abrí al instante mi existencia entera ;
Y a veces, sumergido
En pensamientos por demás extraños,
Preguntábame a solas, sorprendido,
Cómo había vivido
Sin ella, algunos de mis buenos años.

La amé, y tomó la vida
Otro aspecto a mis ojos;
Y al soñar en mi dulce prometida,
Olvidaba los ásperos abrojos
Que encuentra en su camino
Todo el que vive con el alma, y siente
Irradiar en su frente
La eterna luz del ideal divino.

III

¡ Amor, amor! Ensueño de Julieta,
Martirio de Eloísa,
Figura encantadora que al poeta
Arrastras sin cesar con tu sonrisa!
¡ Amor, amor! ¿ Qué pecho no ha sentido
Tus cortos goces y tus penas largas,
Y qué labio en tu copa no ha bebido
Hasta las heces, como el mar, amargas?

Pero ¡ no importa! El hombre, fatigado
De la lucha sin fin de la existencia,
Arroja, como Fausto, de su lado
El libro de la ciencia,
Creyendo ¡ oh Margarita! que su loca
Y estéril experiencia
No vale un beso de tu casta boca!

IV

Luisa también me amó, y aunque un momento
Como todas, severa y pensativa,

En el alma ocultó su sentimiento,
Duró muy poco su actitud esquiva;
Y viendo un día que callaba en vano,
Con el arte infantil de las mujeres,
Tendiéndome la mano,
Me dijo, llena de rubor: “¿me quieres?”

¡Cuántos instantes bellos
Vimos de entonces resbalar en calma!
¡Y cuántas veces, como dos destellos
Que juntos parten de la blanca luna,
Se confundió mi alma con su alma,
Y confundidas se sintieron una!
Siempre amantes y unidos,
Al pie del tronco del ombú paterno,
Pasábamos las tardes, sumergidos
En un coloquio eterno;
Y cuando el sol en el profundo ocaso
Lentamente se hundía,
Mientras la sombra, con tranquilo paso,
Su negro y triste pabellón tendía,
Ella exclamaba en su ternura santa,
Los grandes ojos levantando al cielo,
Como la virgen que en *El Lago* canta:
“¡Horas propicias, detened el vuelo!”

Y cuando ya de la fatal partida
El instante sonaba,
Como tórtola herida
Que busca asilo entre el follaje espeso,
Hacia mí se lanzaba,
Y nuestra despedida
Era un continuo y silencioso beso.

V

¡ Vanitas vanitatis !... Mis amores,
Al año ya, sufrieron el destino
De las hojas marchitas, de las flores,
De las ondas, del viento,
Y de cuanto alegró nuestro camino
Con su perfume o su armonioso acento.

Mas no juzguéis ligeramente, hermosas,
Estos cambios, ajenos
A nuestra pobre voluntad: las cosas
Mejores, son las que nos duran menos !
Y si acaso hay alguna
A quien mi franca confesión enoje,
Que la piedra me arroje...
Seguro estoy que no lo hará ninguna !

Luisa luchó, luchó desesperada
Con la honda indiferencia
Que, de súbito, un día, semejante
A una ráfaga helada,
Cruzó por mi existencia
Y mi cariño marchitó al instante ;
Mas, ni quejas ni llanto
Mover pudieron mi insensible pecho,
Para siempre desecho
De nuestro amor el fugitivo encanto ;
Y si partir quería

De su profunda soledad la pena,
El rostro encantador de una morena
Allá, en el fondo de mi ser, reía.

VI

Esta morocha, a quien la muchedumbre
Consideraba un ángel por lo bella,
Era la fiel imagen de la estrella,
Que nunca da calor, por más que alumbra.

Jamás un dulce acento
De sus labios hermosos desprendido,
Llegó a infundir a mi pasión aliento ;
Y en la lista sin cuento
Donde sus triunfos, cual Don Juan, llevaba,
Sólo mi nombre relegó al olvido..
¡ Tanto valor a mi conquista daba !

Si es triste que uno quiera
A la misma mujer que le ha engañado,
Aun es más triste verse despreciado
Cual si uno indigno del engaño fuera ;
Pues siempre la mentira
Entre los labios de una hermosa, halaga,
Dulce consuelo al corazón inspira
Y sus dolores con largueza paga.

Ni un instante sereno
Le dió, pues, la cruel a mi existencia,
Y al querer olvidarla, la demencia
De mi pasión, hasta a despecho mío,

Me arrastraba a su seno
Como a la imagen de la nube el río.

Mil veces quise reaccionar... ¡y en vano!
De su gentil figura
O indiferente mano
Por todas partes encontré la huella,
Y en esa fiebre, que rayó en locura,
La vi, con miedo, cada vez más bella!

Entonces mi memoria,
Por un acaso, recordó la historia
De mi inocente Luisa,
Y hacia ella, arrepentido
Y con alma sumisa,
Volé cual ave en libertad al nido.

VII

Volé... mas su casita,
Que, cual blanca paloma,
Detrás de un bosque de álamos asoma
Y a la quietud incita,
Tenía a mi llegada
Un aspecto de fiesta, tan extraño,
Que mi razón turbada
Temió encontrarse con un nuevo engaño.

Vacilé unos momentos,
Luego llamé, y a la sirvienta vieja
Que, incomodada, apareció en la reja,
Lleno de miramientos,

Dije con voz que se acercaba a queja :
— “ ¿ Ves ? El pródigo amante
Vuelve otra vez a la paterna casa. ”
— “ Esta tarde se casa
Luisa, y a fe que le esperó bastante ! ”

¡ Qué horrible sacudida
Fué para mí declaración tan brusca !
Al sufrir tal caída,
El hombre en torno inútilmente busca
Todas las fuerzas que le da la vida !

Yo, leyendo el Fedón, como el Romano,
Medité en el suicidio ;
Luego soñé en hacerme franciscano
Y llevar a un convento mi fastidio ;
Pero esa noche misma,
Mientras probaba que era
El amor en los hombres un sofisma...
Me vine a enamorar de una tercera !

PEDRO B. PALACIOS

Debo declarar sencillamente que, de atenerme a mi juicio exclusivo, este endiosado escritor no figuraría en esta colección poética. Confieso sin ambages mi radical disentiimiento con los que le atribuyen un valor poético eminente. Pero pienso que el criterio para formar una antología no debe ser siempre exclusivamente personal, y que algún sitio ha de acordarse en ella a ciertos escritores

que, aunque lo atribuyamos a extravío o mal gusto, han alcanzado el prestigio de un favorable concenso general, que le da, *ipso facto*, cierto valor representativo.

Por lo demás, no voy a discutir aquí, ni es del caso, los méritos ni las obras de Palacios: diré sólo mi impresión general, con la mayor economía posible. Se analiza y juzga *lo que es*, grande o pequeño; no lo que *no es*, o se cree que no es.

Hay ante todo en Palacios una actitud pseudo-apostólica, que afecta, después de Cristo, y aun contra Cristo, si a mano viene, redimir al hombre... Para ello, no sólo quiere sacar al abyecto de su abyección, al inmundo de su inmunidia, sino que se complace él mismo en su fetidez asquerosa, en los hediondos humores de sus pústulas, representándoselos incesantemente y con toda clase de ampliaciones, por medio de las palabras peor olientes y de los nombres de las cosas más sucias y de más corrompido sabor. Lo que no se ve claro, no tratándose de actos de desaforada penitencia cristiana, es qué necesidad puede haber de poner sin tregua bajo las narices del lector ese ambiente de cabailleriza, de chiquero y de gallinero, para confraternizar con esa deliciosa "chusma" *inmortal*, de la cual él mismo dice:

No hay Jordán que me lave de los rastros
De tu cáustico roce de vestiglo...

¡Pulpa sin gratitud, no sabrás nunca
Que yo luché con Dios que te moldea!...

Y lo peor del caso es que en todo ese aparato falta la espina dorsal de un sentimiento bien definido, por audaz o extravagante que fuera, y todo desemboca, en el famoso *Misionero*, como en *Jesús*, y compañía, en el más heterogéneo galimatías

de ideas e imágenes de pesadilla. Claro está que no faltan alguna vez chispazos y llamaradas de delirante de cuarenta grados, dignos de llamar la atención, aunque necesariamente inconexos; pero usar y abusar sistemáticamente de tales temas, no con superior y profunda serenidad, sino engestándose y encrespándose en trágicas posturas, en movimientos epilépticos y en declamaciones frenéticas, no es hacer obra de humanidad ni de poesía, sino de huero y fastidioso energúmeno. Cantar, no al pueblo, al humilde, al desvalido, al desheredado, sino a los pútridos residuos de la sentina social, a lo más degradado y más vil de sus obscuras fermentaciones, dándole el anti-tético y ridículo nombre de " chusma sagrada ", resulta, sin duda, rabiosamente nuevo... pero también muy cómico.

El idealismo de Palacios, si se me permite la expresión, es un idealismo mocho. No hay cosa peor, en el arte como en la vida, que ponerse en viaje, o alzar el vuelo, para quedar volteando entre nieblas, sin saber el rumbo que se ha de seguir, ni el punto a que se anhela llegar. Parece profesar una especie de *religión de la humanidad*, convirtiendo o aspirando a convertir a la humanidad en Dios. Pero la dificultad del caso consiste en que el hombre, ya singular, ya colectivamente considerado, no es ni será nunca sino un ser lleno de limitaciones y miserias, y como tal indigno de tan insensatas adoraciones. La inteligencia poco elevada de este escritor, su tendencia no *popular* (que esto sería un mérito), sino irremediabilmente *vulgar* y prosaica, le impidieron ver cuán absurdo es buscar el bien trascendental y absoluto del mundo dentro del mundo mismo, sin referencia a un ideal extrahumano, substancial y realísimo. No comprendió que, sin un objeto y fin más alto y permanente que el hombre, su *progreso*, su elevación, no tienen razón de ser ni sentido alguno, y no son, por consiguiente, posibles. En un espíritu

superior, ante un pensamiento que no esté relleno de paja, la falta de creencia en esa realidad suprema de hermosura y justicia hacia la cual necesariamente tiende y por la cual suspira sin término, no engendra el necio amor de la *chusma*, sino un dolor, una desesperación trascendental. Tal es el caso de Leopardi.

El Misionero, tan decantado, no es más que un difuso y monótono y pesadísimo aquellarre de ideas confusas e indigestas, y, en cuanto puede verosímelmente traslucirse, una pésima rapsodia de Niesche, con superhombre y todo :

Vas a tu Superior, a tu Distinto,
Y ese no te tendrá ni amor ni envidias...

Se proclama en esa batahola versificada la gran sentencia de que "la ley es la mentira, y lo único cierto, los impulsos"; después de lo cual, el misionero (es decir, el autor), en el paroxismo del orgullo y la insensatez, se pone por encima de Cristo, a quien da una lección de amor...

No soy el Cristo-dios, que te perdona...
Soy un Cristo mejor, soy el que te ama!

Verdad es que este super-Cristo, simplemente grotesco, había confesado poco antes, sin duda en un momento lúcido, su absurdidad y su desastre, y hasta llegado a entrever el poco satisfactorio estado de sus facultades mentales. Véanse, en prueba, las siguientes estrofas de este calenturiento embolismo :

Como madre sensual dejé mi beso
Sobre cada bubón de los leprosos :
Y aquellos besos... ¡ah! son espantosos,
Pudren hasta la médula del hueso! ...

Como el Ángel de Asís, el gran cristiano,
Quise decir también " hermano Vicio " :
Y produjo la sombra y el desquicio
Dentro de mi cerebro soberano.

Cargué la Cruz sobre mi espalda recia..-

La pensé un talismán, que, no sé cómo,
Consagra privilegios nunca vistos :
Y Ella, sobre los falsos Jesucristos,
Pesa como cien lápidas de plomo.

Quise imperar sobre la res vencida
Poniéndola mi gloria por escudo :
Y aquí yazgo famélico, desnudo,
Promiscuando su cueva y su comida...

¡ Por eso masco el áspera corteza
De mi propio desprecio indefinible,
Con la vil sensación de lo imposible
Clavada, como un clavo, en mi cabeza !...

Menos mal...! Pero no hay para qué insistir. Todo es en Palacios lo mismo, o casi lo mismo. Sólo debo añadir, porque salta a los ojos, que la ejecución responde fielmente a tan embarulladas ideas y concepciones. Salvo rasgos muy de excepción, no hay paciencia que aguante esa árida monotonía de frase y de verso, esa indigencia técnica, esa difusión oratoria, enumeradora, amplificadora y machacona sin fin. Todo lo cual sólo puede pasar por *genio* en algún país de analfabetos artísticos.

Por suerte, a más de un soneto bastante enérgico, he podido hallar, para incluirla en esta colección, una balada de Palacios, de asunto medieval, que precisamente por ser

una de las composiciones menos características suyas, resulta más aceptable.

Pedro B. Palacios nació en San Justo (Buenos-Aires) el 13 de Mayo de 1854. Se educó solo, y estuvo algún tiempo al frente de las escuelas comunes de la Provincia. Murió el 28 de Febrero de 1917.

No existe colección completa de sus versos. Hay por lo menos dos fragmentarias, una de ellas bajo el título de *Poesías*, 1916.

Publicó, en prosa, *Evangélicas*, serie de pensamientos más o menos comunes, con actitud, tono y gesto de sentencias profundas. Dijo también discursos. El que pronunció en los *funerales civiles* del general Mitre, celebrados en La Plata, es cómicamente estafalario y quedará como padrón del más pintoresco desafuero mental. Fué muy admirado por nuestra pequeña Beocia literaria.

EVARISTO CARRIEGO

Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre: pudo decir este nuestro malogrado poeta con más exactitud y justificada modestia que el gran romántico francés. Comenzó siendo, naturalmente, un afiliado del modernismo entonces imperante, aunque no sin ingeniosidades y matices propios. A ese período corresponden, dentro de sus *Misas herejes*, las secciones tituladas *Viejos sermones*, *Envíos y Ofertorios galantes*, de todo lo cual la posteridad no tendrá seguramente nada que recoger. Pero pronto, a partir de *La viejecita*, dejó decididamente la senda ajena, por haber

hallado la propia. Entonces aparece en Carriego el poeta de la observación realista y sentida de pequeños cuadros, escenas o casos de barrio, entre gente humilde, más o menos ásperamente tocada por los dolores o tristezas comunes de la vida. Hay en el poeta un fondo romántico, una amargura o tristeza ingénita, que tiende un opaco velo sobre su espíritu, poniéndole en íntima consonancia y simpatía con los más ocultos sinsabores o desventuras del pequeño mundo que tan cariñosamente describe; pero al pintarle, no lo envuelve en brumas, ni lo adultera en su fantasía: lo observa fielmente en sus detalles, lo recoge vivo en sus versos, dándonos una impresión de realidad, intensa y dolorosa. Hay también en él, como en José Asunción Silva, el sentimiento hondo y melancólico *de lo que fué y ya no existe*. Así, el sentimiento lírico del poeta, su compasión, su piedad, su propia tristeza personal, se hallan siempre íntimamente fundidos con la escena trazada sin perdonar los más crudos y hasta vulgares detalles. Fué esta, sin duda, una nota nueva en nuestra poesía, inesperada desviación de una tan opuesta tendencia entonces dominadora. Dice, por ello, muy acertadamente el señor Melián Lafinur, en el prólogo de la edición porteña de Carriego: “Pasar de la corte del “rey sol” al suburbio bonaerense, representaba una transición un poco brusca. ¡Admirable clarividencia y acierto del verdadero poeta! Cuando aquélla haya pasado como una nube vistosa y efímera, todavía sus canciones humanas y sencillas vivirán por la sincera emoción que las anima y por la verdad dolorosa de que nacieron”.

Toda la obra propia y característica de Carriego está comprendida en sólo tres secciones de las once en que se divide su libro, a saber: *El alma del suburbio*, — *La canción*

del barrio, Interior. Las dos últimas corresponden a sus *Poemas póstumos*. No todo es oro de ley, ni mucho menos, en esas mismas secciones. Sobre las ochenta y dos piezas de que en conjunto constan, un gusto discretamente severo no podría escoger más de diez o doce. En las demás, o no alcanza una visión y emoción suficiente, o la observación realista se exagera hasta tocar, por contraste de extremos, en un romanticismo gastado (como la numerosa colección de tísicas que espantan sangre), o la ingenuidad y simplicidad, en otras ocasiones tan simpáticas, degeneran en ñoñería, o el cuadro se detiene en incompleto esbozo o rasguño, o, por último, la negligencia de la expresión y de la versificación llegan a lo pedestre y vulgar. Pero debe tenerse muy en cuenta, al juzgarle, que no alcanzó a pasar de los 29 años, y que, por esta razón, y por las condiciones y circunstancias de su corta vida, su educación artística fué muy deficiente y su gusto no llegó a depurarse. De todos modos, en el corto número indicado hay elementos de vitalidad, de originalidad y de carácter bastantes a asegurar a este interesante poeta nuestro, dentro de ciertas limitaciones, un no perecedero recuerdo. Yo indicaría, como más o menos dignas de un bello florilegio especial, las siguientes composiciones suyas: *El alma del suburbio*, (primera de la serie de este título), *Has vuelto*, *En el barrio*, *El camino de nuestra casa*, *El velorio*, *En el café*, *Mambrú se fué a la guerra*, *La silla que ahora nadie ocupa*, *Los viejos se van*, *Reid mucho, hermanitas*, *El nene está enfermo*, *Mientras el barrio duerme*.

A las dos que van en el texto, y que son para mí las mejores (y la mejor de las dos, *Has vuelto*), añadido aquí ahora algunas de las que acabo de indicar:

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa
Se halla abstraído el padre desde hace rato :
Pocos momentos hace rechazó el plato
Del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
Llega en silencio alguna que otra mirada
Hasta la vieja silla desocupada
Que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
Cesa de pronto el ruido de las cucharas;
Porque insistentemente, como empujado

Por esa idea fija que no se va,
El menor de los chicos ha preguntado
Cuándo será el regreso de la mamá.

LOS VIEJOS SE VAN

¿ No te da tristeza ? Bueno,
A mí no sé qué me da...
¡ Se van los viejos ! Los pobres
Poquito a poco se van.
Y se van tan despacito
Que ni lo sienten. ¿ Será
El consuelo de saber

Que se habrán de ir en paz ?
¡ Ah ! todo es inútil : nada
Los detendrá. ¿ Pasarán
Este otoño, o el invierno
Otra vez los hallará
Contándonos por las noches
Cosas de la mocedad ?
Y cuando no estén, ¿ durante
Cuánto tiempo aún se oirá
su voz querida en la casa
Desierta ? ¿ Cómo serán
En el recuerdo las caras
Que ya no veremos más ?
¡ Que ya no veremos !... ¿ Nunca -
Se te ha ocurrido pensar
En el silencio que dejan
Aquellos que se nos van ?
Y en nosotros mismos, piensas
Alguna vez, ¿ es verdad ?
En nosotros, que también
Nos tendremos que callar.
Cuando nos llegue la hora
Como a los viejos, ¿ habrá
Para nosotros la dulce
Confortación familiar
Que tanto alivia ? ¿ Qué labio
Piadoso nos besará ?
¿ Nos sentiremos muy solos ?
¿ Y nos iremos en paz ?

REÍD MUCHO, HERMANITAS

Reíd mucho, hermanitas, reíd con esa risa
Tan fresca y tan sonora, con esa risa fuerte
Que llena nuestra casa de salud. La sonrisa
No es para vosótras todavía: ¡qué suerte!

Que vuestra risa sea como una fuente, y vierta
Su chorro alegre sobre nuestra melancolía:
Sea como una caja de música, que abierta
Perennemente suena desde que empieza el día.

Hermanas: reíd de una vez toda vuestra sana
Alegría de dueñas del patio, que mañana
— ¡Ah, mañana! — quién sabe si os habremos de oír.

¡Ay, hermanas, hermanas juguetonas! ¡Ay, locas
Rabietas de la abuela! ¿Cuál de esas lindas bocas
Será la que primero dejará de reír?

MIENTRAS EL BARRIO DUERME

... ¿Tú tampoco me has oído?
Bueno, que no se repita
Otra vez ese silbido.
¡Eh, muchachos, no hagáis ruido!
Se fué a dormir abuelita.

Recordando vuestros sustos
Continuamente se queja.

Vamos, muchachos, sed justos
Y no la deis más disgustos :
Cada día está más vieja.

Ahora se ha vuelto odiosa...
Cuando se da a porfiar
¡Se pone de fastidiosa!
Ya lo veis : por cualquier cosa
No cesa de rezongar

... ¿ Tú también ? Va para rato
Que olvidaste tu promesa :
¡ Después de romper el plato,
Le pisas la cola al gato
Por debajo de la mesa !

¿ Con que te muestras violento
Porque mi sermón te irrita ?
... Es inútil ese cuento ...
No te mueves de tu asiento :
¡ Te conozco, mascarita !

Si tratas bien el asunto
De hoy — ¿ oyes, cabeza hueca ? —
Y copias lo que te apunto,
Tendrás a las diez en punto
Café con pan y manteca.

Y, a propósito, ya veo
Que te volcaste la sopa
En la ropa, ¿ no ?; yo creo
Que comer así es muy feo :
¡ Linda te has puesto la ropa !

Tú... no inquietes a tu hermana
Tirándola de la trenza.
¿ Respondes de mala gana ?
¡ Todo por una manzana!
¡ Pedazo de sinvergüenza! ...

¿ Y tú ? ¿ Recién te has fijado
Que no pára de garuar ?
¿ Al patio así ? Ten cuidado,
No salgas desabrigado
Que te puedes resfriar.

Cae monótonamente
El agua... ¡ Qué silencioso
El barrio ! El perro de en frente
Cesó de ladrar. ¿ La gente
Se habrá entregado al reposo ?

Pienso en ellos... en su obscura
Mala suerte, y pienso luego
Con un poco de ternura :
¿ En qué sueño de amargura
Se hallará abstraído el ciego ?

Allá, solo, en el altillo,
Moliendo la misma pieza
Quizá suena un organillo :
Aunque el aire es tan sencillo
No cansa, ¡ da una tristeza !

Llora el ritmo soñoliento
Que tanto gusta a la loca
Amiga nuestra... El són lento...

¡Toca con un sentimiento!
¿Qué pensará cuando toca?

¡Cómo le hace comprender
Noche a noche, al lazarillo,
Cuánto le apena el tener
Que fumar sin poder ver
El humo del cigarrillo!

¿Y los otros? ¿Los huraños
Vecinos? La costurera
Ya un poquito entrada en años...
¿Si serán los desengaños
Que la dejaron soltera?

Si bien la historia no es clara,
Dice la chismografía
Que una prima le robara
El novio en su misma cara,
Jugando a la lotería.

Al fin y al cabo valiera
Más olvidar la traición;
Pero por esa zoncera
De la pena que le diera
Enfermó del corazón.

Otro que lleva una vida...
Es el haragán de al lado:
¡Y encuentra quien lo convida
A embriagarse! ¡La bebida!...
¿Por qué vendrá en ese estado?

¿Y ese hombre al que nadie ha oído
Hablar, en una semana
De vivir casi escondido,
Que sale ya anochecido
Y vuelve muy de mañana?

¿Y aquellos que nos dejaron?
¡Tan obsequiosos y fieles!
El día que se mudaron
Recuerdo que nos mandaron
Una fuente de pasteles.

¿Y la viuda de la esquina?
La viuda murió anteayer.
¡Bien decía la adivina
Que cuando Dios determina
Ya no queda más que hacer!

De los cuatro huerfanitos
No se sabe qué será:
¿A dónde irán? ¡Pobrecitos
Hermanos, los muchachitos
Que se quedan sin mamá!

... Mira, muchacho, la vela
Se va a terminar: repasa
Tus lecciones de la escuela...
Ya se ha dormido la abuela:
¡Qué silencio hay en la casa!...

Evaristo Carriego nació en la provincia de Entre-Ríos, el 7 de Mayo de 1883. Muy niño aún vino a Buenos Aires,

donde pasó el resto de su corta existencia. Murió en esta ciudad, el 13 de Octubre de 1912.

Hay dos ediciones de sus poesías: una de Barcelona, 1913; la otra de Buenos-Aires, 1917, en la colección de "La cultura argentina."

FIN DE LA OBRA

ERRATAS

NOTADAS EN EL TOMO TERCERO

PRIMER VOLUMEN. Página 363 (*En el Niágara*, de R. Pombo).

Verso 1.^o:

Dice : ; *Ahí está otra vez!*... — Léase : ; *Ahí estás otra vez!*...

Verso 5.^o:

Dice : *Muelle y sereno de tu sin par pujanza.* Léase :
Muelle y sereno en tu sin par pujanza.

SEGUNTO VOLUMEN. Página 1025 (Nota sobre J. A. Silva).

Línea 11:

Dice : *en formal.* — Léase : *formal.*

Línea 12:

Dice : *artidoto.* — Léase : *antidoto.*

